

Estrategias de *masculinización hegemónica* entre jóvenes que participan en botellones de Barcelona y Granada

Doctorando: Ismael Fernández López
Directora: Nuria Romo Avilés

Programa de Doctorado en Estudios de las Mujeres. Discursos y Prácticas de Género
Universidad de Granada
2024



Estrategias de *masculinización hegemónica* entre jóvenes que participan en botellones de Barcelona y Granada¹

Doctorando: Ismael Fernández López
Directora: Nuria Romo Avilés

Programa de Doctorado en Estudios de las Mujeres. Discursos y Prácticas de Género
Universidad de Granada
2024



Instituto Universitario
de Investigación de Estudios
de las Mujeres y de Género



UNIVERSIDAD
DE GRANADA

¹ Por cuestiones logísticas y burocráticas no se pudo realizar el cambio de título pertinente antes de la entrega de esta tesis. Debe advertirse que la etnografía se ha circunscrito a la Región Metropolitana de Barcelona. Esta cuestión se detallará en la metodología.

Editor: Universidad de Granada. Tesis Doctorales
Autor: Ismael Fernández López
ISBN: 978-84-1195-716-8
URI: <https://hdl.handle.net/10481/102628>

Agradecimientos

Agradezco a mi familia el cariño incondicional ofrecido siempre y sin dudar, pero no solo eso es de agradecer:

A Loli y Miguel, mi padre y mi madre, porque sin ellos jamás habría finalizado, quizás, ni comenzado, el camino que nos ha traído a este punto. Gracias por un apoyo, amor y fe incondicionales que siempre han sido un sostén en todos y cada uno de mis proyectos.

A Silvia, compañera de mi vida, por compartir mis alegrías, penas, jolgorios y ansiedades como si fueran suyos y por asumir el trabajo reproductivo de ambos cuando esta etnografía absorbió todo lo demás. Cualquier merito que pueda tener el presente trabajo es tan mío como tuyo.

A mi tía Mercedes, porque, una vez más, con sus saberes literarios ha mejorado el estilo y comprensión de este texto. Gracias por desencapotar lo encapotado.

A mi tía Nieves, por sus habilidades digitales, para mí próximas a la brujería. Gracias por hacer sencillo lo imposible.

A la otra familia:

A Ortega y Tito, viejos compañeros de botellón. Gracias por haber protagonizado dos de las escenas más sustanciales y genuinas de esta etnografía.

A Jordi, por casi diez años compartiendo observaciones en botellones. Gracias por tantas noches de café y reguetón.

También:

A los, les y las compañeras de Energy Control y SEXus, por hacer visible aquello que para mí no lo era y compartir y facilitar momentos relevantes e imprescindibles en esta etnografía.

Y finalmente:

A Nuria, por su acompañamiento y guía a lo largo de un camino sinuoso y muchas veces de horizontes difusos.

Nacimos tarde a los sueldos altos; tarde a comprar barato; tarde al trabajo fijo; tarde a pensar en hijos o tener un piso. Y a tiempo para disfrutar más de la vida y reinar en ella; nacidos para vivir como nunca se ha vivido.

Royal Bliss (campana publicitaria de 2024)

Sumario

Índice de imágenes y esquemas	7
Resumen.....	9
1. Introducción. Globalización, botellones y binge drinking.....	11
1.1 Presentación	11
1.2 Contextualización histórica: De la Ruta del Bakalao al botellón en pandemia, jóvenes y globalización.....	15
1.3. El Botellón: de la postmodernidad a la Reducción de Riesgos.	23
1.4. Perspectiva de género.	33
2. Objetivos y resumen de las técnicas	40
3. Metodología. Masculinidades, marginalidad y acceso al campo.....	42
3.1 Implicaciones epistemológicas de la propia masculinidad.	42
3.2 Etnografía encarnada o etnografía descarnada, el problema de <i>dar juego</i>	45
3.3. Construcción del campo etnográfico: formas de acceso y técnicas.	48
3.4 El diario de campo y el análisis etnográfico. Entre aquí y allí.	60
3.5 Consideraciones éticas	62
4. Resultados: descripción <i>densa</i> de la práctica del botellón en la Región Metropolitana de Barcelona.....	64
4.1 Las playas de <i>Sant Sebastián</i> , <i>Sant Miquel</i> y la <i>Barceloneta</i>	64
4.2 Ciutat Vella: las plazas dels Àngels, Joan Coromines y George Orwell	96
4.3 El barrio del Raso en Castellfont: el botellón como una expresión cultural para toda la familia.	124
4.4 Vila Trobada. Botellón y Parkineo en la Ópera.	150
5. Sobrevivir a la posmodernidad: estrategias de masculinización y de reacción.	172
5.1 Voces hegemónicas y regímenes sentimentales	172
5.2 Estrategias basadas en las violencias	173
5.3 Estrategias basadas en las Violencias Sexuales	176
5.4 Estrategias basadas en los cuidados	179
5.5 Estrategias basadas en el estilo	180
5.6 El botellón como fenómeno social.....	181
6. Bibliografía	186

Índice de imágenes y esquemas

Índice de imágenes

Imagen 1: Entrada de la discoteca A.C.T.V. a principio de los 90' vista desde la playa de la Malvarrosa (Valencia). A.C.T.V. será la única discoteca de la ruta ubicada dentro de un casco urbano. Fotografía cedida a Tentaciones, EL PAÍS, por Sito el 14/12/2016.	18
Imagen 2: Registro policial con perros entrenados para la detección de sustancias en la carretera de El Saler, donde se ubicaban muchas de las discotecas de la ruta (Chocolate, Barraca, Puzzle, etc.) Publicado por la Vanguardia el 15 de noviembre de 1993.	19
Imagen 3: Botellón en la playa de la Barceloneta; viernes 26 de marzo de 2021 captado por una neumóloga del Hospital del Mar mientras trabajaba. Fotografía publicada en la Vanguardia digital el 27/03/2021.....	22
Imagen 4: Región Metropolitana de Barcelona	49
Imagen 5: Joven desmayado entre botellas rodeado de mujeres consumiendo alcohol	52
Imagen 6: Joven desmayada junto a una botella.....	52
Imagen 7: Lámina extraída de una campaña preventiva del Ministerio del Interior ...	53
Imagen 8: Juego: Haz tu Fiesta.....	53
Imagen 9: Registro de Excel con categorías incluidas en la práctica	54
Imagen 10: El autor realizando un asesoramiento sobre consumos de alcohol	57
Imagen 11: Plantilla del diario de campo	60
Imagen 12: Jóvenes de botellón (Elaboración propia).....	65
Imagen 13: Jóvenes de botellón (Elaboración propia).....	65
Imagen 14: Playa de San Miquel. Autor: Jesús Fráiz Ordóñez	66
Imagen 15: Playa de San Miquel. (Elaboración propia)	66
Imagen 16: Playa de San Miquel en 2021. (Elaboración propia)	67
Imagen 17: Músico: Bernardo Cortes -Palomino- realización Sergio Lainz (EFE). ...	67
Imagen 18: Jordi, miembro del equipo de investigación de Energy Control.....	71
Imagen 19: Juego: Haz tu fiesta.....	73
Imagen 20: Juego: Haz tu fiesta.....	77
Imagen 21: Desalojo del botellón para limpiar la playa	92
Imagen 22: Desalojo del botellón para limpiar la playa	92
Imagen 23: Cordón policial por el paseo marítimo	93
Imagen 24: Mapa de la Playa de San Miquel - Moll Gregal	93
Imagen 25: Plaza dels Àngels de Barcelona	98
Imagen 26: Mapa ubicación de botellones	98
Imagen 27: Corredor entre la Plaza de Joan Coromines y la Plaza dels Àngels	99
Imagen 28: Botellón Facultad de Comunicación.....	99
Imagen 29: Gradas de la plaza Coromines	100
Imagen 30: Ritual de distinción masculina.....	165
Imagen 31: Restos del botellón.....	170
Imagen 32: Restos del botellón.....	170
Imagen 33: Botellón en el parque de la Ciudadela, Barcelona, 2004.	185

Índice de tablas

Tabla 1: FUENTE: OEDA. Encuesta sobre Alcohol y Drogas en España (EDADES, 2022)	24
Tabla 2: FUENTE: OEDA. Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES; 2023)	25
Tabla 3: FUENTE: OEDA. Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES; 2023)	25

Índice de gráficos

Gráfico 1: Procedencia de los y las jugadoras de Haz tu fiesta	67
Gráfico 2: Género de las y los participantes de Haz tu fiesta	68
Gráfico 3: Deseabilidad de los elementos del juego Haz tu fiesta	69
Gráfico 4: Deseabilidad de las sustancias en el botellón de la Barceloneta según el juego Haz tu fiesta	70
Gráfico 5: Cuando sales de fiesta por Trobada ¿Qué zonas sueles frecuentar?	152
Gráfico 6: Lugar de residencia de las personas que dijeron salir de fiesta por Trobada	153
Gráfico 7: Perfiles de las personas que han realizado alcoholemias	154
Gráfico 8: Tasa de alcoholemia de hombres por edades	154
Gráfico 9: Tasa de alcoholemia de mujeres por edades	155
Gráfico 11: Tipos de policonsumos en hombres	156
Gráfico 10: Tipos de policonsumos en mujeres	156
Gráfico 12: ¿Has sentido miedo en algún lugar o momento en Trobada?	161
Gráfico 13: Resultados de la tasa de alcoholemia de personas que conducirán esa noche por edades	171

Resumen

Introducción: Las masculinidades no se han incorporado con frecuencia a los análisis del botellón. El concepto de Readwin Connell de masculinidades hegemónicas, aplicado en su forma estratégica descrita por Mónica de Martino, ha proporcionado un marco teórico para entender las dinámicas de ocio y recreativas en estos espacios.

Metodología: Se presenta una etnografía llevada a término desde el otoño de 2021 hasta el otoño de 2023 en la Región Metropolitana de Barcelona. La observación participante fue la técnica principal de recolección de datos, pero se completó con otras técnicas cualitativas como entrevistas semi estructuradas y datos cuantitativos como tasas de alcoholemia recogidas en el botellón realizado en el parking de una discoteca. En lo referente del acceso al campo se han experimentado, siempre dentro del marco de la observación participante, con juegos de mesa de diseño propio concebidos para facilitar debates de forma divertida en contextos de ocio nocturno.

Resultados: Se presentan cuatro casos, correspondientes a cuatro botellones que compartían la característica de producirse de forma periódica. Dos de los espacios analizados se encuentran en la ciudad de Barcelona, otros dos corresponden a dos localidades de la Región Metropolitana de Barcelona. Pese a la proximidad geográfica, se mostraron muy distintos entre sí tanto por los perfiles de sus asistentes, como por la manera de concebir el espacio y la práctica del botellón en sí. Acceder al campo primero como usuario del botellón o mediante los juegos de mesa y, posteriormente, interviniendo desde la Reducción de Riesgos en consumos de alcohol, ha permitido contactar y visibilizar perfiles poco descritos por la literatura en la materia. Como serían los vendedores ambulantes, un sargento de la Guardia Urbana encargado de dirigir las actuaciones policiales en su localidad o personas que trabajan robando móviles a turistas en botellones. También nos ha permitido describir violencias estructurales como el derecho de admisión o la estrategia comercial de las chicas de imagen que, sin ser realmente propias de un botellón, lo pueden llegar a condicionar hasta el punto de convertirlo en un espacio de segregación y naturalización de violencias.

Aportaciones: Se ha mostrado como los ejes de género, de clase y etnicidad modifican la experiencia y las prácticas de los participantes en los botellones observados no pudiendo hablar de un fenómeno unívoco fácilmente definible. En este sentido se considera haber aportado datos suficientes como para ampliar la tradicional definición tanto académica como popular de una práctica juvenil caracterizada por el consumo intensivo de alcohol *do it yourself*. También se ofrece una visión poco usual en este tipo de trabajos sobre el botellón, pues se ha estudiado la normativa en un nivel etnográfico, es decir, no se han analizado las leyes o normativas en sí, sino a las personas con agencia que las aplicaron: los y las técnicas municipales.

Palabras clave: Botellón, masculinidades, Estrategias de Masculinización, etnografía, Reducción de Riesgos, Chicas de Imagen, derecho de admisión.

Abstract

Introduction: Masculinities have not been frequently incorporated into analyses of botellón. Readwin Connell's concept of hegemonic masculinities, applied in its strategic form described by Mónica de Martino, has provided a theoretical framework for understanding the leisure and recreational dynamics in these spaces.

Methodology: An ethnography is presented, carried out from autumn 2021 to autumn 2023 in the Metropolitan Region of Barcelona. Participant observation was the main data collection technique, but it was supplemented with other qualitative techniques such as semi-structured interviews and quantitative data such as alcohol levels collected at the botellón held in the parking lot of a nightclub. Regarding access to the field, we have experimented, always within the framework of participant observation, with board games of our own design conceived to facilitate debates in a fun way in nightlife contexts.

Results: Four cases are presented, corresponding to four botellones that shared the characteristic of occurring periodically. Two of the spaces analyzed are located in the city of Barcelona, and two others are in two towns in the Barcelona Metropolitan Region. Despite their geographical proximity, they were very different from each other, both in terms of the profiles of their attendees and in terms of the way the space and the practice of drinking in the street are conceived. Accessing the space first as a drinking user or through board games and, later, intervening through Risk Reduction in alcohol consumption, has allowed us to contact and make visible profiles that are little described in the literature on the subject. Such as street vendors, a sergeant of the City Guard in charge of directing police actions in their town or people who work stealing mobile phones from tourists at drinking parties. It has also allowed us to describe structural violence such as the right of admission or the commercial strategy of the image girls who, without really being typical of a drinking party, can condition it to the point of turning it into a space of segregation and naturalization of violence. Contributions: It has been shown how gender, class and ethnicity axes modify the experience and practices of the participants in the observed botellones, making it impossible to speak of a single, easily definable phenomenon. In this sense, it is considered that sufficient data has been provided to expand the traditional academic and popular definition of a youth practice characterized by intensive do-it-yourself alcohol consumption. It also offers an unusual view in this type of work on botellones, since the regulations have been studied at an ethnographic level, that is, the laws or regulations themselves have not been analyzed, but rather the people with agency who applied them: the municipal technicians.

Keywords: Botellón, masculinities, Masculinization Strategies, ethnography, Risk Reduction, Image Girls, right of admission.

1. Introducción. Globalización, botellones y binge drinking.

1.1 Presentación

Las siguientes páginas son el resultado de cuatro años de trabajo etnográfico en torno a la práctica del botellón en la Región Metropolitana de Barcelona. Su realización fue posible en gran medida gracias al marco que para el estudio y la reflexión de cuestiones de género facilita el Instituto Universitario de Investigaciones de Estudios de las Mujeres y de Género de la Universidad de Granada, al cual, y me refiero con ello a las personas que lo componen, les estoy agradecido. No obstante, para hacer sostenible esta etnografía, pues se ha realizado sin ningún tipo de beca o soporte económico, tuve que construir sinergias entre el ámbito laboral y académico, siendo para mí el único camino para conseguir una inmersión total en el fenómeno y enriquecer así mi acercamiento al objeto de estudio. Además, fue una oportunidad para recorrer en equipo parte de una travesía por lo general bastante solitaria. Por ello, cabe un especial, sincero y cariñoso agradecimiento a todos, todas y todes les compañeres de la ONG Asociación Bienestar y Desarrollo que han compartido su trabajo, esfuerzo, ideas e implicación.

Para iniciar explicaré cómo nace mi interés y relación con la práctica de botellón hace ya más de veinticinco años. Soy de Barcelona, pero mi familia es de un pueblo de Granada donde solía veranear en mi niñez y juventud. Fue durante el verano de mis catorce años, mientras comía en casa de mi tía con unos amigos de mi edad, cuando estos me propusieron ir por la noche a *una botellona*. En mi total desconocimiento pregunté en qué consistía aquello, mi sorpresa fue cuando mi tía, profesora del instituto del pueblo y perfectamente informada, contestó con rapidez: *eso son los zagales que se van a beber calimocho al parque*. A partir de aquel verano de 1998 y durante muchos años después, el botellón fue una práctica central de mi ocio nocturno, un lugar donde descubrir y compartir amistades, alegrías e ilusiones; decepciones, desencuentros y pesares; por desgracia, también situaciones de violencia como abusos policiales o el abierto desprecio de los locales de ocio nocturno. Por ello, en las primeras etapas de mi juventud, la calle siempre fue un lugar mucho más acogedor e interesante que cualquier bar o discoteca, siendo imposible a día de hoy no empatizar con quienes realizan una práctica que hasta no hace mucho sentía como propia.

El tiempo ha cambiado mi relación con el botellón substancialmente. Por ejemplo, cumplir años ha conllevado practicarlo en ocasiones muy concretas y puntuales, por lo general como preámbulo o *previa* de fiestas donde asisten personas próximas a mi edad, pero rara vez es ya un elemento central de mi ocio nocturno. Otro cambio de agradecer es pasar mucho más desapercibido para policías y vecinos, pudiendo practicarlo cuando se terciaba con mayor tranquilidad. Pero lo principal es, que tal y como reza el dicho mexicano, *no es lo mismo ser borracho que cantinero*; igual que no es lo mismo realizar una práctica que analizarla. Aunque son placeres muy distintos y en la mayoría de ocasiones poco complementarios, no es menos cierto que resulta igual de grato recordar los primeros botellones de adolescente borracho como su redescubrimiento posterior como etnógrafo cafetómano. La emoción de observar y analizar una cotidianidad exotizada junto a la satisfacción de darle una explicación plausible; podría ser equivalente a las sensaciones de libertad, incertidumbre o excitación producidas por aquellas primeras salidas nocturnas. Placeres etnográficos que, quizás por ser aún novato en la profesión, reaparecen una y otra vez con diferentes intensidades y matices, pudiendo considerarlos una de las motivaciones principales para completar esta tarea. Por ello, de forma totalmente excepcional me tomaré la licencia de relatar una historia con el único

apoyo de la memoria, permitiéndole al recuerdo decorar y completar los rotos causados por el tiempo. Se trata de la primera vez que asistí a un botellón con intención de analizarlo y cuya evocación sesgada e idealizada influye más allá de mi voluntad en la perspectiva de este estudio.

En 2016 andaba terminando la carrera de antropología y para ello debía desarrollar un trabajo de observación a partir del cual proponer una intervención en un espacio público. Captó la atención de mi grupo de trabajo una serie de noticias sobre una línea de tren que los medios de comunicación denominaban *el tren del botellón*. La cuestión era y sigue siendo que, tanto en Badalona como en Mataró —ambas ciudades conectadas con Barcelona por un tren de cercanías— existen locales de ocio nocturno donde las noches de viernes realizan fiestas para mayores de dieciséis años. Así, el penúltimo tren de cercanías que cubre el trayecto desde Hospitalet hasta Mataró —Barcelona y Badalona están entre ambas localidades— cada viernes a las 23:30 se llenaba de menores de edad consumiendo alcohol de camino a las discotecas. Con esta información extraída de noticias y diarios, las cuatro personas que componíamos el grupo de trabajo decidimos ir una noche a observar cuanto de todo aquello se ajustaba a la realidad.

Subimos al penúltimo tren de un viernes de octubre en la estación de Hospitalet, no se respiraba agobio, pues hasta pasar por Barcelona en las siguientes estaciones no solía abarrotarse de jóvenes ni de otro tipo de usuarios o usuarias. Nos sentamos al final del vagón en una posición que nos permitía verlo en toda su extensión y esperamos sin más al desarrollo de acontecimientos. En cuestión de dos paradas el tren se masificó con jóvenes de camino a las discotecas y, en menor medida, con otros tipos de personas. La incomodidad de quienes no estaban de fiesta era clara; palpable en sus miradas de soslayo o en los comentarios susurrados que se hacían entre sí. Si bien, pese a la estrechez, se mantuvo la distancia y el respeto mutuo. Llegando a la altura de San Adrián de Besos, ya en la periferia de Barcelona, apareció por las puertas que unen los vagones entre sí un equipo de reporteros de Radio Televisión Española, camarógrafo y entrevistadora, ambos deseosos de anécdotas succulentas para registrar. El azar quiso que se detuvieran con un grupo sentado frente a nosotros. Eran cinco chicos y una chica, todos de entre dieciocho y veinte años. La conversación se condujo más o menos en los siguientes términos:

Primera pregunta de la reportera —¿Sois menores de edad?

Joven – No, tenemos todos más de dieciocho.

La reportera se dirige al cámara —Da igual, no grabes las caras por si acaso— obediente baja el objetivo— ¿A dónde vais? — Siempre responderá el mismo chico mientras los compañeros lo jalean por detrás

—Vamos a Mataró de fiesta.

—¿Y qué bebéis? – el chico señala varias bolsas y dice.

—Whisky, Vodka, depende.

—¿Cuánto bebéis?

—Buha!! Pues no sé..., depende la noche. En el tren de camino me puedo beber dos o tres cubatas y luego allí antes de entrar, pues depende, pero..., otros dos o tres.

—¿Por qué bebéis en el tren?

—Pues porque te lo pasas mejor y para aprovechar el tiempo porque luego en la discoteca las copas son caras ...

[...] Sin haber transcurrido ni treinta segundos, la reportera cortó la entrevista pidiéndoles a los jóvenes para finalizar que sirvieran una copa delante de cámara. Presenciamos la escena sorprendidos, pues lo primero en llamar nuestra atención fue que la cantidad de alcohol transportada por el grupo de jóvenes difícilmente daría para la cantidad de copas que aseguraban consumir. A partir de ahí tuvimos la oportunidad de compartir el camino hasta la discoteca con el grupo, pudiendo incluso hablar con algunos jóvenes. Descubrimos para sorpresa de nadie que, de los seis cubatas previstos para antes de entrar, el joven únicamente consumiría dos, y, por supuesto, la fiesta se preveía mucho menos salvaje de lo declarado ante las cámaras. Esa realidad observada, contrastada y matizada en primera persona, no fue óbice para ver en el telediario del día siguiente una alarmante noticia sobre el *tren del botellón* con nuestro amigo como protagonista. Sin enseñar el rostro, confesaba consumos estratosféricos mientras un rótulo a pie de pantalla lo identificaba como menor de edad. La noticia enlazaba con quejas vecinales, de pasajeros y pasajeras del tren, rematando para finiquitar con un experto capaz de resumir en dos frases los estragos del alcohol. En total, no más de un minuto de noticia.

Más allá de las conclusiones propias de un ejercicio académico sin recorrido, de este primer encuentro etnográfico con el botellón ha perdurado una sensación ratificada muchas veces. Durante aquella observación participamos de un suceso que para estudiantes de último curso de antropología fue interpretado como la confirmación práctica de las virtudes de una mirada antropológica. Algo que en nuestra realidad aún pertenecía al terreno teórico: una comprobación fáctica de que la observación participante y por extensión la etnografía alcanzaba donde otras técnicas y profesiones no eran capaces o no estaban dispuestas. Ese día disfrutamos por primera vez del valor genuino de hallarse en el espacio/momento donde suceden las cosas.

De esta manera concilié para mí dos mundos fascinantes, el ocio nocturno con la etnografía. Hasta el punto que, salvo en contadas excepciones, nunca me han interesado académicamente otros temas de investigación y he dedicado mi desempeño como etnógrafo casi exclusivamente a los botellones. En el transcurso de todas esas noches de observación, existe un detalle curioso y divertido, pero muy representativo de las diferentes lecturas que las personas a quienes he observado han hecho de mí. Me han confundido con infinidad de personajes: padre en busca de sus hijos o hijas, hermano mayor de mi compañera de observación y en otra ocasión con su profesor; bastantes a menudo con policía secreta e incluso la propia policía, la única que en ese contexto me creía cuando decía que era etnógrafo, me propuso trabajar de soplón en el aparcamiento de una conocida discoteca de Tarragona. No hace mucho, en el último botellón observado, junto a las compañeras de SEXus y Energy Control, nos pusieron el mote de *los de los soplos*, pues solemos ofrecer el uso del alcoholímetro, lo cual les resulta bastante divertido a muchos y muchas jóvenes. Podría parecer menor, pero existe un gran salto cualitativo entre la figura del antropólogo solitario próximo en el imaginario a un *secreta* o *soplón* en busca de información sensible, y la figura más próxima a un pseudo-educador de calle dispuesto a ayudar. Conseguir este cambio a todas luces positivo, ha implicado una (re)construcción de mi propia identidad y de mi labor dentro de estos espacios. Debo reconocer que gran parte del mérito no ha sido mío, pues me he limitado

a aprovechar y aprender de las estructuras y experiencia tanto de Energy Control como de SEXus, lo veremos con detenimiento en la parte metodológica.

Dicha (re)construcción irremediamente ha acarreado un cambio de perspectiva, pasando de concepciones generalistas del botellón a perfilarlo poco a poco con cuestiones relacionadas con el sexo-género, la clase social, el racismo o la influencia de mi propia masculinidad en el estudio. Se ha producido una progresiva toma de conciencia de las realidades diversas y atravesadas de inequidades que modifican las experiencias aparentemente homogéneas; en definitiva, comprender que hablamos de un fenómeno que raramente es de jóvenes para jóvenes y donde intereses políticos y comerciales lo posibilitan o limitan según su provecho. Empero, más allá de la nostalgia o mi propio parecer, es innegable el amplio consenso existente para definir el botellón como un problema social. Aunque, siendo esto último cierto, no es menos cierto que no existe actividad humana considerada un problema social únicamente por sus repercusiones directas en la salud pública, el medio ambiente o la delincuencia. Adam Jamrozik y Luisa Nocella (1998) realizan una buena definición en este sentido a partir de la cual comienzan a desprenderse las preguntas centrales de esta investigación.

Como todos los fenómenos sociales, los problemas sociales son “construcciones sociales”, es decir, son condiciones, actividades, actitudes, etc. Que en algún momento pueden percibirse como “problemas”, aunque puedan haber existido en la sociedad durante algún tiempo sin serlo. (1998. p.)

Entonces... ¿Cómo, por qué y para quién se ha constituido en un problema el botellón? Una pregunta compleja de responder sin plantear otras: ¿Quién y cómo posibilita una práctica determinada en el espacio público? ¿Qué relaciones de poder articulan dicho espacio? ¿Quién disfruta de qué y por qué? ¿Qué riesgos existen? ¿Son iguales para todas las personas? Intentar responder con honestidad a estas preguntas ha guiado el trabajo —de forma inesperada y poco predeterminar en la mayoría de ocasiones— hacia un análisis desde las masculinidades hegemónicas, desde mi propia masculinidad y sus repercusiones, posibilidades y limitaciones. De la resolución satisfactoria de esas tensiones y dudas, surgirá, o no, la capacidad para conseguir los objetivos fijados en esta etnografía.

Para concluir con las presentaciones me gustaría explicitar notoriamente la función hasta ahora más o menos implícita de este preámbulo y que, en mi opinión, todo buen trabajo científico debería exponer claramente desde el inicio para ubicar o prevenir a quien tenga intención de leerlo.

Los últimos cuatro años han supuesto un tiempo intenso de trabajo para aportar datos a la etnografía, si bien no todo lo reflejado en adelante son datos crudos sin más. El escrito recoge de forma tácita veinticinco años de vivencias y especialmente en los últimos ocho, en los cuales observar e intervenir en estos lugares se ha convertido en una pasión, en mi principal motivación académica y, siempre que el mundo laboral lo ha permitido, en parte de mi profesión. Por todo ello, mi posicionamiento ante los hechos, actitudes o circunstancias presenciadas y descritas durante esta investigación nunca fue, ha sido, ni pretende ser neutra o equidistante. Al contrario, es dependiente y producto de condicionantes sociales e ideológicos —sesgos, a fin de cuentas— o, en palabras de Donna Haraway (1995[1991]), de un *conocimiento situado* cuya intención última no es alumbrar verdades objetivas; es aportar una visión de tantas al conjunto de subjetividades compartidas o intersubjetividad que componen la sociología. Con todo, no desearía que mis palabras nos condujeran a engaños respecto a mi posición como investigador en

términos de Haraway. Podría continuar argumentando honorablemente la elección de mi campo de estudio a partir de las emociones expresadas un poco más arriba y aducir mi compromiso de clase, decolonial u otras cuestiones que no serían necesariamente mentira. Pero si lo hiciera obviaría el motivo principal de mi elección, pues no se trata, que también, del repudio al antropólogo hortera con salacot, bermudas y calcetines altos que analiza la otredad de un mundo exotizado; como de no tener la posibilidad de hacerlo.

No nos engañemos, en la actualidad, a un antropólogo sin más filiación que la de estudiante universitario, no le es nada sencillo acceder al campo de estudio por muy cercano geográfica o simbólicamente que se halle. Como para añadir problemas logísticos y morales extraordinarios. Pensémoslo detenidamente, observar un botellón requiere de noches en vela, de desplazamientos por la ciudad y a otras localidades, de un buen estado de ánimo para interactuar en un lugar festivo con personas de fiesta y asumir cierto riesgo en algunas de esas interacciones. Agreguémosle que, si no se cuenta con recursos, se debe compaginar con otras actividades que te permitan vivir ¡A la postre, un sinvivir!

Todas estas cuestiones logísticas, en palabras de Dauder García y Marisa G. Ruíz Trejo (2020) —a quienes mencionaremos en adelante de forma más detenida— fuera campos de las investigaciones, conllevó que, hasta el inicio de esta tesis doctoral, los desplazamientos al campo siempre fueron esporádicos y fortuitos. Observaciones inconexas y con poca profundidad como para aportar datos suficientes para la comprensión de ningún fenómeno. Cuando esto sucede —sin lugar a dudas— la mejor alternativa para aproximarse al campo de estudio es la opción del antropólogo de salón —la lectura. Por ese motivo y porque los estándares lo requieren, iniciaremos la inmersión en el botellón a través de la literatura académica.

1.2 Contextualización histórica: De la Ruta del Bakalao al botellón en pandemia, jóvenes y globalización.

Todo comienza con el fin del verano del amor en 1987. Nuria Romo (2001) considera esa fecha un punto de inflexión para la aparición de nuevos patrones de ocio y fiesta. Nos cuenta que ese año al terminar las vacaciones veraniegas en Ibiza, los turistas ingleses regresaron a su fría tierra y la nostalgia de unos meses mágicos en las Baleares, les empujó a organizar en su propia isla fiestas inspiradas en el espíritu de aquel verano extraordinario; dando lugar a las primeras raves como tal. Desde un inicio, la nascente escena cultural se vincula a la música electrónica como el Acid House y al consumo de sustancias como el MDMA, la anfetamina o el LSD (Romo, 2001). En palabras de la autora, se tratarían de:

[...] nuevas modas, nuevas formas de estar en sociedad, que afectan a grupos importantes de jóvenes relativamente normalizados en otras esferas de su vida. (2001, p. 22).

En definitiva, Romo constata la aparición a nivel europeo de nuevos estilos de vida cuya identidad está vinculada a la música electrónica y a determinados espacios y sustancias. Para entender el significado profundo de la afirmación de Romo, es necesario tomar un ligero desvío hacia las teorías de las subculturas juveniles. El término subcultura fue acuñado por Stuart Hall y Tony Jefferson en 1975; en el compendio de estudios con diferentes autorías; editado por ellos dos; y titulado *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. La obra contiene algunas de las primeras descripciones de prácticas juveniles en contextos

urbanos occidentales entendidas como fenómenos culturales con identidad propia —a día de hoy constituye un referente ineludible. Hall y Jefferson definen las subculturas de la siguiente manera:

subconjuntos: estructuras más pequeñas, localizadas y diferenciadas, dentro de una u otra de las redes culturales más amplias. (Hall y Jefferson. (eds.), 2014 [1975], p. 66).

Quien no esté muy familiarizado con el concepto debería remitirse a nociones de hegemonía y subalternidad entendiéndolas, como lo hacía Gramsci, como posiciones, ideas y sobre todo prácticas sociales intercambiables y complementarias. Con ese enfoque, las subculturas quedarían definidas como expresiones generacionales de una clase social determinada y supeditadas irremediabilmente a la cultura hegemónica que las engloba. Es relevante no perder de vista los vínculos dentro de esas «redes culturales más amplias», pues del mismo modo que sin conocer la dinámica de un juego de Matrioshkas podemos obviar que una contiene a otra, puede resultar sencillo, sobre todo, en materia de botellón, subsumir condicionantes de clase o género bajo elementos generacionales.

Estos subgrupos o subculturas adquirirían rasgos propios y diferenciales respecto al contexto cultural más amplio mediante diversos mecanismos sociales. Para ilustrarlo, Sarha Thorton (2003 [1995]) realiza un hábil ejercicio teórico aplicando el concepto de «habitus» de Pierre Bourdieu al marco de las subculturas. Como resultado, la autora acuña el término de «capitales subculturales» para referirse al «habitus» que caracteriza a una subcultura determinada, es decir, aquellas prácticas que permiten a los grupos pensarse a sí mismos y distinguirse del resto (Thorton. S, 2003 [1995]). A la manera de Thorton. S (2003 [1995]), Carles Feixa (1998) acuña la noción de «estilo»; similar, pero no homologable, a la de «capital subcultural». En lugar de valerse de Bourdieu, emplea a Lévi-Strauss como bisagra teórica, para conjugar dos procesos culturales, el bricolaje y la homología. Por bricolaje se refiere a la reorganización y resignificación de signos existentes en una sociedad dada para adaptarlos a nuevos contextos y funciones; la homología es la vinculación de una práctica o símbolo concreto con un determinado «universo estilístico» y su identidad correspondiente (Feixa, 1998:101). Así, la conformación de una subcultura vendría dada por un proceso de bricolaje llevado a término por un subgrupo social que resignificaría ciertas prácticas y símbolos adaptándolos a su realidad específica; a su vez, las prácticas y símbolos resignificados pasan a ser [capitales subculturales] homologables a los valores o ideología del subgrupo (Feixa, 1998). De esta forma, los «estilos» los podemos leer como procesos de innovación cultural que en última instancia son expresiones performativas de una clase social en una encrucijada histórica determinada.

Regresemos ahora al camino principal para retomar el contexto histórico inicial. Una característica del «estilo» introducido por la escena cultural de los 90's (Romo, 2001) es la adopción de «capitales subculturales» como el consumo de sustancias estimulantes para soportar largos fines de semana concebidos como eventos ininterrumpidos destinados al baile y al ocio nocturno (Baigorri y Chaves, 2004).

En España, estos nuevos hábitos de ocio de una parte de la población, supusieron un cambio en el imaginario colectivo del país. A lo largo de los 80's los estereotipo sobre las personas consumidoras remitían a un varón heroinómano con actitudes o circunstancias marginales; en cambio, a partir de los 90', el nuevo tipo de fiestas atraen a una

gran diversidad de personas entre las cuales no suelen darse actitudes o circunstancias marginales —es decir, jóvenes «normalizados en otras esferas de su vida» (Romo, 2001, p. 22). Si buscáramos causas o motivaciones para este tipo de cambios, Oriol Romaní nos ofrece algunas orientaciones. Señala que, en un contexto de constantes cambios sociales y tecnológicos que facilitan el flujo de mercancías, ideas y malestares, las drogas se convierten en un producto global susceptible de ser consumido como solucionador de problemas de la cotidianidad —favorecido además por un sistema médico tendente a la medicalización de las emociones y los conflictos (Romaní; 1997). De ahí se desprenderían una parte primordial de los nuevos usos problemáticos de las sustancias, los cuales hallarían su origen en dinámicas de mercado y en la presión que estas ejercen sobre la cotidianidad.

Con este posicionamiento, Romaní define el riesgo como una estimulación permanente de los deseos dentro de una lógica consumista (Romaní: 2010, p. 23) y su gestión dependerá de la capacidad de administrar dichos estímulos. Para el autor, los constantes incentivos para el consumo, y aquí es donde entra en escena la agencia y las experiencias personales, generan procesos de aprendizaje y un control progresivo del riesgo a partir de la exposición al mismo. De esa manera, deja de pensarse el riesgo como un daño seguro para repensarlo como una oportunidad potencial de éxito, la consecución del cual aporta un beneficio a la persona dentro de su grupo de iguales (Romaní; 2010). Es decir, a partir de los 90's se producen sinergias entre deseos, necesidades y posibilidades en un segmento de la sociedad occidental, que normaliza las drogas como un producto de consumo de un mercado global. Siendo así, el «habitus subcultural» (Thornton, S, 2003 [1995]) de dedicar el fin de semana al ocio nocturno para evadirse de la cotidianidad tiene tanto que ver con elecciones personales y generacionales como con ser la opción cultural más disponible.

Ernesto Canclini (1995), estudioso en temas de globalización y capitalismo, describe las tensiones entre las estructuras sociales siempre limitantes y la plasticidad de las capacidades individuales y comunitarias para subvertirlas. Ese balanceo constante entre estructura y agencia termina siendo un potente precursor de estrategias culturales y sociales innovadoras, cuyo fin último es permitir a las y los individuos acceder a formas de consumo o estatus negados por otros canales. Por eso sucede que, ante una misma tendencia u oferta global, habría diferentes formas de acceso en conformidad con las condiciones de posibilidad locales, comunitarias e individuales. Las expresiones culturales resultantes de estas estrategias serán singulares en cuanto fruto de la localidad, pero en esencia similar en cuanto insertas en una estructura global (Canclini; 1995). De esta manera, cuando los nuevos usos y costumbres globales de los 90's entraron en contacto con la realidad local valenciana. En lugar de producirse un fenómeno rave como en Reino Unido (Romo, 2001), se sustanció en una red de macrodiscotecas fuera de los espacios urbanos, dando lugar a finales de los 80's a la cultura de club de la Ruta Destroy o Ruta del Bakalao (Baigorri et al., 2004). El ejemplo de la Ruta nos ilustra como una tendencia global adquiere forma local al entrar en contacto con elementos estructurales e individuales; para inmediatamente retornar a los flujos globales, ahora, matizados a partir de un genuino y particular toque exótico.

La popularización de la Ruta Destroy más allá de su contexto puramente regional a principios y mediados de los 90, conllevó varias cuestiones aparejadas que tendrán su influencia posterior: en primer lugar un gran número de personas realizando desplazamientos en coche durante el fin de semana, no solo de una discoteca a otra, también desde diversos puntos de la península hacia la costa mediterránea, aumentando

notablemente el riesgo de siniestralidad al volante entre personas jóvenes (Baigorri et al., 2004); segundo, los interiores de las salas se masificaron haciendo más apetecibles los exteriores, esto sumado a unos horarios maratonianos donde los locales cerraban lo estrictamente exigido por la ley, termino generando la concurrencia entre discotecas y público para emplear las zonas de aparcamiento a veces para descansar a veces para continuar. De inmediato, el “parkineo” adquirió atractivo propio, convirtiéndose en parte importante de la dinámica habitual de la fiesta y, en ocasiones, en un elemento central de la misma.



Imagen 1: Entrada de la discoteca A.C.T.V. a principio de los 90´ vista desde la playa de la Malvarrosa (Valencia). A.C.T.V. será la única discoteca de la ruta ubicada dentro de un casco urbano. Fotografía cedida a Tentaciones, EL PAÍS, por Sito el 14/12/2016.

Añadir como curiosidad una opinión menos académica, la de algunas y algunos rutereros y periodistas de la época, expresada en el documental: *El injusto trato a la ruta del bakalao*. Quienes juzgan que será la misma fama adquirida por la ruta quien acarree su propio fin, entre otras cuestiones por la creciente alarma en los medios de comunicación, quienes de forma justificada o no, gustaban de centrarse en torno a los accidentes de tráfico y el consumo excesivo de sustancias psicoactivas. Todo ello derivó en una presión policial totalmente sobredimensionada que termino modificando los hábitos de fiesta, acotándolos a zonas urbanas y más próximas a los lugares de residencia.



Imagen 2: Registro policial con perros entrenados para la detección de sustancias en la carretera de El Saler, donde se ubicaban muchas de las discotecas de la ruta (Chocolate, Barraca, Puzzle, etc.) Publicado por la Vanguardia el 15 de noviembre de 1993.

En cualquier caso, un cambio de tendencia dentro de una dinámica social siempre es multicausal, no pudiendo achacarla a un único factor por pintoresco que resulte. Lo cierto es que estas formas de ocio o gustos se desplazaron de las zonas rurales donde se ubicaban las macrodiscotecas a espacios urbanos. Será a partir de aquí cuando empecemos a escuchar las primeras noticias sobre el botellón, tal y como lo conocemos hoy en día (Baigorri y Chaves; 2006). Artemio Baigorri y Mar Chaves (2006) rastrean el término en la prensa hasta un artículo de 1995 en el diario EL PAÍS. Donde describieron el fenómeno como una nueva forma de ocio juvenil o estilo de vida, producto del descontento generado por el precio de las copas en las discotecas y las limitaciones horarias impuestas al ocio nocturno desde 1991, las cuales supusieron disturbios en algunas ciudades españolas (Baigorri y Chaves, 2006). Si atendemos a esta primera descripción del botellón, vemos que desde el principio se nos presenta como un acto de empoderamiento frente a una coyuntura estructural —en este caso el precio de las copas y el horario de los locales. En 2021, aun en pandemia y justo cuando arreciaba la demonización del ocio nocturno por cuestiones horarias similares, la Revista Periferia rescató muy acertadamente el artículo de Carles Feixa: *Pijos, progres y punks. Hacia una antropología de la juventud urbana* (2021[1998]), donde el autor reseña precisamente esa tensión entre agencia y estructura tan característica del ocio nocturno. La conclusión más relevante del artículo destaca las connivencias en el ocio nocturno con las lógicas de mercado, que terminaran por modular, adecuar y canalizar toda la innovación cultural a la cual hacíamos referencia antes (Feixa, 1998). Feixa lo expresa de la siguiente manera:

Su ocio [el de los jóvenes] no es ni mucho menos libre. Las industrias del consumo juvenil ya se encargan de explotarlo al máximo, induciendo necesidades y creando modas, reproduciendo la lógica de la producción y del mercado que asegura doblemente la subordinación de los jóvenes: sujetándolos mediante el consumo a las normas del sistema, poniendo límites a su acción, trazando unas fronteras precisas fuera de las cuales se sientan desplazados. (Feixa, C., 2021 [1989], p. 240)

Para entender un poco mejor la problemática advertida por Feixa, regresaremos una vez más al contexto histórico de los 90's, pero centrándonos ahora en el área metropolitana de Barcelona. Donde veremos cómo ese desplazamiento del ocio nocturno hacia zonas

urbanas tiene un correlato claro con la restructuración urbanística a la que es sometida la zona durante la década de los 90's y hasta mediados de los 2000. Los diferentes procesos de gentrificación puestos en marcha en la ciudad durante este periodo se han articulado a partir de dos eventos de proyección mundial, los Juegos Olímpicos de 1992 y el Fórum de las Culturas de 2004 (Crespi-Vallbona y Mascarilla-Miró, 2018). Aquí haremos breve referencia al caso del Rabal y de la Barceloneta, por considerarlos representativos y paradigmáticos de una tendencia general.

El Rabal de Barcelona ha sido estudiado por autores como Joan Subirats y Joaquim Rius (2006) o Manuel Delgado (2008), quienes han descrito a la perfección el proceso de gentrificación al que han sometido al barrio. Se diseñó un plan de “regeneración” urbanística donde se derruyeron manzanas enteras argumentando la necesidad de saneamiento y mejora de infraestructuras. La destrucción de patrimonio público y privado simplificó la expulsión de las y los vecinos de menores rentas, con actividades conflictivas o simplemente poco adaptados a los tiempos modernos.

Paralelo al proceso de expulsión y destrucción, se dio otro de construcción de nuevos edificios institucionales como museos, filmotecas o universidades, cuya finalidad última era sustituir a los recién desplazados con las clases medias de otros puntos de la ciudad y de fuera de la misma (Subirats y Rius, 2006; Delgado; 2008). Miquel Aramburu Ortazun (2002) describe el doble efecto generado en el Raval por estos procesos de expulsión y atracción de estratos poblacionales. Para el autor la llegada de la nueva migración extranjera al barrio origina un tipo de necesidades y formas de consumo nuevas y específicas que llevan aparejado un nuevo tipo de comercio étnico destinado a cubrir esas necesidades y, al fin al cabo, un motor revitalizante y dinámico para un barrio económicamente deprimido en ese momento. Estos nuevos comercios son percibidos desde dos puntos de vista: los comerciantes autóctonos lo consideran “degradante” desde una concepción racista que vincula la migración con la marginalidad y la delincuencia. Y, por otro lado, los sitúan como chivo expiatorio del decaimiento del pequeño comercio local. Ahora bien, las nuevas clases populares atraídas al barrio leyeron a estos comercios como parte consustancial de la revitalización y nuevo encanto del barrio (Aramburu, 2002). Aramburu, describe como, en primera instancia, estos comercios sirven para visibilizar la migración fuera del imaginario colectivo de la delincuencia, vinculando a los y las migrantes con actividades apreciadas en el barrio. No es menos cierto que a través de un conjunto de recursos discursivos, esa imagen inicial se vuelve a subsumir bajo el imaginario general —los comerciantes migrantes del barrio serían una suerte de excepción del fenómeno migratorio. Por ejemplo, a la inmigración pakistaní se la conceptualizaría como trabajadora, a partir de visualizarla como tenderos. Mientras que a los marroquíes se les relacionaría más con el tráfico de drogas a partir de leerlos como miembros de un país productor de hachís (Delgado y Carreras; 2005). En lo referente al ocio nocturno, Delgado y Carreras (2005) apuntan a la ambigüedad de la normativa respecto al derecho de admisión como una herramienta para aplicar un tipo de racismo basado en esa etnificación de la migración en los locales y bares de Ciutat Vella en Barcelona. Cuyo fin último es, desde supuestos racistas y clasistas, un ennoblecimiento del distrito (Delgado y Carreras; 2005).

Federico Besserer (2014) —estudioso con un reconocido recorrido en lo tocante a migraciones y transnacionalidad— señala como telón de fondo un cambio global en el modo de acumulación, el cual, según el propio autor, recibiría varios nombres a partir del marco conceptual desde el que se interprete: “posfordismo”, “capitalismo tardío”, etc. El nuevo sistema comporta el paso de una economía centrada en la industria a una centrada en los servicios, pero necesitada igualmente de flujos de mano de obra

precarizada. La crisis de 2008 —la primera de gran magnitud del nuevo sistema— habría impactado, sobre todo, en la población migrante de las ciudades, quiénes en gran medida estarían pagando los costes morales y económicos de la crisis (Besserer, 2014), lo cual conlleva un crecimiento de la economía informal como complemento de la precariedad y el endurecimiento de un “régimen de deportación” (De Genova y Peutz, 2010), aplicado fundamentalmente como incentivo al retorno voluntario de la población migrante sin papeles (Besserer, 2014). En su interpretación de estos fenómenos globales, Besserer (2019) habla de la existencia de regímenes sentimentales.

Propongo en esta sección que la relación entre gobierno y sentimientos es circular, un sistema de poder produce sentimientos, pero el sistema de poder está estructurado sobre un entramado de sentimientos. A esta circularidad es que le hemos llamado “regímenes”. El apartado distingue entre afectos (aquellos que tienen un efecto que crea subjetividad), sentimientos (que se constituyen en herramientas para darle sentido a la realidad aun cuando no pueda ponerse está en palabras) y emociones (que son parte de las tecnologías del yo en una sociedad de control). (Besserer, 2019, p. 29)

En esta línea, Aramburu (2022) ha descrito algunos de los discursos de exclusión que componen esos regímenes sentimentales descritos por Besserer (2019) Analiza la periferia barcelonesa para explorar las nociones populares de justicia redistributiva, las cuales se articularían a raíz de la percepción de una ventaja de ciertos sectores de la población leídos desde la otredad.

Las figuras del okupa, el inmigrante y el jornalero andaluz tienen en común que serían injustamente privilegiadas por el Estado, permitiendo que otros puedan sortear las reglas de juego establecidas para todos: los okupas porque accederían a la vivienda sin sacrificio, los jornaleros andaluces porque tendrían un régimen de desempleo más flexible que el régimen común, los inmigrantes porque tendrían preferencia a pesar de ser extranjeros. (Aramburu, 2022. p, 28)

Regresando de nuevo al Rabal de Barcelona, las consecuencias desde un inicio han sido la proliferación de comercios, espacios y actividades destinadas principalmente a personas jóvenes de clase media y turistas (Subirats y Rius, 2006). Recordemos en este punto a Henri Lefebvre (2013 [1974]) al señalar que las lógicas y usos del espacio público no son neutras en absoluto y suelen estar ligada al poder institucional, promoviendo y visibilizando aquellas prácticas que más participan de la hegemonía o de sus intereses. Carla Alexandra Filipe y Blanca Rebeca Ramírez (2016), dos investigadoras que han estudiado los conflictos por el espacio público nos recuerdan la importancia fundamental que da Lefebvre a la centralidad como una forma de articular la ciudad. Para las autoras, pese a existir alternativas para generar centralidades más allá de los cascos históricos, la realidad es que se da una conciliación entre el espacio urbano y las lógicas del capitalismo neoliberal (Filipe y Ramírez, 2016)

El otro ejemplo, quizás menos estudiado académicamente, pero igual de conocido y canónico, es el barrio de la Barceloneta. Montserrat Crespi-Vallbona y Óscar Mascarilla-Miró (2018) explican como el plan de recuperación de la franja litoral, pensado para las Olimpiadas del 92, arrasa los típicos chiringuitos de pescadores que habían dado fama e identidad al barrio para construir avenidas, restaurantes y hoteles. Con el tiempo, la supuesta “recuperación del litoral” ha mostrado su verdadero rostro expulsando a buena parte de quienes residían tradicionalmente en el barrio, igual que en el Rabal, los nuevos espacios se pensaron y construyeron para uso y disfrute de personas de fuera. Una de las derivadas de esta situación son precisamente los problemas de convivencia relacionados con el ocio nocturno (Crespi-Vallbona y Mascarilla-Miró, 2018). Solo hace falta recordar durante la pandemia las reiteradas y escandalosas noticias sobre la Barceloneta por albergar botellones en sus playas que, para más inri, se podían ver desde la planta COVID del Hospital del Mar situado justo enfrente.



Imagen 3: Botellón en la playa de la Barceloneta; viernes 26 de marzo de 2021 captado por una neumóloga del Hospital del Mar mientras trabajaba. Fotografía publicada en la Vanguardia digital el 27/03/2021.

Para entender el proceso de extrañación que sufren las y los vecinos de la Barceloneta hacia su propio barrio, es muy aclaradora la definición de «orden urbano» realizada por Emilio Duhau y Ángela Giglia (2004), quienes han explorado los conflictos por el espacio urbano en el área metropolitana de Ciudad de México. Para el autor y la autora, el «orden urbano» sería:

El conjunto de normas y reglas tanto formales (pertenecientes a alguna jerarquía del orden jurídico) como convencionales a las que recurren los habitantes de la ciudad explícita o tácitamente en el desarrollo de las prácticas relacionadas con los usos y las formas de apropiación de los espacios y bienes públicos o de uso colectivo que, más allá de la vivienda, son los elementos constitutivos de la ciudad. (Duhau y Giglia, 2004, p. 258).

En base a la definición de Duhau y Giglia, la fotografía de la neumóloga debería entenderse como una protesta por la ruptura de un «orden urbano» derivado de una situación excepcional que apela tanto a la acción legal como al sentido común y cívico no legible. Más allá del contexto específico de la pandemia, el conflicto por el

establecimiento de un «orden urbano» determinado en la Barceloneta viene dado por un urbanismo y políticas institucionales que favorecen tácitamente el uso de la zona para la proliferación de negocios y practicas fuera del interés y posibilidades de los habitantes del propio barrio (Crespi-Vallbona y Mascarilla-Miró, 2018). En ese sentido, el botellón en la Barceloneta se consideraría una ruptura de un «orden urbano» que no contempla el uso de la playa para esos menesteres.

Desde la sindicatura de Greuges de Barcelona José Mansilla y Sergi Yanes (2022) realizan un informe respecto al botellón durante los años 2021 y 2022. Una de las cuestiones recogidas por el informe es como la alarma social y el eco generado por los medios de comunicación terminaran por movilizar a una serie de instituciones públicas y privadas en la ciudad para acordar disposiciones restrictivas con el fin de contener el fenómeno. Una de estas medidas fue la reapertura de ocio nocturno (Mansilla y Yanes, 2022). Si empleamos la terminología de Besserer (2019) el Covid 19 habría instaurado un régimen emocional que justifica la represión de la práctica del botellón. Un indicador para apoyar el carácter eminentemente emocional de las medidas tomadas en estos años, nos la da el mismo informe del Síndico al señalar que en 2021 y 2022, pese a toda la alarma social:

no s'ha pogut trobar cap d'informe, estudi, pla o diagnòstic dut a terme per professionals del tercer sector, administracions, institucions o organismes de diferent naturalesa que documentin i/o analitzin el fenomen del botellot durant els anys 2020 i 2021, tant a Barcelona com en altres municipis espanyols amb característiques similars. Davant d'aquesta situació, hem recuperat els únics dos informes publicats durant aquestes dates, tot i que l'anàlisi correspongui a la situació de l'any 2019 (i les tendències amb anys anteriors). El seu contingut ens permet obtenir una actualització de moltes de les situacions i comportaments que es documenten en els treballs que s'han presentat en el punt anterior. (Mansilla y Yanes, 2022, p. 30)

Hasta aquí llegaría la contextualización histórica y social de los orígenes del botellón en la Región Metropolitana de Barcelona. Tal y como han quedado presentados, sin tan siquiera haber hablado directamente de la práctica en sí, ya podemos ir intuyendo un fenómeno producto de la conciliación de varios elementos: un urbanismo en disputa que lo posibilita; la influencia de tendencias globales económicas e históricas que lo incitan; y la agencia de grupos sociales para adaptarse y generar nuevas predisposiciones y prácticas que lo reformulan y adaptan a los tiempos.

1.3. El Botellón: de la postmodernidad a la Reducción de Riesgos.

Tras un contexto general, nos sumergiremos plenamente en la literatura específica sobre el botellón y comprobar hasta qué punto la conciliación de los elementos antes enumerados, pero solo intuitos, ha sido descrita o no por la literatura científica. Aunque hemos hablado del uso de sustancias y apuntando algunas predilecciones de la cultura de club de la Ruta, no hemos mencionado la principal droga recreativa en la sociedad española y, por extensión, en un botellón: el alcohol. No referiremos a la sustancia, pero no justificaremos en esta investigación el consumo nacional de alcohol a partir de la cultura del vino o cuestiones similares (Amezcueta et al., 2011; Gómez, 2015). En ocasiones, se ha pretendido, mediante ejercicios de arqueología documental, asemejar los consumos públicos de alcohol a lo largo de la historia y establecer una suerte de pre-historia del botellón (Amezcueta et al., 2011). No obstante, algunos de estos mismos

autores, en otras de sus publicaciones (Amezcueta et al., 2012), advierten de la imposibilidad de: «referirse al botellón como una categoría monolítica y ahistórica sin caer en los tópicos que se han construido en torno al mismo» (p.6). Más allá del enfoque particular de este estudio, desde 1995 y la primera descripción del botellón han transcurrido casi veinte años (Baigorri y Chaves, 2006), en los cuales se ha construido alrededor de la práctica un problema social y un fenómeno sociológico. En esta construcción, el consumo de alcohol ha articulado muchas de las interpretaciones, hasta el punto de incluirse como una forma de consumo específica en estadísticas nacionales como la Encuesta sobre uso de drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES) o la Encuesta sobre alcohol y otras drogas en España (EDADES). En el inicio de este apartado nos haremos eco de estas estadísticas para hacernos una idea de su epidemiología. Así, al referenciar el resto de estudios cualitativos, tendremos una dimensión cuantitativa útil para el análisis.

Veamos una primera tabla sobre las prevalencias del Botellón:

Tabla 1.1.30.
Prevalencia de botellón, en los últimos 12 meses en la población de 15-64 años, según sexo y edad (%). España, 2022.

	15-24 años			25-34 años			35-44 años			45-54 años			55-64 años			15-18 años		
	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M	T	H	M
Botellón los últimos 12 meses	32,2	34,0	30,3	9,3	10,6	7,9	2,5	3,4	1,5	1,1	1,6	0,7	0,7	0,8	0,5	32,2	32,1	32,3

Tabla 1: FUENTE: OEDA. Encuesta sobre Alcohol y Drogas en España (EDADES, 2022)

Según refleja la EDADES (2022) el botellón sería relativamente común, aunque no mayoritario, entre personas de 15 a 24 años. Destacaríamos la franja de 15 a 18 años con una prevalencia del 32,2%. En lo tocante al género en esta última franja de edad, el porcentaje de mujeres es ligeramente mayor. Debemos tener en cuenta que este tipo de encuestas son confusas en cuanto a si se pregunta sobre el género o el sexo de la persona, en cualquiera de los dos casos faltarían otras opciones. En consecuencia, podemos ir sospechando que esta forma de recoger y desagregar los datos no describe la realidad con total fidelidad. Si bien, nos deberá servir para una primera radiografía por ser lo que hay.

Vayamos a la ESTUDES (2023) para detallar la franja de edad con los porcentajes más altos, la de 15 a 18 años.

Tabla nº 28. Prevalencia de botellón en los últimos 12 meses y últimos 30 días entre los estudiantes de Enseñanzas Secundarias de 14-18 años, según sexo y edad (%). España, 2023.		
	Botellón en los últimos 12 meses	Botellón en los últimos 30 días
Total	47,4	19,7
Sexo		
Hombre	44,8	18,9
Mujer	50,0	20,5
Edad		
14 años	26,6	10,9
15 años	40,9	17,4
16 años	54,9	23,4
17 años	59,6	24,1
18 años	57,8	23,4

Tabla 2: FUENTE: OEDA. Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES; 2023)

Lo primero que comentar, si comparamos ambas encuestas, comprobamos una disonancia en las prevalencias generales en la franja de edad de 15 a 18 años, varios puntos porcentuales mayor en la ESTUDES que en la EDADES, tanto para hombres como para mujeres. Simplemente, podría deberse a la forma de cocinar los datos o, como ya apuntábamos, a los sesgos propios de las encuestas. En cualquier caso, en la ESTUDES, serían los 17 años la edad donde se obtienen las prevalencias más altas de botellón con casi un 60%. Los datos nos dicen que a los 18 años se dan las mayores prevalencias de intoxicaciones agudas de alcohol en los últimos treinta días, con un 32,3% de las personas encuestadas (ESTUDES; 2023). Al comparar las prevalencias de dichas intoxicaciones agudas y las prevalencias del botellón, comprobamos que las primeras superan en 9 puntos porcentuales a las segundas. Con estos datos podríamos afirmar que el botellón es una práctica mayoritaria entre personas de 16 a 18 años, especialmente a los 17, y estadísticamente las intoxicaciones agudas pueden ser habituales sobre todo entre personas de 18 años, pero no solo en estas edades ni únicamente en estos espacios.

Finalmente, para hacernos una idea de la influencia del botellón en el consumo de otras sustancias, miremos una última tabla de la ESTUDES (2023).

Tabla nº 29. Prevalencia de consumo de tabaco, hipnosedantes (con o sin receta), cannabis, cocaína polvo y/o base, éxtasis, anfetaminas y alucinógenos en los últimos 12 meses entre los estudiantes de Enseñanzas Secundarias de 14-18 años según hayan realizado o no botellón en los últimos 12 meses y según sexo (%). España, 2023.						
	Total		Hombre		Mujer	
	Sí botellón	No botellón	Sí botellón	No botellón	Sí botellón	No botellón
Tabaco	47,8	9,2	44,9	7,8	50,5	10,9
Hipnosedantes con o sin receta	18,7	11,1	12,6	7,1	24,4	15,6
Cannabis	37,3	7,4	39,9	7,8	34,9	7,0
Cocaína polvo y/o base	3,8	0,8	5,4	1,1	2,4	0,5
Éxtasis	4,1	0,5	4,9	0,7	3,2	0,3
Anfetaminas	2,1	0,4	3,2	0,5	1,2	0,3
Alucinógenos	2,3	0,4	3,2	0,7	1,5	0,2

Tabla 3: FUENTE: OEDA. Encuesta sobre Uso de Drogas en Enseñanzas Secundarias en España (ESTUDES; 2023)

Constamos rápidamente que el consumo de tabaco y de cannabis es mucho más común que el de otras sustancias entre quienes asisten a botellones, nada sorprendente si tenemos en cuenta que son las sustancias más consumidas a nivel general después del alcohol. Es decir, no detectaríamos una gran diferencia con los datos globales sobre consumos de sustancias psicoactivas. Lo llamativo de la tabla vendría al comprobar que el botellón parece favorecer el consumo de todas las sustancias analizadas en el estudio. Tengamos presente que aquí podemos establecer como mucho una asociación de correlación entre botellón y sustancias, pero no podríamos hablar de causa-efecto directa, pues entre otras cuestiones no sabemos si estas personas realizan otras prácticas de ocio nocturno que impliquen consumos, o si las personas que no fueron de botellón realizaron otras prácticas de ocio nocturno que no implicaran consumos.

Antes de embucharnos sin más los datos presentados por estas encuestas, pensemos que, pese a parecer una medida de magnitud objetiva y aséptica, al analizar con detenimiento la forma de dimensionar el botellón me atrevería a calificarla como mínimo de peculiar. Sin contar los sesgos graves en lo tocante al sexo-género, si observamos ambas encuestas en su totalidad, veremos preguntas específicas según la sustancia. Esto responde —o debiera responder— a las características tanto farmacológicas como sociales percibidas por la evidencia científica previa; esta distinción entre sustancias implícitamente contiene una carga moral muy potente. Por ejemplo, extraer la prevalencia de intoxicaciones agudas única y exclusivamente del alcohol, además de darnos información valiosa sobre formas de dosificación y efectos de la sustancia más consumida y una de las más difíciles de dosificar, también desliza sibilinamente la posibilidad de intoxicaciones no agudas o, dicho de otro modo, consumos menos problemáticos. Escenario no imaginado para ninguna otra sustancia en la encuesta.

Pensemos como el planteamiento enlaza tácitamente, pero a la perfección, con la añeja recomendación ibérica y tan oportuna para la industria del alcohol, de tomar una copa de vino al día para mejorar la salud. Otro ejemplo, el botellón es una práctica equiparable a estar en una discoteca, en una fiesta de empresa, etc. Sin embargo, es la única práctica de ocio nocturno que se pone en relación con el consumo de todas las sustancias contempladas en el estudio (ESTUDES; 2023), deslizando en esta ocasión la idea de una puerta de acceso a las drogas más plausible que otras, afirmación para nada demostrada. Con esta lógica nos podrían surgir preguntas sobre prácticas muy extendidas por nuestra geografía —a saber, cuántos primeros poli consumos de cocaína y alcohol se producirán en bodas, bautizos y comuniones. Es de suponer que mientras no consideremos las bodas un problema social, los consumos en ese contexto quedaran ocultos. Así que tengamos en cuenta la dimensión estadística del botellón y el consumo de alcohol como lo que es, un esquema muy general e impreciso. Útil para una primera aproximación sobre la cual ir perfilando cualidades y detalles de un fenómeno mucho más complejo que el mero consumo de drogas.

Artemio Baigorri y Mar Chaves, ya citados anteriormente, en esta ocasión junto a Ramón Fernández y José López Rey, dan una definición del botellón que precisamente complejiza el fenómeno mucho más allá del alcohol u otras sustancias, lo califican como:

[...] una expresión que glocaliza las tendencias de ocio nocturno, por cuanto el trinomio, jóvenes, noches y alcohol está presente en todas las pautas de ocio nocturno en las sociedades avanzadas. (Baigorri, A., et otros 2004, p. 111)

Puesto que los precedentes históricos presentados en el primer apartado han seguido en parte la propuesta de Baigorri y Chaves (2004), esta definición rápidamente nos remite a una escena cultural global y a mecanismos de agencia y adaptación local que ya hemos mencionado. Dentro de ese marco general el y la autora pormenorizan seis elementos como causas directas del fenómeno: 1- La aparición de las sociedades de 24 horas —el empleo de la noche para el desarrollo de una parte de la vida, conlleva espacios urbanos donde no cesa la actividad; 2- la consolidación del ocio nocturno como sector económico de gran relevancia; 3- el poder de las multinacionales del alcohol; 4- la «placenta social», un término acuñado por Baigorri y Chaves para nombrar la aparición de la edad social de la juventud en el siglo XX y como esta ha ido ganando cada vez más peso en la historia vital de las personas —la formación de dicha «placenta» favorecería el tiempo libre y/o dedicado al ocio; 5- un control parental que ha cejado en determinadas funciones que ejercía tradicionalmente; 6- la degradación del sistema de bienestar a consecuencia del desmantelamiento de una parte sustancial de los servicios públicos ha provocado falta de espacios adecuados para los jóvenes (Baigorri y Chaves, 2006:165-167). Siendo así entenderemos el botellón como la reacción de un subgrupo social —la juventud española— ante necesidades propias que ni el mercado ni el resto de la sociedad puede o desea cubrir. Desde esta lógica, el botellón, no solo es una alternativa, también supone un conflicto por el espacio público y por el acceso a determinados consumos, entendidos en este punto de modo amplio más allá de las sustancias (Baigorri et al., 2004).

Podríamos considerar las publicaciones de Baigorri et al. (2004, 2006) el inicio de una serie de estudios con un prisma similar y cuyo valor distintivo entre sí y para sí, han sido sus diferentes desarrollos en diversos escenarios locales de la geografía española. Una muestra de ello es el estudio de María José Díaz, Rocío Martín, Concepción Piñeiro, Mireya Palavecinos, Javier Benayas y Enrique Alonso, publicado en 2009. El artículo trata el impacto socioambiental del botellón en la ciudad de Madrid. Caracterizan la práctica en esta ciudad a partir de cuatro elementos que seguramente nos empezarán a sonar recurrentes: Es una práctica de ocio muy vinculada al fin de semana; se produce en el espacio público; y es efectuada por personas mayoritariamente jóvenes —entendiendo la juventud como un estrato social relativamente homogéneo; por último, implicaría la ingesta de importantes cantidades de alcohol.

Dentro del mismo marco, Carlos Gómez en 2015 publicaría los resultados de su estudio sobre el botellón en la ciudad de Zaragoza. Sus conclusiones confluyen con Díaz et al. (2009) en cuanto a la caracterización de la práctica. Gómez (2015) añadirá que es una expresión cultural propia de la juventud vinculada a la tradicional relación de la sociedad española con el alcohol. Como ya se ha mencionado, este tipo de argumentaciones son recurrente en estos enfoques culturales y, aunque no ha sido mencionado anteriormente, por supuesto está presente en parte en los textos de Baigorri, Chaves et al. (2004, 2006). De hecho, Gómez (2015) sigue explícitamente a este grupo de autores cuando, más allá de este “rasgo cultural”, continua y significa el botellón fuera de mero consumo de alcohol como un espacio-momento generador de identidad, donde la juventud realiza un ritual de paso hacia la edad adulta. El autor plantea que en una sociedad donde a la juventud le cuesta cada vez más integrarse, la confianza en redes de apoyo institucionales como sindicatos se desvanece, adquiriendo gran importancia las relaciones dentro de los grupos de iguales. En este sentido, los «estilos» o «capitales subculturales» se tornan elementos identitarios clave, pero para desarrollarlos se necesitan lugares referenciales. La juventud al ser un sector subalterno no suele tener ninguno disponible y ahí es cuando se produce la apropiación del espacio

público. En el proceso de apropiación descrito por Gómez, la noche juega un papel crucial, pues en el imaginario colectivo es un tiempo cargado de expectativas y posibilidades distintas al día, permitiendo un desdoblamiento del espacio urbano necesario para que un grupo pueda ocuparlo desde la subalternidad. (Baigorri et al, 2004, 2006; Gómez, 2015).

Con el transcurrir del tiempo, las interpretaciones culturales del fenómeno se han asumido sin demasiada discusión por la comunidad científica, dejando paso a enfoques que, si bien parten de estas interpretaciones, están mucho más encaminados hacia la salud pública. Cuyo foco se centra fundamentalmente en medidas de reducción de riesgos en el consumo de alcohol juvenil. Antes de entrar en este tipo de enfoque, me gustaría señalar el salto cualitativo que supone pasar de describir y problematizar un fenómeno multicausal, a escoger un factor de esas descripciones y hacer de él el problema nuclear de la práctica. Así, el objeto de estudio real de estas investigaciones es el consumo de atracón o *binge drinking*, que de forma implícita muchas veces se equipara al botellón en sí. Amador Calafat (2007), nos explica en que consiste y de donde proviene la práctica:

Existe la dicotomía convencional norte-sur en Europa en relación con el consumo de alcohol. Desde ese estereotipo en los países mediterráneos viticultores, se bebe más vino, sobre todo en las comidas, y se emborrachan poco. Al contrario, los países del centro y norte de Europa son bebedores de cerveza y destilados, no beben en las comidas, y se emborrachan con cierta frecuencia, sobre todo los fines de semana. (Calafat, 2007, p. 219)

La práctica del *binge drinking* o consumo por atracón, nos remitirá una vez más un fenómeno de importación fruto de la globalización. Manuel Amezcua es quizá uno de los autores más representativos de esta perspectiva que aúna las preocupaciones del campo de la salud pública con una óptica social y cultural. Define así el botellón:

Con independencia de lo que se pueda hacer o no en el botellón, lo que lo define es el hecho de beber colectivamente productos que los propios participantes se proveen, pero algunos introducen un matiz, que es beber bebidas alcohólicas con desmesura. (Amezcua et al. 2012, p. 3)

En su tesis sobre el *Consumo colectivo de alcohol entre los jóvenes: la percepción social del riesgo* (Amezcua, 2012), también enclava la problemática principal en el consumo excesivo de alcohol, buscando sus causas en las motivaciones de las y los jóvenes y en los condicionantes sociales; con el fin último de poder implementar intervenciones de reducción de riesgos. De forma hábil construye la categoría de «riesgo consentido» (Amezcua, 2012, pp.384-388), un paraguas analítico bajo el cual emplaza aquellos riesgos conscientes asumidos durante la práctica del botellón para obtener unos beneficios determinados. En sintonía con Romani (2010), remarca una cuestión importante que hasta ese momento no parecía muy clara en el campo de la salud —en lo referente al consumo de alcohol al menos. Esto es, que los consumos junto a sus riesgos y daños derivados son colectivos y de ese modo deben abordarse. El autor, cuya intención última es la intervención, plantea el concepto de «riesgo consentido» (Amezcua, 2012, pp.384-388) precisamente para modificar las aproximaciones al fenómeno del modelo educativo de prevención del consumo de alcohol. Para ello propone un tránsito entre una relación unidireccional, apoyada en la prescripción de estilos de vida, a una bidireccional apoyada en una negociación surgida

de la comprensión de las motivaciones, expectativas y de los significados de las propias conductas de la juventud, dicho de otra manera: la constatación de un «habitus» (Bourdieu, 1990; Amezcua, 2012 p. 390). Su aproximación desde la enfermería conlleva un foco permanente en los riesgos y en ese sentido describe conductas o “habitus” en relación con el consumo de alcohol desde un eje etario centrado en las motivaciones para la desistencia de la práctica del botellón. La principal sería una pérdida de identificación a partir de compartir el espacio con personas más jóvenes o adquirir la capacidad para realizar consumos más caros o tener acceso a otros espacios. (Amezcua et al., 2015; Amezcua. G, 2015).

En otro artículo de Amezcua, ahora junto a M^a Dolores Cano-Caballero Gálvez, M^a Luz Flores Antigüedad, M^a Luisa Rodríguez Camero, Gerardo Tirado Pedregosa y José Manuel Sierra Quesada (2012), analizan el botellodromo de Granada. Para ellos y ellas hablamos de una solución legal —ante una práctica, el botellón, con poco recorrido histórico que conlleva un vacío legislativo— destinada a reducir los costes ambientales como ruidos o suciedad. En ese sentido, definen el botellodromo como un “no lugar” (Augé, 2008), un espacio carente de la suficiente entidad social como para considerarlo un lugar de pleno derecho, el cual se habría concebido como un espacio de exclusión social donde se permite el incumplimiento de la norma (Amezcua et al. 2012). Ahora bien, al caracterizar la práctica en lo referente a quiénes participan, dice lo siguiente:

Hacer botellón no es una simple concentración de jóvenes como la que se podría pensar en un acontecimiento musical o deportivo. No consiste en una suma de individualidades numerosa, sino en una concentración de grupos con unos lazos identitarios muy fuertes. Por ello, al estudiarlo, no procede buscar los diferentes perfiles individuales que están presentes, sino más bien la diversidad de grupos que hacen parte de él. El botellón reafirma el grupo de amistad de la misma forma que la Semana Santa reafirma la pertenencia a las cofradías. (Amezcua et al. 2012, p. 6)

Resulta extraño, aunque no sea incompatible del todo, que los y las autoras asemejen el botellón en riqueza y significados identitarios a la Semana Santa, reconociendo el alto contenido simbólico para sus participantes, tan solo unas líneas después de definirlo sucintamente como el acto de “beber colectivamente” (Amezcua et al. 2012, p. 3). En los análisis de Amezcua (2012, 2012, 2014) existe una discrepancia sin resolver entre el alto valor simbólico concedido a la práctica por sus participantes y el poco valor concedido por la visión hegemónica dominante; entre presentar el botellón como una multiplicidad de grupos y “habitus” (Bourdieu, 1990) similar al marco social que la compone y la simplicidad de una definición basada en el consumo de alcohol.

Cuando decimos sin resolver nos referimos a que Amezcua et al. en sus conclusiones siempre parecen más cercanos a los postulados hegemónicos —el botellón consiste en beber y el botellodromo se aproxima a una cloaca simbólica donde la sociedad arroja a un grupo de desviados (Amezcua et al. 2012, p. 7)— que a los posibles significados que los jóvenes dan a sus propias prácticas o cuál es la distinción entre los grupos. Es curioso, por ejemplo, que la observación participante en un espacio público como el botellodromo de una ciudad tan diversa como Granada, no arrojé ninguna descripción, o al menos mención, de personas racializadas —tanto por su presencia como por su ausencia. Quizás no las hubiera; quizás no se vieran; o quizás no se consideró una distinción relevante en términos de Bourdieu (1990). Estas cuestiones serán discutidas en el apartado final de la investigación a partir de la definición de espacio/lugar y el concepto de evento de Doreen Massey (1995) a quien citaremos detenidamente en la

metodología. Por ahora solo añadiremos que, en cualquier caso, el propio autor, en el artículo escrito con posterioridad junto a su director de tesis José Palacios Ramírez titulado *Jóvenes, alcohol y riesgo: una mirada crítica desde las teorías socioculturales* (2014), hablan de la necesidad de describir la juventud como una *realidad tecnológica* (p.152). Siguiendo a Pierre Bourdieu (1990) consideran la imposibilidad de tratar a las personas jóvenes de forma homogénea con intereses comunes, pues la juventud sería una condición articulada social y culturalmente.

El sujeto no sería, pues, una realidad ontológica preexistente, sino una realidad tecnológica (esa “juventud problemática”), moldeada en cada época dentro de los campos de problematización de la experiencia, en este caso la del consumo de alcohol. (Amezcuza y Palacios, 2014, p. 152)

En un sentido similar iría el informe de Mansilla y Yanes (2022) quienes consideran la idea del grupo de iguales como un concepto teórico-educativo para señalar ciertas franjas etarias, pero para los investigadores en ningún caso significa que los grupos sean homogéneos entre sí o dentro de los mismos (Mansilla y Yanes (2022). Carmen Egea Jimenez y Danú. A Fabre Platas, han analizado el botellodromo de Granada en varios artículos (2013, 2014, 2018). Para ello han empleado una metodología comparativa donde se ponen en contraste los discursos extraídos mediante entrevistas a jóvenes y los discursos vertidos por la prensa sobre botellones. Con este método consiguen realizar un apunte interesante en la línea que veníamos comentando, la de una sobrerrepresentación de ciertas voces en la construcción del fenómeno.

[...] ser visible a todos sus habitantes, lo ha convertido en una actividad fácilmente conocida, popular, y que no deja a nadie indiferente. En este sentido, los medios de comunicación han facilitado una serie de términos para referirse a esta actividad como “orgías etílicas” (El Mundo, 04/08/2008), “salvajismo de las juergas nocturnas” (El Mundo, 05/03/ 2009); “macroborrachera” (El Mundo, 25/11/2009); “atracones o binge drinking” (El País, 07/04/2011), que han contribuido a potenciar una imagen del botellón asociado con exclusividad al consumo de alcohol. (Egea y Fabre, 2013, p. 312)

La y el autor recogen otra cuestión muy característica de la representación hegemónica del botellón, la contraposición del mismo con la oferta de ocio nocturno estructurado. Siguiendo el análisis de la prensa escrita de Egea y Fabre (2013, 2018) el principal valor puesto en juego entre estas dos formas de ocio es el control o regulación. Por el común se han leído las restricciones de edad y la vigilancia de seguridad privada de los locales de ocio nocturno como elementos que aportan seguridad. En contraposición de unos espacios “desestructurados”, poco vigilados y destinados para, parafraseando a Amezcua et al. (2012), el incumplimiento coyuntural de una norma general, tal como sería el consumo de alcohol de menores de edad. Resulta curioso que este tipo de argumentación en muchas ocasiones se haya sostenido por parte de instituciones o asociaciones empresariales. Esto se puede ver en el trabajo de Egea y Fabre, (2018) donde se muestran declaraciones a periódicos como las del secretario general de Hostelería de Granada:

«Nosotros lo veníamos diciendo desde hacía muchos años, el cierre del botellódromo era necesario. Era una vergüenza ver las imágenes en la televisión de miles de jóvenes bebiendo de forma bestial. Se ha cerrado y no ha pasado nada. Bueno, sí ha pasado. Los bares de Pedro Antonio de Alarcón viven un

nuevo apogeo y en las calles no se ven problemas de botellón». Las palabras son de Antonio García, el secretario general de la Federación de Hostelería de Granada, quien insiste en el daño a la imagen de esta ciudad como referente turístico que le ha hecho el botellón durante muchos años (Ideal, 18 abril 2017). (Egea y Fabre, 2018, p. 48)

No obstante, también hay voces técnicas en defensa de espacios similares a los del botellodromo de Granada, concretamente en el estudio ya citado del Sindic de Greuges de Barcelona de Mansilla y Yanes (2022). Quienes cuestionan el valor del “civismo” y las críticas que se desprenden de él hacia el botellón, pues consideran que no es tanto una expresión de condena hacia unas prácticas, sino una forma de conectar las frustraciones y miedos a partir de una lógica homogeneizante y fija de la juventud. Y consideran que detrás de esta idea de civismo socialmente se esconden problemas difíciles de eliminar precisamente porque son estructurales. Y, por tanto, se deberían priorizar enfoques preventivos y de cuidados antes que enfoques institucionales o securitarios poco eficientes hasta la fecha. Los autores proponen entender los botellones en la línea de Romaní (2010), desde la doble vertiente del riego, no solo como un daño posible, sino como oportunidades de éxito, para así poder construir un compromiso colectivo favorecer relaciones respetuosas, hábitos saludables y consumos críticos de sustancias (Mansilla y Yanes, 2022). Desde esa perspectiva, proponen la creación de espacios públicos destinados a la práctica del botellón:

Assenyalar espais accessibles a la ciutat on sigui possible realitzar botellots (espais recomanats). Cal, però, evitar que aquests espais adquireixin la forma i l'estatus dels botellòdroms, que sovint estan ubicats en àrees urbanes allunyades i mal comunicades que generen inseguretat i afavoreixen el desenvolupament de patrons de consum de risc. [...] Disposar de punts d'informació i assessorament propers i de confiança on adreçar inquietuds o demanar ajuda, com Punts Lila, Espais Antiracistes i serveis mòbils d'atenció i informació en drogues. (Mansilla y Yanes, 2022, p. 78)

Con una mirada similar a la de Amezcua et al. (2012) encontramos a Xose Antón Gómez Fraguela y Olalla Cutrín Monasterio de la universidad de Santiago de Compostela, quienes, en su artículo *El botellón y la juventud. ¿Es exclusivamente un problema de orden público?* (2014), parten de los supuestos de Baigorri et al (2004, 2006) definiendo sucintamente la práctica para centrarse inmediatamente en aquello que realmente les preocupa: el consumo de alcohol. Fraguela y Monasterio hablan de forma metafórica de la «guerra contra el botellón», considerando que estos deberían desaparecer en favor de otras prácticas con menores índices de consumo de alcohol y otros problemas derivados del mismo, como el vandalismo o el policonsumo. Una de las cuestiones centrales para el autor y autora es precisamente la capacidad de agencia de la juventud para organizar eventos fuera de la oferta estructurada, pues consideran que se pierden los controles realizados por salas y discotecas. Así es como lo expresan en su texto:

El botellón representa un contexto de ocio desestructurado donde jóvenes, con actitudes positivas hacia el consumo de alcohol, autogestionan su diversión sin la existencia de una adecuada supervisión externa que limite la aparición de conductas no deseadas. Estas características convierten a este fenómeno en un importante factor de riesgo para la aparición en los más

jóvenes de consumos abusivos de drogas y otros problemas de conducta. (Fraguela y Monasterio, 2014, p. 60).

Con esa base realizan una clasificación de perfiles por edades, concluyendo que para los y las jóvenes de mayor edad el botellón es un paso intermedio hacia otra fiesta en discotecas o similares, considerando que su ocio está muy vinculado a este tipo de espacios y no existe ninguna voluntad para el cambio. Por ello recomiendan aplicar la reducción de riesgos con este subgrupo. Sin embargo, para las personas más jóvenes, quienes pasan más tiempo en el botellón, entendiendo que una parte del riesgo aumenta con la mera exposición al lugar, la propuesta la sitúa en la renovación de espacios públicos para facilitar prácticas saludables alternativas como el deporte (Fraguela y Monasterio, 2014).

Dentro de este tipo de trabajos centrados o enfocados hacia la salud pública, Alicia Tarragona-Camacho realiza una contribución muy singular teniendo en cuenta el lugar donde efectúa el trabajo de campo —un servicio de urgencias. En su artículo escrito junto a Nuria Romo-Avilés, Alfonso Marquina-Márquez, Eugenia Gil-García y Jorge Marcos-Marcos titulado *“Pasar el mal trago”: un estudio etnográfico de jóvenes que experimentan una intoxicación etílica aguda en un servicio de urgencias* (2017) nos da un dato muy interesante: la incidencia de Intoxicación Aguda de Alcohol en el servicio de urgencias donde realiza el estudio es inferior a 0,5% del total de urgencias atendidas; aunque advierte que esto no necesariamente es un indicador de un bajo consumo de alcohol. Otro elemento subrayable es la importancia para la investigadora de adecuar los servicios de emergencia, haciéndolos más amables y accesibles a las personas jóvenes, pues los considera un lugar desde donde se puede realizar un importante trabajo de reducción de riesgos. En cualquier caso, lo más interesante de Tarragona-Camacho et al. (2017) es la constatación de un ritual donde es aceptable pasar por un servicio de urgencias si ello sirve a la persona para tomar conciencia de los propios límites. La aceptación de estos daños se basa en la poca importancia dada a riesgos que no interfieran directamente con rutinas u obligaciones como los estudios o el trabajo. (Tarragona-Camacho et al., 2017).

Dentro de esta panoplia teórica para la reducción de riesgo desde un análisis postmoderno, hay autoras y autores que matizan algunos elementos ampliamente aceptados por la literatura del ámbito. Por ejemplo, Encarnación Pedrero García, en su artículo *Vida nocturna y consumo de alcohol entre los jóvenes: el fenómeno del botellón en España* (2018), ofrece cierto contrapeso a la extendida visión del consumo de alcohol como práctica central del botellón. Leamos dos extractos relevantes de su reflexión.

En general, los problemas creados por el botellón y su difusión no difieren de los generados por el patrón o tendencia general del consumo de alcohol en los establecimientos. [...] botellón no siempre gira en torno al consumo de drogas porque algunos participantes en estas concentraciones callejeras no consumen ninguna sustancia o apenas beben alcohol. (2018, p. 2).

Pedrero García considera las medidas tomadas para mitigar los efectos del botellón totalmente insuficientes, pues muy en la línea de Feixas (1998) ve una inferencia clara de los sectores económicos beneficiarios de la situación actual. Además, y esta me parece su contribución más sagaz, apunta que las intervenciones destinadas a sustituir el botellón por actividades alternativas tienden a fracasar. La propia juventud reconoce

el botellón como un punto de partida de la noche y combinable con otras prácticas. (Pedrero García, 2018). Siguiendo este hilo de Pedrero García, me atrevería a decir que ni tan siquiera está tan claro que las confluencias globales hayan conducido a un cambio en las formas de beber de la juventud.

Franca Beccaria, una de las primeras en realizar la distinción entre consumo nórdico y mediterráneo, en un artículo junto con Sara Rolando en 2018, comparan los consumos de riesgo de la juventud italiana con la finlandesa. Los resultados apuntan que en Finlandia son más habituales los consumos de riesgo como el “binge drinking” que en Italia. Explican los resultados por el efecto de una sociedad más colectivista, ellas ponen el foco en la familia, que moderaría los consumos al ejercer presión para el cumplimiento de expectativas comunes (Rolando y Beccaria, 2018). Producto de esas mismas presiones, la percepción de la juventud italiana sobre los efectos y consecuencias de una borrachera serían mucho peores que los de la juventud finlandesa, menos acostumbrada a rendir cuentas. Si tal y como apuntan las autoras, estos elementos derivan de una situación sociodemográfica determinada —similar a la descrita en los estudios presentados previamente por Baigorri et al, 2004, 2006; Gómez, 2016; Díaz et al., 2009; etc.— sus conclusiones podrían entrar en contradicción con las interpretaciones que articulan el botellón desde la baja percepción del riesgo de prácticas como el “binge dinking”.

1.4. Perspectiva de género.

En los dos primeros capítulos hemos recorrido los orígenes sociales e históricos del botellón y repasado parte de la literatura científica sobre el tema, la cual se centró inicialmente en la descripción del fenómeno para, con el tiempo, ir desplazando su interés hacia cuestiones de salud pública y convivencia, siendo el consumo de alcohol y el vandalismo sus principales preocupaciones. Pese a existir un gran consenso en las conclusiones, también hemos visto algunos matices. En cualquier caso, podríamos afirmar que si en algo coinciden todos estos trabajos es en conceptualizar al botellón como un problema social de salud y orden público que debe ser resuelto. Pero se da otra convergencia no tan evidente, la omnipresencia de la categoría «juventud» y el efecto homogeneizante que tiene sobre las personas que acuden al botellón, presentadas desde ese lugar como una moda, una escena cultural, o una subcultura sin fisuras; con intereses, emociones y circunstancias similares. Sin embargo, hay un grupo, sobre todo de investigadoras, que sí han caracterizado el consumo de alcohol y en menor medida el botellón, más allá de las diferencias o categorías generacionales habituales. Hablamos de los estudios con perspectiva de género. En este punto, a modo de marco teórico, sería oportuno apuntar algunos precedentes que no estudian o describen directamente botellones o consumos de sustancias, pero constituyen herramientas imprescindibles para las interpretaciones de esta etnografía.

El enfoque de género asumido dirige el análisis hacia las masculinidades hegemónicas, siendo inevitable que el marco teórico en lo tocante al género venga dado en primera instancia por Raewyn Connell (1995, 2005). En un juego similar al de Hall y Jefferson, aplica el término gramsciano al género en lugar de a la edad. La autora define el género como una «estructura de práctica social» (1995) por la cual los actores pueden transitar mediante acciones y códigos culturalmente preestablecidos y delimitados. Las posibilidades de acción para cada uno dentro de esta estructura se articularían a partir de tres elementos. Relaciones de poder, cuya característica principal en nuestras sociedades es la subordinación de la mujer [y otros géneros añadiría yo] y la

dominación de los hombres; las relaciones de producción, caracterizadas por la división genérica no equitativa del trabajo, donde existe un dividendo acumulado para los hombres; y la catexis, en términos freudianos, el deseo, la energía emocional ligada a un objeto. Mónica de Martino (2013) señala el elemento puramente distintivo de la propuesta de Connell, para la autora el género es relacional e implica jerarquías en las prácticas sociales. De esta manera, cuando hablamos de género en Connell o desde Connell, nunca nos referiremos a una colección de tipologías si no a un ordenamiento de prácticas dentro de una estructura simbólica y jerárquica (Connell 1995). Por lo tanto, la masculinidad hegemónica sería una forma de ejercer la masculinidad mediante unas prácticas socialmente privilegiadas en un determinado momento, lo cual no implica la posibilidad o el deseo de ejercerla en todo momento ni con la misma intensidad o forma. De hecho, Connell hace gran hincapié en una estricta visión gramsciana del término hegemonía, en cuanto considera la masculinidad una categoría histórica y dinámica en permanente construcción y disputa. De forma que grupos, ideas o prácticas subalternas pueden constituirse hegemónicas y viceversa, pero, por eso mismo, para su triunfo serán necesarios altos grados de connivencia desde grupos subalternos con expectativas de beneficiarse de un status quo determinado. En palabras de la autora;

La masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo, el mismo siempre y en todas partes. Es, más bien, la masculinidad que ocupa la posición hegemónica en un modelo dado de relaciones de género, una posición siempre disputable. (Connell; 1995, p. 11)

Hablaremos de diferentes masculinidades y grados de asunción de la normatividad, pudiendo decir de la masculinidad hegemónica que no es asumible al cien por cien por nadie, antes bien, constituye una entelequia idealizada sobre determinadas prácticas. Para analizar las relaciones de poder resultantes, Connell, crea tipos de vínculos basados en la relación entre «dominación / subordinación / complicidad» y «marginación / autorización» (Connell; 1995). Por ejemplo, las masculinidades de las clases dominantes blancas en los Estados Unidos de América se construyen en contraposición a otras masculinidades subordinadas, como los negros pobres.

Jeannette M. Wade (2020) describe precisamente como estas formas relacionales a día de hoy influyen en cuestiones como el consumo de alcohol. El estudio de Wade constata que tanto hombres como mujeres blancas se emborrachan más que sus homólogos y homólogas afroamericanas. La autora ve una explicación en las percepciones que los y las participantes tienen en torno a la «blanquitud», considerando que ceñirse al ideal hegemónico de persona blanca implica ser aburrida, no tener destrezas físicas, pasión ni potencia sexual. En esta lógica, el alcohol serviría para rechazar estos aspectos de la «blanquitud» excusando determinados comportamientos con la ebriedad, para volver a acatar el ideal hegemónico al regresar al estado de sobriedad (Wade, 2020).

Otro correlato muy representativo en lo tocante a los consumos de alcohol lo apuntan Jonas Raninen, Mats Ramstedt, Siri Thor, Jukka Törrönen que han estudiado la brecha de género en el consumo de alcohol en la juventud sueca desde 1998 a 2021. Concluyen que a lo largo de estos treinta años las diferencias de género entre la juventud sueca se han igualado en cuanto a las dosis de alcohol consumidas. No consideran que las diferencias de género hayan desaparecido, pues los efectos de la borrachera y las lecturas sociales realizadas de los mismos siguen estando construidas desde prejuicios de género (2022, p. 600). Más detallado sería en este sentido el estudio de Kristine Vaadal y Silje L. Dahl (2020) sobre el consumo de alcohol en mujeres noruegas. Las

entrevistadas, pese a describirse a sí mismas y sus consumos según el ideal contemporáneo de mujeres consumidoras empoderadas, también reproducían patrones y prácticas de una feminidad hegemónica. Con esa lógica ganar peso debe tenerse en cuenta cuando se bebe, y algo empoderador para ellas sería abandonar el azúcar para beber sin remordimiento a engordar (Vaadal y Dahl, 2020, p.10). El estudio de Vaadal y Dahl muestra nítidamente el dinamismo de las estructuras de género definidas por Connell, enseñándonos como las mujeres asumen o subvierten patrones hegemónicos de forma estratégica, según el contexto, sus expectativas y las expectativas del entorno.

Mónica de Martino (2013) ha conciliado la ya clásica combinación de habitus / hegemonía, aplicada en esta ocasión a las masculinidades, elaborando un artefacto teórico para interpretar precisamente ese pensamiento estratégico en torno a las prácticas de género. Primero debemos entender las estructuras de género dispuestas transversalmente al eje de clase, resistiéndose de esa manera a una clasificación por grupos o clases sociales. El ingenio de De Martino radica en entender que el género y por extensión las masculinidades originan categorías, a partir de las cuales se conformarán diferentes «habitus» (De Martino; 213, p. 296). Es decir, no hay una única manera de ser hombre cis, heterosexual..., pues esa forma del ser, está atravesada por otros ejes o formas que condicionan las prácticas disponibles y asumibles para cada quien. Cada persona transitaría la estructura de género descrita por Connell, al igual que las mujeres del estudio de Vaadal y Dahl (2020) en función de sus posibilidades y sus expectativas. De Martino lo resume así:

[...] podríamos hablar de estrategias de masculinización, entendidas como prácticas sociales que dejan de ser componentes esencialmente estructurales o subjetivos, para articular ambas dimensiones (2013, p. 296).

Como ya hemos ido viendo, es precisamente en el consumo de alcohol donde se dan algunas de las formas más visibles de estos comportamientos estratégicos. Sería el caso recogido por Nuria Romo, Jorge Marcos-Marcos, Eugenia Gil, Alfonso Marquina y Alicia Tarragona en su artículo *Bebiendo como chicos: consumo compartido de alcohol y rupturas de género en poblaciones adolescentes* (2014), donde concluyen que las jóvenes asocian cada vez más el consumo de alcohol al placer y a los espacios públicos, hecho que en sí ya constituye una ruptura de los roles normativos de género. Estas rupturas de género sitúan a las jóvenes en una disyuntiva: el disfrute de sus libertades frente al riesgo reputacional que supone su ejercicio. Sin embargo, dos años después este mismo grupo de autoras y autores (Romo et al., 2014) se preguntaban lo siguiente al respecto de este cambio:

[¿] beber como un hombre” puede estar relacionado con la idea de “transformar el empoderamiento” para producir identidades “alternativas” o “resistentes” o si contribuye a exacerbar ciertas vulnerabilidades / contradicciones en relación con la respetabilidad femenina [?] (Romo et al. 2016, p. 8)

De nuevo Nuria Romo en esta ocasión junto a María Ángeles García-Carpintero, Carmen Ruíz Repullo en un estudio sobre *Acoso sexual juvenil en los espacios de ocio nocturno: doble vulnerabilidad femenina* (2019). Retoman esta duda al percibir un espacio público totalmente masculinizado donde muchos varones no respetan el consentimiento para el contacto sexual, convirtiéndolos así en lugares hostiles para las jóvenes. Además, constatan que aquellas chicas que realizan abiertamente consumos

de alcohol o tienen actitudes desinhibidas, tal y como se esperaría de un contexto festivo, chocan con el modelo hegemónico saliendo fuera de la norma y sufriendo un daño reputacional tanto a nivel general como dentro del grupo de iguales (García-Carpintero et al., 2019).

Según los resultados de este mismo estudio la difusión de determinado tipo de fotos por redes sin el consentimiento de ellas es otro elemento percibido por estas como un riesgo reputacional grave, pues se las responsabiliza del tipo de imagen proyectada, viéndose obligadas a ceñirse al máximo a ciertos estándares que las obligan a «ser y parecer virtuosas» (García-Carpintero et al., 2019, p. 342). Pero la cuestión no estaría únicamente en los riesgos reputacionales, Lucia Martínez en un estudio sobre los *Factores relacionados con el consumo de alcohol en adolescentes de la ciudad de Madrid* (2021) define dos tipos de riesgos y estrategias para minimizarlos. Tendríamos los riesgos asumidos por cuenta propia (por los propios consumos o acciones) y los asumidos por cuenta ajena (por los consumos o acciones de otras personas). Ambos tipos de riesgos serían más percibidos por las jóvenes, quienes se sienten más vulnerables o expuestas ante ciertas actitudes, sobre todo de hombres. Por consiguiente, y coincidiendo con Romo et al. (2019) para estas chicas el estado de alerta y el autocontrol es una estrategia que les permite estar en un entorno hostil, aunque sea de forma limitada o restringida (Martínez, 2021, p. 24).

En otro artículo de Nuria Romo, ahora con Jorge Marcos-Marcos, Alfonso Marquina-Márquez y Eugenia Gil-García y titulado *Intensive alcohol consumption by adolescents in Southern Spain: The importance of friendship* (2016) se ofrece un contrapunto positivo a ese ambiente nocturno tan desolador. La esperanza, por así decir, la hallan justamente en la agencia de las y los jóvenes para implementar, por ejemplo, estrategias de cuidados que fortalecen vínculos de amistad y permiten estados de desinhibición facilitados por el alcohol y un contexto festivo. Dicho proceder contribuiría al desarrollo de la identidad personal vinculada al grupo de iguales (Romo et al., 2016, p. 144). Estas experiencias vendrían marcadas por una distinción émica en torno al consumo de alcohol: beber por motivos positivos o por diversión, frente a beber por motivos negativos o para evadirse de problemas cotidianos. De esta manera, el consumo de atracón como forma de evasión sería una práctica que la propia juventud percibiría de forma negativa si se realiza en soledad, considerando al grupo de pares un factor positivo a la hora de reducir, minimizar y controlar los riesgos y los daños (Romo et al., 2016). Unos resultados absolutamente en consonancia con los de Rolando y Beccaria (2018) en el capítulo anterior.

Si hablamos de riesgo y ocio nocturno con perspectiva de género, necesariamente debemos hacer referencia a las violencias sexuales. De hecho, venimos haciéndolo prácticamente desde el inicio del apartado, pero ahora ha llegado el momento de posicionarnos claramente con este tema teórica e ideológicamente. Para ello asumiremos el patriarcado a nivel general, del mismo modo que las sociedades de clases, como:

[...] una situación de conflicto por las distintas posiciones de poder que ocupan mujeres y varones en este sistema de estratificación o dominación. (Álvarez; 2003 [2001], p. 136)

Situando de esta manera el ejercicio de la violencia contra mujeres o personas LGTBIQ+ como una forma de control social dentro de un conflicto general. Puesto que las agresiones no solo coaccionan a las agredidas, también al conjunto de las

mujeres u otros colectivos que deben tomar medidas de seguridad que coartan sus libertades (Álvarez, 2003 [2001]). De forma amplia y parafraseando a Connell (1995), entenderemos como violencia contra las mujeres todas aquellas prácticas destinadas a cobrarse el dividendo acumulado para los varones, entendido no solo dentro de las relaciones de producción, sino como una ventaja estructural general.

Así posicionados comenzaremos atendiendo al artículo de *Rethinking intoxicated sexual encounters* (2023) de Alexandra Bogren, Geoffrey Hunt y Margit Anne Petersen. Quienes describen una serie de características comunes de las relaciones sexuales bajo los efectos de sustancias. Atravesadas en su mayoría por estereotipos de género que imponen cuestiones como el papel del uso o abuso de determinadas sustancias psicoactivas en contextos de ocio. Despliegan su análisis a partir de tres elementos: **1-** la estructura del entorno —disposiciones organizativas como la distribución física, las políticas sobre dispensación de alcohol, el acceso y controles del espacio, junto con patrones de segregación espacial de grupos y de actividades sociales. **2-** Las emociones y afectos generados en el entorno —sentimientos de pertenencia a un grupo, cumplimiento de expectativas en relación con los discursos y mandatos sobre el deseo y la sexualidad del lugar. **3-** Jerarquías de estatus y poder —qué géneros y tipo de expresiones de género se fomentan en el lugar y cuan deseable es la persona en ese contexto (Bogren et al., 2023). Otras autoras que han descrito muy bien algunos elementos y motivaciones para el ejercicio de la violencia sexual en el ámbito nacional, y cuyas descripciones las podríamos entender dentro del esquema más amplio propuesto por Bogren et al. (2023), son Pilar Tarancón Gómez, Nuria Romo-Avilés y Laura Pavón Benítez. En el artículo titulado “*Yo sí te Creo*”: *Alcohol facilitated sexual violence among young women in the Spanish night-time economy* (2022) aportan evidencias de las técnicas de acoso y otras formas de violencia totalmente habituales que emplean los chicos para conseguir o forzar encuentros sexuales con una chica.

Una de las conclusiones más interesantes es que la violencia sexual se perpetua especialmente en espacios de ocio nocturno, porque pareciera que estos han evolucionado de forma paralela al resto de la sociedad en términos de normas de género. Produciendo lugares especialmente aptos para la impunidad y la normalización de violencias sexuales. Un motivo para este desajuste es la tendencia socialmente generalizada de emplear el consumo de alcohol u otras drogas como un justificante de la conducta en lugar de situarla donde verdaderamente está, en la subjetividad de quien comete la agresión (Tarancón et al., 2022). Un último elemento muy relevante lo hallan en las narrativas de ellas y ellos. Los chicos siempre hablan de los agresores en tercera persona. Reconociendo la existencia de varones que intentan aprovechar el estado de embriaguez de las jóvenes para tener relaciones sexuales. Pero tan solo las chicas referenciaron situaciones donde hubieran auxiliado en primera persona a alguien sufriendo alguna forma de violencia sexual, tal como el acoso o contactos no deseados. Esta contradicción expresada por los hombres para las autoras puede tener dos motivos: por un lado, un deseo de aceptabilidad social que no les permite reconocer en determinado contexto la complicidad con la violencia, por otro, puede suceder que ciertas formas de violencia sean leídas como prácticas tolerables o de poca gravedad (Tarancón et al., 2022). Si buscamos datos sobre agresiones en botellones, Nuria García-Couceiro, Manuel Isorna Folgar, Jesús Varela Mallou, Manuel Gandoy-Crego, Teresa Braña Tobío y Antonio Rial Boubeta en su artículo *El fenómeno del botellón. Análisis descriptivo y posibles implicaciones a partir de una muestra de adolescentes gallegos* (2020), dicen lo siguiente:

[el asalto sexual] [...] es hasta cinco veces mayor entre aquellos que participan en botellones de forma habitual, lo que está en consonancia con los trabajos que afirman que el alcohol constituye la principal Droga Facilitadora del Asalto Sexual (DFAS) y la vulnerabilidad química. (2020, p. 12)

Como vemos, aunque García-Couceiro et al comparte algunas asunciones sobre el botellón como caracterizarlo a partir del consumo de alcohol, también es cierto que engloba la práctica y las violencias más allá de un mero fenómeno juvenil dentro de un problema mucho mayor y de carácter general, como son las agresiones facilitadas por sustancias psicoactivas.

Ahora bien, si hemos dicho que el enfoque de género de esta etnografía se dirige al análisis de las masculinidades hegemónicas en el botellón, nos seguiría faltando algo para poder concluir, trabajos que hayan tratado este tema específico. Está claro que los estudios con perspectiva de género referidos, de forma directa o indirecta, daban cuenta de actitudes y consecuencias de las masculinidades hegemónicas en contextos de ocio nocturno o consumo de sustancias. Pero su enfoque explícito no era ese, digamos que sus hallazgos en cuestiones de masculinidades son colaterales en relación con el núcleo duro de sus interpretaciones. Por otro lado, advierto que no haremos referencia a los ejercicios de las mal llamadas “nuevas masculinidades”, que de nuevas tienen poco y demasiado a menudo mucho de masculinidad.

Pues en este trabajo nos interesan las actitudes hegemónicas, sobre todo la de los hombres, cómo se articulan y qué grados y tipos de violencias ejercen sobre otros géneros. Sin embargo, más allá de lo expuesto, no hay una literatura específica centrada en la masculinidad hegemónica en botellones. Pondremos un ejemplo ilustrativo. Si realizamos el ejercicio de cruzar en los motores de búsqueda de Web of Science, Scopus, PubMed y Dialnet las palabras botellón y masculinidades, obtenemos un único registro: *Riesgo, violencia y control social en el botellón relacionado con Bajá Oasis: una aproximación desde las masculinidades* (Fernández, 2020). Si miramos el impacto obtenido, según los datos facilitados por Scopus, ha sido citado una vez en el artículo *Factores relacionados con el consumo de alcohol en adolescentes de la ciudad de Madrid, un estudio cualitativo*, de Lucía Martínez (2021), citada anteriormente en este trabajo. Me parece importante aclarar algo que normalmente quedaría fuera del análisis y que Dauder y Ruiz Trejo (2020) denominan los fuera de campo de la investigación. El primer artículo fue escrito por mí de forma previa a esta investigación doctoral y guiado por Nuria Romo directora de esta tesis. En lo tocante a Lucía Martínez es una compañera y buena amiga con la que pude compartir muchísimas impresiones durante el trabajo de campo y la escritura de aquel artículo, el cual mejoró gracias a ella y por ello, ella lo conocía. Dicho lo cual, el interés por el botellón desde las masculinidades, parecería algo del ámbito casi familiar.

Así que para finalizar el apartado lo haré con un ejercicio —la autocita— para mí un tanto hortera, pero que justificaré por ofrecer una visión ausente en esta revisión de antecedentes. En Fernández (2020) se recogen los resultados de las observaciones en el parking de una famosa discoteca de Tarragona, el artículo describe dos dinámicas desde el punto de vista de los hombres sobre la violencia sexual. Una motivada por un sentimiento de «depredación», la de aquellos jóvenes cuya motivación principal para acudir al espacio de ocio es la de tener relaciones sexuales con una chica lo más joven y borracha posible; otra motivada por un sentimiento de «conservación», la de aquellos jóvenes que acuden a la fiesta con una pareja o posible pareja sexual y consideran que deben defenderse de otros pretendientes. Estas dos dinámicas colisionan exacerbadas

por el tipo de oferta de ocio nocturno, situando a los jóvenes varones como punta de lanza y garantes del patriarcado y ocasionalmente como víctimas de sus propios mandatos de masculinidad (Fernández, 2020).

2. Objetivos y resumen de las técnicas

El proceso etnográfico se ha articulado a partir de una pregunta de investigación inicial producto de la lectura de trabajos precedentes y observaciones propias anteriores a la realización de esta etnografía. Se ha partido de la siguiente premisa:

- Según el lugar donde se practique, el botellón requiere movilizar unos recursos materiales y simbólicos específicos, para conseguirlo las personas participantes ponen en juego estrategias muy diversas, cuyas aplicaciones van sujetas a distintos tipos de riesgos, donde, en un contexto patriarcal, las estrategias de masculinización (De Martino, 2013) suponen una ventaja estructural y/o coyuntural para quien las puede performar y un riesgo estructural y/o coyuntural para quien no.

A partir de dicha premisa se ha desprendido la siguiente pregunta de investigación.

- ¿Estas estrategias, junto a sus riesgos asociados, se pueden observar, definir y categorizar a partir de ejes y grados de inequidad que las personas superan para conseguir sus objetivos?

Para guiar la corroboración o falsación de la premisa inicial se marcó un objetivo general:

- Describir estrategias de masculinización durante la práctica del botellón, relacionándolas con los riesgos y daños asociados tanto para quien la realiza como para su entorno.

El objetivo general se desagregó en varios específicos para facilitar el proceso de operacionalización de la observación y análisis, permitiendo centrar el foco en las especificidades de cada contexto, dotando al objetivo general de la profundidad requerida.

- a) Observar la práctica del botellón en lugares socio-demográficamente diversos, para obtener una visión amplia, pero matizada, de la práctica.
- b) Definir los elementos del discurso hegemónico en cada botellón observado, para poder entender las estrategias llevadas a término por cada persona o grupo en su contexto.
- c) Entender las implicaciones de la clase social, el género y/o sufrir racismo en relación con las estrategias individuales y colectivas aplicadas para conseguir sus objetivos por quienes participan en un botellón.
- d) Averiguar si las violencias y violencias sexuales son una estrategia común en los diferentes botellones observados, si fuera así, acotar los sectores o perfiles que la ejercen y cuáles la sufren y en qué grado.
- e) Indagar sobre el rol que juega el consumo de alcohol u otras sustancias en la práctica del botellón en relación con la clase social, el género y/o sufrir racismo, para entender los riesgos de una forma diferencial.

A lo largo del capítulo, se desarrollarán las técnicas empleadas en su contexto de implementación. De inicio ofreceremos una relación de las mismas para ayudarnos a dimensionar el estudio de forma rápida.

- Observación participante de forma habitual en cuatro botellones. De estos cuatro botellones, dos corresponden a la misma ciudad de Barcelona y los otros dos a ciudades incluidas en la conurbación de la Región Metropolitana de Barcelona. Computando un total de cuarenta y cinco observaciones.
- En el caso de la aproximación desde la Reducción de Riesgos, al trabajar directamente con los consistorios, la observación pudo ser completada con otro tipo de técnicas:
 - a) Conversaciones informales guionizadas, pero no registradas en audio, con vecinas, vecinos y un trabajador social.
 - b) Dos entrevistas semiestructuradas: a una vecina del Raso de cuarenta años y participante de un botellón en la zona. Al sargento de la Guardia Urbana y jefe de la sección de convivencia del Raso
 - c) Ciento veinte pruebas de alcoholemia realizadas en el parking de una discoteca de la localidad de Trobada, donde se realiza botellón de forma habitual.
 - d) Ciento setenta y siete cuestionarios en nueve centros educativos de la localidad de Trobada.
 - e) Múltiples reuniones de trabajo con técnicos y técnicas de ayuntamientos, que fueron consignadas en diarios de campo, de las cuales se ha empleado una.

Al idear el estudio, el deseo era comparar botellones en Barcelona y Granada. La elección preliminar respondía, por un lado, a mi vínculo personal, familiar y emocional con ambas ciudades, pero también a cuestiones académicas: ambas son ciudades con una gran población flotante de estudiantes, ambas reciben a miles de turistas cada año y ambas en algún momento han sido noticia por sus botellones. Además, mis relaciones familiares en Granada me hubieran permitido la observación en zonas rurales, aportando así otro elemento interesante de comparación. Sin embargo, la época de pandemia y la ausencia de financiación terminó modificando completamente el plan de investigación. Hacerla sostenible pasó por centrarla única y exclusivamente en la Región Metropolitana de Barcelona, lugar donde vivo. Para así poder construir sinergias entre el ámbito laboral y académico, único camino para conseguir una inmersión total y enriquecer mi acercamiento al fenómeno, además de una oportunidad para recorrer en equipo parte de una travesía por lo general bastante solitaria. Esta decisión puramente logística tuvo consecuencias profundas, modificando no solo el planteamiento inicial y, por tanto, los resultados, sino cambiando también mi propia posición dentro del proceso etnográfico, situación que me ha permitido trabajar no solo con los y las jóvenes en botellones, sino que, como trabajador de la ONG Asociación Bienestar y Desarrollo, también con aquellos ayuntamientos que deseaban intervenir en, o diagnosticar, botellones. Desgraciadamente y una vez más, por cuestiones logísticas y burocráticas, no se pudo realizar el cambio de título pertinente.

3. Metodología. Masculinidades, marginalidad y acceso al campo.

En el siguiente capítulo se presentará el proceso de investigación iniciado en el otoño de 2021 y finalizado en el otoño de 2023. Del mismo modo, se dará cuenta de las diversas teorías, técnicas y herramientas metodológicas empleadas para construir este relato etnográfico. Iniciaremos por la perspectiva epistémica general.

3.1 Implicaciones epistemológicas de la propia masculinidad.

Donna Haraway (1995) habla de «conocimientos situados» para referirse a un tipo de bagaje experiencial que permite una aprehensión parcial de la realidad según la posición social de la persona investigadora, la cual constituiría un conjunto de capacidades analíticas y perceptivas capaces de sesgar o posibilitar análisis o descripciones. Debemos entender los preceptos de Haraway como un conglomerado de claves visuales y nunca como una base ontológica (Haraway, 1995, p. 332). En este sentido, para Haraway, la ciencia debe aspirar a describir intersubjetivamente una porción de la realidad, abandonando la pretensión de saberes objetivos o universales. De ahí la importancia de ubicar la producción de conocimiento, dotándola de herramientas suficientes para enmarcar sus limitaciones y potencialidades (1995). Desgranar detalladamente las implicaciones de una investigación en cuanto a la posición más o menos privilegiada o descentrada (Hardin, 1986) de quien la lleva a término no es sencillo, pero en esta ocasión podríamos esbozar un primer titular para intentar aproximarnos a la cuestión: soy un hombre cis, heterosexual, con una expresión de género masculina, monógamo, blanco, delgado y con una posición social que me ha concedido una parte substancial de mis proyectos de vida. Lo cual me permite habitar por defecto toda una serie de privilegios vedados a otras personas, por ejemplo, escribir estas últimas líneas hablando abiertamente de mi identidad sin sentirme expuesto o vulnerable. Si bien, todo lo dicho no implica una vida *naïf* ajena a la dificultad, la inequidad, las violencias o la frustración, justo ahí radica el trampantojo tras el cual se esconden los privilegios. La vida es vida y conlleva dosis de desilusión y dolor, pero no todo el mundo padece con la misma intensidad, por los mismos motivos, ni cuenta con los mismos recursos para enfrentarse a encrucijadas vitales. Haraway advierte incluso a quienes habitan los márgenes que:

Mirar desde abajo no se aprende fácilmente y tampoco deja de acarrear problemas, incluso si “nosotras” habitamos “naturalmente” el gran terreno subterráneo de los conocimientos subyugados. (1995, p. 328)

La afirmación anterior resulta ser mucho más cierta para alguien que no habita demasiado a menudo terrenos subterráneos de ningún tipo. Thomas J. Csordas (1993) habla de «modos somáticos de atención», para referirse a las formas social y culturalmente establecidas de dirigir la atención hacia y con el propio cuerpo en entornos donde se incluyen otros cuerpos. Es decir, existen ciertas predisposiciones a fijar la atención en prácticas, formas o dolencias corporales afines. Connell (1995), en ese aspecto en cierta sintonía con Csordas, considerará la conformación de las masculinidades y por extensión del género, en virtud de su materialidad y de una determinada manera de hacer con el cuerpo. La autora, tras estudiar prácticas como el deporte o el mundo laboral, donde los movimientos se repiten hasta ser mecanizados, hablará de prácticas «reflexivo-corporales» sancionadas socialmente (1995). O sea,

hacer con el cuerpo nunca es un acto intrínseco o personal y siempre se produce en relación con un contexto social. Retrocedamos un momento a los antecedentes y recordemos lo dicho por esta misma autora, quien define el género como una estructura de práctica social. En mi caso, esa predisposición somática constituye un sesgo causado por una posición dada y aceptada que, en lo cotidiano, aporta una ventaja estructural, pero en el desarrollo de un «sujeto epistémico descentrado» (Harding, 1986) supone un *hándicap* a tener en cuenta. No obstante, ofrecer elementos para ubicar el propio estudio tiene una dificultad muy particular, la tendencia general de mostrar interés etnográfico en primera persona solo cuando valoramos experiencias con la exclusión (Esteban, 2013). Mi atención no se conduce de manera diferente. Ajustada a verdad o no, percibe con mayor facilidad las injusticias que articulan esta investigación, que los privilegios tácitos que la posibilitaron. Pensemos más allá de los márgenes de estas páginas, tanto Haraway (1995) como Harding (1986) nos advierten que el conocimiento suele generarse desde posiciones de poder. Por desgracia, a diferencia del estigma y las violencias, las prerrogativas se viven con naturalidad, dificultando la selección de eventos o encrucijadas vitales especialmente definitorias.

Dauder García y Marisa G. Ruíz Trejo (2020) realizan una gran aportación para trazar los vínculos muchas veces imperceptibles entre lo personal y lo científico. Resignifican el término «fuera campo» para referirse al trasfondo emocional, corporal y personal de quienes investigan. Tránsito o situaciones tradicionalmente vinculadas a lo irracional, a lo femenino y, pese a ser elementos constitutivos de primer orden en cualquier estudio, la hegemonía científica lo ha considerado en el mejor de los casos de poco interés, en el peor un obstáculo para la verdadera ciencia pura y objetiva (Dauder y Ruíz Trejo, 2020). Además, para él y la autora la «etnografía oculta o fuera campo» supone un cruce de fronteras emocionales que pueden causar recelo a quien lee o incomodidad a quien escribe. No obstante, Dauder y Ruiz Trejo tienen claro que no atender a esas emociones o circunstancias dificulta los análisis, pues se ignoran dos aspectos totalmente definitorios e inevitables del proceso: toda investigación interfiere en la vida personal de quien la lleva a término y las vidas personales condicionan las investigaciones empezando por la misma elección del tema (Dauder y Ruiz Trejo, 2020). En palabras del y la autora se debe tener en cuenta que:

Las emociones de la investigadora pueden constituir claves cognitivas o recursos interpretativos, para ello es preciso se coloque en un ejercicio reflexivo como “objeto” de investigación también. (Dauder y Ruiz Trejo, 2020, p. 35)

En la presentación ya quedaron expuestos varios *fuera campos* emocionales, sociales, ideológicos y algún dilema moral, todos ellos componentes de la mirada y las formas de hacer que me han traído hasta este punto. Si demarcara una categoría analítica para constituir en objeto de estudio esas y otras experiencias emocionales definitorias, pero casi invisibles, las englobaría dentro de las «masculinidades hegemónicas» (Connell, 1995, 2005) —una categoría que, como un tejado a dos aguas, vierte su influencia en varios jardines. Un proceso imbricado de experiencias propias, ajenas y compartidas que han conducido en paralelo a la aprehensión del fenómeno a estudiar y a la toma de conciencia de mis propios privilegios y de su influencia en el trabajo de campo. Unas tensiones internas precursoras de un cuestionamiento de la propia práctica etnográfica, con el consecuente viraje metodológico. Una evolución articulada por el malestar producto de la observación de violencias naturalizadas en espacios de ocio nocturno

(Fernández, 2020). Este viaje personal y académico —siempre inacabado, siempre imperfecto— se inserta en, y es posible gracias a un marco global, donde autoras y autores como los mencionados o tantos otros y otras sin mencionar, con sus miradas críticas, feministas, han cuestionado el régimen de poder interno de la ciencia, generando el sustrato necesario para modificar las formas tradicionales de construir los enunciados científicos aceptados como verdaderos (Foucault, 1972). Ese contexto ha facilitado unas reflexiones que, en mi caso, han llevado a una contradicción etnográfica cada vez menos singular, pero muy problemática. Parafraseando a Deleuze, dar cuenta de la otredad, sabiendo la indignidad que supone hablar por lo demás. Deleuze en *Un diálogo sobre el poder* (1984) con Michel Foucault lo expresa de la siguiente manera

[...] nos burlábamos de la representación, decíamos que estaba acabada, pero no se sacaba la consecuencia de esta conversión “teórica”, a saber, que la teoría exigía que la gente involucrada hablase por fin prácticamente por su cuenta. (1984, p. 2)

Recordemos el titular de aproximación lanzado al principio del apartado sobre mi clase y género. Con esa carta de presentación inscrita en cuerpo y modos de actuar, suceden dos cosas a la hora de diseñar la metodología: la primera una falta de legitimidad, como mínimo autopercebida, para analizar y hablar sobre colectivos LGTBIQ+ o de mujeres, me pasaría algo similar con colectivos de personas que sufren racismo. La segunda cuestión es que, precisamente por los privilegios asociados a mi mera forma de ser, tengo acceso a personas, lugares y situaciones que, para otras, otros y otras performances de género implicarían sufrir dosis importantes de violencia (Butler, 1997; Álvarez, 2003). En cambio, yo, en el mejor de los casos paso desapercibido, en el peor se me intenta hacer cómplice. Por deconstrucción personal y colectiva, por decoro profesional y, seamos sinceros, por accesibilidad al campo, decidí enfocar el estudio en aquellos semejantes a mí en cuanto al género. Centrándome en las «masculinidades hegemónicas» y en las repercusiones que estas tienen en espacios de ocio nocturno. No hay nada perfecto y las soluciones aplicadas en el estudio para afrontar las contradicciones propias tampoco lo son. Habrá quien piense con mucha razón a estas alturas que el enfoque de género planteado está sesgado por una percepción binaria del *sexo-género* (Rubin, 1975]). Suceden varias cosas. Mi atención orbita en torno a unas masculinidades hegemónicas desarrolladas en unos contextos aparentemente binarios, donde mostrar expresiones de género poco normativas incluso puede resultar peligroso (Butler, 1997; Álvarez, 2003; García-Carpintero et al., 2019; García-Couceiro et al., 2020; Tarancón et al., 2022). De forma que el binarismo, propio y contextual, ha tejido un telón dificultando la aprehensión de acciones, corporalidades y formas de sentir o pensar que desean pasar desapercibidas en entornos hostiles. Además, incapaz de encontrar una fórmula más inclusiva dentro de los constreñimientos del lenguaje, he empleado una escritura normativa, oscureciendo en ocasiones la descripción de ciertas realidades. No es menos cierto que, en el intento de hacer de la flaqueza virtud, centrando mis análisis alrededor de las masculinidades hegemónicas, quizás acentué el sesgo, alejándome aún más de la percepción de otras sustantividades. Lo cual no quita para entender el género como una performance sin vinculación causa-efecto con un cuerpo sexuado y, por tanto, las masculinidades, ya sean hegemónicas o no, son otorgadas, reconocidas, asumidas y practicadas más allá de los conceptos clásicos de feminidad y masculinidad (Butler, 1990). En ese sentido, el botellón es una práctica sensible a las nuevas concepciones y roles de género (Romo et

al., 2014) que ofrece un terreno de observación excelente para la consecución del objetivo principal, describir «estrategias de masculinización» (De Martino, 2013).

3.2 Etnografía encarnada o etnografía descarnada, el problema de *dar juego*.

Martha Patricia Castañeda (2012) aterriza la teoría de Haraway (1996) sobre la metodología etnográfica para definir las etnografías feministas como formas de «conocimiento situado» (1996) que deben atender y reconocer una serie de elementos muy específicos: en primer lugar, tendrán en cuenta la presencia de las mujeres como sujetas dotadas de cuerpos con significación, a partir de los cuales se definen en sus actos vitales cotidianos. En segundo lugar, integrarán lo material, la agencia, las relaciones de poder y «los nuevos énfasis» analizando las relaciones, prácticas e inequidades de género para, finalmente, aportar evidencia suficiente con la intención desnaturalizar las diferencias sexo-género y, por último, incluir la mayor cantidad de sujetos posibles en la elaboración de un conocimiento no androcéntrico y multilocalizado (2012, p. 237). Precisamente las «estrategias de masculinización» son una categoría analítica con la virtud —como el mismo concepto de «masculinidad hegemónica» que la origina— de situarse a caballo entre el género, la clase social y la agencia personal. Lo cual ha permitido en esta investigación describir —en términos de Howard Becker (2009 [1963])— la desviación dentro del fenómeno del botellón. Pero debemos entenderla tal y como lo hace el autor de una forma amplia y no tan solo a un nivel delincucional callejero.

[...] Existe una zona de la desviación de gran importancia para los teóricos de la sociología que casi no ha sido estudiada: la mala conducta profesional. Es bien sabido, por ejemplo, que los comités de ética de las asociaciones profesionales de médicos y abogados tienen siempre mucho trabajo. Sin embargo, de todo el acervo de descripciones sociológicas de la cultura y comportamiento de los profesionales, apenas unos pocos estudios se dedican a la falta de ética en la actividad profesional. (Becker, 2009 [1963], p. 184)

En este sentido, por ejemplo, se aportarán datos para poder evaluar las acciones de algunos y algunas empleadas públicas con influencia sobre los botellones observados. Del mismo modo ha permitido visibilizar perfiles que habitan los márgenes del botellón como vendedores ambulantes o jóvenes que duermen en la calle y viven de robar a turistas. En ambos casos el propio Becker advierte de la dificultad, pues se trata de observar actividades sancionadas social y legalmente, lo cual requiere de altos grados de confianza y de una participación intensa del o la investigadora en las actividades de las personas observadas para convencer a quien participa del estudio que no será perjudicado. En el caso de la observación en instituciones se añade otra cuestión problemática

Para realizar investigaciones en grandes organizaciones industriales, educativas, o de otro tipo, normalmente se necesita el permiso de quienes las manejan. Si los directivos de la organización están autorizados a hacerlo, limitarán el campo a estudiar para esconder la desviación que quieren mantener en secreto. (Becker, 2009 [1963], p. 186)

Estos condicionantes están presentes en esta etnografía, asumiéndolos como un sesgo importante en la descripción de la práctica del botellón. El cual en muchas ocasiones

no ha permitido extraer conclusiones claras o contundentes. Aunque, si más no, se ha intentado esbozar un camino para investigaciones venideras.

En cualquier caso y dentro del mismo orden de actitudes o prácticas invisibilizadas, en los botellones se dan dos circunstancias: En primer lugar, se producen violencias sexuales de forma natural y tácita, en gran medida relacionadas con las significaciones de los cuerpos de las mujeres en estos contextos (García-Couceiro et al., 2020; Fernández, 2020). Dichas violencias rara vez son reconocidas en primera persona por quienes las ejercen, mucho menos fuera de esos espacios/momentos de ocio y distensión (Tarancón et al., 2022). Y segundo, de forma similar a otras formas de consumo de sustancias, el botellón es una práctica la mayor parte de las veces ilegal y estigmatizada —donde se realizan consumos de sustancias legales e ilegales, buscando compartir estados corporales y de ánimo muy concretos (Calafat, 2007; Amezcua, 2012; Fraguera y Monasterio, 2014), los cuales no siempre se perciben como relatables en el transcurso de una entrevista (Díaz, 1999), siendo así una condición de necesidad desde el primer día, fue un trabajo de campo fundamentado en los preceptos más clásicos de la observación participante. Philippe Bourgois reflexiona a este respecto.

Las técnicas etnográficas de observación participante, desarrolladas sobre todo por la antropología social desde los años veinte, han demostrado ser más adecuadas que las metodologías cuantitativas para documentar la vida de los individuos marginados por una sociedad hostil. Solamente tras establecer lazos de confianza, proceso que requiere mucho tiempo, es posible hacer preguntas incisivas con respecto a temas personales y esperar respuestas serias y reflexivas. [...] Para reunir “datos precisos”, los etnógrafos violan los cánones de la investigación positivista. Nos involucramos de manera íntima con las personas que estudiamos (1995, p. 43).

Involucrarse con quienes participan en el estudio, al menos en el campo de las masculinidades hegemónicas, no siempre es sencillo ni está exento de cuestionamientos éticos y morales. María Elvira Díaz-Benítez, en su artículo, *Algunos comentarios sobre prácticas sexuales y sus desafíos etnográficos* (2013), se pregunta si ¿será que los antropólogos podemos colocarnos en el campo como seres sin sexualidad? (p.21) La respuesta es sencilla —no— no es posible abandonar la propia condición de cuerpo generificado, sexuado y erotizado (Díaz-Benítez, 2013). Al final, la cuestión de fondo es que una etnografía nunca trata exclusivamente de la otredad; trata de la relación de él o de la etnógrafa con dicha otredad. *Estar allí y estar aquí* (Geertz, 1989 [1988]) forzosamente implica un acto reflexivo-corporal repleto de aristas. Judith Butler (1997) define el cuerpo como un campo de *acción y representación* del género en un sentido teatral, habla de *estilos de la carne* para referirse a las formas de actuar con el propio cuerpo. La dimensión dramática conlleva necesariamente una doble dirección: por un lado, las convenciones que legitiman las formas de actuar con el propio cuerpo; pero también, aquellas que decretan las formas de percibir los cuerpos. Para la autora, la homogeneidad y naturalización en las formas de performar vendrían dadas por una sedimentación de normas que favorecen la prevalencia de unas *ficciones sociales* sobre otras (Butler; 1997:303), es decir, las interpretaciones no son patrimonio exclusivo de la escritura etnográfica, la observación es bidireccional (Díaz-Benítez, 2013). El o la autora pueden tener la última palabra en el producto escrito, en el mensaje transmitido y en la forma de transmitirlo en una determinada esfera académica o cultural (Geertz, 1989 [1988]; Bourgois, 1995). Si bien, las personas a quien observamos también nos

interpretan, tienen intereses sobre el terreno y realizan sus propios cálculos de riesgos y beneficios independientes de los objetivos de la investigación (Rabinow, 1992). Y, a fin de cuentas, es suya la potestad de concedernos la materia prima para la investigación —su confianza, sus historias (Rabinow, 1992; Bourgois; 1995).

Obtener vínculos o *rapport* suficiente con las personas participantes en el estudio para materializarlos en *datos preciosos* (Bourgois, 1995, p. 43) y publicables, requiere construir una reputación confiable durante el trabajo de campo (Díaz-Benítez, 2013), mucho más si deseamos abordar las sexualidades —siendo como es el sistema de sexo-género uno de los principales dispositivos de control en nuestras sociedades (Rubin, 1996 [1975]); Álvarez, 2003; Díaz-Benítez, 2013). Producto del lugar donde se sitúa y desea situarse esta etnografía tanto física, corporal, como simbólicamente, la construcción de esa reputación implicó que las personas participantes me otorgaran un tipo de masculinidad hegemónica construida desde su propia experiencia. El proceso conllevó en ocasiones una disociación *varón-investigador*, donde las expectativas proyectadas sobre mi masculinidad me representaron más que los objetivos explicitados de la investigación y fin último de mi presencia en el campo (Villa, S. 2018, p. 408). Las motivaciones académicas, los posicionamientos metodológicos e incluso ideológicos fueron puestos en duda por hombres, quienes confrontaron desde sus masculinidades mi propia masculinidad, esperando conseguir una suerte de reconversión del *self* que se adecuará a las expectativas generadas (Díaz-Benítez, 2013; Morcillo, 2019). En este sentido, la empatía inicial suscitada por una *simetría estructural*, en cuanto a hombres siendo observados por un hombre, actuó sobre mi reputación como un elástico, agrandándola o estrechándola según la circunstancia, afectando al caudal y calidad de los datos recabados (Morcillo, 2019). Michael G. Flood en su artículo *Negotiating gender in men's research among men* (2013) considera válida la estrategia de facilitar los relatos a partir de estereotipos de género compartidos entre investigador e investigado. En ese aspecto, las bromas y complicidades producto de una socialización hetero-masculina similar se considerarían datos empíricos analizables con valor.

Los resultados de esta etnografía están sembrados de ese tipo de relatos, pero a diferencia de la investigación basada en entrevistas (Flood, 2013; Morcillo, 2019), en la observación participante la línea distintiva entre broma y agresión debe trazarse de forma mucho más escrupulosa. Por ejemplo, cuando inducidos por el compadreo se producía la disociación *varón-investigador* (Villa, S. 2018), hubo hombres que para apoyar sus aseveraciones intentaron mostrar videos donde aparecían manteniendo relaciones sexuales con otras personas. Tesituras semejantes a esta, moralmente más que peliaguda y en cualquier caso constitutiva de delito, se salvaron mediante el establecimiento de un posicionamiento teórico, ideológico y moral muy claro y previo al trabajo de campo en lo referente a las violencias sexuales y los márgenes donde la acción etnográfica deja de valer la pena en pro de la ética (Villa, S. 2018). Estas eventualidades, vividas a menudo por mis interlocutores como una traición al género masculino, sin lugar a dudas, me situaron en una posición subalterna que desvirtuó la empatía, la confianza y cambió los flujos, temas e intensidades de las conversaciones (Morcillo, 2019). Precisamente, para sintetizar, problematizar y posicionarse ante la disyuntiva de *seguir el juego* (Flood, 2013) se plantea el dilema que da título al apartado —*etnografía encarnada* (Esteban, 2004, 2013) frente a *descarnada*—. El dilema desaparece al afrontarlo desde la ambivalencia del concepto de hegemonía. Considerando las emociones u opiniones disruptivas, no como un obstáculo para el

rapport (Morcillo, 2019), sino como situaciones genuinas donde las *estrategias de masculinización* se activaron y performaron claramente, dejando traslucir matices de clase y generacionales dentro de las mismas masculinidades hegemónicas (De Martino, 2013) y posicionando así las vivencias del investigador como objeto de estudio de primer orden (Esteban, 2004, 2013). Por contra de las entrevistas o grupos focales, donde los perfiles se seleccionan y se agrupan según criterios teóricos, en las observaciones de esta investigación las interacciones siempre fueron con perfiles muy diversos, incluso dentro de los propios grupos de iguales, mostrar las emociones y opiniones propias creó aliados y aliadas inesperadas. Pues colocarse abiertamente y sin tapujos en una posición de subalternidad, pero a un tiempo hacer valer conocimientos valiosos como la información para la Reducción de Riesgos., visibilizó perfiles que en muchas ocasiones encontraron en la investigación una vía para una ponderación momentánea. En estos casos eran los y las propias jóvenes quienes traían a sus amigos para discutir temas de sexualidades, consumo de sustancias o violencias sexuales. Evitar tomar partido en temas a nuestro juicio moralmente reprobables, no solo los perpetúa y nos hace cómplices también oscurece los *saberes encarnados* (2003, 2013) derivados de confrontar distintas voces presentes en la sociedad —sobre todo si el etnógrafo pertenece a la sociedad a la cual investiga y, en definitiva, termina falseando los resultados al no dar una oportunidad para la emergencia de disensiones, opiniones y actitudes no hegemónicas. El planteamiento metodológico delineado, sin pretender ser autoetnográfico, deja gran presencia al *self* del investigador para encontrar un término medio entre fomentar actitudes sobrerrepresentándolas (Flood, 2013), y restringir las propias perdiendo una parte del relato (Morcillo, 2019).

3.3. Construcción del campo etnográfico: formas de acceso y técnicas.

Al idear el estudio, el deseo era comparar botellones en Barcelona y Granada. La elección preliminar respondía, por un lado, a mi vínculo personal, familiar y emocional con ambas ciudades, pero también a cuestiones académicas: ambas son ciudades con una gran población flotante de estudiantes, ambas reciben a miles de turistas cada año y ambas en algún momento han sido noticia por sus botellones. Además, mis relaciones familiares en Granada me hubieran permitido asistir a botellones en zonas rurales, aportando así otro elemento interesante de comparación. Sin embargo, la época de pandemia y la ausencia de financiación terminó modificando completamente el plan de investigación. Hacerla sostenible pasó por centrarla única y exclusivamente en la Región Metropolitana de Barcelona, lugar donde vivo. Para así poder construir sinergias entre el ámbito laboral y académico, único camino para conseguir una inmersión total y enriquecer mi acercamiento al fenómeno, además de una oportunidad para recorrer en equipo parte de una travesía por lo general bastante solitaria. Esta decisión puramente logística tuvo consecuencias profundas, pues modificó el planteamiento inicial, las técnicas aplicadas y, por tanto, los resultados. Pero también tuvo consecuencias en mi percepción del trabajo antropológico e incluso mi posición dentro del proceso etnográfico. Lo cual me ha permitido trabajar no solo con los y las jóvenes en botellones, sino que, como trabajador de la ONG Asociación Bienestar y Desarrollo (Asociación Bienestar y Desarrollo en adelante), también con administraciones locales.

punto en la región de Zululand. El autor analiza las relaciones de poder del país a partir del complejo ritual de paso mediante el cual un punto deja de ser un espacio, una mera infraestructura sin uso, para ser un lugar socialmente relevante al condensar sobre sus piedras las relaciones de poder destiladas por la ocupación inglesa. Será Doreen Massey (2012 [1995]) quien mejor perfilará años después la distinción entre *espacio* y *lugar*. La autora considera el espacio como la infraestructura material donde se produce el lugar, entendido este último siempre como fruto de la interacción social. Por ejemplo, una sala polivalente es un espacio de un centro cívico o el lugar donde transcurren las clases de yoga, dibujo, etc. A las *situaciones sociales* de Glukman (1968 [1958]), años después Massey (2012 [1995]) las llamará *eventos* —refiriéndose a la condensación de prácticas sociales ricas en significados y alto contenido simbólico en un espacio/tiempo determinado, las cuales tienen precedentes y continuidad en la vida ordinaria.

La riqueza simbólica y cultural del botellón ha sido profusamente descrita con relación a las tendencias globales de ocio juvenil (Baigorri et al., 2004, 2006; Romo et al., 2016; Rolando y Beccaria, 2018). Del mismo modo, ha quedado claro en cuanto al género que es un terreno de innovación y cambio social, pero también en disputa (Romo et al., 2014, 2019; Tarancón et al., 2022; Bogren et al., 2023). Partiendo de esta teoría consideraremos los botellones como «eventos» (Massey, 2012 [1995]) bien descritos en cuanto a los consumos de alcohol y las relaciones de género. Empero, su caracterización en cuanto a la clase social y las masculinidades tradicionalmente ha sido mucho más débil o inexistente. A tal efecto, Amezcua y Palacios (2014) nos advertían de la necesidad de analizar la juventud como *realidades tecnológicas* (p. 152). De acuerdo con estos autores ese es uno de los propósitos hasta ahora implícitos en el objetivo general. Con todo, se antoja insuficiente para describir elementos distintivos de clase en las prácticas dentro de un botellón. El planteamiento de Amezcua y Palacios parte, como la mayoría de los estudios sobre el botellón, de la absoluta certeza de estar estudiando un fenómeno de jóvenes y para jóvenes, nada más lejos de la realidad según los resultados de esta etnografía. Desde inicios de la década de los 2000, cuando la práctica del botellón se constituye como terreno de estudio antropológico, es definida y comienza a interesar en el campo de la salud, su representación ha sido poco discutida y problematizada. A lo largo de los resultados de esta investigación esperamos aportar evidencia suficiente como para complejizar una definición hasta hora poco debatida. Algunos de los aspectos a polemizar son la supuesta homogeneidad del fenómeno y de sus participantes o la centralidad de prácticas como el *binge drinking*.

Para poder hablar realmente de «estrategias de masculinización» debemos aportar una dimensión de clase y para ello, tener en cuenta, por ejemplo, a los y las trabajadoras de los botellones. Hablamos de una mezcla de economía formal e informal junto a cuerpos de seguridad públicos y privados y funcionarios municipales, sin la involucración de los cuales la práctica no sería realizable o sería modificada. Pero en un enfoque de clase en profundidad, no solo debería tener en cuenta a quién trabaja ¿Qué sucede cuando en la plaza donde se forma un botellón también es el lugar donde duermen personas sin hogar? ¿Forman parte del fenómeno o hablamos de otra cosa? En los resultados, en la medida de lo posible, se han incluido las vivencias y relatos de estos sectores de la población, dando voz a personas que forman parte del fenómeno y han permanecido invisibles en las descripciones de los botellones hasta el momento. Este sesgo puede originarse —al menos en parte— porque en gran medida la etnografía sobre botellones se ha producido a partir de entrevistas y observaciones muy puntuales o poco variadas. Es complicado acceder y convencer a un *latero* o un vendedor de marihuana para

concedernos una entrevista —su trabajo está fiscalizado tanto por las autoridades, como por sistemas de organización empresarial informales, ambas con intereses propios y métodos mafiosos de disuasión bastante expeditivos—. Además, los botellones pueden ser *eventos* realmente variados y diferentes entre sí, en absoluto es lo mismo un botellón durante unas fiestas patronales a uno en el parking de una discoteca. Tampoco se puede comparar los recursos movilizados, ni las edades, ni las motivaciones en barrios pudientes o en zonas de bajos ingresos. Incluso dentro de los propios *eventos* cuesta muchas veces entender la diversidad contenida en el mismo. Para intentar subsanar ese sesgo se procuró una selección de *eventos* o botellones diversa, pero comparables, según los siguientes criterios:

- a) Producirse dentro de la Región Metropolitana de Barcelona.
- b) Que las personas que participan del *evento* lo consideren un botellón o socialmente sea leído como tal.
- c) Diversidad socio-demográfica en cuanto a la renta media de los habitantes de la zona donde se practica.
- d) Que al menos uno de los eventos o botellones incluyera participantes de fuera de la ciudad (turistas)
- e) Que al menos uno de los eventos o botellones observados estuviera fuera de la ciudad de Barcelona.

En función de esos criterios se han seleccionado cuatro eventos o botellones distintos:

Barcelona

- a) Playas de San Miquel, Sant Sebastià y Playa de la Barceloneta: fue seleccionado por ser un botellón al uso si seguimos las definiciones más extendidas del fenómeno (Baigorri y Chavez, 2006; Amezcua, 2012). Es frecuentado por turistas y personas de fuera de la ciudad y el barrio tiene un nivel de rentas medio (Imagen 5).
- b) Plazas dels Àngels, de Joan Coromines y George Orwell: semejante a la Barceloneta en cuanto a la práctica, se escogió por encontrarse en el centro de la ciudad y en un barrio con rentas bajas. En este caso encontramos turistas, pero también personas del barrio y de la ciudad en general.

Región Metropolitana de Barcelona

- c) Ciudad de Castellfont: El barrio del Raso se escogió por contener un tipo de botellón articulado por elementos sociales y culturales sin vinculación específica con una identidad juvenil o unas formas concretas de consumo de alcohol. Si bien no desvelaremos el nombre original de la localidad por cuestiones de anonimato, decir que se halla dentro de las zonas con menores rentas del país (Imagen 5)
- d) Vila Trobada: Se seleccionó el parking de una discoteca de Vila Trobada, por ser un botellón mediado por los cánones impuestos por los locales de ocio de la zona. Aunque tampoco desvelaremos el nombre original, Trobada se encuentra entre las zonas de mayores ingresos del país.

Todos tienen la peculiaridad de producirse de forma reiterada en el transcurso de la investigación permitiendo su presentación como estudios de caso de un lugar. Las observaciones no fueron simultáneas en los cuatro espacios, sino correlativas según el orden expuesto en los resultados. Lo cual permitió un proceso de aprendizaje y adecuación de las técnicas en cada caso, esto ha conllevado dos fases o enfoques en la investigación relacionadas con las formas de acceso al campo y devolución del conocimiento generado, la primera como mero etnógrafo; la segunda desarrollando un trabajo de reducción de riesgos en consumos de alcohol y otras sustancias (Reducción de Riesgos. en adelante) y prevención de violencias sexuales para un proyecto de Asociación Bienestar y Desarrollo.

Acceso como etnógrafo

La etapa inicial de la investigación corresponde a los casos de la Barceloneta y Ciutat Vella. Sin conocer a informantes claves para introducirme en el campo, opté simplemente por asistir asiduamente a dos botellones recurrentes en la zona. Los perfiles sociales y las vivencias de las y los individuos relacionados con cada espacio requirieron en cada lugar una forma de acceso y relaciones diferentes. En la Barceloneta los perfiles fundamentalmente eran turistas relativamente jóvenes, estudiantes recién llegados —y en general personas de clase media, nuevas en la ciudad o poco conocedoras de otros espacios de ocio nocturno. En este contexto, recordando los divertimentos empleados en los botellones de mi juventud, diseñé juegos de mesa lo más entretenidos posible, pero que facilitaran conversaciones sobre temas de mi interés. La dinámica de interacción siguió un protocolo sencillo, me acercaba a los grupos sentados en la arena presentándome como antropólogo e investigador de la Universidad de Granada, explicaba los objetivos de mi investigación y el diseño de los juegos. El primero se basó en el pasatiempo de las siete diferencias. Plastifiqué dos láminas con una composición de fotografías extraídas de Internet donde aparecían personas en actitudes muy similares, pero de géneros diferentes. Entre todo el grupo debían consensuar siete diferencias entre ambas composiciones.

Abajo vemos en la composición de la izquierda, en el centro, una joven desmallada junto a una botella, alrededor fotografías de grupos de hombres consumiendo alcohol. En la composición de la derecha, un joven desmayado entre botellas rodeado de mujeres consumiendo alcohol.



Imagen 5: Joven desmayado entre botellas rodeado de mujeres consumiendo alcohol



Imagen 6: Joven desmayada junto a una botella

Una vez el grupo iniciaba el debate para acordar las siete diferencias, según mi parecer y para agregar otro elemento a la discusión, mostraba la siguiente lámina extraída de una campaña preventiva del ministerio del interior, añadiendo la pregunta ¿Estáis de acuerdo con esta afirmación?



Imagen 7: Lámina extraída de una campaña preventiva del Ministerio del Interior

Las *siete diferencias* funcionaron francamente bien, favoreciendo conversaciones relevantes, pero los mejores resultados se obtuvieron con *Haz tu fiesta*. La dinámica del juego es sencilla, el grupo debe construir un diagrama concéntrico a partir de diferentes elementos presentes en una fiesta. Se ofrecía un tablero con forma de diana y cromos representando prácticas, lugares, sustancias, personas, etc. Los cromos debían situarse según el siguiente criterio: en la zona amarilla de la diana (centro) se situarán los considerados imprescindibles para una buena fiesta, en la zona roja y azul los deseables, en la zona negra los nada deseables o evitables. También se ofrecía papel y bolígrafo para añadir elementos ausentes, estos eran incorporados a la colección de cromos para las siguientes observaciones.

La fotografía inferior muestra a un grupo de jóvenes jugando a *Haz tu Fiesta* en la playa de la Barceloneta el veintiuno de agosto de 2021. Vemos la diana que hace de tablero en el centro de un corro de jóvenes y la disposición de los cromos sobre la misma. Alrededor, lado inferior izquierdo, podemos ver elementos del botellón como al alcohol en este caso en forma de Sangría. La iluminación la aportaba el investigador.



Imagen 8: Juego: Haz tu Fiesta

La dinámica del juego exigía consenso, para situar un cromo en una posición determinada, lo importante del proceso no era el resultado final, sino las argumentaciones esgrimidas por todas las partes antes de llegar al acuerdo. Con todo,

también queda un registro gráfico y cuantitativo de los acuerdos finales o dicho de otra manera, un esquema de la voz hegemónica de cada grupo. Partiendo de que el grueso de los datos se halla en la discusión para el consenso, se decidió grabar los audios de las conversaciones mantenidas durante los juegos para poder transcribirlas y mantener todos los matices y diversidad de ideas que contenían las discusiones. En ningún momento se grabaron conversaciones fuera del contexto del juego, siempre se realizó con el permiso expreso de todas y todos los presentes. De quienes participaron no se registró ningún dato personal salvo la edad, género, lugar de residencia y procedencia.

Abajo vemos un recorte del registro de Excel con parte de las categorías incluidas como prácticas, donde se consignaron los resultados en cuanto a su deseabilidad. Los dibujos transmiten, en el caso del sexo o ligar, la orientación del deseo —las imágenes no son un detalle menor, la reacciones que han provocado generaron debates muy interesantes. También vemos consignada la fecha de introducción en el juego de algunos elementos, en este caso, el sexo.

		CATEGORÍA INTRODUCIDAS								
	Nombre dado	Hablar	Bailar	Conocer gente	Ligar	Ligar	Ligar	Sexo	Sexo	Sexo
Valoración	Símbolo									
Grupo 1: 18/6/2021		3,5			2	2	2	4	4	4
Grupo 2: 18/6/2021		4	4		0	0	3			
Grupo 3: 18/6/2021		4	4		2	2	2			

Imagen 9: Registro de Excel con categorías incluidas en la práctica

Este tipo de acercamiento, en términos émicos, un tanto *freaky* permitió romper el hielo y aproximarme a los grupos, se discutió sobre temas relevantes para la investigación, revelándose diferentes posiciones de género y clase dentro de los grupos de iguales. También se debe reconocer que es una forma de interacción muy pautada, similar a un grupo focal, pero con la ventaja de desarrollarse en el medio natural. A diferencia de los grupos focales al uso —conformados artificialmente por criterios metodológicos— quienes participaron en la Barceloneta eran grupos de amistades o familiares con fuertes vínculos y dinámicas establecidas. Siendo así las relaciones de poder dentro de los grupos de iguales estaban consolidadas de forma previa, pudiendo esperar un efecto de presión de grupo y como resultado un discurso monolítico y sin aristas. No obstante, no fue así. El carácter desenfadado del contexto, tanto el botellón como los juegos en sí, sumado al interés por el tema, la confianza mutua entre participantes y sobre todo, el deseo de dejar reflejada la opinión en un estudio publicable, favoreció que un gran número de personas expresaran ideas u opiniones disonantes entre sus amistades. Generando así conversaciones que permitieron analizar las diferencias de género y clase dentro de los propios grupos de iguales.

En las plazas de Ciutat Vella se da un conglomerado de perfiles muy diversos y no siempre bien avenidos, compuesto por turistas, *skaters*, personas que duermen en la plaza, jóvenes de botellón, etc. Siendo así ni el espacio físico ni los gustos de las personas participantes permitían implementar ningún juego. Durante estas observaciones me limité a participar en la medida que alguien se acercó a interactuar conmigo y hablamos sin guion alguno sobre temas al azar. Si la interacción era

suficientemente duradera como para realizar presentaciones, siempre me presenté como un investigador de la Universidad de Granada haciendo un estudio. La combinación de soledad, sobriedad, sociabilidad e insólitos propósitos resultó extraña, y al menos en un contexto de ocio nocturno no facilita para nada una inmersión fluida en las dinámicas del espacio. Por ello en esta fase de la investigación casi siempre me acompañó algún amigo a quien le apeteciera ir de botellón. La observación en este espacio fue compleja y costosa anímicamente, pues se presenciaron violencias directas muy contundentes e inequidades muy flagrantes difíciles de digerir sin más en lo profesional y académico. Lo cual conllevó la necesidad de replantear las formas de acceso al campo y, sobre todo, la forma de devolver el conocimiento generado a quienes participaron. A partir de ese instante se iniciará una nueva fase o perspectiva de la investigación con un nuevo objetivo implícito, una devolución sincrónica a la investigación y útil desde una visión émica e independiente de aportaciones o publicaciones académicas.

Cabría aclarar otro elemento de carácter operativo, pero con una influencia de peso en este cambio de enfoque. Como doctorando sin ningún tipo de beca, sumado a la distancia geográfica de la institución de filiación y de las personas que la componen, no ha sido posible una participación continuada o al menos temporal en un departamento de antropología. Lo cual no significa no haberme nutrido del trabajo de compañeras o no participar en cursos realmente interesantes. Pero no definiría mi posición en la academia *Desde*, antes bien la entiendo *En Torno A*. Este hecho ha dado un aire menos institucional al trabajo —a veces fue una ventaja, a veces no— y en la fase de observación lo privo de recursos que repercutieron en cuestiones fundamentales como el acceso al campo de estudio o la devolución del conocimiento generado. A la postre, para conseguir los objetivos fijados busqué aliados y aliadas fuera del ambiente académico que permitieran un trabajo en equipo y con recursos. Esto dio paso a la siguiente fase del trabajo de campo.

Acceso desde la intervención en Reducción de Riesgos

La segunda fase la componen los casos de las ciudades de Castellfont y Vila Trobada y se articuló a partir de mi trabajo en el servicio de *Festa Major* perteneciente a Energy Control, proyecto a su vez desarrollado por la asociación Bienestar y desarrollo. El fin y vocación última de Energy Control es la intervención directa en reducción de riesgos en el consumo de sustancias psicoactivas. Para fundamentar esas acciones, más allá de los conocimientos científicos ya existentes y los datos aportados por las propias intervenciones, se desarrollan diagnósticos a demanda de administraciones locales o estatales. Mi implicación y responsabilidad como antropólogo en estas complejas estructuras laborales a medio camino de lo público y lo privado, ha pretendido situarse e incidir en el sentido propuesto por Adriana María Villalón González en sus *Reflexiones sobre la intervención social antropológica* (2012):

La antropología debe aplicar teorías, métodos y conocimiento sustantivo que le es específico para una mejor comprensión de necesidades humanas y formular soluciones, evaluaciones o diagnósticos apropiados (Pereiro et al., 2005). Quiero decir que como especialistas podemos participar en el diseño de planes de intervención social, que busquen dar salida a problemáticas diversas, si bien muchas veces chocaremos con cierta racionalidad que busca una rápida y concreta respuesta (p. 104)

Para comprender bien mi participación como etnógrafo en el ámbito de la intervención, primero deberían conocerse los servicios desde donde se ha trabajado. *Festa Major* es un servicio demandado principalmente por ayuntamientos y compuesto por un equipo de profesionales que ofrecen información de Reducción de Riesgos, con un stand y de forma itinerante en el espacio público. Como indica su nombre en catalán (*Festa Major*), el servicio está enfocado a la intervención en las fiestas mayores y, por tanto, a diferencia de otras intervenciones de *Energy Control*, su público objetivo son personas muy jóvenes con especial atención en la reducción de riesgos durante primeros consumos de alcohol y cánnabis. El servicio de *Festa Major*, además de intervenir durante fiestas mayores, también realiza diagnósticos sobre consumos en vía pública. En el marco de esta investigación, como trabajador de *Festa Major*, se diagnosticó la práctica del botellón para las localidades ya mencionadas de Castellfont y Vila Trobada. Lo cual permitió observaciones prolongadas y el acceso a un nuevo perfil, las y los técnicos municipales encargados de implementar políticas locales en el espacio público. Quienes han sido definidos indirectamente en la literatura precedente en cuanto se han analizado las políticas públicas implementadas, pero poco o nada descritos etnográficamente.

El enfoque para transmitir la información de Reducción de Riesgos, no solo del servicio de *Festa Major*, sino de todo *Energy Control*, se fundamenta en la red de pares. La estrategia necesita de una posición horizontal entre quien trabaja en el servicio y la persona usuaria, es importante la información transmitida, pero sobre todo la recibida, pues servirá para adaptar tanto el contenido como las formas del discurso. El objetivo último es proponer formas de consumo con el menor riesgo posible en cada contexto. Las prácticas propuestas, en sí, ya tienen un beneficio para la salud de quien las realiza, pero el juego oculto se halla en introducir, mediante las recomendaciones, un debate en el seno del grupo de iguales que a largo plazo modifique la relación con la sustancia de un número de personas mayor a la inicial. Así pues, el acceso al campo en este caso se articuló a partir de ofrecer información y recursos para la Reducción de Riesgos. Por ejemplo, elementos como las pruebas de alcoholemia, muy valoradas en la gran mayoría de contextos, facilitaron la aparición de temas y motivaciones muy personales. Veamos un primer fragmento de un diario de campo del día veintiuno de octubre de 2023 en la localidad de Trobada. La protagonista de la historia es Carol una joven de diecisiete años, suele hacer botellón y cuando sucedió la escena era la tercera vez que nos veíamos.

Conforme nos ha visto ha venido hacia nosotros y nos ha preguntado si podía soplar [se refiere al alcoholímetro]. Ha estado soplando y es curioso porque siempre da más o menos las mismas cantidades, va entre 0,20 y 0,24, las tres veces que lo ha hecho ha dado dos veces 0,21 y hoy ha dado 0,24. Lo hemos estado comentando con ella que le tiene bastante bien pillado el punto al tema de beber. Ella nos ha dicho que sí, que lo controla bastante bien, siempre sabe cuándo parar de beber, se lo nota. A raíz de ella han empezado a venir otros grupos de chavales [...] (Diario de Campo del 21/10/2023)

El alcoholímetro es una herramienta para calibrar en el propio cuerpo la dosificación y efectos de una sustancia, pero también introduce un debate muy interesante ¿Qué significa controlar? Para algunas amistades de Carol —ya lo veremos— significa poder operar socialmente con tasas de alcoholemia altísimas, para nuestra protagonista

significa mantener su alcoholemia dentro de unos parámetros que le permitan operar y disfrutar. Carol, por su predisposición inicial, es una aliada a quien debemos cargar de argumentos y herramientas para que ella misma defienda sus ideas dentro de su grupo de iguales. Participar en el proceso de ponderación de alguien dotándolo de argumentos y herramientas genera vínculos positivos con la persona y la convierte en una informante clave, quien además colabora en la construcción de una razón de ser para la o el etnógrafo en el campo de estudio valorada por otros y otras participantes. En las interacciones durante el trabajo de campo nos presentábamos como investigadores e investigadoras de *Energy Control* realizando un estudio para el ayuntamiento de la localidad. Pese a ello la percepción de quienes participaron respecto a quienes investigábamos fue muy próxima a la de un educador de calle que ofrece ayuda y apoyo en situaciones complejas. Esta representación favoreció la observación en circunstancias emocional y físicamente complicadas para las personas implicadas, tal como podrían ser las intoxicaciones etílicas agudas y permitió una devolución sincrónica y valorada en el contexto de los saberes generados durante el estudio, mediante la cual se consiguieron niveles de confianza elevados. De esa manera, al menos en esta investigación, el etnógrafo dejó de ser alguien con intereses incomprensibles y repercusiones imperceptibles, para hacerlo como un personaje con una función reconocida en la dinámica habitual del lugar. Entiéndase bien, no significa ser uno más, existen relaciones de poder, Carol no es nuestra amiga —nos distancian la edad, las vivencias, los saberes— pero hemos construido conjuntamente una figura de autoridad reconocida por su grupo de iguales y útil para ambas partes, ella. El rapport establecido por este mecanismo no es perfecto, tiene limitaciones claras, lo veremos en el caso del Raso. Pero en general en esta etnografía resultó mucho más sincero, equitativo y rico en cuanto a las técnicas aplicadas y los perfiles participantes.

En la fotografía inferior, del veintinueve de julio de 2022, se ve a quien suscribe el estudio realizando un asesoramiento sobre consumos de alcohol mediante el alcoholímetro a una joven en un estand de *Festa Major* durante unas fiestas patronales.



Imagen 10: El autor realizando un asesoramiento sobre consumos de alcohol

Técnicas y tipos de datos

La técnica principal que ha aportado el mayor número de datos ha sido la observación participante. Con todo, las dos maneras de acceder al campo de estudio —muy distintas

en cuanto a las formas y los recursos— y las diferencias de los casos seleccionados ha conllevado una metodología un tanto ecléctica a la hora de incluir otro tipo de técnicas capaces de complementar la observación; sin embargo, para una mejor comprensión de los resultados, debe tenerse en cuenta en todo momento a que tipo de datos nos estamos refiriendo y como y donde fueron recabados. Por ello, detallaremos las técnicas empleadas en cada caso aclarando como serán presentadas en los resultados para poder distinguirlas entre sí.

Barceloneta

En las Playas de Sant Miquel, San Sebastián y Playa de la Barceloneta se realizó observación los fines de semana desde el cinco de junio de 2021 hasta el veintiuno de agosto de 2021. La técnica principal fue la observación participante articulada a partir de juegos de mesa de realización propia. Lo cual aportó tres tipos de datos empleados en los resultados. Las notas de campo; fotografías de diagramas con la deseabilidad de diferentes elementos presentes en un botellón; y las transcripciones de los audios registrados mientras los diferentes grupos realizaban los juegos. En la presentación, la letra cursiva siempre indicará la literalidad de las palabras correspondiente a una transcripción de un audio. Las comillas latinas en las notas de campo, no indicarán literalidad, pues son las palabras consignadas con posterioridad en el diario de campo y atribuidas por el etnógrafo a una persona en cuestión. Si bien en ese caso no existirá la literalidad, sí existe la total fidelidad a las ideas expresadas por cada persona. Se ha optado por esta forma de presentación para mantener la expresividad tan variada de los y las participantes. La fotografía ha sido un elemento importante para la descripción de este espacio, del mismo modo se han confeccionado mapas para facilitar la ubicación espacial de la narración.

Ciutat Vella

En las plazas dels Àngels, Joan Coromines y George Orwell se realizó observación los fines de semana desde el cinco de mayo de 2021 hasta el trece de febrero de 2022. La técnica principal fue la observación, en este caso articulada a partir de la participación del espacio como usuario, para ello se contó con la colaboración de diferentes personas externas a la investigación procedentes del ámbito personal del investigador. Lo cual aportó un único tipo de datos, las notas de campo, regidas por los mismos formatos y criterios que en el caso de la Barceloneta. Por el tipo de perfiles y situaciones experimentadas, en este caso, el uso de la fotografía se minimizó al máximo. Sí se han empleado mapas para ubicar espacialmente las descripciones.

Castellfont

En el barrio del Raso de Castellfont se realizó observación los fines de semana y entre semana desde el diecisiete de junio de 2021 hasta el veinte de septiembre de 2021. La técnica principal fue la observación, articulada en este caso como técnico a sueldo de una entidad contratada por el concejo municipal. Aquí la observación no fue la única técnica aplicada, pues se han realizado dos entrevistas semiestructuradas con la finalidad de contrastar opiniones o prácticas que, a lo largo de la observación, se consideró que podían interpelar a estas dos personas concretas: el sargento de la Guardia Urbana del Raso, jefe de la sección de convivencia, y una vecina y practicante de botellón del barrio. Se emplearán los criterios y formatos ya referidos para distinguir entre las notas de campo y las transcripciones. Las notas de campo incluyen reuniones

de trabajo con equipos técnicos del ayuntamiento y otras organizaciones o empresas del barrio. Pese a ser la fotografía una herramienta fundamental en la presentación de resultados efectuada para el ayuntamiento de Castellfont, en los resultados de la investigación han sido suprimidas junto a los mapas en favor del anonimato de las personas participantes. Por tanto, en este caso habrá dos tipos de datos, las notas de campo y las transcripciones de las entrevistas —ambas con los formatos y criterios ya descritos para diferenciarlas.

Vila Trobada

En la ciudad de Vila Trobada se ha realizado observación desde el cinco de mayo de 2023 hasta el 1 de noviembre de 2023. La técnica principal es la observación participante articulada como técnico a sueldo de una entidad contratada por el concejo municipal. No obstante, no ha sido la única técnica aplicada, a lo largo de los meses de observación se han realizado ciento veinte pruebas de alcoholemia y setenta y cinco cuestionarios sobre policonsumos en el parking de una discoteca entre los meses de junio a noviembre de 2023. Los y las participantes tenían edades comprendidas entre los trece y los veintiséis años. Las ciento veinte pruebas de alcoholemia no corresponden cada una a una persona diferente. Los resultados obtenidos se emplean para que los y las jóvenes establecieran una relación entre la fenomenología de la sustancia y los niveles objetivos de alcohol en el aliento. Por tanto, como parte de ese proceso de aprendizaje, a lo largo de los meses de investigación, hubo personas recurrentes, como el caso de Carol. La mayoría quedaron consignados en el diario con la intención de poder analizar consumos concretos; si bien, los datos empleados para elaborar las gráficas sobre el tema, son anónimos, no pudiendo discernir claramente el número de personas distintas que participaron. Tanto los datos de las alcoholemias como los cuestionarios se han confrontado y matizado con la información de los diarios de campo y así debe entenderse, como un suplemento cuantitativo a la técnica principal de observación y nunca extrapolable fuera de los contextos espacio-temporales tan específicos en los que se obtuvieron. Para su sistematización, análisis y elaboración de gráficas se empleó una hoja de cálculo Excel, que permitió una forma sencilla y visual de presentar los resultados

También se han realizado ciento sesenta y siete cuestionarios en nueve centros educativos de la localidad y respondidos por personas residentes en nueve localidades diferentes de la Región Metropolitana de Barcelona durante los meses de octubre y noviembre de 2023. Se empleó la herramienta de formularios de Google, por considerarla la más accesible. A través del Ayuntamiento de Trobada facilitamos un código QR a los institutos participantes para poder acceder al formulario, los cuales, a su vez, lo facilitaron a las y los jóvenes del instituto. El cuestionario se respondió de forma individual, voluntaria y totalmente anónima, de hecho, respetar estos elementos permitió la aparición de categorías de género hasta ese momento invisibilizadas. Los cuestionarios se diseñaron con el equipo de *Energy Control* y fueron pensados para obtener información sobre hábitos de consumo de sustancias y percepciones de inseguridad en espacios de ocio nocturno. Por último, como parte de la presentación de resultados se registraron audios de jóvenes para la concejalía de juventud, reivindicando mejoras o denunciando situaciones. Todo ello ha aportado tres tipos de datos diferentes. Las notas de campo, las transcripciones —ambas con los formatos y criterios ya descritos para diferenciarlas— y los datos cuantitativos de los cuestionarios presentados mediante gráficos.

3.4 El diario de campo y el análisis etnográfico. Entre aquí y allí.

Geertz considera la cultura un documento activo, público (2003 [1973], p. 24) y la etnografía una conexión textual e imaginaria entre el estar allí —escribir En— y estar aquí —escribir acerca De. Una relación siempre compleja entre las interpretaciones del o la investigadora y los saberes émicos, menos aislados entre sí, más confusos y menos definidos en comparación con las representaciones de las monografías clásicas. Para la escritura En o allí la herramienta empleada ha sido el diario de campo. Para homogeneizarlo se empleó una plantilla tipo para rellenar en las sucesivas observaciones. En el esquema inferior podemos ver sus apartados.

Etiqueta: día, hora, lugar, técnicas empleadas, duración de la observación y tiempo transcurrido hasta escribir el diario

Antecedentes: Elementos de observaciones anteriores a tener en cuenta ese día.

Descripción: Espacio para consignar las narraciones descriptivas de la observación. Con todo el énfasis en lo visto, dicho y hecho. En este caso comenzamos con un mapa con los desplazamientos y puntos relevantes de la noche.

TÍTULO DEL TRABAJO: Boredom y Masculinidades
HORA INICIO: 20:00 pm
HORA FINALIZACIÓN: 1:30 am
TÉCNICA: Observación participante
TIPO DE REGISTRO: Diario de campo

FECHA: 4/02/2022
LUGAR: Plaza Consolida / Plaza del Marqués, Uru 400
ESCRITO EL: 5/02/2022
N. BOJAS: 37

ESQUEMA:

1. La Bodega: jirónes pidiendo M.	1
2. La plaza del Marqués.	2
3. 1º Pádel: Ofir de parte del marqués.	2
4. 2º Pádel: «Chico que se por colaba tipo de parte».	3
5. «El Emancipado».	4
6. Muro.	6
7. Una cerveza al trapo y una dirección.	7
8. 2º pádel: Una suerte rota.	8
9. Tumbó a «El Emancipado»: «Ya me voy a hacer gase, no lo dejes aquí solo».	9
10. Ruedadada.	10
11. Tumbó a «El Emancipado»: «Hay que volver a los pádel, a los pádel: anarcho».	10
12. Esperando una subestación.	12

ANTECEDENTES: En la tercera vez que vamos a la plaza, la segunda que voy con Ortega, ya conocemos a un par de personas que parecen habituales.

DESCRIPCIÓN:



1. La Bodega: jirónes pidiendo M. Ortega me ha llamado por la tarde diciéndome que la apuesta ir de bodega. Quedamos a las 20:00 en Plaza Universidad y vamos juntos hacia Consolida, hacemos el recorrido habitual con la parada correspondiente en el colado a por cerveza y nos dirigimos hacia los pádel. Nos sentamos por encima de un grupo de 2 chicos y tres chicas de unos 23 años, y al lado de un grupo de chicos de más o menos la misma edad que parecen minica rap y reguetón con un shaver, no identifico ninguna canción. Mientras Ortega y yo vamos hablando me fijo que el grupo de chicos parece que están buscando a alguien o algo en la plaza, salidas y comentarios. Le digo a Ortega «Fíjate yo creo que buscan a alguien». Seguimos

PERCEPCIONES:

La plaza me transmite emociones que quiero ir sin que se me ir pinto, tengo que aprovechar.

Esquema: índice elaborado tras la escritura del diario para facilitar la búsqueda de pasajes específicos

Percepciones: Espacio para consignar lo más puramente subjetivo, emociones, sensaciones, sospechas, debe quedar reflejada la vivencia de quien investiga respecto a la descripción que realiza.

Imagen 11: Plantilla del diario de campo

Con todo, la forma de escribir los diarios ha sufrido modificaciones, en su estilo no en su formato, pues el cambio en las formas de acceso conllevó trabajar con equipos interdisciplinarios donde ni era el único en consignar diarios, ni siempre había tiempo para hacerlo ni las personas que lo hacían necesariamente tenían la experiencia o conocimientos para escribir un diario de campo. Para no perder la frescura de las descripciones ni pasar por alto hechos relevantes, se optó por grabaciones de audio in situ donde cada investigador o investigadora del equipo de diagnóstico de *Festa Major* consignaba sus descripciones y percepciones después de cada interacción o circunstancia observada. Esos audios fueron recopilados y transcritos. Por ello los diarios de los dos primeros casos -Barceloneta y Ciutat Vella- se componen de largas descripciones escritas como una unidad textual y narrativa, memoria mediante, a la mañana siguiente de la observación, con un estilo más etnográfico si se me permite la aspiración. Por el contrario, los diarios del caso de Vila Trobada se componen de múltiples micro narrativas con un estilo más directo semejante a la escritura de un informe. A veces escuetas, pero muy variadas a la hora de focalizar la atención y muy concretas y fiables en lo descriptivo, al tiempo que diversas en las perspectiva y puntos de vista arrojados por compañeras y compañeros.

Para el análisis de los diarios debemos tener en cuenta la inadecuación metodológica que supondría aplicar un positivismo textual, donde la transposición escrita de las descripciones de palabras o acciones *sin más* constituyan los datos empíricos (Geertz,

2003 [1973]). Por contra, si nos decantáramos hacía un análisis puramente interpretativo no parece haber suficientes garantías en cuanto a las correlaciones entre significados y significantes que pueda establecer el o la antropólogo. Carlos Reynoso (1995) nos advierte a este respecto sobre Gueertz:

Parecería que el método de la descripción densa no consiste en otra cosa que en otorgar permiso a los seguidores del método para desembarazarse del nexo que debe mediar entre las conclusiones a que se llega y las premisas de que se parte, para poder imponer las interpretaciones que se desean. (p, 20)

De esa forma, aunque el análisis ha constituido un ejercicio reflexivo sobre *situaciones sociales* o *eventos* consignados como relatos vividos en primera persona, se han establecido dos tipos de datos con espacios y valor diferenciados dentro del diario de campo y en el análisis. En un lado, se ha realizado una escritura descriptiva centrada en lo visto, oído y hecho, donde se han consignado las impresiones, ideas y acciones de los y las protagonistas de los relatos con la mayor literalidad posible. Justo enfrente y en relación con la descripción general, se ha dejado espacio para consignar las emociones e impresiones que cada escena suscitó al etnógrafo (Imagen 11). Un aprendizaje fundamental del texto de Reynoso (1995) es que, si bien Gueertz tiene razón al considerar al antropólogo como un personaje con voz propia dentro del relato etnográfico, no es menos cierto que el investigador nunca debería ser el protagonista de la historia. Antes debería asemejarse a un narrador parcial, pero sabedor de las discrepancias con las que colisionan sus interpretaciones, dejándolas reflejadas y descritas en la medida de lo posible. Salvando las distancias y si se me permite un símil futbolero —antes muy masculinos, pero cada vez más para todos los géneros— se asemejaría a la narración de un locutor, interesado en la victoria de su equipo, pero cuyas opiniones siempre estarán sujetas a nuevas interpretaciones de los espectadores y espectadoras de otros equipos a partir de lo captado por las cámaras. Por desgracia, el símil, falla en parte, por la propia materia prima que compone el análisis, el diario de campo. En este sentido no se cuenta con la literalidad verbal de las entrevistas. Por tanto, el examen puramente textual ofrecido por softwares como Atlas.ti pueden arrojar confusión a los resultados en cuanto al estatus émico o ético de las categorías extraídas. Siendo así, se ha seguido un sistema mucho más pedestre, de lectura, relectura y selección de pasajes de los propios diarios, intentando siempre mantener y reflejar el diálogo interno/externo entre los significados —en una etnografía siempre éticos— y los significantes —al menos estos sí, émicos— y que darán contexto y posibilidad de falsabilidad a las conclusiones. Siendo el caso, se evitará incorporar fragmentos demasiado recortados del diario de campo o asemejarlos a citas directas como en una entrevista, para ello se han seleccionado secciones suficientemente extensas como para ofrecer contexto por sí mismas.

Previo a esta investigación cursé la maestría de antropología médica en Tarragona, donde tuve el privilegio de conocer a la profesora ya fallecida Susan Digiaco. Motivado por ella, por sus clases de metodología, ya en ese entonces, empezamos a explorar, junto a otras compañeras de máster, formas etnográficas capaces de ir más allá de la rigidez textual. En aquel momento, basado en la teoría y en observaciones propias, diseñamos un juego de rol sobre el botellón que fue presentado —es decir, jugado— en el Congreso de Sociología Ordinaria de Madrid, posteriormente los mismos datos y teoría se tradujeron en un artículo académico (Fernández, 2020). En el contexto de esta investigación esto se ha conseguido gracias a ser trabajador en SEXus.

Otro proyecto de Asociación Bienestar y Desarrollo, en este caso dedicado a la educación sexual integral, donde se realizan desde talleres sobre sexualidades en institutos a intervenciones en espacios de ocio nocturno. Con parte de los resultados obtenidos por la investigación, junto a los conocimientos y saberes del equipo de SEXus, se diseñaron cinco talleres sobre diferentes temas concernidos a las masculinidades que fueron impartidos en institutos. El método basado en el análisis audiovisual de series, canciones y relatos etnográficos, abrió amplios debates en el seno de los grupos, donde las conclusiones preliminares del estudio eran apoyadas, rebatidas o directamente confrontadas según las vivencias de los, las y les jóvenes. Este proceso, si bien no ha sido encabado oficialmente en la investigación y —desde el punto de vista académico— ha quedado como un producto secundario de la misma. Ha contribuido a momentos de reflexividad compartida con jóvenes durante más de un año, con quienes se difuminó el *allí* y *aquí* etnográficos. Otro producto secundario en esa búsqueda de puentes de unión ha sido la música, la cual jugó un papel muy importante, estableciendo afinidades y facilitando momentos compartidos. Para ello la aplicación móvil de Shazam ha sido fundamental, pues se empleó para capturar canciones durante las observaciones para después poderlas comentar y analizar con jóvenes en contextos educativos y talleres pedagógicos. Para dejar al menos un reflejo de ese trabajo en los resultados, antes de cada caso, se aportará la letra de una canción escuchada en ese espacio y representativa de las experiencias vividas en ese lugar. Estas han sido las maneras como se ha intentado abordar y subsanar el hueco entre la interpretación del etnógrafo y la representación que hacen de sí mismas las personas que las protagonizaron.

3.5 Consideraciones éticas

El plan de investigación de este estudio fue aprobado por el comité de ética de Universidad de Granada, ello implica un compromiso no solo con el derecho al anonimato, también con el derecho al mantenimiento de la dignidad personal. Dicho compromiso se tomó muy en serio precisamente por el delicado y ambiguo equilibrio de las relaciones etnográficas. Una diferencia radical con otras metodologías cualitativas es que el consentimiento informado no se ajusta a las peculiaridades del método. En la observación participante, la confianza, como el cariño, la hace el roce y no una relación contractual. No existe un ritual —semejante a la firma del consentimiento informado— mediante el cual se pormenoricen de forma precisa la manera, el tiempo y las implicaciones de la participación de cada persona. Para establecer un periodo pactado de tiempo ontológicamente diferenciado del ordinario donde lo dicho y hecho adquirirá el estatus de dato científico. Una etnografía basada en la observación participante no se rige por esa literalidad ni cuenta con esa liturgia, es imposible acotar un *off the record* similar al de una entrevista. Por ello se han adoptado una serie de medidas específicas, adaptadas a los métodos, que permitan cumplir con las obligaciones éticas y morales de la investigación.

1. Para preservar el anonimato de los y las trabajadoras de los consistorios con los que se ha trabajado, evitando poner en riesgo su reputación, puestos de trabajo o cualquier otro perjuicio, se anonimizarán no solo los nombres de las personas, también de los municipios y servicios donde estás trabajan. Ofreciendo únicamente la información socio demográfica relevante e imprescindible y ficcionando el resto de los datos personales. Emplearé los nombres reales de lugares en la ciudad de Barcelona u otras localidades con las que no se ha trabajado directamente.

2. Para preservar el anonimato y evitar poner en riesgo la reputación o cualquier otro perjuicio de las y los participantes que practicaban el botellón, se anonimizarán los nombres de las personas, ofreciendo únicamente la información socio demográfica significativa y ficcionando el resto.
3. La fotografía ha sido una herramienta documental importante; sin embargo, prescindiremos en gran medida de ella para evitar la identificación de espacios y lugares.
4. Al realizar los juegos en la Barceloneta, en un inicio me limité a observar los diálogos, pero al comprobar la riqueza adquirida por los mismos en el desarrollo de los juegos, decidí registrar audios, siguiendo otros precedentes etnográficos (Bourgois, 1995). Únicamente se registraron las conversaciones contenidas dentro de los juegos y se apagó la grabadora al finalizarlos. En todo momento se pidió el consentimiento verbal de las personas presentes y se explicó detenidamente la finalidad del juego y la grabación. Por el tipo de participante, muchas veces de paso en la ciudad, las interacciones en la Barceloneta fueron puntuales, de corta duración y en la mayoría de las ocasiones ni tan siquiera se registraron en el diario de campo los nombres de las y los participantes, mucho menos sus direcciones o datos administrativos de ningún tipo. Por tanto, este tipo de grabación no debería constituir un perjuicio ni al anonimato, ni a la imagen o reputación de los y las participantes.
5. Finalmente, en la selección de pasajes, siguiendo una vez más a Bourgois (1995), se ha procurado no caer en la pornografía de la violencia. Por ello, aunque algunas escenas serán relatadas crudamente, pues así sucedieron, siempre se aportará un contexto y un análisis que permita una representación de los y las participantes alejada de construcciones estereotipadas, morbosas y o denigrantes.
6. En lo tocante a las dos entrevistas semi estructuradas él y la participante firmaron un consentimiento informado aprobado por el comité de ética de la Universidad de Granada.

Para concluir el capítulo y antes de iniciar los resultados me gustaría hacerme eco de unas palabras de David Simon² dichas para un medio digital español. Pues salvando las distancias entre géneros narrativos y talentos personales, sus aspiraciones son una inspiración para contar y hacer justicias a historias sucedidas en mi ciudad, pero que no me pertenecen.

Quiero contar una historia de la mejor forma que pueda. Y, en segundo lugar, sería estupendo que esa historia tuviera la suficiente relevancia política y social como para generar debates y argumentos en torno a los temas más destacados. Yo soy un escritor, no un político, mi trabajo no es arreglar las ciudades, como mucho calentar ciertos debates. Toda buena historia encontrará su público.

David Simon

2 Periodista y creador televisivo de series como *The Corner* o *The Wire*

4. Resultados: descripción *densa* de la práctica del botellón en la Región Metropolitana de Barcelona.

4.1 Las playas de *Sant Sebastián*, *Sant Miquel* y la *Barceloneta*.

Supermán sin Capa

Yo soy el final.

Mami, dime si esta noche tú vas a salir temprano del trabajo. Dime, para yo esperarte abajo.

Ven que tengo el carro nuevo lavado, esperándote que estoy loco por darte para abajo.

No le pare si en la calle hay pila de tapón, porque yo me sé todos lo atajos. Esta noche, tú no te me escapas, (llegó el devorador).

Yo no veo muñequitos, pero te va a salir: Superman sin capa. Superman sin capa, esta noche, tú no te me escapas (llegó el devorador)

¿Tú estás pensado que todos los likes que te doy en Instagram son de balde?

Loquita porque yo me mueva encima de ti, porque tú cosita te arde. Me mandaste una foto por dm, sin un trapo encima, buscando que yo te me coma el moñoñoñoñón. Tú lo que eres es una asesina

Cuando venía manejando tú me estabas sobando el pantalón de una manera increíble, que tú pensabas que yo era un vegetal de los ochentas, que no levantan ni que lo calibren.

Tú vas a tener que hacerte la que no sabe nada o hacerte la muerta para que yo te pueda soltar.

Tú me dijiste que te mande para tu casa toda desbaratada Te voy a dar para que te acuerdes de mí cuando te sientes a orinar.

Esta noche, tú no te me escapas, (llegó el devorador), Superman sin capa.

Superman sin Capa en:
L.P. *Superman sin capa*. (2016)
El Super Nuevo

Las playas de Sant Miquel, San Sebastián y la Barceloneta son tres playas contiguas de arena fina y pegajosa pertenecientes al barrio de la Barceloneta de Barcelona. El ancho de la playa en sí rondará los cincuenta metros dependiendo del sector. Al borde de la arena comienza un paseo marítimo, el cual, siguiendo todo el perfil litoral, se prolonga fuera de los límites del barrio a lo largo de la ciudad. Si paseas por la amplia avenida peatonal la encontrarás a ratos salpicada, a ratos abarrotada, de comercios relacionados con la hostelería y el ocio nocturno. Justo en el tramo donde se ubican estas tres playas, la mayoría de los comercios son de restauración y la práctica del botellón se concentra de forma mayoritaria en la zona de la arena. En la imagen inferior podemos ver un trozo del paseo (izquierda), al fondo observamos uno de los perfiles más reconocibles del skyline barcelonés, el hotel Vela. Al lado (derecha) una fotografía donde aparecen varios grupos de jóvenes de botellón. En este caso podemos observar en la arena grupos de pie bailando, mientras otros se sientan en círculos.



Imagen 13: Jóvenes de botellón (Elaboración propia)



Imagen 12: Jóvenes de botellón (Elaboración propia)

No podríamos entender la fisonomía actual del barrio ni las prácticas de ocio nocturno llevadas a cabo en él sin una breve contextualización que nos ayude a comprender los usos del espacio público en este contexto. La relación de la Barceloneta, un barrio de origen industrial y marítimo, con la hostelería viene aproximadamente de un siglo atrás. En el año 1889 se construye el balneario de mar de San Sebastián como parte de una oferta turística incipiente, la cual pretendía atraer el ocio de las clases pudientes hacia las zonas de playas (Pellejero, 2020). Además, en este momento histórico, se da la peculiaridad que, mientras se instalaban los baños de mar para atraer a personas de otras partes de la ciudad, también se daba permiso para reducir los metros cuadrados de las viviendas del barrio de 140 m², cada una, a 35 m² (Crespi-Vallbona; 2018). De esa forma ya quedaba planteado desde inicios del siglo XX, el que será el principal problema del barrio en la actualidad: el espacio y los usos del mismo.

Las imágenes inferiores, ambas, retratan la playa de San Miquel. La primera (izquierda), captada a principios del siglo XX, muestra una playa abarrotada de bañistas, el edificio del fondo es el balneario inaugurado a principio de siglo. La segunda imagen captada en 2021, muestra la playa de San Miquel con jóvenes de botellón, de nuevo, de fondo, el hotel Vela.



Imagen 14: Playa de San Miquel. Autor: Jesús Fráiz Ordóñez



Imagen 15: Playa de San Miquel. (Elaboración propia)

Por contra, la actual fama como barrio hostelero se vincula a un pasado mucho más reciente. Tras la Guerra Civil, los balnearios decaerán y proliferarán locales de restauración basados en productos de mar recién pescados por los marineros de la zona los cuáles serán muy frecuentados por trabajadores industriales y portuarios. Poco a poco esos locales adquirirán gran fama en otros sectores de la población y se tornarán realmente populosos (Crespi-Vallbona; 2018). Gracias a este tipo de restauración, la Barceloneta se convertirá en uno de los lugares de mayor singularidad y fama de Barcelona. Por ello, cuando el proceso de gentrificación iniciado en los 90's —referido en la introducción— destruyó este tipo de establecimientos para sustituirlos por restaurantes y una amplia avenida marítima, se produjo una gran contradicción en la identidad misma del barrio. Pues desaparecía uno de sus rasgos identitarios más definitorios, al tiempo que se empleaba ese mismo carácter Mediterráneo y marinero para promocionar y atraer turismo al barrio.

En las imágenes inferiores vemos (izquierda) a Bernardo Cortes, Palomino, un famoso músico callejero que animaba los chiringuitos de la Barceloneta. En esta ocasión está tocando para comensales del Merendero de la Mari en 1988, al fondo podemos ver mesas y sombrillas de otros chiringuitos. En la fotografía de al lado (derecha) vemos la playa de San Miquel en 2021, al fondo encontramos el monumento de l'Estel Ferit, homenaje y representación metafórica de los antiguos merenderos tan típicos de la Barceloneta, alrededor del monumento observamos jóvenes de botellón.



Imagen 17: Músico: Bernardo Cortes - Palomino- realización Sergio Lainz (EFE).



Imagen 16: Playa de San Miquel en 2021. (Elaboración propia)

Como resultado de estos procesos de gentrificación y turistificación, ha surgido una creciente turismofobia entre las y los vecinos (Crespi-Vallbona; 2018). Sobre todo, en lo relacionado con el ocio nocturno, fundamentalmente juvenil, y por extensión con la venta de alcohol ambulante o en establecimientos veinticuatro horas (Alamilla, 2016). A este respecto hay un dato demográfico interesante, en la Barceloneta, solo el 7,5% de la población es joven (entre 16 y 24 años), si bien, cuenta, al menos en extensión, con uno de los espacios más grande de la ciudad donde se practica el botellón habitualmente, una actividad supuestamente juvenil. Este simple dato suscita sospechas sobre si, como ha sucedido tradicionalmente desde inicios del siglo XX, el uso del espacio público, en concreto de las playas, continúa destinado a personas de fuera del barrio.

Si ahora nos fijamos en los datos aportados por esta etnografía en cuanto a la pertenencia al barrio de las personas que practican el botellón, comprobamos que de forma frecuente los y las usuarias del espacio son de fuera de Barcelona. A lo largo del verano de 2021, únicamente mediante el juego *Haz tu fiesta*, se registró la procedencia de 82 jóvenes. De las y los cuales solo 21 dijeron ser de la ciudad de Barcelona, ninguno del barrio de la Barceloneta.



Gráfico 1: Procedencia de los y las jugadoras de *Haz tu fiesta*

El registro cuantitativo del juego *Haz tu Fiesta*, el cual se pensó como una herramienta cualitativa, aporta datos colaterales y escasos, pero se da la circunstancia que las observaciones consignadas en los diarios de campo apuntarían en una línea muy similar. Para ilustrarlo he seleccionado un pasaje representativo en lo referente a los perfiles encontrados en este espacio.

[Este fragmento se compone exclusivamente de notas de campo]

[...] Llego al botellón sobre las 22:00, en la playa veo a varios grupos sentados en corro, se pueden ver las bebidas. Me preparo el juego y empiezo a preguntar por los grupos [si desean jugar]. Los primeros cinco grupos a quienes pregunto son extranjeros [turistas] y no hablan castellano. Finalmente, llego a un grupo compuesto por cuatro hombres. Visten bermudas y camisetas, tres de ellos llevan el pelo corto, el cuarto luce media melena recogida en una coleta. Hablan con un fuerte acento que confundo con argentino [son uruguayos], pero rápidamente me corrigen entre bromas denotando cierta rivalidad entre los dos países. Están bebiendo Beefeater con limón en vasos de tubo de plástico, también fuman un porro de marihuana. Según me cuentan luego, uno de ellos es programador y otro abogado y tan solo llevan dos días en Barcelona. Los otros tres viven en Barcelona desde hace cuatro meses. Cuando tienen que regatear con un birrero son quienes llevan más tiempo aquí los que aconsejan a los otros como regatear o les traducen expresiones locales que no entienden. (Diario de campo del 07/08/2021)

Así, un porcentaje alto de personas contactadas en la Barceloneta eran turistas, estudiantes de otros puntos de la península —viviendo por un tiempo limitado en la ciudad— o en general, personas residentes desde hace poco en Barcelona. Las edades de las personas con quienes se contactó comprenden una horquilla aproximada entre los veinte años hasta los treinta y cinco. Es decir, en este espacio no se habló con menores de edad, ni se observó su presencia, no significa que no los pudiera haber. En lo referido al género, al interactuar con grupos conformados de forma natural, ha resultado más sencillo conseguir cierta paridad participativa.

A falta de datos más exhaustivos, de nuevo recurriremos al registro del juego *Haz tu fiesta*, el cual reflejaría cierta preponderancia del género masculino en el espacio, tal y como muestra el gráfico inferior.

Género de las y los participantes de *Haz tu fiesta*

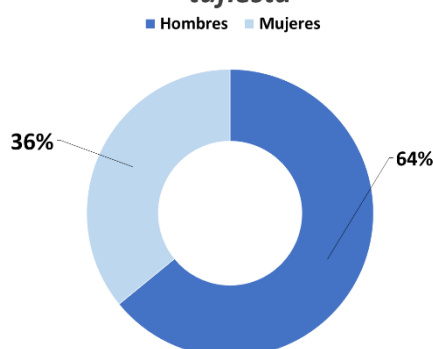


Gráfico 2: Género de las y los participantes de *Haz tu fiesta*

Debemos entender que los resultados, en cuanto al género, reflejan la lectura de quien ha llevado a término las observaciones respecto a las personas participantes en el estudio. Sin lugar a dudas, esa lectura arrojará errores produciendo sesgos que deben tenerse en cuenta. Por ejemplo, nadie fue leída como persona no binaria, un dato difícil de creer por una mera cuestión estadística. De hecho, si regresamos al registro del juego

para ver los elementos aportados al mismo por las personas participantes encontraríamos las etiquetas de *Amiga@* y *Amigues*. Son interesantes estas dos categorías émicas bajo las que algunas personas desgranaron el concepto de amistad, pues reforzaría la idea de personas no binarias invisibilizadas en el espacio por este estudio. De ese modo, estos porcentajes, deben tomarse con reservas y solo de forma orientativa, sobre todo, si deseamos extenderlo al conjunto de personas participantes en este botellón.

Atendiendo al gráfico inferior, también extraído del registro de los diagramas de *Haz tu fiesta*, lo más valorado por las personas preguntadas en este botellón son las amistades. En cuanto a las prácticas más valoradas serían hablar, seguido muy de cerca de escuchar música y después consumir alcohol y bailar. En concreto, el alcohol es el cuarto elemento más valorado, el cual, según la escala, sería deseable, pero no imprescindible para una fiesta. De hecho, si comprobamos la deseabilidad de otras sustancias, excepto el cannabis, próximo a lo deseable, el resto se mantienen con puntuaciones muy bajas o incluso como la Ketamina puntúan en negativo. Esos niveles de deseabilidad, vienen dados en parte por las percepciones sobre los vendedores de sustancias ilegales, la presencia de los cuales, en general, se puntuó como intolerable.

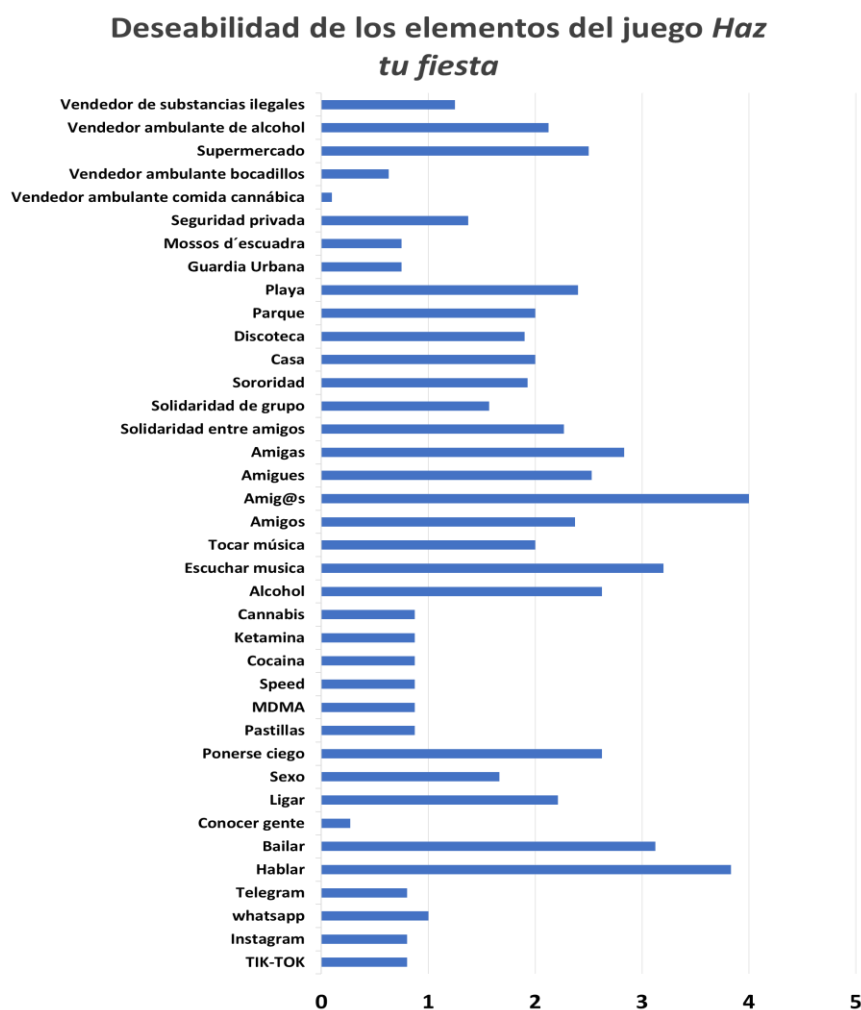


Gráfico 3: Deseabilidad de los elementos del juego *Haz tu fiesta*

Al *binge drinking*, se le ha dado el nombre émico de ponerse ciego, la ambigüedad de la categoría respecto a la sustancia podría arrojar confusión sobre si se refiere en este contexto a consumos intensivos de cannabis, alcohol o policonsumos de ambas. Teniendo en cuenta la observación, consideraremos que de forma general ponerse ciego puede ser equiparable al *binge drinking*. En este caso, comprobamos que, sin ser una de las más valoradas, sí la podríamos considerar una práctica casi dentro de la deseabilidad, lo cual también significa, que una mayoría de grupos la situaron fuera. En cuanto a los sitios predilectos donde conseguir el alcohol fueron el supermercado seguido de mucho por los vendedores ambulantes.

Abajo vemos gráficamente las predilecciones expresadas por las personas participantes en cuanto al uso de sustancias y la práctica de ponerse ciego o ciega.

Deseabilidad de las sustancias en el botellón de la Barceloneta según el juego *Haz tu fiesta*

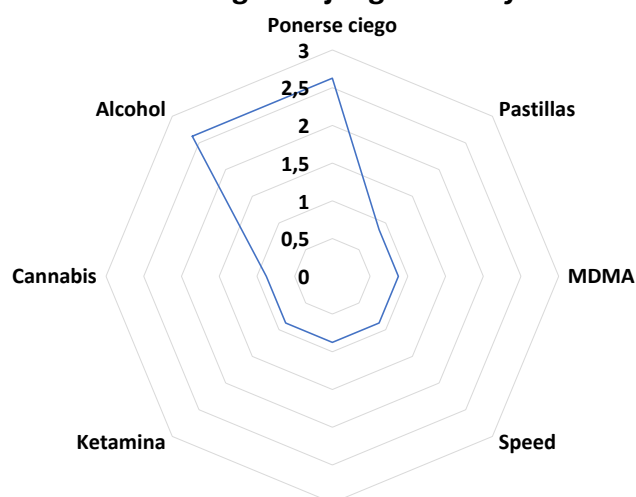


Gráfico 4: Deseabilidad de las sustancias en el botellón de la Barceloneta según el juego *Haz tu fiesta*

Para contextualizar prácticas centrales como el baile, la música o el consumo de sustancias en este espacio, rescataremos un pasaje del diario de campo correspondiente a la noche del veintiuno de agosto de 2021. Además, podremos ver la gestión de conflictos y la mezcla de perfiles en ocasiones incompatibles. La escena transcurre al final de la noche, después de varias horas de observación. Por casualidad me encuentro con unos viejos conocidos que, sin saber a dónde ir después de cenar, han terminado en el botellón de la playa de San Miquel.

Abajo vemos una foto captada minutos antes de la escena descrita a continuación. En primer plano tenemos a Jordi, miembro del equipo de investigación de Energy Control, esa noche me acompañaba durante la observación. Detrás de él vemos bastantes grupos de botellón. Algunos sentados se han traído incluso pareos para la arena. La mayoría,

de pie, se arremolinan alrededor de los diferentes altavoces que van sonando en los distintos corros. Al fondo el omnipresente hotel Vela.



Imagen 18: Jordi, miembro del equipo de investigación de Energy Control

[El fragmento está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] [Estamos cansados de deambular por el botellón y decidimos sentarnos para descansar] Nos sentamos frente a l'*Estel Ferit*, delante de un grupo bastante numeroso que escucha música electrónica (a ratos Trance, a ratos tecno), están de pie y alrededor del altavoz se han sumado otros grupos para bailar. Delante de nosotros hay grupos sentados hablando y de pie, bailando, algunos con su propia música, otros con la música de otros. Mientras conversamos [entre nosotros] vemos al grupo de Zaragoza hablando con dos chicas de su edad, [esa noche, antes, habíamos jugado con cuatro chicos de Zaragoza a *Haz tu fiesta*] están de pie bailando, se mueven de aquí para allá acercándose a diferentes altavoces. El de la coleta se me acerca por detrás y me da una palmada en el hombro y me grita en el oído.

—«Ese antropólogo haciendo un estudio»— me da un susto de muerte. Nos reímos y se marcha unos metros más allá con sus amigos que ahora se han juntado con un grupo más numeroso.

Jordi me propone levantarnos. [...]

De pronto, en el grupo de al lado, veo a Ramón a un antiguo profesor con quien [tenía una relación personal muy cercana] (hicimos bastante amistad saliendo varias veces de fiesta juntos). Perdimos el contacto hace unos años. Está con sus dos primos bailando al lado de otro grupo (a uno de los primos también lo conozco).

Me acerco y los saludo, en seguida me reconocen y nos abrazamos y comenzamos a hablar. Le pregunto qué hacen aquí.

—«Esta noche parece un oxímoron, vengo de comer en una estrella Michelin y ahora me traen aquí»— me rio y comenzamos a hablar. Nos ponemos un poco al día de los diez últimos años. Después de un rato y dos cervezas, justo a nuestro lado estalla una pelea. Son jóvenes que hablan en árabe, hay como

siete u ocho involucrados, dos de ellos quieren pegarse y los otros los intentan separar. Uno de los chicos, sin camiseta, con una zapatilla en la mano, pega al otro con la suela en la cara, el otro con una botella de Coca-Cola de medio litro arrugada, golpea al primero en la cabeza con el culo de esta. La pelea se mueve rápidamente por la playa, nadie salvo los involucrados se mete, la música no para. En cuestión de treinta segundos los amigos consiguen separar y calmar los ánimos y todo continúa como si nada. Para cuando dejo de mirar, uno de los primos de Ramón ha desaparecido. Regresa al momento comentando entrecortado.

—«Me voy, porque si se escapa una... pues ya pon y no... perdona, es que...»— y se toca la nariz. Entiendo que me quiere decir que si por casualidad durante la pelea lo empujan o algo así se verá obligado a pelear y no quiere. Con el gesto de la nariz entiendo que ha consumido cocaína y no da pie con bola a la hora de explicarse. A partir de ese momento los primos están incómodos en el ambiente, Ramón les hace bromas del tipo.

—«Como somos los gitanitos»— pues los tres son gitanos —«eso es porque vais moraos.»

Alrededor nuestro empieza a reunirse un grupo bastante numeroso de jóvenes que hablan en árabe, llevan un altavoz y lo ponen a todo volumen. Mientras esto sucede, los tres primos se reúnen aparte [de Jordi y de mí]. Entre tanto, suena a todo volumen la canción de Gala, *Freed from desire*. Los jóvenes comienzan a cantar, a bailar y saltar alrededor del joven que aguanta el altavoz como un jarro sobre su cabeza. El profe me viene y me dice que se tienen que marchar.

—«Nos vamos porque mis primos se ponen nerviosos»— me rio intercambiamos teléfonos y me voy a despedir de los primos. El que ya me conocía me dice.

—«Vete de aquí, hazme caso»— pienso que me lo dice por la policía que está comenzando a desplegarse para echarnos y le contesto que yo creo que no pasa nada que viene de buen rollo. Entonces el otro, el que se fue para tranquilizarse, se me acerca y me dice

—«No, yo soy de barrio y soy *Boixos Nois*, y te digo que no, vete de aquí»— mientras lo dice mira al grupo de jóvenes que bailan y cantan a nuestro lado. Sonrío y no añado nada. Ellos se van y nosotros nos quedamos. Justo comienza a avanzar la policía, los jóvenes apagan la música y comienzan a caminar. Hoy están desalojando la playa en dirección contraria al metro más cercano. Son las cuatro de la mañana y falta una hora para que abra el metro, los jóvenes se dispersan, algunos grupos siguen con la música, pero en general la cosa decae. (Diario de Campo del 21/08/2021)

Los altavoces son un elemento fundamental de la fiesta, pues no solo aportan música, depende de la potencia y el estilo musical, desplazan a las personas de un grupo a otro, lo cual facilita las relaciones inter grupales y da una sensación dinámica y bulliciosa del botellón. El alcohol es una sustancia muy presente, pero tal y como vemos en la escena, su consumo, no parece articular las dinámicas del espacio, si acaso las facilitaría.

De hecho, en este contexto no se ha observado ninguna intoxicación ética grave ni la intervención de servicios de emergencia alguno. Y, como en este caso, nunca se han observados disturbios con la policía al desalojar las playas por la mañana. Lo normal ante el despliegue policial es que los consumos y la música cesen y poco a poco se desaloje la playa. Peleas y riñas como las descritas no son habituales y no suelen necesitar de la intervención policial, pues como se gestionan dentro de los propios grupos de iguales. No obstante, al ser la Barceloneta un barrio famoso por su hostelería, hay personas que acuden a cenar a bares y restaurantes y después, mayormente por cercanía, terminan en la playa. Estas personas no buscaban necesariamente ir de botellón, ni siempre son conocedoras del ambiente o dinámicas del lugar. Es el caso de Ramón y sus dos primos. Ambos, descontextualizados por la edad, por la clase social, por el tipo de consumo de sustancias, por los prejuicios, leen las situaciones y las dinámicas o el bullicio desde sus propias experiencias. Percibiendo riesgo allí donde los y las jóvenes de botellón ni los ven ni los generan.

En cuanto a las percepciones del riesgo, en lo tocante al consumo de alcohol, las diferencias de género más referidas en el contexto de esta investigación y este lugar son las potenciales violencias que pueden sufrir hombres y mujeres de forma diferencial en estado de ebriedad. Durante la observación se realizaron preguntas concretas a este respecto, ello puede implicar una sobrerrepresentación de esos tipos de riesgos o violencias respecto a otros en el estudio. No es menos cierto que las preguntas se realizaban una vez las y los propios jóvenes habían sacado a relucir el tema.

A continuación, se ha seleccionado un pasaje del diario de campo correspondiente al siete de agosto de 2021. Es parte de la conversación mantenida por cuatro chicos y tres chicas mientras jugaban a *Haz tu fiesta*. El fragmento es representativo del tipo de debates y conclusiones a las que llegaron los grupos a través de los juegos. Abajo vemos el diagrama final construido tras el debate. Si nos fijamos en la distribución elementos como la música serían centrales para la práctica y otros como la comida cannábica o el WhatsApp los ubicarían en posiciones marginales. Sin embargo, el alcohol y los vendedores ambulantes de cerveza están en posiciones medias, es decir, que, aún y siendo deseables, no se consideran imprescindibles. Al lado de la diana —extremo superior izquierdo de la fotografía— vemos el juego de las siete diferencias a partir del cual se facilitará parte de la conversación que sigue.



Imagen 19: Juego: Haz tu fiesta

[En este fragmento mostraremos dos tipos de datos diferentes: Se iniciará con apuntes de campo a modo de contextualización y terminará con una parte de la transcripción del audio grabado durante el juego.]

[...] Camino hasta el final de la playa en dirección al hotel Vela, pero en esa dirección no hay muchos grupos y a quienes pregunto no hablan castellano. Decido dar la vuelta. [...] Finalmente, veo a tres chicos y cuatro chicas. Me acerco y les digo que soy un estudiante de la universidad de Granada, me dicen que ellos son de Sevilla. Les propongo el juego y me dicen que sí, quieren jugar.

Las chicas todas tienen melena a media espalda recogida por detrás, menos una de ellas con media melena rizada y suelta. Visten con tirantes, bien con vestidos, bien con camiseta y pantalón. Las dos chicas sentadas a mi izquierda apenas participan de la conversación, las otras dos lo hacen bastante. Los chicos tienen el pelo corto. Dos de ellos llevan pendientes con plumas, camiseta de tirantes y pantalón corto. Uno viste completamente de blanco y el otro con estampados. El tercero viste una chaqueta negra, parecida a una americana, sobre una camiseta de tirantes con pantalón corto.

[La transcripción inicia cuando llevamos alrededor de diez minutos jugando. Al salir a colación el tema del alcohol aprovecho para mostrarles la campaña del ministerio y les pregunto si están de acuerdo]

[...] **Chico de Blanco (CoB)** —A mí un chaval anoche me convenció de irme con él al baño, y yo... bueno si hubiese estado ebrio, no sé si lo hubiera hecho, sobrio perdón, je, je, je, pero me convenció en gran parte por el alcohol.



Chica pelo Rizado (CaR) —Eres vulnerable entonces.

CoB —Más vulnerable, sí, pero no el doble. O sea, yo sigo siendo consciente y yo hago lo que... para mí no es una excusa: estaba borracho, porque yo cuando estoy borracho sé lo que hago por mucho que esté más suelto.

Etnógrafo —¿Y tú por qué dices que sí estás de acuerdo?

CaR —Porque sí que es verdad, yo qué sé... yo me pongo borracha, yo soy un caramelito, a mí me pueden hacer de todo que no me entero [CoB por debajo dice: La carne es débil] Si me caí encima de una cucaracha tío... pfff

CoB —Sí, el otro día se puso muy mal.

Chico con camisa Estampada (CoE) —Yo es que pierdo la vergüenza totalmente. A ver nunca suelo tener vergüenza, pero la pierdes más aún.

Chica pelo Liso (CaL) —Pero esto se refiere al tío y a la tía.

ET —Claro a ver, el tío se considera más ridículo y la tía...

CoE —Yo pienso que eso depende.

CoB —Sí que es verdad que el hombre pierde un poco más la compostura.

CaL —Entre hombre y mujer...

CaR —Sí que es verdad que a una mujer borracha tiene más posibilidades de que le pase algo que a un tío que va borracho.

Chico con Chaqueta (CoC) —Pero no es que el alcohol le provoque la vulnerabilidad, es que ella al estar bebida pasa a ser sujeto vulnerable, al capullo que se coge una mora hay menos posibilidad, lo único que se puede llevar es una hostia.

ET —Porque estas dos fotos, estas dos composiciones os parecen iguales. Os parece que esta persona de en medio corre el mismo riesgo.



CoC —Uuuuh, para nada, para nada.

CaL —¿Qué es, qué es?

ET —Un chico rodeado de chicas de fiesta y una chica....



CaL —Ni de coña.

CoE —A ese, si eso, le roban, y a esta la pobre...

CaR —A este le roban y a esta la violan.

ET —Entonces estaríais de acuerdo en que esto sería verdad.

CaL —Aja, siií.

CoB —Sí, a ver, en el sentido que a un chico borracho le pasan cosas diferentes que a una chica borracha.

CaR —Pero eso es lo que estamos hablando.

CoB —Pero también depende mucho del ambiente, en un bar gay un borracho se convierte vulnerable como una chica.

CaR —Pues yo creo que en todos lados hay de todo.

CoB —En un sitio en el que solo hay hombres, por ejemplo, ahí cambia la cosa. Pero si hablamos en la sociedad en general, creo que sí que a un chico borracho le pasan cosas diferentes que a una chica borracha.

ET —¿Tú crees que en un ambiente solo de hombres, de sexo de hombres con hombres, hay personas más vulnerables que otras o como ...?

CoC —Sí, yo creo que sí, porque el problema de alguna manera es que al nosotros tener el tema de la sexualidad más..., menos tabú que por ejemplo pueden tener personas heterosexuales, nos tomamos licencias, o yo me he sentido por ejemplo incómodo en ciertas situaciones con hombres homosexuales mayores que yo, sobre todo. El tema mayor menor..., como que les gusta a los viejos fijarse en los jovencitos.

CoB —Sí claro.

CoC —Vale, pero es que se cuelan.

CaL —Y de confianzas un montón.

CoC —Y de confianzas un montón, sí, eso es verdad.

CoB —Y de tocarte y rozarte y de todo.

CoC —De pasar por la barra y meter toda....

Un latero nos ofrece cerveza, el grupo a coro la rechaza: No gracias.

ET —¿Para vosotras esas historias que cuentan serían comparables?

CaL —No...,

CoC —Porque aun así ella sigue estando en una posición diferente.

CoB —Sí, para mí, una mujer siempre va a estar en una posición diferente a mí, en el sentido de que siempre va a ser más vulnerable, creo yo.

CoE —Pero no porque nosotros lo pensemos, si no por cómo es la sociedad.

CoB —Evidentemente, eso se da por hecho.

CaR —Es que nosotras hablamos con nuestras amigas y a todas prácticamente nos ha pasado algo y a ellos, si eso un caso.

CoB —A mí es que nada.

CoE —Son muy diferente, [las violencias hacia ellas] ellas son más sexuales y [hacia nosotros] nosotros como somos de insulto [refiriéndose a las violencias recibidas], pues lo típico por la calle maricón no sé qué, son cosas muy diferentes.

CoB —Aparte no le doy importancia, si me pasa algo de eso porque no siento miedo. Yo si fuera una chica, creo que sí sentiría miedo.

El grupo a coro —Sí.

CoB —*Pero siendo un chico no siento miedo. Nunca.* (Diario de campo del 07/08/2021)

Para este grupo de jóvenes, el consumo de alcohol juega un papel importante en las violencias que una persona puede recibir, pero tienen mucho cuidado de ubicar las causas de la violencia en el agresor y no en la víctima o su estado de ebriedad. En última instancia, para ellos y ellas es un problema de la sociedad en su conjunto. En un inicio, para ellos puede haber situaciones de vulnerabilidad equiparables hasta cierto punto entre hombre y mujeres. No obstante, las circunscriben a ambientes muy determinados, donde, curiosamente, no hay mujeres. En esos espacios puramente masculinos, según las vivencias de estos jóvenes, las relaciones de poder y violencias se articularon, principalmente, a partir de ejes generacionales y hacen mención sobre todo a tocamientos y proposiciones sexuales no deseadas. El tipo de riesgo reputacional traído a colación es el ridículo, en este caso el grupo considera la existencia de riesgos similares para ambos géneros. Por contra, ellas tienen claro que las experiencias no son comparables, pues tanto ellas como el resto de sus amigas reconocen sufrir violencias de forma mucho más habitual y generalizada. Ante la postura de su amiga, el joven reflexiona y realiza una distinción global entre géneros masculino y femenino: a ellas las agreden sexualmente por su condición de mujer, a ellos los agreden sexualmente por su orientación del deseo. En este caso, el joven no consideraría las agresiones verbales recibidas por él u otros amigos homosexuales como agresiones sexuales; pero aquí sí las incluiremos dentro de esa categoría, al ser un tipo de violencia originada por un prejuicio en un ámbito de las sexualidades. Exceptuando los ambientes exclusivamente masculinos, las opiniones del grupo, de forma implícita, nos harían sospechar de unas vivencias donde los hombres heterosexuales son los principales agresores. Este grupo no es el único en compartir esas preocupaciones. Ahora veremos otro ejemplo, pero fijémonos en la postura de los varones y en la de ellas respecto a ellos, ligeramente diferente a lo mostrado anteriormente.

El pasaje seleccionado corresponde al diario de campo del catorce de agosto de 2021 y contiene las opiniones de un grupo de cuatro chicas y seis chicos de aproximadamente veinte y seis años. En la imagen de abajo se muestra el diagrama final construido por el grupo. Vemos en posiciones centrales aplicaciones móviles como el WhatsApp y elementos como la amistad, que en este caso incluiría la categoría amigos. Destaca la distinción, en cuanto a su deseabilidad, entre la seguridad privada, en posiciones centrales, y la policía, en una posición totalmente marginal. En cuanto a preferencias de



Imagen 20: Juego: Haz tu fiesta

espacios para salir de fiesta, el grupo, equipara tanto lugares de botellón como parques o la playa a otros espacios como discotecas. Menos el alcohol y el cannabis, colocadas en términos medios del tablero, es decir, deseable, pero no imprescindible, el resto de sustancias quedaron fuera. En la fotografía también podemos ver el móvil empleado para grabar la conversación y los papeles en blanco para que los y las participantes introduzcan nuevos elementos para el juego.

[En este fragmento mostraremos dos tipos de datos diferentes: Se iniciará con apuntes de campo a modo de contextualización y terminará con una parte de la transcripción del audio grabado durante el juego.]

[...] Continúo caminando [por la playa de San Miquel]. Paso por al lado de un grupo muy numeroso, y me parecen buenos candidatos [para jugar a Haz tu propia fiesta]. Están sentados en corro con sus cosas dentro [del corro] (mochilas), beben latas de cerveza. Les explico qué hago y les propongo jugar, uno de ellos me dice que sí, que ellos también son investigadores y que hay que colaborar. Entonces una de las chicas me mira y me pregunta.

—«¿Pero es en serio?»— Le digo que sí que mi doctorado es sobre el consumo de sustancias en vía pública. Entonces les pregunto sobre qué investigan, otra chica me responde [algo sobre biología que no entiendo], cuando pongo cara de no entender, me contesta.

—«Estudiamos plantas y bacterias y esas cosas, nada tan divertido como lo tuyo».

Deben tener unos 26 o 27 años, son estudiantes de doctorado en la universidad de Salamanca y son de diferentes puntos de España (sobre todo de la meseta).

[La transcripción inicia aproximadamente a los veinte minutos de haber comenzado a jugar a Haz tu fiesta, justo después de mostrar la imagen de la campaña del ministerio, siguiendo la misma dinámica que con el grupo anterior]

[...] **Etnógrafo (Et)** —Mirar, si os enseño esta foto, vosotros creéis..., esto es una foto que hace una diferencia, de él dice, es el doble de ridículo, de ella dice, es el doble de vulnerable. Si yo os enseño esta foto estaríais de acuerdo.



Chica 1 (Ca1) —Totalmente..., [Chica 9 (Ca9) añade algo que no entiendo Ca1 responde] Claro exacto, me parece que sí, la forma de relacionarnos es diferente entre mujeres y hombres y entonces creo que encima si tú estás totalmente ciega, pierdes el control de ti misma y puedes encontrarte en situaciones mucho más vulnerables que ellos.

Ca9 —Ellos se sienten ridículos, nosotras, ridículas y vulnerables.

Ca1 —Sí, y creo que el riesgo no es el mismo normalmente.

ET —Esa vulnerabilidad la da el alcohol, bueno, alcohol porque es la droga que habéis dicho.

Chica 6 (Ca6) —No, esa vulnerabilidad la da que otras personas se aprovechen de ti. [Chica 5 (Ca5), por detrás —Y en el grupo nunca] A mí el alcohol me puede dar vulnerabilidad, pero al final es otra persona la que se va a aprovechar de mí, entonces la vulnerabilidad es por la otra persona.

Ca1 —Sí, pero eres tú la vulnerable.

Ca6 —Yo estoy con estos chicos..., con estos sé que no me va a pasar nada. Porque al final me van a proteger, pero el hecho de que yo me emborrache y me pierda por ahí porque voy demasiado ciega para saber dónde están, ahí sí que soy vulnerable, pero cuando estoy con mis amigos ahí no lo soy. Esa es la diferencia pillarte sola o vulnerable. [Por debajo Chico 4 (Co4) —Aquí hemos estado ciegos y nadie se ha sentido vulnerable con Fran o Sebas, es alguien de fuera...]

Chico 8 (Co8) —Claro, si estás considerando solamente a los de aquí, no. Si consideras de fuera hay ese riesgo.

Ca6: O vas ahora y te pierdes, ya eres vulnerable.

Chica 9 (Ca9) —Imagínate que estás en una casa rural y alguien se pone super borracho, pues mira, nos reímos de él, has hecho el ridículo, pero...

Chico 11 (Co11) —Pero de buen rollo.

Ca1: Todo el mundo ha estado...

[Tumulto: 20:36]

Ca1 —Todos estáis de acuerdo con esto.

Chico 4 (Co4) —Si de acuerdo estamos, pero que aquí no pasa. Te sientes vulnerable frente a lo que te pueda hacer otra persona, no a lo que te pueda pasar en tu grupo.

Ca9 —Ya, pero si tú vas a una discoteca con tus amigos igual acabas super borracho y te vas por ahí y sí que eres vulnerable.

Chico 10 (Co10) —Claro, porque tú tampoco puedes controlar a todo tu grupo, entonces igual una persona se va y dices habrá ido para ahí a donde sea, igual...

Co8 —Desde el momento que sales del grupo ya no puedes decir, es que los de mi grupo harían tal, pero es que ya no depende de eso, depende de gente desconocida.

Ca4 —Pero es lo que dice Bea, que no es por la droga en sí, es por lo que te pueda hacer una persona de fuera.

[Varias voces: claro]

Ca1 —Normalmente creo que las chicas que se sienten super vulnerables, tienen miedo de..., de los hombres, que no son sus amigos. No creo que tengas miedo de todo el mundo de la discoteca, sino de los hombres y no de todos.

Co4: —Yo cuando estoy vulnerable no siento miedo de ninguna mujer.

Ca1 —Claro exacto, pues esa es la diferencia.

Ca9 —Y no tiene que ver con el alcohol porque mucha gente que no bebe, sale de fiesta y vuelve a casa y se siente vulnerable.

Et —Porque mirar yo he hecho aquí dos composiciones, entonces es un poco el juego de las 7 diferencias, no lo miréis como cinco fotos, sino mirarlo como una composición. La idea es..., yo le llamo las 7 diferencias, pero a lo mejor no encontráis ninguna. [...]



Ca9 —Pues lo mismo, ¿no?

Ca6 —La cosa es, si un grupo de gente ve a un chico en la playa tumbado, borracho, lo que va a hacer es hacer la gracia y pues igual que ves a tu amigo tumbado en la cama y le empiezas a poner sillas encima y cosas y dices ja qué gracioso...



Ca9 —No, pero si no lo conoces le ayudas.

Ca6 —Pero también mucha gente se lo toma así, en plan yo pongo en ritmo de amigos. Tus amigos te ven ahí o alguien que te encuentre, le ponemos así algo y mira qué ridículo.

Co8 —Pero es que eso depende de quién lo encuentre.

Ca6 —Ya, pero si ves a una chica muchas veces no va a ir a hacer eso ¿Que dices? Vamos a despertarla, búa te vienes hacer unas cervezas más y a veces pasa eso.

Co10 —Aprovecharte

Ca6 —Si muchas veces pasa eso. Yo cero, que es una diferencia clave ahí.

Chico 2 (Co2) —En este momento tú nunca te vas a imaginar que estas chicas se van a aprovechar de este chico sexualmente ni de ninguna otra manera, y ahí sí.

Ca1 —Y yo ya he escuchado chicas decir hostias estaba pésimo este tío que me encanta me lleva gustando mogollón de tiempo no sé qué..., pero lo vi tan pedo, borracho o no sé qué, que lo metí en un taxi y lo lleve a casa, y también he escuchado mogollón de veces decir: es que me encantaba, es la tía que llevo queriéndome tirar de no sé cuánto tiempo, venga, pues aproveché y la verdad es que sí y le di un beso y no sé qué y tal. Eso sí lo he escuchado, lo he visto, me ha pasado mogollón de veces y creo que a eso me refiero cuando digo que tenemos formas diferentes de relacionar. Que vosotros no lo haríais lo sé [Co2 por debajo —Claro], pero que en general sí que he escuchado más a chicos diciendo rollo era la mía, ¿sabes? Que iba tan pedo que tal y... son tendencias no significa que todos los hombres sean así.

Co8 —La cosa es que tú ves al chico y a la chica en la misma situación y sabes que el chico va a estar mucho mejor, más seguro por desgracia que la chica.

Ca9 —¿Pero vosotros ahí ayudaríais a la chica también?

Todos los chicos aun tiempo —Claro.

Co2 —Nosotros sí, pero si yo veo esas imágenes así ahí diría hostias, cuidado.

Co8 —Estamos hablando de que la persona está así y se la encuentra una persona o grupo cualquiera.

Co10 —Yo creo que esto se resume en la foto de antes, aquí dice doble por ciento de pela uvas ¿No? De bobo, y aquí doble por ciento de vulnerable. Realmente es lo mismo. Dices mira, este tío es gilipollas, mira está igual, me puedo aprovechar.

Ca1 —Claro exacto, porque igual esta muchacha, pues acaba, pues desnuda o viol... o yo qué sé. Es que no sé.

Co10 —Tristemente es así.

Ca6 —Y también, aunque no vayas borracha, si vas un poco contenta y se te acerca un grupo de chicas y estás perdida y te dicen: te acompañamos a tal sitio, no sé qué. Siempre vas a decir: ay sí, muchas gracias tal. Mientras que, si se te acercan un grupo de chicos y te dicen, aunque haya excepciones, te dicen: ay te has perdido, te acompañamos a tal sitio. Y si tú vas un poco borracha, vas a decir enseguida: que no vas cieguísima, no gracias prefiero ir sola, que están mis amigas ahí esperándome, [Ca1 por debajo —Claro, te da más miedo] (Diario de Campo del 14/07/2021)

Las jóvenes de este grupo identifican de manera explícita y muy clara el problema en cuanto a sus miedos de fiesta: los hombres desconocidos. De nuevo hay un reconocimiento de las chicas del grupo de violencias vividas en primera persona e historias de otras amigas. En ese marco, las chicas achacarían la vulnerabilidad relacionada con un estado de ebriedad, al oportunismo de los hombres, el cual no se da

entre las mujeres. Para ellas es un problema social provocado por un sector muy concreto de la sociedad. Si nos fijamos en las opiniones de los hombres del grupo, a excepción quizás del chico 10, comprobamos una resistencia mayor a reconocer una situación estructural de violencia contra la mujer. Aunque se ven obligados a aceptar las opiniones de sus amigas sin demasiados ambages, sienten la necesidad de explicitar que ellos son una excepción a la norma, sugiriendo que se sienten interpelados como posibles agresores en algún grado. De hecho, en la historia que cuenta chica 1 — comparando la actuación de sus conocidas cuando un chico que les gustaba se emborrachaba y viceversa, no hablaba de situaciones entre desconocidos. Es más, por sus palabras, parecería que alguna de las situaciones de violencia que tiene en la cabeza mientras habla son la culminación de un proceso de amistad y cortejo más largo que una sola noche. A diferencia del primer grupo, ningún hombre reconoció haber sufrido una situación de violencia sexual por parte de otro hombre. Lo cual nos podría hacer sospechar de formas de performar la masculinidad, más normativas y menos susceptibles de convertirse en el objetivo de agresiones homófobas. Por el mismo motivo, violencias como besos no deseados, les pueden pasar desapercibidas en su entorno más próximo. De forma análoga debe admitirse un contexto poco idóneo para reconocerse como víctima o agresor. Pese a la idoneidad o no del ambiente, a lo largo de esta investigación, las mujeres siempre se mostraron más proclives que los hombres a reconocer las violencias sufridas.

En cualquier caso, para estos dos grupos existe un tipo de violencia específico y común de los hombres hacia las mujeres. En mayor o menor medida, consideran como los potenciales agresores a un tipo de hombre heterosexual. Lo cual no es poca cosa, pues fijémonos que, en el último grupo, el miedo se extendía a todos los hombres desconocidos. Y en ambos casos, se considera el consumo de alcohol como un factor que contribuye a que una mujer —y excepcionalmente un hombre— sea percibida como vulnerable, entendiendo esa vulnerabilidad como una lectura oportunista sobre la ebriedad de la víctima por parte del agresor. Y, finalmente, consideran al grupo de amistades el elemento principal de protección frente a agresiones como tocamientos o piropos no deseados. Si bien, historias como la de Chica 1, nos hacen sospechar que, más allá del temor a los hombres desconocidos, podría haber motivos para tener ciertas reservas hacia los varones de su propio grupo de iguales.

Hasta este punto, como en la mayoría de literatura previa sobre el tema, las motivaciones y actitudes de los agresores difícilmente son narradas en primera persona. Para intentar arrojar luz sobre esta cuestión se ha seleccionado un pasaje del diario de campo del once de junio de 2021. Esa noche, alrededor de las cuatro de la mañana, conocí a Aquiles y Enric, dos jóvenes que, según sus propias palabras, estaban cazando *putos chochos* en el botellón de la playa de San Miquel. Aunque sus intenciones eran muy similares, sus estrategias no. Se describe una situación de acoso de Enric a unas jóvenes y la estrategia de estas para librarse de dicha situación. Mientras sucede, Aquiles, desde la distancia me comenta su parecer sobre la situación y la actitud de su amigo.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Estoy cansado, y siento que la gente está menos receptiva (son las 3:30). Decido sentarme a esperar la apertura del metro [5:00 am]. Escojo un lugar rodeado de bastantes grupos y me siento. [...]

Llegan tres chicas y empiezan a cantar y bailar [a un par de metros de mí] con la canción (Duele el corazón de Enrique Iglesias), se les acercan dos chicos hablando en Inglés, uno rubio y otro con sombrero, y les ofrecen algo. Ellas lo rechazan, ellos insisten y ellas siguen negándose. Pero en un momento dado uno de ellos dice algo en catalán, entonces una de ellas.

—«Ooh hablas catalán».

—«Es clar»

—«Oooh me encanta el catalán»— A partir de ahí entablan una conversación. Poco a poco las amigas van dejando sola a la chica con el chico del sombrero. El chico rubio también desaparece. Cuando la chica se da cuenta, añade algo y se marcha. El del sombrero se queda solo, pero enseguida aparece su amigo.

—«Ya está, tú hablas y si no quieren, pues otra y a tomar por culo.»

—«¡Qué cabronas!»— Entonces miran hacia abajo y me ven sentado prácticamente a sus pies. El rubio añade.

—«No pasa nada, ahora nos sentamos y hablamos con este tío de puta madre»— Les sonrío y el rubio se sienta, el otro se queda de pie. Nos presentamos, se llama Aquiles, es medio irlandés, medio italiano, tiene veintidós años, habla bien el castellano, aunque con mucho acento y mezcla todo el tiempo palabras inglesas e italianas como *cazzo* (polla). El amigo del sombrero continúa diciéndole a Aquiles.

—«*Hijas de puta*, ya casi estaba, pero si prefiere irse *que le den por culo*»— Aquiles lo tranquiliza.

—«Claro *brho*. Actitud *brho*, hablas con ellas si bien y si no que les den por culo y otra, *brho*, tu mira la playa ¡*Cazzo!*, esto está lleno de *puto chocho*»

Antes de hablar nada más llega un hombre de fenotipo negro de unos cuarenta años y nos ofrece marihuana. Aquiles le pregunta cuanto y el hombre contesta cinco Euros. Aquiles pregunta si es C.D.B. El hombre responde que [la marihuana] es buena. Aquiles acepta, después la rechaza y finalmente el hombre se sienta a su lado y empiezan a negociar. En un momento dado me pasa una bolsita con marihuana y me dice.

—«Ayúdame, ¿a ti que te parece hermano?»— lo huelo y me parece que huele bien. Saco dos euros y medio y le propongo de comprarlo a medias. Le parece buena idea y mientras paga le dice a su amigo.

—«Ven, siéntate aquí que me parece que hemos hecho un colega de puta madre»

—«No, estoy mejor de pie»— Aquiles insiste hasta que su amigo se sienta. Al sentarse se presenta: es Enric, de Barcelona y tiene veintiséis años. Aquiles empieza a trastear la bolsa [con la marihuana], sacando y metiendo los cogollos sin hacer nada más, mientras, me pregunta.

—«Tú que haces aquí, nosotros buscamos *putos chochos, fucking chochitos*³»— Me giro a mirar al colega sentado al otro lado y añade muy serio.

—«Sí, a mí me gustan mucho las chicas, quiero follar siempre, es como una adicción, hemos venido a eso»— Me mira serio, no parece muy contento con la decisión de su amigo de sentarse a hablar con alguien que no sea una mujer. Le contesto que se puede marchar cuando quiera para ir a ligar. Me dice que ya lo sabe. Aquiles le replica.

—«Salimos a follar, pero tranquilo también podemos conocer gente, ahora estamos bien, lo importante es la actitud, yo que te he dicho»— el amigo no contesta y se recuesta. Al final, Aquiles, hecho un lío [con la marihuana], me pide que haga yo el porro. Comienzo, pero no tengo papel, Aquiles va a buscar uno.

Entre tanto me quedo a solas con Enric, me vuelve a explicar su obsesión por las chicas, voy asintiendo sin mucho interés. Entre tanto, a escasos tres metros, un hombre de unos treinta y cinco años tumbado junto a una mujer de edad similar, le pide a Enric un trago de la botella de vodka que lleva en la mano. El hombre grita mientras se estira por el suelo.

—«*Guy, one shot*» (no se conocen)— Enric contesta

—«¿*You want?*»— el hombre afirma tumbándose boca arriba para que el otro de pie le eche el vodka al gañote.

Enric se levanta, se sitúa abierto de piernas sobre el hombre tumbado, coloca la botella a forma de pene y finge masturbarse. Con cada sacudida deja caer algo de vodka sobre la boca del otro. La mujer ríe y anima a su amigo a beber. Pero el hombre, muy enfadado, se levanta tan rápido como puede y encara un segundo a Enric.

—«*I don't drink that way*»— La chica se queda en silencio mirándolos a los dos. Enseguida el hombre se marcha sin decir nada más, la chica sale detrás de él. Enric me comenta al sentarse de nuevo.

—«No le ha gustado, ja, ja, ja, a la chica sí, jajajá»— Le sonrío y respondo que habla muy bien inglés. Pregunto donde aprendió. No me contesta.

Enseguida vuelve Aquiles con tres papelillos de fumar. Me los da y mientras lio el porro me va contando su trabajo de vendedor de pisos. Al terminar de liar, Aquiles se levanta y se marcha, me vuelvo a quedar a solas con Enric.

[...]

Regresa Aquiles con un chico rubio de pelo largo y trenzado. Es quien nos ha dado el papel de liar y quiere fumar. Se llama Armando, es de Chile. [...] En ese momento, en el grupo de al lado se levantan dos chicas, se desvisten y se quedan en tanga para meterse en el agua. Enric las mira sin ningún tipo de

3 Estas palabras son totalmente literales.

pudor mientras se acaricia el bigote y se huele las yemas de los dedos. Cuando las ve, Aquiles comienza una disertación que nos deja perplejos a Armando y a mí. No estoy seguro de si por los mismos motivos.

—[Dirigiéndose a mí] «tú no sabes la suerte que tienes hermano ¡Cazzo! Has nacido en el paraíso»— él ha vivido en muchos lugares (seis meses en China, dos años en Marbella, un año en Nueva York, Italia, Irlanda, Londres y Ámsterdam) y en Italia, por ejemplo, tú debes hablar con una chica y quedar con ella a solas como cinco o seis veces antes de tener sexo. —«Con las españolas no ¡Cazzo! Las españolas quieren follar. Hablas un rato y ya está hermano.» —Lo miro incrédulo y le comento que yo también he viajado un poco y no lo veo así.

—«Hermano, tú has nacido aquí y no lo ves ¡Cazzo! Pero esto es el puto paraíso hermano, es actitud, si tú quieres esta noche metes la polla ¡Cazzo!» [...] «Claro hermano ¡Todo es actitud! Yo me lo voy a comer todo en la vida. Date cuenta de que las chicas quieren respeto ¡Cazzo! Las tienes que valorar como si fueran iguales hermano. En Italia, cuando una chica folla con cuatro o cinco, sus amigas le dicen que es una puta. Aquí no hermano ¡Cazzo! A mí me gusta meter la polla en un *fucking pussy* por eso cuando una chica se folla a un motón hay que aplaudirle no decirle puta»— Miro a Armando, está con la boca abierta. Entonces le responde.

—«Che me parece muy profundo, voy a pensar mucho en esto que dices»— En ese momento Aquiles resopla y señala a las chicas del agua.

—«Ves hermano, vives en el puto paraíso ¡Cazzo! Tu porrito en la playa las chicas ahhh— Armando se da la vuelta para mirarlas mientras fuma, añade.

—«Che eso es verdad, miren eso. En Chile no es igual, debes quedar con una mina cuatro o cinco veces, acá no tanto»— Aquiles le da la razón y me pasan el porro. Me parece gracioso, pues, si bien comparto la sensualidad de un cuerpo desnudo bañándose en la playa, desde hace un rato solo se ven dos cabezas sobresalir del agua. Una voz de chica llama a Armando, este se levanta, saluda a alguien y nos dice.

—«Che un placer, pero me reclaman, pensaré mucho en lo que dijiste»— Aquiles contesta.

—«No, tú sabes hermano, te has fumado tu porrito te esperan tus chicas que te hacen trenzas ¡Cazzo!»— Armando se ríe y se marcha tras chocar puños. Antes de irse, Aquiles y él intercambian Instagram.

Se acerca Enric para pedirle a Aquiles ir a dar a una vuelta para buscar chicas. Aquiles le pide relax porque también han venido a conocer gente y ahora está a gusto. Enric responde

—«Yo he venido aquí de *caza*, quiero puto chocho y ya está»

—«¡Cazzo! Actitud, *that's not the attitude brho*» —Enric, en silencio, sigue mirando las cabezas sobresaliendo del agua. [...]

Aquiles me pregunta por qué estoy solo de fiesta. Le explico que soy antropólogo y estudio masculinidades en los botellones, me contesta.

—«Me gustas *brho*, por eso me he sentado contigo. A mí me gusta la gente que hace sus cosas solo ¡*Cazzo!* Con tu paranoia no necesitas a nadie. Se nota que tú eres un tío que piensas, no eres un borracho *brho*»— mientras hablamos las chicas salen del agua. Enric sigue mirando descaradamente; Aquiles empieza a decir en voz alta como si lo proclamara al viento.

—«Actitud ¡*Cazzo!* No hemos venido a mirar, hemos venido a follar a conocer gente ¡*Cazzo!*»— me dice a mí en voz baja —«ves *brho*, yo se lo digo, pero ¡*Cazzo!* Así no va a hacer nada, hay que estar tranquilo como tú eres, no mirar a las chicas»— entonces otra vez en voz alta —«se mira el cielo, el mar, ¡*Cazzo!* Actitud *brho*».

Enric nos dice ir a dar una vuelta. Aquiles aprovecha y comienza a explicarme su trabajo en el mundo inmobiliario. [...] Enric no tarda en regresar riendo.

—«Hostias me ha pasado la cosa más asquerosa de mi vida. He visto una tía de espaldas con el pelo largo bailando con una falda, estaba buena y cuando le pido fuego se gira y es un tío ¡*Qué puto asco!* Y el tío se empieza a buscar el fuego. Y yo, no, no deja, ya está, si tenía el cigarro encendido y todo ¡Joder que asco!»— Aquiles y yo sonreímos sin contestar y seguimos hablando entre nosotros. Cuando Enric quiere dar una calada al cigarro, ahora sí, está apagado. Aprovecha la ocasión para pedir fuego a las chicas de adelante, las del baño en ropa interior. Bailan, todavía en tanga, con sus amigos, un chico y dos chicas. [Al ver a Enric] Aquiles señala.

—«¡*Cazzo!* Así no va a hacer nada»— Miro a Enric y se ha quedado bailando delante de las chicas mientras fuma. Las chicas de espaldas [a él] no parecen hacerle mucho caso. Mientras Aquiles me va explicando

—«No puedes ir así, hermano, tienes que estar seguro de ti. No puede parecer que tú quieres, tienes que dejar que se acerquen porque te ven seguro hermano, ¡*Cazzo!* Yo voy muchas veces después de él y pregunto *everything's fine* y me disculpo y ¡*Cazzo!* Follo. Tú me entiendes, hermano»— Mientras hablamos voy mirando por el rabillo del ojo a Enric, las chicas han empezado a vestirse. Aquiles continúa.

—«Yo no tengo problemas con las chicas, soy sincero hermano. Tú mírame, yo soy así gordo y no soy guapo, pero le hablo a las chicas como te hablo a ti *brho*. Tengo seguridad ¡*Cazzo!* No tengo problemas. Mira el historial [refiriéndose al móvil] sí, veo porno, pero me da igual hermano, eso no importa. Yo soy seguro, no tengo problemas para ligar con chicas y les hablo, me las beso y eso, hermano, pero el problema es el momento de decirle que se venga a casa a follar... ¡*Cazzo!* No sé hermano»— Le digo que es normal, a todo el mundo le da vergüenza esas cosas —«No, es que yo para follarme una chica me tiene que gustar hermano. Estoy pasando una ruptura ¡Put a Soni! Y no me apetece» —Sonrío y respondo que el tiempo lo cura todo, que es muy joven y aún quedan muchas Sonis. Ahora sonrío él.

—«No sé *brho*» Entonces me pregunta —«¿y tú?»— entiendo que como no me he pronunciado en el tema de follar le empieza a sonar raro. Le digo que tengo novia desde hace tiempo y que estoy trabajando. Me vuelve a decir que le gusta la gente que hace sus *paranoias*

—«¡Cazzo! Yo siempre tengo salgo con este, o con otro colega. Tú, hermano, haces tus cosas, no necesitas nada». [...]

Para mi sorpresa las chicas están hablando con Enric, este, todo el tiempo, se intenta interponer entre una de las chicas y el otro chico que esta con ellas [dándole la espalda]. Intenta anularlo de una forma muy evidente. Aquiles se percata como miro la escena.

—«¡Cazzo! Yo se lo digo, hermano, así no. Mira, le intenta dar un beso y..., ella se va ¿Lo ves *brho*?»— Efectivamente, la chica, cuando Enric se abalanza para besarla, le retira la cara e inmediatamente se va al otro lado del círculo de personas junto a una amiga. Enric sigue bailando, intentando integrarse de nuevo en el grupo.

[...]

En eso, una de las chicas se coloca delante de nosotros y empieza a llamar a alguien en inglés. Aquiles aprovecha y le pregunta señalando a su amigo.

—«*Everything's fine*» la chica mira hacia abajo como si no nos hubiera visto [hasta ese momento] y responde.

—«Fine.»

Aquiles me mira.

— «¿Tú ves, hermano?»

Al llegar la amiga de la chica el grupo se marcha. Cuando miramos de nuevo vemos a Enric completamente solo en medio de varios grupos, mueve las manos y hace muecas de incredulidad. Viene y nos cuenta.

—«Ya estaba. Me dice la amiga: espérate porque a mi amiga le gustas y te quiere dar un beso. Me giro y se habían ido. Soy un desgraciado. Ligo, porque ligo, pero también soy un desgraciado»— le apunto que podría ser peor: *podrías ser solo un desgraciado*. Sonríe, no ha entendido la ironía, sigue oteando el horizonte para ver por dónde van, como para salir detrás de ellas. Aquiles interviene.

—«¡Cazzo! Relájate *brho*, lo que tienes que hacer es quedarte con su Instagram y otro día hermano.»

—«Lo tengo aquí.»

—«Ya está hermano, tu mira la playa, yo que te dije»— me mira a mí antes de añadir— «no quería salir esta noche. Yo te dije que conocerías chicas y has conocido ¡Cazzo! Actitud, todavía hay muchas chicas, pues venga, vamos

de *caza*.»— Aquiles decide acompañar a su amigo, yo me despido, son las 5:45 de la mañana y he tenido suficiente. Con el amigo cruzo un simple *a dios*, pero Aquiles me abraza

—«¡*Cazzo!* Llámame quiero verte borracho *brho*, de puta madre» (Diario de Campo del 11 de junio de 2021)

Se han sintetizado las casi dos horas compartidas con Aquiles y Enric, por considerar que narraba exactamente el tipo de situaciones referidas sobre todo por las chicas de los dos grupos anteriores. Aquiles y Enric confiesan sin tapujos su deseo de tener relaciones sexuales con cualquier chica presente en el botellón, esa es su motivación y para Enric único objetivo. Comencemos por Enric, él se presenta a sí mismo como un adicto al sexo, pero no solo es eso, muestra una incomodidad manifiesta cuando se relaciona con otros varones y constantemente rivaliza con ellos. Como si ligar consistiera tanto en agrandar a una chica como en competir contra otros hombres. Llega al punto de ofender al hombre que le pidió un trago de Vodka; debe remarcarse que la amiga de dicho hombre no entendió el gesto como una ofensa hasta manifestarlo así su amigo. No tengo pruebas, en cuanto a una confesión de Enric, pero tampoco me caben dudas, tras ver la escena, sobre la intención vejatoria del juego de la botella. Cuyo cometido era cuestionar delante de la chica la hombría de quien tenía a sus pies. De hecho, tampoco tengo dudas de que así lo entendió también el ofendido.

Por la forma de actuar de Enric, se diría que su medida del éxito es obtener un coito con la menor interacción posible. En esta lógica, la charla y el baile son fases no deseadas de un proceso que, si fuera por Enric, siempre terminaría con un coito en la misma noche. Aunque haya conseguido el Instagram de la chica, no se muestra contento, pues parece resultarle tedioso alargar el proceso de cortejo. Porque, además, por como habla y se relaciona, no parece contemplar la posibilidad de ser amigo sin más de una chica. Ni tan siquiera podríamos asegurar si Enric deseaba conocer a alguien esa noche con quien no considerará tener relaciones sexuales inminentes. Quizás sea por esa actitud, o quizás por otras razones, pero lo cierto es que cuando cree fracasar en sus intentos por ligar de forma rápida, se le despierta ira e insulta a las chicas una vez se han marchado. Incluso si Aquiles no le da mucha caba con esa actitud. El ansia por conseguir unos objetivos irreales, junto a la autopercepción de fracasar y sentirse desgraciado al no conseguirlo, llevan a Enric a cometer violencias sin tan siquiera planteárselo, importarle o seguramente una mezcla de ambas. El intento de besar a la chica es el más evidente. Pero si consideramos violencias sexuales cualquier interacción con contenido sexual donde una de las personas no da su consentimiento para participar en dicha interacción, las miradas inadecuadas, imponer su presencia, intentar aislar a la chica de sus amigos o el juego de la botella-pene con el desconocido, son formas de violencia. Él mismo reconoce estar de caza y actúa en consecuencia como un auténtico cazador. Merodea por la zona, otea el horizonte, rastrea la posibilidad de un coito fácil y ataca a la presa más desprotegida. Su actitud se podría entender como la de un predador oportunista que aguarda su ocasión.

Aquiles es diferente, da la sensación de un joven seguro, decidido, viajado, emprendedor, con don de gentes y palabra. Se fija en mí porque estoy solo en un contexto donde lo habitual es ir acompañado y, según expresará él mismo, esa individualidad la valora, pese a reconocer no poseerla. Si Enric se asemejaba a un cazador oportunista, con Aquiles en todo momento tuve la sensación de hablar con un vendedor de sí mismo, un charlatán cuya filosofía era una puesta en escena, un conjunto de prejuicios bien

enlazados. Por ejemplo, tras su disertación sobre las mieles del gineceo español, nos damos cuenta que de inicio han elegido para ligar un ambiente con un porcentaje muy bajo de personas de la ciudad y de facto, todo el tiempo intentan ligar con turistas. Además, llegadas ciertas situaciones muestra indecisión e inexperiencia. Asegura fumar y decide comprar marihuana, pero, pese a afirmar ganar mucho dinero, regatea con el vendedor por rebajar una cantidad inicial de cinco euros. Al final, inseguro, necesita asesorarse antes de efectuar la compra y, en última instancia, alguien para liarle el porro. En todo caso, su actitud y objetivos esa noche eran distintos a los de Enric. Aquiles disfrutaba de verdad hablando con la gente, mostrando sus puntos de vista singulares, alardeando de sus viajes, su trabajo o simplemente consumiendo cannabis en un contexto para él hermoso. Con todo, hablar sobre mujeres, sobre la posibilidad de mantener relaciones sexuales con ellas y cómo conseguirlo, fue un tema central. Aquiles es capaz de identificar las violencias ejercidas por su amigo, pero no como violencias, sino como una mala praxis en el arte de ligar. Cuestiones como el respeto las incorpora asemejándolas a herramientas para el cortejo, no como un estatus intrínseco de la persona. Por eso, cuando intenta moderar las actitudes violentas de Enric dirigiéndole comentarios paternalistas y regañinas, lo hace como parte de un conjunto de enseñanzas para la venta de sí mismo. Intenta evitar el fracaso de su amigo sin pensar ni entender como tal las violencias presenciadas. Es más, el propio Aquiles emplea la violencia de Enric -mala praxis en sus términos- para su beneficio; pregunta a la chica si todo va bien, para mostrarse cortés y confiable tras la agresión de su amigo. Una estrategia que, por lo relatado, emplea a menudo.

En lo referente a la manera de Aquiles de relacionarse con otros hombres, empecemos analizando la actitud de Armando. Independiente de las dudas sobre el tono irónico al considerar las opiniones de Aquiles profundas. Podríamos considerarlo un colaborador necesario para la puesta en escena del propio Aquiles. Quien, al menos esa noche, se preciaba de su capacidad para reunir en torno suyo todos los elementos de una buena fiesta: marihuana, amistades, un bonito lugar, etc. En relación a eso, la sensación todo el tiempo es que Armando escucha paciente, complaciente, a la espera de su turno para fumar. Mostrándose poco predispuesto a confrontar opiniones, eso sí no está de acuerdo. Durante toda la interacción entre los cuatro —Aquiles, Armando, Enric y yo— Aquiles emplea sus viajes, su supuesto dinero y éxito, pero sobre todo su don de palabra para situarse como una suerte de *coach*. Parafraseando a Guertz, Aquiles sabe porque vio, vivió y ahora nos lo puede contar, él *estuvo allí* donde muchos hombres quisieran ir. Cuando sus prejuicios son confrontados, tal como la hipersexualidad de las mujeres españolas, emplea técnicas sutiles, pero efectivas para desacreditar a su interlocutor y mantener el estatus en la conversación. Fijémonos que, tras un halago —has nacido en el paraíso—, emplea ese mismo halago para desacreditar y minusvalorar la opinión de quien lo contradice —como naciste en el paraíso no eres capaz de entender tu suerte. En definitiva, por las palabras de Aquiles y su comportamiento, su objetivo principal, a diferencia de Enric, podría ser no tanto conseguir un coito, que también, sino mostrar sus saberes y experiencias a otras personas, especialmente a hombres. Sus supuestos éxitos sexuales y de otros tipos, los incorpora a la conversación como máximas para el éxito personal, técnicas aplicables por cualquiera que él puede enseñar. Siendo así, esa noche para Aquiles —teniendo en cuenta que no conocemos realmente sus lazos de amistad con Enric más allá de lo observado— Enric jugo el papel de un tonto útil. Un mal ejemplo con quien compararse para desarrollar un masterclass sobre estrategias de venta del *self*.

Como resultado de las violencias ejercidas por Enric, las jóvenes pusieron en práctica estrategias de protección. Hasta lo observado coincidiría con lo expresado en los juegos, el factor de seguridad principal lo constituiría el grupo de iguales. En el primer caso, el de la chica a quien le gustaba escuchar catalán, vemos como la conversación se mantiene hasta darse cuenta de estar a solas con Enric. En ese instante, ella se despide y regresa con su grupo de amistades. En el segundo caso, las chicas del baño en el mar, se dan diferentes fases. Primero le dan la espalda, intentando ignorar su presencia. No funciona. Ante la incomodidad, se visten y una de ellas intenta charlar con él, pero cuando Enric, en cuestión de minutos, abusa de esa deferencia para intentar besarla, la joven recula y vuelve con sus amigas aislándolo de nuevo. Como Enric no se rinde y continúa imponiendo su presencia al grupo, las jóvenes urden un plan para despistarlo. Una de ellas le asegura el beso de una amiga si espera allí. Aprovechan así la desesperación crédula de Enric para escapar de una situación a todas luces muy incómoda, o así la percibí como observador, y con visos de ir a peor. Si retrocedemos de nuevo hasta las transcripciones previas a este último pasaje, recordaremos a una de las chicas asegurando tener miedo de los hombres desconocidos. Ese miedo tendría un fundamento claro, en primer lugar, porque no hemos dudado de sus vivencias, pero en segundo porque, al menos, en este botellón, hemos comprobado que comparte el espacio con algunos hombres que acuden con la única intención de tener un coito rápido y fácil con cualquier chica. Además, esos hombres, en el caso de Enric y Aquiles es evidente, tienen un plan para intentar explotar las debilidades de las jóvenes y conseguir sus objetivos.

Para finalizar el capítulo mencionaremos a quienes trabajan en el botellón de la Barceloneta. El tipo de trabajador más común es el latero o vendedor ambulante de bebidas. Suelen vender cervezas, agua, refrescos y —observado únicamente en este botellón— también mojitos y caipiriñas. Circulan por la arena entre los grupos ofreciendo abiertamente sus productos siempre y cuando no haya policía a la vista. Otro grupo similar de trabajadores son los vendedores de marihuana, el sistema es el mismo, pero llevado con algo más de discreción. Ambos grupos suelen componerse de hombres cercanos a la cuarentena con historias migratorias muy diversas. También se vende comida casera —bizcochos, empanadas, bocadillos, etc.— Entablar vínculos con estos grupos no ha sido posible, existían dos impedimentos: mis observaciones coincidían con su horario laboral y cuando intenté quedar en otro momento no aceptaron al no confiar en mí. Que su actividad laboral sea considerada ilegal fue un factor determinante en este sentido. Veamos un fragmento del diario de campo donde se reflejan las barreras sociales, laborales e idiomáticas que han sesgado esta parte de la investigación. El relato se ubica antes de conocer a Enric y Aquiles, el once de junio de 2021, alrededor de las 2:00 am. Esa noche, dolorido por una lesión reciente, llevaba desde las diez dando vueltas por la playa con los juegos y obligado a descansar a menudo, en una de esas paradas, conocí brevemente a Mahamadou. En el pasaje con Aquiles observamos como la compra venta de marihuana era algo que producía abiertamente en este espacio. Ahora, en la medida de lo posible, intentaremos invertir el punto de mira y lo observaremos desde el lado del vendedor.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Camino un poco, pero me siento cansado, me duele el pie del esguince y la rodilla. Decido parar. Me coloco entre varios grupos y llega un chico, me pregunta en inglés si quiero marihuana. Le contesto que ya tengo. Me responde en castellano si quiero cambiar un porro, asiento. Se acomoda a mi

lado y nos presentamos, es Mahamadou. Le doy la china, coge un trocito muy pequeño y me lo devuelve. No hablamos. Cuando nos lo encendemos llega un tercer hombre y comienza a grita a Mahamadou en un idioma desconocido para mí —me limito a mirar sin rechistar, parecen bastante enfadados. Discuten a gritos un par de minutos y el hombre se va. Pregunto si va todo bien,

—«Él es un loco y quiere pelear conmigo, pero yo soy más loco, no sabe nada, me da igual»— y se ríe. Le pregunto si está de fiesta o trabajando.

—«Todo, estoy de fiesta con las chicas, pero también vendo marihuana»— le pregunto donde vive.

—«Ahora en la calle, no tengo casa. ¿Tú dónde vives? ¿Tienes una habitación para mí?»— [...] Respondo que no. Me pregunta si quiero el porro de yerba a cambio del hachís. Contesto que da igual, no quiero que tenga problemas con su colega [jefe]. Sonríe y me da las gracias, me propone caminar por la playa, según él hay más fiesta por aquella zona. Comenzamos a caminar, no hablamos entre nosotros y cuando me doy cuenta le estoy acompañando a vender marihuana. De pronto un muchacho (veintitrés años aprox.) le grita

—«*Guy Weed.*»— Está sentado al lado de tres chicas y un muchacho, los cuatro bailan alrededor de un altavoz, todos de la misma edad más o menos. Nos sentamos y comienzan a hablar en Inglés muy rápido, me cuesta seguirlos. El chico le está diciendo que quiere comprar unos cinco dólares. Mahamadou le da de fumar y le dice.

—«¿Está bueno?»— Me mantengo todo el rato como espectador sin hablar. El otro asiente, mientras le ofrece un puñado de dólares, pero Mahamadou los rechaza, pues deben ser euros. El chico asegura no tener y Mahamadou se encoge de hombros. Se quedan callados un instante, entonces Mahamadou señala a una de las amigas y resopla, el otro ríe mientras afirma. A partir de ahí comienzan a hablar en inglés muy rápido y me pierdo. En un momento dado dan la conversación por terminada y se levantan [no hay transacción], el comprador regresa a bailar con sus amigas y su amigo. Mahamadou comienza a ofrecer marihuana a otro grupo situado justo detrás. Me quedo solo, me aburro y me marcho sin decir nada. (Diario de Campo del 11/07/2021)

Aunque la interacción con Mahamadou es breve, nos permite esbozar una idea de las vivencias tan desiguales coexistentes en este espacio de botellón. Desde los doctorandos de Salamanca hasta Aquiles, pasando por Mahamadou. Según palabras de este último, está trabajando vendiendo marihuana y, sin poder confirmarlo a ciencia cierta —pero con pocas dudas tras lo visto e insinuado por el propio Mahamadou—, se diría que hay personas encargadas de vigilar el cumplimiento de su labor. Lo cual no es óbice para considerarse de fiesta y desear disfrutar de cuestiones muy similares al resto. Una prueba de ello es que, tras rechazar su proposición de venta, quiso compartir conmigo un momento muy similar al vivido con Aquiles. Y cuando buscó afinidades también empleó la marihuana y las chicas para intentar conectar conmigo y con el turista estadounidense. La diferencia principal es que él, en ese momento, debía encorsetar las

relaciones en un contexto primero y sobre todo, laboral, después, festivo —sin hablar, por supuesto, que al terminar la fiesta y regresar todo el mundo a sus casas u hoteles, Mahamadou, se quedará a dormir en la playa.

Por último, existe otro grupo de trabajadores en el botellón: las y los empleados públicos, fundamentalmente, policías y el servicio de limpieza de playas. Sobre las 1:30 am de cada noche observada, la policía desalojó a quienes hacían botellón para limpiar la playa. Para ello se emplearon tractores para tamizar la arena y mangueras de agua, instalada en el paseo marítimo, para aposentar el polvo. Resulta curioso que esto no se haga por la mañana, tras el desalojo definitivo del botellón, permitiendo que tras la limpieza se vuelva a realizar la práctica y perdiendo gran parte de lo limpiado. Lo cierto es que esta interrupción, a veces, sirve para disolver el botellón de forma natural y temprana.

En las fotos de abajo, a la izquierda, vemos a un operario de la brigada de limpieza con la manguera de agua conectada, mojando la arena antes del paso del tractor. Al fondo vemos unas luces azules, corresponden a los quads de la policía que van desalojando la playa antes de la llegada de la brigada de limpieza. A la derecha observamos a la gente



Imagen 21: Desalojo del botellón para limpiar la playa



Imagen 22: Desalojo del botellón para limpiar la playa

siguiendo las instrucciones de la policía y saliendo de la arena al paseo.

Existen otras labores y circunstancias por las cuales la policía interviene. Por ejemplo, si hay una gran concentración de personas la playa se desaloja por completo sobre las cinco de la mañana, haciéndolo coincidir con la apertura del metro. En este tipo de desalojos suele establecerse un cordón policial para cerrar las calles de acceso al interior del barrio de la Barceloneta desde la playa y el paseo marítimo. De esa forma se conduce indirectamente a la masa de personas desalojadas por el contorno del barrio hasta la parada de metro más cercana.

En la fotografía de abajo, vemos parte del cordón policial, el cual va avanzando por el paseo marítimo hasta desalojar por completo la playa y el paseo.

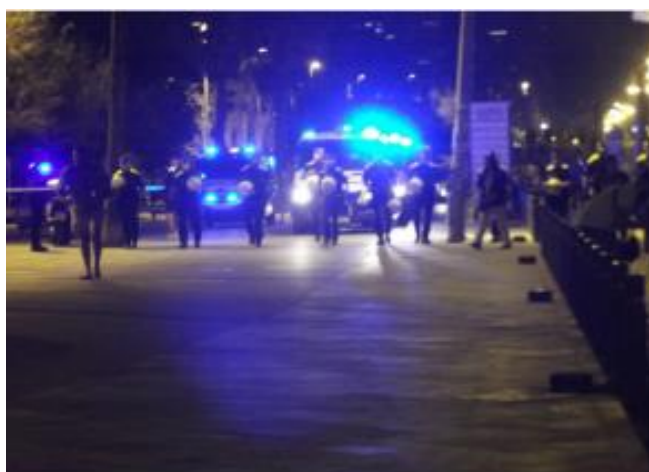


Imagen 23: Cordón policial por el paseo marítimo

Pese a todo, el criterio y motivo de las intervenciones policiales en este espacio no ha quedado demasiado claro en el contexto de esta investigación. Ahora bien, y esto nos servirá para enlazar con el principio del capítulo y cerrar el círculo, parece razonable que tanto el malestar del vecindario como los intereses comerciales de ciertas zonas de ocio nocturno cercanas, jueguen un papel en estas intervenciones. A continuación, se ha elegido un pasaje del diario de campo correspondiente al cinco de junio de 2021. Era una de las primeras observaciones en la zona, según las noticias de televisión se producían dos botellones próximos entre sí (Playa de San Miquel - Moll Gregal). El fragmento siguiente relata el trayecto de ida y vuelta entre ambos.

Para hacernos mejor la composición de lugar de la narración facilitaremos un mapa para ubicar las acciones y elementos más relevantes. Las flechas amarillas son el recorrido realizado al inicio de la noche desde el metro hasta el Moll Gregal. Los círculos rojos corresponden a las dos zonas cercanas con locales de ocio nocturno. Las flechas rojas



Imagen 24: Mapa de la Playa de San Miquel - Moll Gregal

representan el recorrido de la policía desalojando a la gente de botellón desde el muelle hasta la playa del Somorrostro. Las flechas negras muestran el recorrido habitual trazado por la policía los fines de semana para que las personas desalojadas de la playa lleguen al metro sin acceder al barrio de la Barceloneta. Las flechas negras punteadas señalan las calles cortadas al establecer el cordón policial antes mencionado.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Camino todo el paseo marítimo desde la playa de San Miquel hasta cruzar el puerto deportivo de la Villa Olímpica. Por el camino cruzo una zona de discotecas —*Opium*, *Pacha* y otras. El espacio [donde se ubican estos locales] es a dos alturas, la parte de arriba [continuación del paseo marítimo] está casi vacía, pero en la parte de abajo, frente a las terrazas [de las discotecas situadas a pie de playa], se acumula bastante gente.

Al llegar al Moll Gregal, me encuentro con un amplio espigón sobre el cual han construido bares de copas. Por la parte trasera de los locales, entre estos y el muro del espigón, queda un espacio semi oculto a la vista, ahí es donde se organiza el botellón.

Nada más llegar, en la entrada del espigón, veo a dos brigadas móviles (entre catorce y dieciséis policías) de la U.R.E.P. [Antidisturbios de la Guardia Urbana de Barcelona]. Han situado dos furgones policiales en paralelo para desplegarse entre ellos en una fila de a dos. En un lateral [como en un aparte] hay un grupo de unos cinco policías hablando entre ellos, me acerco disimuladamente para escuchar sus comentarios —discuten la estrategia de intervención: uno propone a otro situarlo con el quad en la playa por si alguien escapa por el muro. Un tercero recuerda al resto ir hasta el final para que nadie se escabulla por detrás. Parecen todos conformes.

El policía del quad, monta y se va a la playa, al otro lado del espigón. En ese momento las dos brigadas salen de entre las furgonetas a paso ligero y en fila de a uno. Van hasta el fondo por el lado de los veladores. Los sigo a cierta distancia hasta ver como giran y se meten por la parte trasera de los edificios. Hago lo mismo a mi altura. Al hacerlo me encuentro a varios grupos viniendo hacia mí (unas 200 personas). Una mujer de aproximadamente cuarenta años, acompañada por otra mujer y un hombre con vasos y una bolsa con bebida, me preguntan si pueden sentarse. La miro y le digo que no lo sé, pero me parece que nos están echando. Por detrás viene la policía achuchando a todo el mundo. Nos están expulsando al paseo y nos obligan a dispersarnos en una dirección o en otra. [...] Cuando estoy saliendo [del cordón policial] me dirijo a uno de los policías para preguntarle cuál es el objetivo de la intervención. Me presento como antropólogo de la universidad de Granada y le explico el estudio. Le comento que me surgió una duda al ver la actuación policial y quería saber si él me la podría resolver.

—«Yo no soy mando, pero dime haber.»

—«¿Por qué habéis desalojado este botellón?»

—«En este caso por una cuestión de COVID, además de haber una ordenanza municipal que prohíbe el botellón»—. Hace un gesto entrelazándose las manos dando a entender que el lugar es muy estrecho. Pregunto si entonces desalojan por estar muy apretados. —«Sí, por todo un poco».

—«¿Luego la Barceloneta no la desalojan, porque es un lugar más espacioso?»— Responde que sí, intento confirmar sus palabras. —«¿El criterio es dejar a la gente beber en sitios con más espacio?»

—«Es todo un poco, eso, la ordenanza municipal..., por ejemplo, estos locales no son de restauración»— dando a entender que son de copas —«y está la gente en las terrazas y se forma..., un poco para respetar eso...»— Le doy las gracias y me marchó. Son las 23:00.

Vuelvo hacia la playa de la Barceloneta. De regreso me preceden los dos furgones policiales, van por el medio del paseo con los agentes desplegados a sus lados achuchando a los jóvenes dirección a la playa de la Barceloneta. (Diario de campo del 05/06/2021)

La reacción del agente cuando se le pide justificar su actuación es situarse como subalterno, alguien con información y responsabilidades difusas. Es capaz de justificar la actuación policial con base a una norma municipal muy clara en su redacción —el botellón está prohibido en Barcelona— no obstante, explicar su aplicación no le resulta tan sencillo. El desalojo del botellón del Moll Gregal se lleva a cabo — es decir, es posible— por la existencia de una normativa municipal, pero, según las explicaciones del mismo agente, su cercanía a locales de ocio nocturno es lo que ha motivado la intervención policial en última instancia. Otro dato en esta dirección es la distribución de los negocios de ocio nocturno a lo largo del paseo marítimo. En los dos kilómetros entre la playa de San Miquel hasta el Moll Gregal hay dos zonas con discotecas o bares de copas, el desalojo no se limita únicamente al espigón del muelle, realizan un barrido hasta pasar la segunda zona de discotecas (Opium, Pacha, etc.). Pasada esa zona, los negocios se circunscriben únicamente al campo de la hostelería y la mayoría a las doce de la noche están cerrados. Teniendo en cuenta los precedentes históricos y actuales del barrio mencionados al inicio del capítulo, no parecería exagerado sospechar de ciertas conciliaciones entre intereses económicos y la aplicación de la norma municipal respecto al botellón, al menos en este espacio concreto.

4.2 Ciutat Vella: las plazas dels Àngels, Joan Coromines y George Orwell

Casablanca

El niño creció en Larache, en la zona donde la motora ya come y cena.

Subió ya en busca de Europa, el dinero, aunque en el camino ya tenga los problemas.

Sube parar España ciudad primera que tocaba era Barcelona. Dinero, hambriento por conseguirlo al momento lo que luego Allah no perdona.

Sube hasta Francia y a Italia. Le gusta siempre pararse por Milano, hermano siempre de su hermano; enemigo de quien quiere cortar rápido la mano.

Sabiendo que siempre la policía ha sido mala, por eso es el veterano, buscando la vida con coche en robo de guante, y no decía que no.

Su madre desesperada, llamada de que hace las catorce horas. Buscando la vida entre risas, ni a lo malo siquiera tú ya le lloras.

Fugas en contenedores, armas que son peculiares, escondidas en lugares, bandas que han salido muy familiares. Clanes que son adictivos, dinero que rápido aquí sale.

Mi colega agresivo, porque abrieron investigaciones, micro metido en la guantera, policía levanto positivo.

Va bene, va bene, buscando la vida.

Va bene, va bene, parecemos ya suicidas.

Va bene, va bene, la mama siempre va primera.

Va bene, va bene y luego llenar la cartera

Va bene, va bene, libertad para centros de menores.

Va bene, va bene y para los que están en las mayores.

Va bene, va bene, llegarán tiempos mejores.

Va bene, va bene, va bene, va bene, la mama que más no llore.

Casablanca en:
L.P. *Delincuente*. (2021)
Baby Gang feat Morad

Las plazas de Joan Coromines y dels Àngels se sitúan en el corazón del barrio del Rabal de Barcelona, en el distrito de Ciutat Vella. Y su fisonomía se debe a un proceso de gentrificación iniciado en 1986 con la designación de las Olimpiadas del 92. A diferencia de la Barceloneta la transformación no se articula a partir de la oferta gastronómica o de ocio nocturno preexistente en la zona, sino por una oferta cultural acompañada de la construcción de grandes edificios públicos —museos, facultades, filmotecas— y la apertura de espacios como la rambla del Rabal o la plaza dels Àngels. Dicho proceso, pese a cambiar el aspecto del antiguo Barrio Chino a lo largo de treinta y ocho años, no ha conseguido imponerse de forma homogénea, dando lugar a un *patchwork* socioeconómico y urbanístico singular. Así es que, más allá de los centros institucionales o de cultura; de los pubs o pisos turísticos —el Rabal, como lo era antes el Chino— es un barrio densamente habitado y con rentas bajas (Figura XX) —42.290 hab/Km² (Ajuntament Barcelona; 2022)— pero utilizado y disfrutado por gran variedad de personas (Joaquim Rius (Dir.), 2004; Delgado, ...). Como veremos, la diversidad de clases, culturas y géneros es una de las características principales de estos espacios. Las plazas para algunas personas serán un lugar para la práctica del skate, otras estudiarán en las facultades cercanas y en general es uno de los puntos más céntricos de la ciudad. Lugares por donde circulan y se reúnen no solo gente del barrio y de otras partes de Barcelona, sino del mundo entero. Esa miscelánea social compleja confluye en el espacio público y, en nuestro caso, en el botellón practicado en estas dos plazas. Veamos una breve nota de campo de la noche del cuatro de febrero de 2022, una de las más concurridas a lo largo de esta investigación en la plaza dels Àngels. La descripción consiguiente, aunque superficial todavía, da cuenta de la mezcla de perfiles, pero sugiriendo ya matices que ampliaremos en adelante.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Puede haber cerca de quinientas personas, la plaza transmite una sensación de bullicio y vida. Con música, gente hablando, bebiendo, bailando. [...] Como en observaciones anteriores, es posible que haya personas originarias de al menos cuatro continentes diferentes. A simple vista la escena parece muy intercultural, pero los grupos suelen ser más o menos homogéneos fenotípicamente. Esta tendencia la suelen romper las chicas blancas integradas en grupos muy diversos. Y algunos grupos de personas blancas y fenotipo americano. También es cierto que, pese a la gran diversidad, es difícil ver a mujeres de fenotipo negro o magrebí. (Diario de campo del 04/02/2022)

La plaza dels Àngels es una gran explanada enlosada con bloques de cemento y circundada por varios edificios, uno de ellos el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona, de ahí su nombre extraoficial, plaza del MACBA. Para acceder al museo, cuya entrada se encuentra elevada respecto al resto de la plaza, hay habilitada una larga rampa de cemento utilizada por los *skaters* para hacer sus trucos. Entre la rampa y la fachada del museo hay un espacio amplio y alargado donde la gente se sienta para hacer botellón. En uno de los extremos encontramos la escultura de Oteiza: La Ola. En la foto de abajo vemos el espacio desde el extremo de la escultura de La Ola que, en esta toma, quedaría tras la cámara. A la derecha observamos la gran cristalera de la fachada del Museo de Arte Contemporáneo. Hacia la izquierda vemos la división del espacio generada por la rampa de acceso y personas sentadas en los bordillos de la misma. A la

izquierda del todo se ven las luces azules de dos coches patrulla de Guardia Urbana y Mossos d'Escuadra.

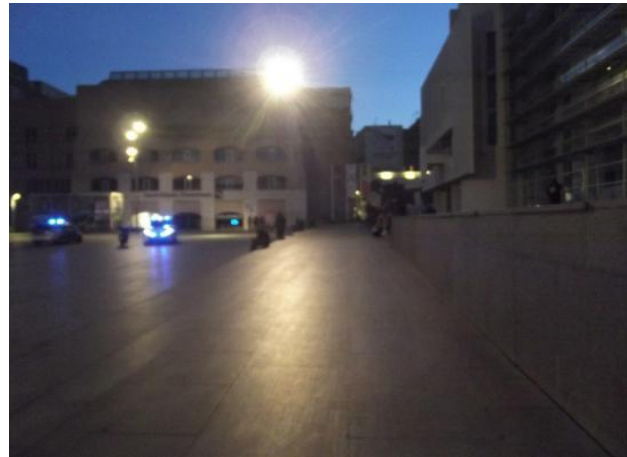


Imagen 25: Plaza dels Àngels de Barcelona

Por contra, la Plaza de Coromines es semejante a un interior de manzana con cuatro puertas de acceso cerradas de noche. Dos de esas puertas comunican con la plaza dels Àngels. El espacio consiste en una explanada de tierra y cemento, arbolada, con bancos y unas gradas en un lateral donde la gente suele sentarse para hacer botellón. Delimitada al sur por el Museo de Arte Contemporáneo y al norte por la iglesia de Santa María de Montealegre y el Teatro de Cultura Contemporánea. Al este se sitúa la Facultad de Comunicación y finalmente por el oeste la plaza la cierra la antigua Casa de la Caridad —actual Centro de Cultura Contemporánea.

En el mapa de abajo podemos ver la proximidad de las plazas y los accesos. Se marcan con números los tres sitios habituales donde la gente se sienta para realizar el botellón.



Imagen 26: Mapa ubicación de botellones

En las fotografías de abajo podemos ver algunos de estos espacios a pie de calle. A la izquierda, jóvenes de botellón frente a la Facultad de Comunicación, están sentados en un bordillo que recorre todo el lateral de la plaza — entre los grupos podemos ver en el suelo bolsas con bebidas, botellas de refrescos y latas de cerveza. Si continuáramos hacia la izquierda encontraríamos unas escaleras, disimuladas en la fotografía por un efecto óptico. Al finalizar las escaleras, el bordillo, habiendo ganado altura, giraría a la derecha dando lugar a unas gradas. En la fotografía de la derecha vemos uno de los corredores de unión entre la plaza de Joan Coromines y la dels Àngels, a la derecha de la propia fotografía contemplamos un cartel indicando la entrada a un festival de cine en el museo. La fachada del fondo corresponde al Centro de Cultura Contemporànea.



Imagen 27: Botellón Facultad de Comunicación



Imagen 28: Corredor entre la Plaza de Joan Coromines y la Plaza dels Àngels

Si hablamos de consumos de sustancias, debería decirse que, a diferencia de la Barceloneta, sí se detectaron consumos y predilecciones más allá del alcohol y la presencia de personas bastante jóvenes, sin excluir perfiles más adultos. Se ha observado la práctica del *binge drinking*, incluyendo sus efectos no deseados, el peor de los cuales fue una intoxicación aguda por parte de un menor de edad. En general, podríamos decir que en este botellón se dan dos formas de consumo de alcohol y o policonsumos: una vinculada a un uso lúdico de las sustancias, practicada sobre todo por jóvenes. Y otra similar a la mera obtención y administración de una dosis —al menos aparentemente— y aparejada de una relación potencialmente problemática con la sustancia. Una escena común respecto a los consumos, tanto en la plaza dels Àngels como en la plaza de Joan Coromines, sería la descrita en el diario de campo del catorce de mayo de 2021.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Al entrar, lo primero son las gradas. En ellas hay sentados un numeroso grupo de jóvenes, pese haber alguna chica, la mayoría son chicos, los fenotipos son variados. Por lo que pude oír había uno de ellos de Santiago de Chile, varios hablaban castellano peninsular y otros hablaban castellano latinoamericano. En el resto de casos, basándome en el fenotipo, podrían ser de origen africano (¿magrebís? ¿Países subsaharianos?). Algunos están sentados en las gradas y otros enfrente de pie, en el centro tienen un altavoz con música hip hop. Hablan y a ratos cantan y algunos bailan. Están bebiendo, no identifico bien el que. Fuman y se pasan el cigarrillo, no huele a yerba, pero creo que es un porro.

Me siento arriba de las gradas detrás de ellos. [...] A dos metros de mí, sentados, hay dos hombres de unos cuarenta años. Cada uno tiene una mochila y beben de una lata de cerveza en silencio. Tienen el pelo rapado y entre ellos hablan un idioma que no entiendo (fenotipo blanco). Nada más sentarme, uno me pide un papel de fumar, le digo que no llevo. Me sonrío con los ojos medio cerrados y hace un gesto con la mano, saca un paquete de tabaco de liar de la mochila y empieza a hacerse un cigarro con un papel que tenía dentro. Da cabezadas como si se estuviera quedando dormido mientras se lía el cigarro. (Diario de campo del 14/05/2021)



Imagen 29: Gradas de la plaza Coromines

La fotografía superior fue realizada el mismo día del fragmento seleccionado, antes de sentarme en las gradas. Se puede ver al grupo de jóvenes arremolinados alrededor del altavoz sobre la última grada. Bajo el grupo, en el centro de la imagen, hay tres personas con varias latas de cerveza a su alrededor. Si continuamos hacia la derecha vemos más grupos sentados en las gradas, el botellón se extendería hacia el interior de la plaza. En primer plano dos *skaters* prueban trucos y a su derecha circulan dos transeúntes y un grupo de chicas se sientan junto a la pared. A la izquierda, casi tapados por el follaje del árbol, los dos hombres que me piden el papel de fumar.

Para profundizar y comprender las diferentes formas de consumos, sus riesgos y las relaciones e interacciones dentro de este espacio, debemos atender a la gran diversidad de vivencias, posibilidades y limitaciones de las personas que conviven y confluyen durante este botellón. Comenzaremos hablando de Samuel, un joven sueco de veintitrés años con quien trabé cierta relación, quedando varias veces incluso en el ámbito personal. Para hacernos una idea sobre Samuel, se ha seleccionado un fragmento del diario de campo del veintiocho de mayo de 2021. Nos veíamos por segunda vez y ese día ambos traíamos un amigo. Quedamos a las 20:30 en la plaza Joan Coromines para hacer botellón.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Tengo una llamada perdida de Samuel, lo llamo, pero no me contesta. Entre tanto voy observando a mi alrededor. Hoy no hay música en la esquina de las gradas. Donde otras veces cantaban o escuchaban música [algunos jóvenes]. Hoy, hay un patinador que intenta hacer una serie de piruetas

saltando desde lo alto de las gradas mientras otros lo graban con una cámara de apariencia profesional.

[...] Me llama Samuel, anda un poco perdido y decidimos ir a buscarle a la plaza del MACBA. Cuando nos encontramos va vestido con pantalón corto verde con bolsillos en los laterales, camisa de color blanco roto más bien ajustada con bolsillo en el pecho, lleva una mochila pequeña de color rojo y calzado deportivo de color blanco. Su amigo es de Finlandia. Viste unos pantalones bombachos cosidos a partir de diferentes retales de telas de colores, una camisa de flores fundamentalmente amarilla y negra con un par de botones desabrochados. Lleva un gorro de ala estrecha de color marrón con una perilla muy recortada y unos bigotes en punta hacia arriba a lo Dalí.

Nos saludamos dándonos la mano y nos dirigimos hacia Coromines. Mientras vamos y nos sentamos me explica que han estado caminando, vienen desde la ciudadela, su amigo no habla castellano. Están buscando un piso para alquilar, me dice que la cosa está regular, pero han visto uno que les gusta. Me explica que su amigo trabaja de teleoperador. Samuel me ofrece una cerveza que lleva en la mochila y le digo que no, Ortega [el amigo que me acompaña] sí la acepta. Nos pregunta si hablamos Inglés señalando a su amigo, le contestamos que muy poco y nos disculpamos, el colega dice estar acostumbrado. Les pregunto cuánto tiempo llevan en Barcelona, me contestan que un Año. Respondo sorprendido, pues pensaba que solo llevaba un par de meses. Samuel ríe. Se levanta y pregunta dónde puede mear.

—«No lo sé, aquí está difícil para hacerlo por la calle.»- Se va a mirar, quizás en un bar le dejen.

Entre tano Matti nos explica como es el lugar donde vive y su preferencia por vivir en Barcelona. Comenzamos a hablar de música y a ambos nos gusta el *Psytrance*. Nos cuenta su viaje a Goa el ritual de ayahuasca que hizo allí con un curandero local. [...] Regresa Samuel y entabla conversación con Ortega. [...] Le está explicando que [a su parecer] en España no hay racismo, pero la gente no se mezcla. Cada uno va solo con quien es como él. Pone de ejemplo cuando los ven juntos a él y a Matti, la gente de entrada no entiende cómo pueden ser amigos. [...] Le pregunto si prefiere vivir aquí. Responde que para él Suecia es un país muy triste donde es muy difícil hacer verdaderos amigos. A él le gusta ir de Rave y todos sus amigos en Suecia son Raveros. Y, aunque se van de fiesta, no los considera verdaderos amigos. Le digo que aquí pasa parecido, pero él no lo ve así.

[...] Aprovecho para contarle que una parte de mi trabajo es ir de botellón. Y que cuando nos conocimos estaba trabajando, le hago una broma sobre que él será el protagonista de un artículo. Se queda un instante en silencio y me contesta.

—«A ahora entiendo, está bien, te concedo una entrevista»— Me río y le doy las gracias.

Al saber que estudio sobre drogas comenta que aquí [en Barcelona] hay mucho *Speed* [...]. Le pregunto si le gusta y me dice que sí. Pregunto si lo consume a menudo

—«No mucho, sólo un par de veces al mes»— Ortega y yo nos quedamos callados sin poder disimular el asombro. Nos devuelve la mirada y le digo que a mí me parecer no está mal. Se encoge de hombros. [...] De pronto la gente se ha empezado a levantar y a salir por la entrada de Terenci Moix. Están cerrando la plaza. Esta noche no ha venido la policía, simplemente hay un guarda de seguridad achuchando a la gente como puede. Hay algún remolón, pero al final todo el mundo sale por las buenas.

Salimos del botellón y decidimos pasear por Barcelona, nos dirigimos hacia la plaza del rey para continuar allí de botellón. [De camino a la Plaza del Rey, Matti se despide y nos abandona, nos quedamos Samuel, Ortega y yo. Serán alrededor de las 22:00.]

[...] Sentados en las escaleras de la plaza del Rey, estamos viendo bailar un grupo de personas que, espontáneamente, se pusieron a tocar música folk. (¿Celta? ¿catalana medieval?) Mientras observamos Samuel se va quejando del horario de sus clases de Castellano. Pero de pronto saca el móvil y me pregunta.

—«¿Qué te parece la profesora?»— Nos enseña una foto de una chica joven sentada en una silla con pala de escribir. Lleva pantalón corto, camiseta de tirantes y pelo largo, no le veo la cara con la mascarilla. La miro y respondo

—«Muy joven para ser profesora». Samuel responde

—«Sí, es muy guapa.»— No sé si es el idioma o directamente ha relacionado muy joven con guapa. [No ha entendido el halago hacia su profesora]

Vuelvo a mirar la foto y le pregunto por qué le parece tan guapa. Simplemente, resopla mirando la foto.

—«Es demasiado guapa»— guarda el móvil y continuamos hablando de otras cosas. Me da la sensación que mi pregunta le resulta evidente y por eso no dice nada más. Ortega permanece callado, ya sabe de qué va el rollo y guarda la compostura. Ja, ja, ja. (Diario de Campo del 20/05/2021)

Samuel y Matti son dos jóvenes del norte de Europa. Matti trabaja de teleoperador para pagar sus viajes por el mundo y —por la música que escucha, por el tipo de viajes, por su forma de vestir y por las formas de consumo de sustancia relatadas— podríamos considerar su estilo *new hippie*. Por contra, Samuel, por su sobriedad en el vestir y en sus modales, por los estilos menos ruidosos de música y, en general, como con Matti, por una impresión totalmente subjetiva, su imagen remite más a la de alguien adinerado. Ahora bien, después, esa imagen queda matizada al comprobar su gusto por consumir sustancias como el *Speed* y asistir a fiestas Rave, que al menos en un contexto español, y una vez más desde el estereotipo, no se consideraría propio de la clase alta. Esa son las diferencias referidas por Samuel cuando asegura que en Barcelona nadie entiende su amistad con Matti y que aquí nos mezclamos poco. Debemos añadir otra distinción entre

ellos: Samuel es negro, copto y su familia es originaria de Adís Abeba; Matti es blanco de familia finlandesa. Pero según considera Samuel, en Barcelona, las distinciones en las relaciones no se hacen tanto por el color de piel como por la clase social o el estilo personal. Para Samuel y Matti, su amistad es producto natural del mundo global y multicultural donde viven. Ambos han viajado, no solo a Barcelona —además de los viajes relatados por Matti, Samuel también ha viajado a Adís Abeba para visitar a su familia— y ambos coinciden al preferir vivir en Barcelona a Suecia o Finlandia, pues, según dicen, las relaciones humanas les parecen más genuinas aquí. En ese sentido, para ellos, Ortega y yo contamos con el encanto e interés de ser dos indígenas de una forma de ser, vivir y relacionarse que les atrae. Una parte importante del viaje de Samuel a Barcelona es conocer gente en espacios públicos similares a las plazas Joan Coromines y dels Àngels. Está claro que otra motivación es conocer chicas guapas para su gusto, sin haber observado actitudes como las de Enric o Aquiles, no me cabe duda de que, si Ortega o yo le hubiéramos dado pie, habríamos mantenido una conversación cosificando el cuerpo de su profesora de Castellano. En cualquier caso, Samuel se muestra una persona abierta, dispuesta a conocer a personas muy diversas, pero en ocasiones sus vivencias positivas vividas desde una posición de privilegio —sin ir más lejos, pese a las dificultades para encontrar piso, lleva un año en Barcelona sin trabajar— le impiden entender la verdadera complejidad del barrio.

A continuación, se ha seleccionado un fragmento de la noche del catorce de mayo de 2021, el día en que nos conocimos mientras nos desalojaban de la plaza de Joan Coromines. Ese día Samuel iba acompañado por Isabel, una joven de veinte y pocos años. Ellos dos se habían conocido esa misma tarde, Isabel es catalana, pero nació en Adís Abeba. Será Isabel quien se acercará a hablar conmigo.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] En un momento dado deja de sonar la música, los jóvenes se levantan y comienzan a marcharse. Me fijo y hay una Brigada Móvil de Mossos (Antidisturbios de la Generalidad) entrando a la plaza. Son las 22:30. [...] Conectan la megafonía del furgón y hacen sonar la sirena. La plaza se vacía. Todo el mundo se agolpa para salir. Mientras, los Mossos se bajan y van achuchando a la gente para afuera. Acabamos todos en la plaza Terenci Moix. Mientras miro la actuación policial una joven me toca por la espalda.

—«A que es guapo mi hermano, los dos podríamos ser modelos» me rio, [son Isabel y Samuel]. A partir de aquí compartimos un rato.

Se acaban de conocer y tienen en común que ambos tienen orígenes etíopes. Él de padres etíopes coptos, ha nacido en Suecia. Tiene el pelo corto, viste una camiseta de manga larga blanca y roja y pantalón vaquero largo. Está en Barcelona con una beca para estudiar castellano. Ella, nacida en Etiopía, fue adoptada por catalanes a los siete años, viste vaqueros ajustados y un chaquetón gris con capucha con borde de pelo que le tapa la cabeza, se intuye un moño de pelo rizado. Sostiene una cerveza y da sorbitos de vez en cuando.

[...] [tras un rato de hablar Isabel] Cuenta que la adoptaron de niña porque su madre en Etiopía no tenía pierna y ella con tres años se encargaba de todo. Se queja de sus padres catalanes, dice que la han tratado como una niña.

—«Cuando yo no he tenido infancia»— Mientras explica todo esto, se tambalea ligeramente y se le traban un poco las palabras. No sabría decir si va un poco borracha, pero sobre todo la siento con muchas ganas de expresar su malestar. La plaza se va vaciando.

[...] En un momento dado [Isabel] para [de hablar] y pregunta a Simón en Amariña⁴. Simón contesta, entonces Elena me mira y me dice.

—«Le estaba poniendo a prueba a ver si es verdad lo que dice»— Simón se ríe, pero ella replica

—«No te rías, por qué tú no eres igual que ellos, no eres como un negro que vive en Etiopía»— Él le contesta que porque no, que él se siente igual que ellos. Ella se ríe. Entonces yo le pregunto [a Samuel] si su forma de vivir se parece más a la mía o la de alguien de Etiopía. Se queda en silencio. Isa se ríe y empieza a contar sobre su hija de tres años.

—«El padre es un camerunés, pero me pegaba y lo he dejado. Si mi madre no pega, no me va a pegar mi pareja...»— Samuel la interrumpe y asegura vivir más parecido a un europeo que a un africano. Le pregunto si ha estado en Etiopía. Ha estado dos veces, dos meses, en Adís Abeba. Isabel aprovecha, y explica que sólo ha vuelto una vez, y no la llevaron a su casa, sino al centro donde la adoptaron, también en Adís Abeba. Isa continúa contando una historia sobre ella y su hija, donde ambas discuten, [...] termina sentenciando.

—«Somos dos niñas»— reconoce que es su *madre catalana* es quien realmente cuida de su hija. Justo pasan por detrás cuatro lecheras⁵ de Mossos de Escuadra y Guardia Urbana. La plaza se ha despejado casi por completo, decidimos movernos. Cuando empezamos a caminar, Isa me mira y me dice.

—«¿Sabes que pareces secreta?»— los dos nos reímos. (Diario de campo del 14/05/2021)

Samuel se siente parte de la multiculturalidad del barrio y considera que su color de piel lo sitúa en un plano similar, no solo del resto de personas negras con orígenes africanos de Barcelona. En primera instancia, equipara su vida con la de un etíope. Por otra parte, Isabel, aunque es catalana, recuerda la dureza de su vida en Etiopía, su historia de migración y su adopción traumática, sin olvidar los malos tratos sufridos en España a manos del padre de su hija. Sus experiencias le permiten leer perfectamente las diferencias de clase y género invisibles para Samuel. Las cuales trascienden con mucho el color de piel y las situaciones racistas a las que, seguro, tanto Isabel como él deberán enfrentarse como personas europeas negras. Las diferencias, tan claramente definidas por Isa, podríamos considerarlas paradigmáticas del tipo de desigualdades del botellón en esta zona. En las plazas de Joan Conominés y dels Àngels encontramos perfiles similares a la Barceloneta —turistas y estudiantes sin problemas económicos— cuyo objetivo principal es la diversión y la vivencia de una práctica cultural relativamente

4 Amháríco o amáricó, es un idioma originario del centro y norte de Etiopía. Significa *lengua de los Amar* y en la actualidad es uno de los idiomas oficiales de Etiopía.

5 Palabra en argot para referirse al furgón policial, el cual inicialmente, al ser de la Policía Nacional eran blancos. Al reimplantar el cuerpo de Mossos el color cambió a azul marino casi negro, pero la palabra quedó. Al menos entre quienes tenemos cierta edad.

exótica, el botellón. Pero también encontramos a personas sabedoras de primera mano de la dureza de vivir sin dinero en el Rabal. Conocer la severidad de la vida de buena parte de los y las habitantes del barrio o ser un simple turista incapaz de ver más allá de una estética multicultural, es una distinción importante que los y las integrantes de este botellón tienen en cuenta.

Continuaremos hablando de Cesar, un joven de veinticuatro años nacido en Brasil que lleva un tiempo viviendo en Barcelona. No obstante, sus vivencias no tienen punto de comparación con las de Samuel. El fragmento seleccionado corresponde al diario de campo del veintiuno de enero de 2022, en la plaza dels Àngels. Ese día conocí a Cesar —después coincidiríamos más veces en la plaza— un joven brasileño llegado a Barcelona hacía poco tiempo. En ese momento vivía en la calle y trabajaba robando móviles a los turistas. Esa noche me acompañaba de nuevo Ortega.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[Ortega y yo estamos sentados frente a la fachada del museo, rodeados de varios grupos de jóvenes de botellón, habrá en total unas ciento cincuenta personas] Mientras vamos bebiendo y fumando veo pasar repetidas veces a un joven de unos veinticuatro años con una lágrima tatuada en la mejilla. Me llama la atención su cara de enfadado. La tercera vez que pasa por delante de nosotros, para frente a mí, se agacha y dice con acento brasileño.

—«Soy Julio Cesar y he estado prohibido tres días por la policía» [se refiere a que ha estado detenido tres días en comisaría]— Ortega y yo nos comenzamos a reír, él ríe también. Entonces se sienta a mi lado y me dice.

—«¿Tusibí? — contesto

—¿Que si tengo o que si quiero? — se ríe

—«No, yo he tomado Tusibí»— se echa para atrás como si le diera un vahído— «Uaaa visuales»— A esas alturas, Ortega y yo estamos muertos de la risa.

Cuando nos ve fumar nos pide una calada [...]. Entre tanto me va explicando, más en brasileño que castellano, me cuesta seguirlo a ratos. Él es de Brasil, pero ahora está viviendo aquí, vive en la calle. Según explica si quiere algo, pues lo roba, les roba a los turistas o en las tiendas. Me lo quedo mirando con cierto reparo, entonces se ríe y me dice.

—«No te preocupes, ahora somos amigos y si alguien te dice algo...»— hace un gesto con los puños como si se peleara. Me da la sensación que lo dice a mitad de camino por el buen rollo del Tusi y para camelarme y que le deje fumar. En cualquier caso, espero que no espere reciprocidad. Termino de liar y me enciendo el porro, enseguida me dice que se lo pase, pero le digo que no sea ansia y me deje fumar.

[En seguida saca el tema de los gustos musicales] A Cesar le gusta el *Psytrance* y [...] [Ortega le deja el móvil] para que nos enseñe a *Capitán Bungle*, su DJ favorito. Le digo que la música *Trance* me gusta mucho, y lo

voy a apuntar para escucharlo con más tranquilidad. Comenta que él pincha un poco de *Psytrance* y me pasa su Instagram para escucharlo. Le paso el porro y continuamos escuchando música.

Al poco aparece un hombre de unos cincuenta años, se tambalea y arrastra una mochila, va bastante sucio en general. Se acerca y nos pide un cigarro, le digo que no porque solo me quedan un par. Entonces Cesar se levanta y lo abraza, lo sienta a mi lado y me dice.

—«Este es Manel, es como mi padre en la calle, él me enseña, dale un cigarro, por favor»— Ortega saca un cigarro y se lo da.

Mientras fuma, Cesar, se pone de pie para ver a las chicas que tenemos justo detrás, yo intento hablar con Manel, pero no puedo. Lleva tal borrachera que está delirando, tiene un discurso completamente incoherente, soy incapaz de seguirlo, balbucea casi todo el tiempo más hablando para sí mismo que para los demás. Finalmente, acabo dejándolo por imposible, no parece importarle, sigue fumándose el cigarro y musitando. Entre tanto, una chica situada a mi espalda le pide un cigarro a Cesar.

—«Si lo quieres tienes que venir a por él»— y saca un paquete de Nobel. La chica le repite que le dé el cigarro, él hace un gesto sinuoso de manos invitándola a venir. La chica le contesta

—«Paso»— y pide el cigarro al grupo de al lado. Entonces Cesar me coge de la mano e intenta levantarme

—«Vente, vamos»— me giro y veo a las chicas de unos veinte años.

—«¿A dónde?»

—«A hablar con las chicas»— le digo que no, que estoy muy bien donde estoy.

—«Ahora vuelvo»— da media vuelta y se va. Nos quedamos a solas con Manel. Empieza a contar una historia indescifrable para mí. Es tarde y hace frío, le pregunto a Ortega que quiere hacer.

—«Nos podemos ir cuando quieras»— Decidimos marcharnos. Le damos la mano a Manel para despedirnos y le decimos a dios a Cesar que en ese momento está hablando con las chicas que pedían tabaco. (Diario de Campo del 04/02/2022)

Estos tres jóvenes —Samuel, Isa y Cesar— podrían representar perfectamente diferentes niveles de inequidad presentes en el botellón. Samuel es un privilegiado, puede viajar y estudiar sin trabajar y entiende la diversidad como una cuestión de estilo, para él, el botellón es un lugar exótico donde ir a relacionarse con personas interesantes. Para Isa el botellón de ambas plazas no es exótico, es algo familiar, cercano y entiende la diversidad desde las necesidades e injusticias vividas. La sensación desprendida esa noche era la de lubricar sus malestares con alcohol para poderlos expresar a personas que nada le importaban, pues no las volvería a ver. Ella, ese día, el botellón lo empleó como vía de escape de la cotidianidad, como las situaciones recientes de violencia

machista o una maternidad compleja por afrontar. Sin negar en absoluto sus experiencias y sufrimiento y según ella misma explicaba, Isa tiene unas redes y relaciones familiares, quizás traumáticas, pero que también le ofrecen sostén, por ejemplo, con la crianza de su hija. Cesar, en cambio, tiene a Manel, su padre adoptivo en las calles barcelonesas, quien le enseña los rudimentos necesarios de la supervivencia. Para Cesar como para Isa, el botellón también es un lugar donde olvidar los problemas cotidianos —tres días en los calabozos, concretamente— aunque en su caso añadía consumos en los cuales entraron en juego sustancia como el Tusibi —que por sí sola ya supondría un policonsumo de riesgo. Pero para Cesar el espacio de botellón además supone dos cosas más: el lugar donde se quedará a dormir cuando la fiesta termine; y, si surge la oportunidad, donde desempeñar su oficio de ladrón con turistas quizás no muy distintos a Samuel. Los argumentos de Cesar, quien legitima el robo a turistas y tiendas de la zona por una mera cuestión de supervivencia, sin ser la norma en este espacio, puede llegar a ser relativamente común —pues encontramos a otros jóvenes con opiniones y condiciones similares en este botellón. Las desigualdades dentro del botellón, tan claras para algunas personas, pero tan difusas para otras, como podemos intuir, no son una mera cuestión personal dejada al margen en un momento liminal de ocio juvenil. Las diferentes necesidades y formas de entender o emplear el botellón colisionan en el espacio generando choques en ocasiones muy violentos. El cuatro de febrero de 2022 observé, junto a Ortega, compañero de botellón inseparable en aquel momento, una de las noches con mayor grado de violencia vividas en el contexto de esta investigación. Se creó la tormenta perfecta con hasta tres peleas, varios intentos de robo —uno de ellos a Ortega— una nariz rota y una intoxicación aguda de un menor de edad. A continuación, analizaremos por partes esa noche tan compleja.

Primero presentaremos a Tarke e Issam, dos hombres de treinta y cinco años aproximadamente. Quienes, pese a ser unos desconocidos hasta ese momento, a lo largo de la noche asumieron el rol de nuestros protectores al vernos naufragar claramente en un ambiente un tanto enrarecido. No solo advirtieron a un grupo de jóvenes para que no nos agredieran. También tuvieron a bien de explicarnos los rudimentos y ética de su profesión. Como veremos, no dista mucho de la forma de pensar de Cesar. La escena descrita a continuación sucedió sobre las 0:00 am, tras haber presenciado tres peleas a una distancia más corta de lo deseado.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Cuando vuelvo veo que Ortega ha hecho un amiguito. Es un hombre de unos treinta y cinco años de fenotipo magrebí, viste con pantalón vaquero negro y chaqueta negra a la altura del muslo; tiene el pelo corto y barba bien recortada, cuando me acerco, por debajo de la barba puedo distinguir un par de cicatrices. Llego, sonrío y saludo. El hombre, sentado al lado de Ortega, se levanta, se acerca y me dice

—«Tu amigo es buena gente, no lo dejes aquí solo»— hace un gesto señalando alrededor al tiempo que resopla. Me río y le digo que vale, iremos con cuidado.

Seguimos sentados, hablando y aparece un joven de fenotipo magrebí, con una botella en la mano y dando algún que otro tumbo, le cuelga la chaqueta a medio poner de un hombro. Se acerca a Ortega y comienza a hablarle en

francés. Ortega que ya va un poquito bebido, lo mira y le sonríe, no sé entera qué le dice. El chico va hablando y nombrando futbolistas.

—«Messi, Benzema»— al tiempo coge a Ortega de las manos para levantarlo del bordillo, Ortega sigue sonriendo. Le digo.

—«Ortega te quieren hacer el Ronaldinho⁶»— me mira y se ríe. No me ha entendido, le quieren robar el móvil. Ortega se levanta y el joven comienza a jugar con él como si le estuviera haciendo un regate imaginario de fútbol, al tiempo introduce la mano en el bolsillo de la chaqueta de Ortega. Lo veo e inmediatamente le cojo la mano. El joven se sobresalta, para de jugar y me mira, esperando mi reacción. Respondo

—«Anda, tira que ya te vale.»— El joven se aleja poco a poco caminando de espaldas y señalándome con el dedo mientras intenta decir algo en castellano, pero no le sale. Le comento a Ortega que debemos estar un poquito más astutos.

—«Los zagalicos se nos meriendan primo»— nos reímos.

En ese momento se acerca para pedirnos un cigarro el hombre que se había sentado con Ortega para que no le pasara nada [no ha perdido detalle de la escena]. Le digo que me quedan un par y si quiere los compartimos. Afirma, entonces le doy un cigarro y comienza a liarse un porro. Ortega y yo nos levantamos y nos dirigimos al lugar donde está él con un amigo. Explica que debemos tener cuidado porque hay mucha gente en la plaza buscándose la vida, añade.

—«No te preocupes, ya les he dicho que no os hagan nada»— Y, sin preguntarle nadie, comienza a explicar su profesión: él trabaja en la roba-venta de móviles.

—«Salgo por la mañana [a robar] y vendo por la tarde»— me comenta la necesidad de tener cierta ética profesional y hacérselo entender a los más jóvenes.

—«Hay que robar a los guiris, a los españoles nunca»— argumenta que los españoles son como *nosotros* y no hay que robarles —«si hace falta Ala ¿Sabes quién es Ala? — asiento levantando un dedo hacia el cielo —«Ala te deja robar, pero...»— hace un gesto con los hombros como indicando una obviedad, mientras habla va liando el porro. En ese momento llega un joven de fenotipo magrebí de unos veinte años con un chaquetón beis, lleva una botella en la mano y me dice

6 Es una técnica para robar muy de moda cuando Ronaldinho jugaba en el Barça. Te acercas a un desconocido —preferiblemente turistas hombres ligeramente ebrios— y entablas una conversación sobre fútbol. En un momento dado dices muy emocionado que Ronaldinho es el mejor jugador de todos los tiempos e, imitando uno de sus famosos movimientos de cintura para demostrarlo, te aproximas lo suficiente a tu interlocutor como para realizarle una suerte de zancadilla sin provocar su caída del todo, pues cuando finjas sujetarlo debes aprovechar el sobresalto para meter la mano en su bolsillo. En total, para unas manos hábiles, no más de dos minutos de interacción.

—«Yo te he visto antes, tú eres policía»— por antes se refiere a la escena del Ronaldinho. Me río y contesto. [el percatarme de la jugada, me hizo sospechoso de ser policía, tengamos en cuenta que debo ser de las pocas personas sobrias en la plaza]

—«Sí, y he venido aquí a beberme unas cervezas contigo»— me contesta

—«Tú a mí no me engañas, te he visto»— empieza a hablar con el hombre que lía el porro [en francés]. Entonces este lo para.

—«No, estos son del barrio, déjalos»— el joven lo mira riendo y añade algo en árabe antes de marchar. Nos reímos, me vuelve a decir que no me preocupe.

[El joven que habla es Karin, un amigo de Said, quien intentó robar a Ortega. Forma parte de un grupo de cinco jóvenes franceses recién llegados a Barcelona para buscarse la vida. Viven en la calle. Karin junto a Said y su amigo común, Yusuf, serán tres de los principales protagonistas a lo largo de la noche]

Sigue explicando que él por la mañana ha estado por Tarragona robando, y ahora ha venido a relajarse. Le comento que su filosofía me parece genial robarle al que más tiene, en este caso los guiris, pero claro que yo lo veo, una persona que se busca la vida, pero tranquila. Pero los muchachos de hoy en la plaza se les ve con rabia.

—«Yo estoy tranquilísimo y voy ciego de coca, pero mira...»— Asiento. El colega, que no había hablado hasta ese instante, dice.

—«Es mucho sufrimiento el que llevan»— lo miro y le respondo que no me lo puedo ni imaginar. Me cuenta que él es de marruecos y llegó hace más de veinte años y ha estado en la cárcel.

—«Uno pasa por muchas cosas»— asiento sin decir nada. Pregunto de donde son de Marruecos, me dicen que son de Tánger —«Somos *tanjaoui*»— les comento que Marruecos me gusta mucho y he viajado bastantes veces.

[...] Les pregunto cómo se llaman, el de la barba es Tarek.

—«Llámame Tarek, yo nunca doy mi nombre de verdad, ¿sabes?»— y me guiña un ojo. El otro simplemente me dice que se llama Issam. En ese momento pasa uno de los jóvenes que participó en las peleas anteriores [acompañado] por otro joven. Por un momento parece como si fueran a pelear, pero el otro joven se para y comenta algo. Como si lo hubiera convencido, cada cual sigue su camino. Les digo:

—«A eso me refería antes, a ese muchacho ya le han pegado dos o tres veces esta noche y sigue buscando pelea»— entonces Tarek dice.

—«Yo por eso voy preparado»— se acerca y levanta la mano con la que sujeta el porro, de dentro de la manga saca una navaja de unos diez centímetros y dice —«llevo una navaja que te cagas»— con las mismas la vuelve a ocultar en la manga y se ríe. (Diario de campo del 14/02/2022)

Para Tarek e Issam, el botellón de la plaza dels Àngels es un lugar cercano de casa para relajarse, consumir sustancias, escuchar música y conocer gente. A ninguno de los dos los observamos consumir alcohol, sí hachís y según sus propias palabras, Tarek, cocaína. Con más experiencias en sus espaldas, pero vivencias de exclusión muy similares a las de Cesar, intentan ejercer una profesión peligrosa y estigmatizada, desde una ética personal, profesional y espiritual. Sus creencias religiosas y morales conllevan una determinada forma de ejercer el latrocinio. No se debe robar entre iguales o a quien tiene menos.

En ese sentido, cabe destacar que el fenotipo de Ortega jugó un papel importante para ser elegido como víctima propicia por Said —pelirrojo y en extremo blanco de piel— remite, sobre todo en el centro de la ciudad, a un turista más que a un indígena barcelonés. Pero Tarek e Issam, habituales de la plaza y del barrio, sin poderlo demostrar, pero con pocas dudas sobre ello, sabían aproximadamente quiénes éramos y qué hacíamos allí. De hecho, nos vigilaban y cuidaban sin tan siquiera darnos cuenta. Por eso, cuando Ortega se queda a solas, Tarek se acerca, permanece con él y, al regresar yo, me advierte muy sutilmente del peligro al cual nos exponemos.

Eso explicaría no solo que nos identificarán como parte del barrio, y, por tanto, como no atacables, también sería una razón para lo solícitos que ambos se mostraron en darnos información muy sensible y comprometida, eso sí, conscientes de la necesidad de un nombre falso. Tarek, pese a desarrollar una ética alrededor de su profesión y darnos a entender su intento por educar en valores al grupo de jóvenes que nos ha intentado robar, se muestra mucho más insensible hacia su situación y proclive a la violencia que Issam. Este último, tras reconocer su paso por la cárcel, ve su propio sufrimiento en los jóvenes. Por eso, cuando muestro mi extrañeza por el empeño de Said y Yusuf por exponerse a situaciones de violencia donde siempre salen perdiendo, él responde con un lacónico, *mucho sufrimiento, uno pasa por muchas cosas*. Realmente, ni tan siquiera intenta dar una explicación sobre esas vivencias compartidas con los jóvenes, pero no conmigo. Por eso Said se ríe de Tarek cuando este le dice que somos del barrio. Said sabe que eso no es cierto y Tarek también lo sabe.

Tarek e Issam nos protegen tanto a nosotros como a los propios jóvenes, a quienes intentan guiar dentro del contexto donde les ha tocado vivir. Una vez más observamos una figura similar a la de Manel con Cesar, un padrino callejero. En el marco de esta investigación no se ha podido profundizar en la descripción de este tipo de relaciones, sería una línea interesante para profundizar.

Pero sí podríamos afirmar que ser habitual y conocer a otras y otros miembros habituales de este botellón fuera del propio grupo de iguales, facilita identificar situaciones de riesgo y minimizarlas. Veamos otro fragmento de la noche del catorce de febrero de 2022. La descripción se sitúa antes de conocer a Tarek y después de presenciar dos peleas. Son sobre las 23:00 pm, llevamos unas tres horas de botellón. Continuamos sentados en el bordillo, frente al museo. Detrás de nosotros, desde el principio de la noche, hay un grupo de chicos y chicas, tienen un altavoz y lo conectan de vez en cuando para bailar. El espacio del bordillo no tendrá más de un metro, por lo que estamos prácticamente a tocar todo el rato. Nosotros del lado del museo, ellos y ellas por el lado de la rampa.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] El grupo de atrás ha vuelto a conectar el altavoz, no reconozco ningún tema, pero el estilo es reggaetón. No estoy seguro de si el grupo ha aumentado

o simplemente la gente se está arrimando a la música. Una chica —de fenotipo blanco, veinticinco años aproximadamente, vestida con pantalón vaquero largo, remetido por unas botas negras de piel de borrego de caña alta y con una chaqueta de polipiel marrón— se ha subido al bordillo a bailar, al hacerlo le va dando pataditas en la espalda a Ortega, en un momento dado se da cuenta y se dirige a él.

—«Ay, perdona, si te molesto dímelo»— Ortega responde.

—«Tranquila después de lo visto, que menos...»— los dos se ríen y la chica añade.

—«Ya..., conozco a la mayoría, no pasa nada»— vuelven a reír.

Continuamos a lo nuestro y no pasa mucho rato cuando llega Cesar. Nos saluda, coge la caja de una pizza que había en el suelo, la pone en el bordillo y se sienta a mi lado. Le pregunto cómo está y me dice que está bien, él me pregunta a mí y le digo que también estoy bien. [...] De pronto vuela una botella por encima de nuestras cabezas y se estrella en el suelo a un par de metros. Cesar levanta la cabeza como buscando quién lo hizo, pero no dice nada. [...] Pasa por delante de nosotros el joven de las dos peleas anteriores, va caminando y hablando acalorado con otro. En un momento dado [uno de ellos] estrella una botella de vidrio [que lleva en la mano] contra el suelo y esta explota. Los dos jóvenes se paran, se dicen algo en árabe y continúan. Cesar se levanta y recoge una botella de J.B. situada a un metro de nosotros. Se sienta, golpea el cuello de la botella contra el bordillo y se guarda el culo rematado de bordes afilados detrás del pie. Me lo quedo mirando incrédulo, pero antes de poder decir nada, una amiga de la chica de las pataditas con chándal negro le grita.

—«Puto Cesar de mierda, me tenéis hasta el coño con los cristales»— Cesar coge la botella rota y la mira frunciendo el ceño. La verdad es que asusta un montón, con la lagrimita, la cara de malo y la botella rota.

—«¿Qué? Gilipollas que casi me da»— Cesar muda por completo la expresión y ríe con una expresión amable, me mira.

—«Que casi le doy, casi...»— La chica vuelve a responder.

—«Yo no sé a qué venís aquí, aquí se viene a beber y ya está...»— continúa relatando sobre el tema, pero ya para su grupo y nosotros desconectamos. Cesar me mira como buscando aprobación.

—«Se te va la olla, tío»— entonces se levanta y debajo del culo tiene un montón de cristales rotos, coge la caja de la pizza y la sacude, la vuelve a poner para sentarse y continúa deshaciendo el hachís. (Diario de Campo del 14/02/2022)

Desde un inicio, cuando conocimos a Cesar, jugó con su capacidad para poner caras terroríficas e inmediatamente mudarlas y dejar traslucir una expresión y carácter realmente afables. No dudo de la competencia de Cesar, si se viera obligado, para ejercer

violencia de forma eficaz; Si bien, no es su forma habitual de comportarse en este espacio, en el botellón sobre todo está de fiesta. De hecho, la chica muestra su queja a Cesar, pero no lo hace ni con quien lanzó la primera botella ni con los dos jóvenes que después revientan otra cerca de ella. Y al recriminar a Cesar su comportamiento, lo hace en plural, voz en cuello y apelando de alguna manera al conjunto de personas cuyas motivaciones en el botellón van más allá del mero consumo de alcohol. Pero, si conocer personas fuera del propio grupo de iguales, permitiría evaluar ciertos riesgos e intentar incidir en ellos, ser un miembro consolidado del mismo es aquello que ofrece protección cuando estalla un conflicto o una situación donde se necesite ayuda. A continuación, describiremos dos conflictos con resultados muy desiguales que tuvieron lugar a lo largo de esa noche del cuatro de febrero de 2022, en ambos, el grupo de la chica del chándal negro estaba implicado.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Una chica del grupo comienza a gritar.

—«Hijo de puta, devuélveme el móvil»— Al lado de la chica hay un [amigo] de ella y [enfrente] otro chico de fenotipo blanco que no había visto [hasta ahora]. El resto del grupo parece mantenerse al margen. La chica continúa gritando [al chico desconocido] todo el rato lo mismo, él asegura no saber nada. El amigo, hasta entonces tranquilo, lo coge por la pechera y lo sienta en el bordillo, sin gritar, ordena.

—«El móvil»— el joven acusado asegura de nuevo no saber nada e intenta levantarse, pero estando aún sujeto, el otro le hace la zancadilla y lo sienta esta vez en el suelo. La chica continúa gritando por detrás.

—«Que me devuelvas el móvil hijo de puta»— en esas el acusado consigue escabullirse y ponerse en pie. Comienza a gritar.

—«¿Qué móvil? ¿Qué dices ya de móvil? Qué no tengo tu puto móvil»— y se encara al amigo de la chica. Este lo vuelve a coger por la pechera, pero esta vez con menos habilidad no lo hace caer al suelo, forcejean y finalmente el otro consigue zafarse y salir corriendo. Nadie lo persigue, la chica grita mientras la chica del chándal negro le comenta.

—«Hay mucha chusma, hay que ir con cuidado»— salvo la muchacha a quien le ha desaparecido el móvil, la cual se ha quedado sería, maldice y refunfuña por lo bajo, el resto continúa la fiesta como si nada.

[...] Me levanto para echar un vistazo, pero no veo gran cosa porque la plaza está bastante llena y la gente bailando encima del bordillo no me permite ver mucho. Puedo observar el perímetro de la plaza, está repleto de gente y hay un flujo constante de transeúntes. Me siento mientras Ortega sigue hablando con el joven [que conoció mientras yo hablaba con Cesar]. Es de fenotipo blanco de unos veinte y cinco años. Va con un chaquetón blanco, una gorra de lado a medio levantar, tiene un piercing en la ceja, dos bolitas rosas, y llaman la atención los dos dientes podridos que se le ven cuando sonríe. De la conversación solo oigo la despedida. El joven insta a Ortega.

—«Venga, *brho*, de un trago»— el joven propone un brindis. Brindan y Ortega da un sorbo normal, pero el joven se bebe la lata recién comprada de un trago. Al acabar la estrella contra el suelo. Ortega lo mira sin decir nada y el joven añade.

—«No te lo esperaba, *brho*, has flipado» Ortega se ríe y afirma. El joven añade.

—«Eres buena gente, *brho*»— entonces la chica del pantalón de chándal negro le dice.

—«Deja en paz al chaval»— el joven contesta

—«Pero si me cae bien, si no me cayera bien, ya la habría liado.»— Ortega se gira para hablar, pero prácticamente al instante, el joven de la gorra empieza a discutir con el grupo de la chica. Sobre todo, con uno de los chicos que le grita constantemente que se vaya. Realmente no sé por qué discuten, simplemente desean echar al joven de la gorra y este no quiere. La chica del pantalón de chándal lo encara y lo empuja, pero el chico de la gorra la ignora y se mete con su amigo. En un momento dado el de la gorra le dice algo a otro de los amigos, entonces el chico que discutía con él de inicio le grita

—«Con mi novio no te metas.»— El joven de la gorra para provocarle le lanza besitos y le ofrece la mejilla, entonces el otro chico hace ademán de abalanzarse, pero la chica del chándal negro se mete entre los dos y los separa. Finalmente, el de la gorra decide marcharse a otra parte. No me ha quedado claro si eran colegas o no. Con el alboroto la gente ha dejado de bailar en el bordillo y ahora bailan abajo. (Diario de campo del 04/02/2022)

En ambos pasajes comprobamos como el grupo consigue imponer su presencia y voluntad ante situaciones problemáticas o simplemente ambiguas por una mera cuestión numérica. Ser un grupo con lazos fuertes y consolidados les da presencia en el espacio y les permite operar con cierta seguridad, aunque no estén exentos de riesgos ni daños. En el primer caso, no pueden recuperar el móvil, tampoco estamos seguros de si lo robó el joven a quien acusaban, pero de cualquier manera el sospechoso es expulsado. En el segundo caso, el joven de la gorra, por algún motivo, es leído como molesto o sospechoso. La interacción, supuestamente abusiva que mantiene con Ortega, simplemente es un pretexto para expulsarlo. Cuando la joven del chándal negro aconseja a su amiga tener cuidado con la chusma, parecería, por la posterior forma de actuar del grupo, que se refiere precisamente a mantener lejos a quien pueda parecer sospechoso o molesto. Pero esas solidaridades de grupo tampoco se muestran homogéneas y, hasta lo observado, no comprometían del mismo modo a los diferentes miembros del grupo entre sí. En la primera situación, vemos a un joven mucho más implicado en recuperar el móvil de su amiga, será él y la propia joven a quien sustrajeron el móvil, quienes se encarguen de expulsar al sospechoso sin demasiada intervención del resto. En la segunda escena, cuando el joven de la gorra insulta a uno de los chicos, su novio reacciona de forma especialmente virulenta, lo cual es aprovechado por el otro para ahondar en el insulto con burlas homófobas. Esa última mofa termina por encender a varios miembros y el joven de la gorra finalmente debe marcharse.

Ambos pasajes nos permiten observar las solidaridades y sus distintas intensidades y matices dentro del grupo. Y la capacidad que otorga a sus componentes para operar en un ambiente hostil como el de esa noche. No obstante, ¿qué sucede si estas solidaridades son débiles o no existen? Veamos lo sucedió a continuación de la discusión con el joven de la gorra. Una vez más se iniciará una pelea en la cual está implicado el grupo de la chica del chándal negro y Yusuf. Pero la pelea tendrá un desenlace totalmente inesperado a ojos de Ortega y míos.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

Delante de mí comienza un nuevo revuelo, no sé por qué. En la discusión está metida la joven que bailaba dándole pataditas a Ortega. [En un momento dado, durante la refriega, entre gritos y empujones, la joven de las pataditas se acerca a Yusuf por detrás, quien discutía junto a Karin con otro joven, y lo toca en el hombro] [...] Yusuf, sin pensarlo, se gira y le da un puñetazo en la boca, la hace retroceder medio metro, con un segundo puñetazo en la nariz la sienta de culo. Sin más, se gira y continúa discutiendo. La muchacha comienza a sangrar por la nariz, se queda callada sin decir nada. Nadie la socorre ni la ayuda. A los dos segundos, sentada donde había caído, comienza a llorar. La verdad da mucha pena, pero estando sus colegas allí no creo que nos corresponda socorrerla a nosotros. La discusión continúa como si no hubiera sucedido nada, entonces un hombre de fenotipo marroquí se acerca a Yusuf, lo coge suavemente de la cara y le dice algo al oído. La discusión termina y se marcha [Creo que se dieron cuenta de lo sucedido y Yusuf y Karin deciden huir entre la gente, antes de que se complique la situación]. Todo vuelve a la normalidad. El hombre que habló con Yusuf ayuda también a la chica a levantarse del suelo —es como si nadie la hubiera visto. Ella se sienta a llorar en el bordillo de más abajo. [se queda sola, no me doy cuenta cuando desaparece el hombre que detuvo la pelea y parecía ayudarla].

Una pareja de hombres de fenotipo blanco de unos cuarenta años se le acercan para comprobar si está bien. Hablan los tres un rato y uno de los hombres se acerca al grupo de la chica del chándal negro para preguntarles si son amigos. No entiendo la respuesta, pero no se inmutan. Entonces el hombre vuelve con la chica, ella se levanta limpiándose la sangre con un pañuelo y se marcha sola. Ortega y yo no entendemos nada, quizás el grupo de atrás no eran amigos de la chica. Ortega añade.

—«Está justito para que vengas aquí solo»— estoy totalmente de acuerdo. La música y la fiesta continua. (Diario de campo del 04/02/2022)

No sabemos el tipo de relación de la chica agredida con el grupo. Sí sabemos que bailaba, charlaba, bebía con ellos y a todas luces parecían estar juntos de botellón. De hecho, los hombres que la socorrieron no tuvieron dudas a la hora de preguntar. Pero juntos, no significa revueltos, en un contexto donde te pueden romper la nariz, las solidaridades se hilan fino y el grupo pareció compactarse y endurecerse dando de lado a una miembro que, a la vista de lo sucedido, no contaba con apoyos específicos dentro del mismo. Despojándonos de sentimientos o emociones, si eso fuera posible, podríamos considerar la actitud del grupo como economía de la violencia. Si el novio de alguno de los jóvenes del grupo hubiera recibido semejante agresión, la reacción, con total seguridad, hubiera conllevado una escalada considerable con consecuencias impredecibles. No responder

con la fuerza por alguien poco conocida, en este caso, minimizó la violencia sin romper solidaridades fuertes dentro del grupo. Cabría discutir por qué luego le negaron los cuidados y la atención que claramente la joven necesitaba. Aquí no nos atreveremos a especular sobre ese asunto. Pero, en cualquier caso, esa noche quedó clara una normalización e insensibilización frente a la violencia, justificada en gran medida a partir del robo de móviles.

Tras el primer altercado donde el sospechoso del robo terminó huyendo. Se produjo una pelea un tanto escalofriante. En esta ocasión estuvo implicado de nuevo Yusuf y un hombre de unos veinticinco o treinta años con evidentes problemas de salud mental, el cual solía rondar en esa época por la plaza dels Àngels, siempre en soledad, siempre musitando para sí, dando la sensación de buscar algo perdido.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] No pasa mucho rato cuando se escucha un tumulto acercándose desde el principio de la plaza. De pronto pasa corriendo delante de nosotros un joven de unos dieciocho años y fenotipo magrebí, perseguido por el hombre grande que siempre parece buscar algo. El joven mucho más ágil y pequeño le saca ventaja corriendo, parece que no lo vaya a coger. Pero cuando llega a la altura de la escultura de la Ola desde detrás de la misma, otro joven [fenotipo blanco] se abalanza sobre él empujándolo con el hombro. El joven a la fuga, desprevenido y debido a la velocidad de la carrera, sale disparado contra la fachada de cristal del museo. Suena un golpe sordo y cae al suelo encima de otro grupo que están sentados con la espalda apoyada en la cristalera. El joven se levanta aturdido e intenta correr de nuevo, pero ha llegado su perseguidor. El hombre grande le saca más de dos cabezas, lo coge por el pecho [a la altura de las costillas] y lo levanta del suelo, la espalda queda paralela al piso y entonces lo lanza. Suena otro golpe sordo, pero el joven aprovecha y como si rebotara sale otra vez corriendo. Pero otro grupo de unos seis jóvenes le cortan el paso [fenotipo blanco]. Mientras tanto, la chica del chándal negro va comentando por detrás.

—«Claro que sí, por cabrón, hijo de puta.»

Esto se parece cada vez más a un linchamiento, porque yo apostaría que quienes ayudan al hombre grande no se conocen entre sí. Lo hacen por “solidaridad”. Ortega me mira con los ojos muy abiertos, dando a entender su asombro y cierto respeto por la situación. El joven, rodeado de chicos que lo empujan y gritan, es alcanzado de nuevo el hombre grande. Lo vuelve a lanzar al suelo con la misma técnica. Y exactamente igual el joven se vuelve a escabullir entre las piernas de quienes le rodean. Esta vez nadie le corta el paso y desaparece por el fondo de la plaza. Al volver a girarnos, vemos al hombre grande con un palo enorme en la mano, comienza a perseguir al joven jadeando con la cara completamente desencajada. Pero le sale al encuentro otro hombre de unos treinta años de fenotipo negro, que le coloca una mano en el hombro y empieza a hablar con él. No sé qué le dice, pero parece funcionar, el hombre grande le da el palo y deja la persecución. Se queda en la plaza dando vueltas con la cara desencajada. Intenta relajarse, pero tras un par de minutos se va de la plaza. Por todo comentario, Ortega dice.

—«Vaya tela como está el barrio»— me río y continuamos. Pasado el conflicto, todo el mundo sigue a lo suyo como si no hubiera pasado nada. Pasa de nuevo el birrero simpático, le pido dos cervezas, me las da y le doy las gracias. Me vuelvo a poner de pie, entonces veo a Cesar, está hablando con el grupo de atrás. Al volverme a sentar veo al joven que antes huía del hombre grande [Yusuf]. Ahora está discutiendo con otros dos jóvenes de fenotipo blanco. No oigo qué hablan, pero en un momento dado uno lo coge por el cuello y lo empuja, el joven retrocede un par de pasos y vuelve a la carga, entonces le dan un bofetón con la mano abierta. En ese momento los amigos de ambos interceden y los separan [Yusuf, en esta ocasión, venía acompañado de Karin]. Los jóvenes de fenotipo blanco se marchan, el joven que se ha llevado la torta se queda deambulando con un amigo como si nada. (Diario de campo del 04/02/2022)

Yusuf esa noche estaba intentando robar indiscriminadamente y terminó agrediendo de forma grave a una joven. Pero no es menos cierto que aquella noche, tanto a él como a todo su grupo de amigos, se les vapuleó y golpeó públicamente con escarnio y el consentimiento tácito de la mayoría de los presentes. Claramente, se les consideraba *chusma*, la cual debía ser mantenida a raya y sobre quién estaba justificado ejercer violencia grupal vindicativa. En este caso, la falta de apoyos junto al estigma de dedicarse al robo de móviles y su fenotipo magrebí, facilitó y activó solidaridades entre desconocidos. Quienes se sintieron con la libertad de colaborar en lo que podría haber terminado en una paliza. Si seguimos en la lógica de la economía de la violencia, en este caso las solidaridades parecieron activarse o desactivarse según la potencial escalada de violencia para el grupo. Es decir, cuando Yusuf estaba solo se generó entre algunos y algunas participantes la hermandad suficiente para ejercer violencia socialmente justificada sobre él. Empero, cuando Yusuf regresa con sus amigos y termina demostrando su capacidad para ejercer violencia de forma brutal y un tanto arbitraria, los cálculos cambian y los y las presentes se muestran menos propicios a empatizar con desconocidos. De hecho, en adelante, incluido cuando agrede a la chica de las pataditas, no volveremos a observar a Yusuf solo. Pero las solidaridades y los afectos dentro del grupo de iguales no son el único factor para regular o protegerse de los riesgos. Hay situaciones donde recursos básicos como un teléfono móvil o el acceso a las emergencias médicas marcan una diferencia. Hacia el final de la noche, Said perdió el conocimiento. Ante la falta de ayuda, de recursos, y pese a la desconfianza mutua, el cariño y el temor por el bienestar de su amigo empujó a Yusuf a pedirnos consejo y ayuda. Vemos el último fragmento que presentaremos del diario de campo del cuatro de febrero de 2022, corresponde al final de la noche. Mientras aún hablamos con Tarek e Issam.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Tarek me dice.

—«Mira, llama a una ambulancia»— miramos hacia donde señala y vemos a un joven inconsciente sujetado por otro de un brazo, lo están arrastrando intentando tumbarlo en el bordillo.

Lo dejan en una postura muy extraña, con la espalda apoyada en el bordillo y las piernas arrastrando en el suelo, su amigo lo sujeta para que no se caiga. Ambos jóvenes, de unos dieciocho años, están acompañados por el hombre

que ayudó [...] [a Yusuf en la pelea]. Me acerco y les pregunto que les pasa, el más joven dice:

—«Pastillas con alcohol»—pregunto «¿M?», me responde que sí, pero no estoy seguro de si nos hemos entendido. Ortega está ya con el teléfono en la mano. Pero los amigos [el hombre más mayor] le dicen se espere para llamar. Tarek le responde:

—«Si nos esperamos a que tú le robes»— refiriéndose al hombre más mayor. Este hace como si no lo oyera. Nos quedamos esperando mientras deciden qué hacer. Me da la impresión que el joven [Said] no está demasiado bien y les vuelvo a insistir con el tema de la ambulancia. El más joven [Amar] me dice que llame y el mayor se va. [...] Ortega llama a la ambulancia. Se ha quedado un joven solo cuidando a su amigo [Amar cuida a Said], parece asustado y me pregunta medio en francés, medio en castellano que debe hacer. Respondo que lo tumbe de medio lado y lo abrigue, son casi la 1:00 am y hace bastante fresco. Me acerco al joven [Said] y le busco el pulso en el cuello, para mi sorpresa se lo encuentro a la primera, el pulso me parece fuerte y el cuello lo tiene caliente. Añado que deben esperar a la ambulancia y vigilarlo por si se pone peor. Ayudo al joven [Amar] a subirle [a Said] los pies al bordillo y a tumbarlo de lado. Mientras su amigo [Amar] le pone la capucha, yo le bajo la chaqueta para taparle los riñones al aire. El amigo [Amar] se queda a su lado cogiéndole la mano, sigue con cara de asustado.

[...] Pasa un rato y aparecen un grupo de jóvenes [entre ellos Yusuf y Karin]. Cuando llegan y ven [a Said] empiezan a darle tortazos, pero el joven no reacciona, entonces la chica del pantalón negro les dice:

—«Lo que tenéis que hacer es levantarlo, mojarle la cabeza y que camine»— los amigos lo intentan levantar, pero el joven completamente lacio se les escurre entre las manos. Me acerco y les comento que no me parece buena idea porque se les va a caer y se va a hacer daño. La chica insiste en mojarle la cabeza, les digo que eso tampoco me parece buena idea porque hace frío y puede ser peor [estamos en febrero a la una de la mañana]. Entonces la chica me mira y me chilla.

—«¿Tú me vas a decir a mí lo que hay que hacer?»— la miro ella y luego al chico inconsciente y le respondo

—«Pues a lo mejor sí»— comienza a chillarme diciendo algo así como que ella ha estado millones de veces en ese estado. En ese momento le digo:

—«Vale, vale, tía, pero no me grites»— doy un paso atrás y dejo que sus amigos decidan. La chica ofendida se vuelve con su círculo. Sientan al joven y le tiran una botella pequeña de agua por la cabeza. No reacciona y lo vuelven a tumbar. Entonces Yusuf comienza a hablarme en francés, pero no lo entiendo demasiado bien, le pido que me hable más despacio. Me está pidiendo una ambulancia. Me doy cuenta del problema, ni hablan bien castellano ni tienen teléfono móvil. Le contesto que ya hemos llamado y está de camino, se queda callado y me pregunta qué debe hacer. Le repito, abrigarlo y esperar. Entonces uno de los amigos [Amar] añade:

—«También hay que ponerlo de lado»— lo coloca en posición de seguridad, pues al volver a tumbarlo lo habían dejado boca arriba. [Amar] se sienta junto a su cabeza y comienza a acariciarle la mano y la cabeza. Está muy serio y disimula todo el rato algún que otro puchero.

Alrededor continua la fiesta, ahora hay bastantes grupos, beben, hablan, ríen y algunos también bailan. Comienzo a hablar con Yusuf. Viste un pantalón de chándal gris con bambas, lleva una chaqueta de un tejido plástico similar a un chubasquero. El pelo lo tiene cortado a capa y lo lleva despeinado y enmarañado, debe tener unos diecisiete o dieciocho años. Es delgado y me saca una cabeza de altura. (La conversación que tuvimos tuvo la dificultad de ser mitad en francés, mitad en español). Pese al fenotipo claramente magrebí, al oírlo hablar francés con sus amigos le pregunto si son de Francia. Me contesta que su familia vive en Francia, pero que él ha venido a España a buscarse la vida. Lleva en Barcelona seis meses y está viviendo en la calle. Me mira de arriba abajo y me pregunta si soy policía, le digo que no, me vuelve a preguntar si hemos llamado a la ambulancia y le explico que sí, debemos esperar

[...] Han pasado más de 40 minutos y la ambulancia no llega. El chico del pelo a capa [Yusuf] me pide por favor llamar otra vez. Llamo de nuevo y explico que llamamos hace más de media hora y el chico salvo porque tiene pulso, por lo demás parece muerto. Si no se dan prisa los jóvenes se van a acabar marchando. La doctora me explica que hay mucha demora y debemos esperar. Cuelgo y le explico la situación al amigo más preocupado [Amar], pero no le satisface en absoluto mi explicación y todo el rato me pregunta un tiempo concreto que no puedo darle. Yusuf continúa hablando conmigo, me dice algo en francés que no entiendo muy bien y saca un papel arrugado como una pelota. Me lo da y al principio pienso que es para tirar. Lo miro con cara interrogante, entonces el joven estira el papel y me lo enseña mejor. Es una citación judicial. Explica que le paró la policía. Él se paró de buenas —para representar su actitud se ponía de pie con las manos cogidas por debajo del culo.

—«Yo así, tranquilo»— contó que, pese a ello, el policía le llamó *moro de mierda* y le pegó una torta. Cuando le pegaron se defendió y devolvió el golpe. Evidentemente, la policía lo detuvo, lo metieron en un furgón esposado y le estuvieron pegando de camino a comisaría. Mientras lo explica, gesticula y dice que no es justo, para referirse a su situación general.

—«Vivo en la calle y la policía...»— y hace un gesto lanzando varios puñetazos al aire. Me sigue explicando sobre la policía de Francia, según él, no es como aquí.

—«En Francia, si tú así»— hace el gesto de poner las manos por debajo del culo— «*police ne te frappe pas*» (o algo así entendí).

[...] Ha pasado cerca de una hora y no aparece la ambulancia, los jóvenes me preguntan constantemente, pero no puedo contestarles, alrededor nuestro la fiesta continua ajena a la situación. En un momento dado desaparecen todos los jóvenes menos Said y Amar. Amar se levanta resoplando y dándose

palmadas en los muslos [por el frío], mira a su alrededor y me vuelve a preguntar por la ambulancia. Me encojo de hombros. Justo en ese instante se ve a los lejos el resplandor azul de un coche de policía. Está parado en una esquina. El chico me mira y me propone llamar a la policía. Le digo que no me parece muy buena idea, lo mejor es esperar a la ambulancia. Resopla como desesperado. Me giro para preguntar a Ortega si llamamos otra vez, cuando Amar se carga a su amigo al hombro como si fuera un saco de patatas y se dirige a buscar el coche de policía. Ortega y yo nos quedamos mirándolo sin saber muy bien que hacer, mientras caminan, Said se va escurriendo de entre los brazos de Amar hasta caer al suelo. Se para y lo vuelve a cargar, pero a unos quince o veinte metros de donde estamos debe parar porque no puede más. Ortega y yo nos acercamos para ayudarlo. Cuando llego le pregunto a donde va, me dice que a buscar a la policía. Le respondo que la policía se ha marchado. Se fija y se queda parado sin saber qué hacer. Le propongo volver al bordillo y esperar a la ambulancia, porque si se van ahora no serán capaces de encontrarlos y será peor. Llegan dos amigos más, [Yusuf y otro joven] y hablan entre ellos, medio en francés, medio en árabe, deciden continuar. Lo cogen cada uno por una extremidad. Les repito que por favor se lo piensen porque la ambulancia ya no puede tardar. El personal de la ambulancia les ayudará sin pedirle explicaciones, la policía no lo hará así. No me escuchan y continúan a lo suyo. Van parando cada diez o quince metros para descansar. Mientras descansan dejan a Said inconsciente en el suelo tal y como cae. Recobran aire y continúan. Miro a Ortega y este me pregunta.

—«¿Qué hacemos?»— Antes de responder, [aparecen] dos chicos y lo rodean, uno de ellos es Karin, quien desde el principio sospechó que éramos policía. Comienzan a decirle a Ortega con un carnet en la mano semejante al de una biblioteca.

—«Mire, señor agente, tengo todos los papeles en regla»— Ortega los mira y dice.

—«Sí, hombre, sí»— los aparta y viene hasta donde estoy yo.

Seguimos caminando en parte para desembarazarnos de los dos jóvenes que siguen riendo y haciendo comentarios del estilo, en parte siguiendo a Said arrastrado por sus amigos. Cuando llegamos a la intersección de la calle Joaquín Costa ellos tuercen a la izquierda, nosotros si queremos ir al metro debemos torcer a la derecha. Son la 1:30, le digo a Ortega que no tiene sentido perseguirlos. Me dice estar de acuerdo y hace un comentario al respecto de que la cosa no va a terminar bien. Vamos caminando hacia el metro, suena el móvil de Ortega: es la ambulancia preguntando donde están los jóvenes, ha pasado más de una hora. Le explicamos que se han marchado de la plaza, desesperados, y la última vez estaban en la calle Joaquín Costa. (Diario de campo del 04/02/2022)

En este caso es evidente que, a diferencia de la chica de las pataditas, Said dentro de su grupo de iguales tiene vínculos con suficiente fuerza para recibir los cuidados necesarios en una situación grave. Igual que en el grupo de la chica del chándal negro, en el grupo de Said, las solidaridades tampoco son homogéneas. Pero si tenemos en cuenta la predisposición de todos para pedir ayuda a la policía, pese a las experiencias que ellos

mismos relatan con los cuerpos de seguridad españoles, podríamos considerar la implicación del grupo con la situación de Said como alta. Para el grupo de Yusuf, los problemas son otros, no pueden llamar, pues no tienen teléfono y, después de lo sucedido a lo largo de la noche, nadie tiene demasiadas ganas de ayudarles. Desconocen la forma de proceder de las emergencias médicas en Barcelona sin ser capaces de juzgar si la demora está dentro de lo normal, sumado a la incapacidad para evaluar la gravedad de Said. Sobre todo, Amar, vive una situación de estrés que lo bloquea por momentos. Pero incluso cuando jóvenes de otros grupos, como la chica del chándal negro, lo intentan ayudar desde fuera, los saberes puestos en juego, todos ellos, aumentan el riesgo de golpes o hipotermia. Tanto Yusuf como Amar, durante un rato, consideran la ayuda de Ortega y la mía la mejor opción y durante un tiempo siguen nuestros consejos. Pero la desconfianza mutua desde el inicio de la relación hasta el final, provoca el rechazo de nuestra ayuda por parte del grupo. Nos ahuyentan con chanzas y alguna amenaza velada. La situación es paradójica y a mi modo de leer, producto de la desesperación. Rechazan nuestra ayuda por considerarnos policías mientras se dirigen a buscar un coche de policía que les ayude. Podría ser realmente incomprensible si Yusuf no nos hubiera explicado alguna de sus experiencias en la ciudad, como por ejemplo su situación de calle o, por lo visto en la citación judicial y esa noche en la plaza, vivencias de violencia y maltrato muy normalizadas. Yusuf entendía todas esas circunstancias como injusticias y le generaban una potente rabia, la cual condicionaba su manera de actuar. Cuando nos vio ayudar a Amar a cuidar a Said, Yusuf nos leyó de manera distinta —cosa que no hizo Karin— lo cual nos permitió hablar y entender mejor su situación. Pese a todo, el recelo, la desconfianza y la diferencia de vivencias pesó más en el grupo a la hora de rechazar nuestra ayuda.⁷

Matti, Samuel, Cesar, Said y Yusuf, todos son jóvenes de edades similares, todos llegaron a Barcelona recientemente para vivir por una temporada y todos acuden a este botellón con la intención de escuchar música, consumir sustancias, conocer gente, etc. Con todo, sus vivencias, muy ligadas a la tenencia o ausencia de recursos básicos para la supervivencia, condicionan por completo su experiencia de botellón y las percepciones que tienen unos de otros. La confluencia de esas desigualdades en el espacio público sin una comprensión y reconocimiento mutuo de otras realidades, provoca conflictos que, en lo observado, pueden llegar a justificar violencias; llevar a obviar cuidados necesarios y; aumentar los riesgos ante el consumo de sustancias. Cuando los jóvenes proporcionaron cuidados ante una intoxicación aguda, la ausencia de emergencias médicas o de alguien con conocimientos en reducción de riesgos y daños en el espacio que pudiera apoyarlos aumentó el riesgo considerablemente para el joven intoxicado.

A lo largo del presente capítulo y del anterior han ido surgiendo recurrentemente un perfil de personas que, si no las nombráramos ahora, parecerían más propias del paisaje que actores con agencia en un botellón. Los lateros. Este es un perfil al cual no se ha accedido con facilidad, por tal razón las descripciones de estas personas, en esta investigación, son escasas y muy a menudo superfluas. Aún y así, el trece de febrero de 2022, de manera imprevista, estando de botellón con dos amigos (Tito y Javi), conocimos a Abdul, un hombre de unos cuarenta años que sacaba un sobresueldo vendiendo cerveza en la plaza George Orwell, más conocida como plaza del Tripi (ubicada en Ciutat Vella, muy cerca del barrio del Rabal y de las plazas estudiadas).

⁷ Esta experiencia es la que referíamos en la metodología como una de las precursoras del cambio en la aproximación al fenómeno.

Abdul se nos acercó y nos ofreció cerveza, cuando la rechazamos su respuesta daría pie a compartir el resto de la noche con él.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] [rechazamos la cerveza, Abdul responde]

—«No es para vender. No solo trabajo, también amigos»— la frase y el conjunto general me parece encantador. [...]

Abdul es un hombre de cuarenta años, tiene el pelo moreno muy corto con unas grandes entradas, es bajito, de mi estatura más o menos. Lleva una barba de dos días canosa, viste un pantalón marrón y una chaqueta oscura. Lleva una bolsa con dos cajas de Estrella de Galicia (cerveza). [...] Primero nos pide disculpas porque va borracho, le contestamos que no pasa nada porque nosotros también. Nos reímos. [...] Vive cerca de la plaza, comparte piso con cinco compañeros, según nos cuenta paga ciento cincuenta euros por una habitación. Tito le pregunta si es de Pakistán y dice que no, todo el mundo lo considera pakistaní, pero él es de Bangladesh. De hecho, explica, la mayoría de gente migrante de esa zona no es de Pakistán, sino de Bangladesh. Le digo que me cuesta diferenciar entre las distintas nacionalidades de la región. Entonces Tito responde:

—«En Pakistán, musulmanes, en India, hindús»— Abdul se ríe y le da un golpecito en el pecho.

—«Tu amigo sí sabe»— Tito me hace un comentario jocoso dando a entender que es buen antropólogo, me río. Abdul nos mira y entonces le explico el comentario de Tito. Al explicarlo se da una situación bastante divertida:

Comienzo explicándole.

—«Yo soy antropólogo y estudio desde la universidad de Granada el consumo de alcohol en la calle»— Abdul contesta

— «Sí.»

—«Me dedico a ir a los botellones, a ver cómo la gente bebe.»

—«Sí».

—«Y me gustaría encontrar algún birrero para que me explicara cómo funciona el negocio.»

—«Sí.»— Continúo convencido de tenerlo hecho.

—«¿Yo me podría ir a vender birra contigo?»— Contesta

—«No»— Tito y Javi sueltan una sonora carcajada y los cuatro nos reímos. Entonces Tito se incorpora de la valla y me hace aún lado diciendo.

—«Deja»— comienza a decirle.

—«¿Por qué no? [...] ¿Qué pasa?»— Abdul va respondiendo a sus preguntas.

[...] Me apoyo en la valla junto a Javi, no paramos de reír al ver a Tito haciendo de reportero callejero, ambos miramos la escena, divertidos. Tito le comienza a hacer preguntas sobre la venta de cervezas:

Abdul vive con cinco personas más, compran la cerveza a medias y se turnan para venderla. Él siempre está por esa plaza como mínimo hasta la 01:00 am. No es su único trabajo. Trabaja en Sant Andreu de la Barca en unos almacenes. [A partir de ahí iniciamos una conversación donde nos contamos respectivamente algunos aspectos de nuestras vidas.] [...] Le gusta vivir en este barrio porque por la noche puede salir y vender cerveza y ganar algo más de dinero. Nos ofrece otra cerveza, le digo que no, todavía me queda orujo, tengo el vaso casi entero y estoy un poco empachado de beber.

Tito le dice él quiere una, pero se la paga. Entonces saca del monedero todo el dinero que le queda, treinta céntimos. Se empieza a reír, se los pone en la mano a Abdul y este se riendo le da la cerveza. Le digo:

—«Madre mía Abdul, después de la turra que te hemos dado...»— nos reímos.

[...] Suena un motor y se ven unas luces por calle Escudellers, nos quedamos en silencio, miramos la boca de la calle, alerta por si es la policía, pero no lo es. Tito comenta algo así como que vaya susto cada cuando pasa un coche, entonces le coge la bolsa de cervezas a Abdul.

—«Ven, yo te la escondo»— Abdul riéndose la coge.

—«No pasa nada, yo aquí con vosotros de fiesta, no parece que esté vendiendo cerveza, policía solo ve a...»— se toca la cara como refiriéndose al color de piel. Me rio y añado.

—«Ja, ja, ja nos usas como camuflaje»— él se ríe y se toca con un dedo la sien, dando a entender su inteligencia.

Abdul nos pide que nos quedemos, va a dar una vuelta para vender alguna cerveza y vuelve. [...] Regresa y le pregunto qué tal le ha ido, oscila la mano de un lado otro dando a entender que regular. Javi dice.

—«Este hombre lo que quiere es vendernos todas las cervezas a nosotros»— Tito le espeta.

—«Pero ¿Qué dices? Si no has pagado ni una y yo le he dado treinta céntimos»— Antonio no añade nada más y se va a mear. Entonces le digo a Abdul que vamos a escuchar una canción dedicada especialmente para él y pongo en el móvil a la Húngara. Tito y yo le cantamos y le hacemos palmas, Abdul se parte de la risa y se abre otras dos cervezas. (Diario de Campo del 13/02/2022)

Este breve relato es el único momento realmente genuino compartido con un vendedor ambulante en el marco temporal de esta investigación. Pese a ello, fijémonos en la dificultad para establecer una relación fuera de su representación de vendedor. Por supuesto, está mi interés como investigador, con la inestimable colaboración de Tito, que trasforma un momento lúdico en objeto de estudio. Pero tampoco podemos pasar por alto la actitud y comentario de Javi, quien desconfía de Abdul por su condición de vendedor ambulante. Javi no concibe un momento de ocio para Abdul. En cambio, Abdul lo ha expresado muy claro, no solo trabaja, también busca compartir un momento de agradable ebriedad y distensión. Por eso agradece la reprimenda de Tito a Javi abriendo dos cervezas más y demostrando que Javi se equivoca en su juicio de valor. La aparición de la policía, una vez más, nos remite inmediatamente a su profesión ilegal y, en un torpe intento por ayudar, terminamos visibilizándolo más. A lo largo de la noche, Abdul muestra gran paciencia con este tipo de situaciones, como si estuviera acostumbrado a ellas y no le impidieran valorar los momentos de divertimento como cantar por la Húngara. Cuando aparece la policía, pese a ser quien puede perder más, nos tranquiliza y explica de forma serena que nuestra condición de blancos nos protege y a él lo camufla. No muestra rabia ni rencor, desde fuera, se diría que lo considera un precio a pagar con resignación. Si definiéramos a Abdul atendiendo a sus propias palabras, hablaríamos de un señor de cuarenta años con más de veinte años residiendo en Ciutat Vella. El cual es pluriempleado y acude al botellón no solo para sacarse un sobresueldo de su trabajo principal —mozo de almacén— también como modo de distensión, para conocer gente, escuchar música, cantar y realizar consumos de alcohol y cannabis.

4.3 El barrio del Raso en Castellfont: el botellón como una expresión cultural para toda la familia.

Flow de los suburbios

Flow de los suburbios, es lo que aportamos. Viviendas sociales, desde ahí brillamos.

Yoseik le mete al bombo. Se monta mi combo y esta crema suena para que tú te muevas.

No lleva corte, esto es pureza, material de calidad que nace en la pobreza. Esto es un sonido barriobajero, que ahora suena fuerte más allá del gueto.

Esto se cocina, como crack. Viene de la zona, marginal, sonido de la calle original, que pone a golfos a bailar.

Traemos un soniquete, un soniquete rico. Lo pruebas y te engancha igual como el perico. Traemos un soniquete, que te inyecta la marcha para que muevas el culo como Natty Natacha.

Yo tuve un sueño y ese sueño yo sabía que un día llegaría, hay llegaría.

Mi combo está poderoso. Estoy sonando en la calle. Los niños de

Palomera, soñando con ser más grandes. Y las Tres Mil me voy para Sevilla, en Málaga la Palmilla. Estamos cruzando el charco de Ceuta para Melilla y en la línea cantando cero del barrio para el mundo entero.

Los cuentos ya no se cuentan, ahora contamos dinero. Si me caigo me levanto.

Sueno calle sin tanto ratata, soy más de hablar de necesidad, de esperanza puesta en los cultivos porque no hay otra para decir sobrevivo,

En mi cara ves la verdad. Sueno calle sin tener que aparentar. Estos se meten preso, para ser más real. Yo siempre buscando mi libertad.

La pelí no seré yo quien te la venda, el que ha pasado fatiga la calle no recomienda. Van de gallos, pero esos se pierden mi corral, les quito las plumas a traición en la oscuridad.

Rarara, te recomiendo soñar con lo honrado. Rarara, nosotros la cima la hemos tocado, Creando este sonido para ponerte activo.

Flow de los Suburbios en:
L.P. *Flow de los suburbios*. (2022)
Negro Jary *feat* La Cebolla y El Jhota

Castellfont es una gran ciudad cercana a Barcelona, muy por encima de los cien mil habitantes, cuando se realizó el estudio contaba con un dieciocho por ciento de población joven (entre dieciséis y veinticuatro años). La ciudad, de tradición industrial, siempre ha destacado por acoger diferentes olas migratorias. Primero de Andalucía, Galicia, Extremadura, después migraciones internacionales de Marruecos, República Dominicana, etc. Siendo así, máxime en la zona a la cual nos referiremos, las historias y procedencias de sus habitantes se superponen, entrelazan y mezclan desde hace años. Ser una ciudad de tradición industrial y de acogida, sumado a las desigualdades sufridas por quienes migraron, ha conllevado la aparición de zonas donde viven personas con rentas dentro del dos por ciento más bajo del país (Figura XXX). Es el caso de la barriada de los Sillares, en el barrio del Raso de Castellfont. Un conjunto de viviendas de protección oficial compuesto por varias manzanas unidas mediante plazas y calles peatonales. Los Sillares, en la práctica, constituyen un barrio diferenciado dentro del propio barrio. Las diferencias de recursos y de pareceres entre los habitantes de los Sillares y la otra parte del Raso son causantes de conflictos y de más de un problema. Hasta el punto de existir dos asociaciones de vecinos enfrentadas, la Asociación de Vecinos y Vecinas del Raso, cuyos integrantes pertenecen principalmente a los Sillares, y la asociación *Barri Vuit* quienes suelen vivir fuera de los Sillares.

Como podemos ir comprobando este capítulo describirá la práctica del botellón en un espacio mucho más amplio que una plaza o una playa e incluirá opiniones de personas que, sin asistir a los botellones de la zona, tienen poder para actuar sobre ellos. Además, esta parte de la investigación tuvo la dificultad añadida de desarrollarse en un contexto de grandes desigualdades que han desembocado en fuertes rencillas y disputas vecinales. Uno de los elementos en disputa es el uso del espacio público y, en este sentido, el botellón, en muchas ocasiones, se empleará como arma arrojadiza para criminalizar las prácticas de ciertos sectores. Por ello, antes de entrar en la práctica propiamente dicha, presentaremos al barrio a partir de las diferentes voces en disputa y sus percepciones del botellón o del consumo de alcohol en vía pública.

El trabajo de campo inicia con una demanda del ayuntamiento de Castellfont al servicio de *Festa Major*⁸ para diagnosticar la práctica del botellón en el barrio del Raso durante los meses de verano de 2022. La petición la realiza el concejo a través de la *Comisión Técnica del Raso*, encargada de abordar las problemáticas del barrio; será con este cuerpo técnico con quienes se trabajará y a quienes se presentarán los resultados finales del diagnóstico. Durante el trabajo de campo se realizaron reuniones periódicas los días veinte y uno de cada mes en la sala de reuniones de la *Comisión*. Según el acta de la primera reunión, el día veintiuno de noviembre de 2021, la demanda realizada consistía en: *un diagnóstico sobre las prácticas de ocio nocturno en vía pública, centrado en los consumos y las molestias vecinales en el Raso*. Vemos un fragmento del diario de campo del veinte y uno de julio de 2022, donde quedó registrada la reunión de ese mes. A las reuniones asistíamos el equipo de diagnosis de *Festa Major* y parte del equipo de la *Comisión Técnica del Raso*: Sebas, director de la *Comisión*, Miriam y Susana, coordinadoras de la misma. Veamos tras ocho meses cuál seguía siendo su principal preocupación.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

8 Servicio de Energy Control (ABD) descrito en la metodología.

[...] Miriam —«Está teniendo mucho sentido que hagáis este foco ¿Por exactamente qué es lo que está pasando aquí? Tuvimos algunas alarmas por Jaume de Entorno Ciudadano de... ¡Peligro! ¿Qué está pasando aquí? ¿Pero a ver exactamente qué consumos se están haciendo? Lo que estáis haciendo era previo y necesario.»

[...] **Sebas** —«Y consumo de drogas dentro de un globo, es que nos dicen que meten no sé qué en un globo y comienzan a aspirar.»

Anna (Coordinadora de *Festa Major*) —«Óxido Nitroso.»

Sebas —«¿Habéis visto esto? Hay vecinos que lo ven.»

Susana —«Bueno, dicen que se oye como deshinchon globos»

Isma —La sustancia principal de consumo es el alcohol, pensémoslo así, si el alcohol es una droga ¿Cuántos narco-pisos hay en el barrio? ¿Diez, once...? ¿Cuántos bares y supermercados...?

[...] **Sebas** —«Tengo clarísimo que la sustancia que más problemas genera a nivel personal, familiar, etc., es el alcohol. Pero aquí hay un problema, nosotros como institución..., existen unas leyes que dicen que el alcohol es legal y otras sustancias no. Claro, es la contradicción que tenemos aquí.»

[...] **Miriam** —«Lo que más provoca conflictos es el alcohol, porque eso implica música, todo lo que implica estar fuera [en la calle], generalmente...»

Sebas —«Luego se complementa con otras cosas..., [refiriéndose a otras sustancias]. (Diario de Campo del 21/07/2022)

Desde un inicio y hasta el final, la preocupación de la *Comisión* y especialmente de Sebas, era el diagnóstico del consumo de sustancias ilegales, pese a ser conscientes que la sustancia más problemática en el barrio era el alcohol. Esta preocupación la justifica, Sebas, desde su posición institucional y su obligado cumplimiento de la norma. Uno de los motivos de la demanda inicial, según Miriam, surge por la alarma dada por Jaume, trabajador de *Entorno Ciudadano*, empresa subcontratada para rehabilitar y dinamizar el parque de los Muleros. Los Muleros, ubicado a la entrada de los Sillares, está situado en una ladera abrupta y rematada en su final por la vía del tren. Y es una conexión con otras zonas de la ciudad poco frecuentada. La propia vía, pese al puente elevado para cruzarla, constituye una frontera de separación con el barrio vecino. Así pues, los Muleros se encuentra encajonado entre las vías de tren y los Sillares. Durante los años ochenta fue un lugar habitual de consumo de heroína. Con el tiempo, este espacio marginal, no solo por las prácticas llevadas a cabo en él, también por su ubicación periférica, se ha intentado recuperar en varias ocasiones. En ese momento la empresa del tercer sector encargada es *Entorno Ciudadano*. Según la demanda inicial de la *Comisión Técnica* este era uno de los puntos conflictivos, no tanto en cuanto al consumo de alcohol o al botellón como tal, como por la posible combinación con el consumo de otras sustancias. Pese a ello —y simplemente remarco mi extrañeza— contactan con el servicio de *Festa Major*, especializado en la reducción de riesgos en perfiles jóvenes con primeros consumos de alcohol y cannabis en vía pública. Tampoco perdamos de vista que la información barajada por la *Comisión Técnica* es la proporcionada, o bien

por técnicos que trabajan sobre el terreno, o bien por vecinos y vecinas. En este caso, el grueso de las quejas vecinales era por botellones y la observación sobre el terreno, meses después, indicaba el alcohol como la sustancia más consumida. De hecho, así lo reconoce Miriam, por eso resulta un tanto llamativo que la *Comisión Técnica* —Sebas especialmente— insista en esa línea ocho meses después de la primera reunión. Veamos la opinión de Jaume cuya alarma suscitó la demanda de diagnóstico. Fuimos al parque de los Muleros el seis de abril de 2022 para hablar con él; estaba junto a un grupo de voluntarios y voluntarias acondicionando una barraca [tipo contenedor de camiones] para poder realizar actividades en el parque.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] —«Al inicio, con las actividades culturales se vio una falta de espacio y hubo mucha demanda [...]. [El barrio] tiene una cantidad de infraestructuras y metros cuadrados de salas polivalentes municipales por habitante, donde te toca centímetros por persona, no llega ni a un metro; hay 70.000 personas censadas, pero reales 80.000. Existe una carencia de infraestructuras muy *heavy* vinculada al uso nocturno del espacio público. Hasta ahora no había casal de jóvenes.»

[...] —«Todo espacio que no está ocupado por una actividad se ocupa, a veces, con malos usos; el volumen de lo que dejas sin dinamizar o utilizar se ocupa por otros usos. Nunca avanzas, solo mueves el problema de un sitio a otro. Puedes pacificar el uso de cierto espacio con el uso, pero lo único que has hecho es mover el gas a otro lado temporalmente». [...] «Es un espacio [los Muleros] abierto al público en todo momento, para lo bueno y para lo malo. Hay días que llego y están los restos de un botellón, lleno de botellas y hecho una mierda. Hay días que llego y un vecino me ha plantado unas plantas, una de cal y otra de arena.»

Para gestionar el tema de los botellones Jaume cuenta:

—«Al inicio se planificó una zona de pícnic para el botellón, en el diseño del parque va al final del todo, donde hay menos bloques para el tema ruido, el problema es que la valla perimetral no está puesta en todo el solar, se queda a mitades y donde contaban con el pícnic, no hay valla y no se puede construir allí, puesto que no es seguro— [recordemos que el parque se sitúa en una ladera abrupta cuyo final son las vías del tren]. Considera que [el ayuntamiento] no lo ha construido —«Porque no les ha dado la gana, porque pasan de todo y porque llevamos aquí cuatro años abandonados de la mano de Dios. Si todo el solar estuviera terminado y la valla perimetral puesta. Está pedido desde hace cuatro años. Hace tres meses que han puesto tres papeleras cuando se pidieron diez y siempre están llenas hasta arriba. La problemática si creamos este espacio [se refiere al botellón] son los residuos que no serán recogidos. El ayuntamiento en teoría debería estar limpiando toda la zona y no lo está haciendo, construyeron un rocódromo después de la zona vallada, a ver si así se ampliaba como se acordó, pero no ha sido así.» (Diario de Campo del 06/04/2022)

Jaume da una opinión técnica de la situación y relaciona de una forma muy clara los espacios no dinamizados de forma externa como potenciales malos usos. Según nos

cuenta, hay planificado un espacio donde se permitiría el botellón y, pese a estar todo acordado, el ayuntamiento no realiza la inversión necesaria y prometida. Para él, el problema del barrio y del botellón es una falta de instalaciones públicas. Aunque *Entorno Ciudadano* gestione una parte de esas instalaciones con fondos municipales, los problemas y carencias los sitúa en la gestión pública y remarca la necesidad de dinamizar el espacio con más recursos. Pero en el barrio del Raso no solo actúan la *Comisión Técnica* y las entidades contratadas por esta. Existen asociaciones como *La Drassana*, compuesta por personas residentes y no residentes en el barrio que, de forma desinteresada y voluntaria realizan actividades en los Sillares. Sus acciones van desde el asesoramiento en la obtención de papeles de residencia, a la participación de eventos culturales o una ludoteca. Su posicionamiento es mucho más claro que el de Jaume, ellos directamente apuntan a la *Comisión Técnica del Raso* como los culpables de buena parte de los conflictos del barrio. El diecinueve de julio de 2022 fui durante una asamblea al centro cívico donde se reúnen en los Sillares. Antonio, Lucia y Sandra, miembros de *La Drassana* tuvieron a bien el darme su opinión respecto al problema del botellón en los Sillares y de la acción de *Entorno Ciudadano* en los Muleros.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] Hablamos sobre *Entorno Ciudadano*. No les gusta nada, les parece una mierda, los consideran aliados de la administración y al parque de Muleros un espacio residual, que empezó siendo comunitario y ahora ha acabado siendo institucional.

Lucia —«Básicamente, es un lugar donde van a trabajar los técnicos.»

No consideran que haya un problema con el botellón o con el consumo de drogas. Hablan de un uso intensivo del espacio público derivado de las viviendas pequeñas y de la falta general de recursos.

[...] Pero sobre todo se quejaban de...

Antonio —«La política urbanística dentro de los Sillares es antipersona, quitan mobiliario urbano, añaden pinchos ahí [señala por la ventana a las jardineras del exterior] para que la gente no se pueda sentar y... Hay racismo y odio contra el inmigrante»

[...] Al preguntar si estarían dispuestos a colaborar de alguna manera con la *Comisión Técnica del Raso* nos responden sí, pero con muchas reticencias. Aseguran llevarse muy mal con Sebas. Les ha censurado en la revista del barrio porque eran críticos con las propuestas de la comisión. Lo acusan de apropiarse los proyectos, devaluarlos y luego salir en los periódicos. (Diario de campo del 19/07/2022)

Los y las miembros de *La Drassana*, quienes trabajan sin subvenciones institucionales, consideran a las empresas del tercer sector como *Entorno Ciudadano* —y, aunque no lo dijeran, al servicio de *Festa Major*— como una parte del problema. Pues para ellos y ellas la *Comisión Técnica del Raso* desea romper, o rompe de facto, el tejido asociativo del barrio —en un lugar donde las redes y los espacios públicos son fundamentales para la supervivencia. Tanto *La Drassana*, como la *Asociación de Vecinos y Vecinas del Raso*, fueron expulsados de la asamblea vecinal por la *Comisión Técnica*. En cuanto al botellón,

no consideran que se dé como tal en los Sillares, siempre hablarán de un uso intensivo del espacio público causado por una falta de recursos personales. Retomemos un momento el punto de vista de la *Comisión*. Observemos la opinión de Sebas de *La Drassana* el veintiuno de noviembre de 2021, y su cambio de parecer el veintiuno de julio de 2022, tras enterarse de mi reunión unos días antes con los y las miembros de dicha asociación.

[Los siguientes fragmentos están compuestos exclusivamente por notas de campo]

[Reunión del 21/11/2021]

[...] Cuando vuelvo a preguntar [a Sebas] sobre *La Drassana*, nos dicen que no sobredimensionemos sus acciones y mejor no contar con ellos. Miriam no parece estar de acuerdo, pero él sentencia con la cabeza y ella no desarrolla su punto de vista. (Diario de Campo del 21/11/2021)

[Reunión del 21/07/2022]

[...] Sebas —«Proyectos como los de memoria histórica y tal..., también tienen otra misión que es intentar que con las dos entidades en las que no encontramos el lugar para encontrarnos, básicamente *La Drassana* y la *Asociación de Vecinos y Vecinas del Raso*, se incorporen en un proceso de colaboración o coocreación, lo digo porque tenemos veintidos entidades haciendo proyectos y solo hemos tenido problema con estas dos para entendernos, quizás es una cuestión institucional, por eso con proyectos como este también podríamos intentar encontrar espacios para encontrarnos. (Diario de campo del 21/07/2022)

Sebas en un principio minimiza la labor de *La Drassana*. Pero tras enterarse de nuestra reunión con ellos y ellas, se torna más conciliador y da a entender que son *La Drassana* y la *Asociación de Vecinos y Vecinas del Raso* quienes tienen un problema con las instituciones. Por eso son los únicos en no colaborar. De todas formas, queda claro que, en la cuestión del botellón, la *Comisión Técnica del Raso* y *La Drassana* difieren totalmente, para la primera el problema principal sería el consumo de alcohol y los usos derivados del espacio público. Mientras que para los y las segundas la cuestión sería el uso intensivo del espacio causado por una falta de recursos tanto públicos como privados. Veamos ahora la opinión de Juana, una vecina de sesenta años y presidenta de *Barri Vuit*, la asociación de vecinos que sí colabora con la *Comisión Técnica*. El diecisiete de junio de 2022 fui a pasar un rato al local de *Barri Vuit*. Veamos el fragmento del diario de campo donde se recoge la opinión de Juana sobre el botellón y en general sobre el conflicto por el espacio público.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] —[Juana dice] «El Raso es un barrio al cual le han robado hasta el nombre, todos creen que pertenece al Caño»— [el Caño es el barrio de al lado]. Además, por una cuestión urbanística y social, el barrio ha quedado marginado del resto, pero también dividido en su interior. Juana habla de la avenida Cuatre Estacions, la considera una barrera que los vecinos pocas veces cruzan. Lo cual ha favorecido dos formas de ver el barrio distintas. [La avenida de las Cuatre Estacions, longitudinal al barrio, separa los Sillares del

resto del Raso]. —«La disputa comenzó cuando los vecinos de fuera de los Sillares se quejaron de que los pocos recursos del barrio solo se invierten en los Sillares y los de este lado de la avenida están olvidados»— Por contra desde los Sillares se les echó en cara no conocer o reconocer la realidad del barrio.

[...] Respecto a los conflictos, remarcaban las fiestas de cumpleaños que se hacen en la calle hasta altas horas de la madrugada, lo entiende [por la falta de recursos para poderlo celebrar en una casa espaciosa o alquilar un local], pero considera que no se respeta al resto de vecinos. [En ese momento se suma Paco, quien lleva un rato dando vueltas por el local] Dice que si quiero entrar al barrio.

—«Depende un poco de la suerte que tengas, de si le caes bien a la gente»— Sin embargo, Juana aconsejaba entrar de la mano de alguien conocido en la zona. Cuenta por ejemplo que la policía tiene que entrar siempre con dos coches patrulla a la vez si no, no entra. (Diario de campo del 16/06/2022)

En la conversación con Juana y Paco constatamos un sentimiento de división del barrio y el hecho diferencial que supone ser o vivir en los Sillares. La falta de respeto será una acusación que en adelante hagan todas las partes sobre algún colectivo, todo el mundo dirá entender la situación del otro, pero al tiempo todos y todas se acusarán de no respetarla. A lo largo del diagnóstico en el Raso conocí a Vanesa, una vecina de los Sillares poco común, pues tenía una opinión del conflicto a medio camino de las posturas tan marcadas de la mayoría del vecindario. Veamos cuál era su opinión respecto al tema planteado anteriormente por Juana y Paco.

[El siguiente fragmento corresponde a la transcripción de una entrevista realizada el veinte de septiembre de 2022]

Etnógrafo (Et) —*¿Consideras que el Raso está dividido? ¿La avenida de las Cuatro Estaciones supone una división para ti?*

Vanesa (V) —*Yo creo que no, puede ser que haya divisiones en cuanto a vecindario, o aparte del barrio... sí que es verdad que yo no voy mucho por esa zona, eh, paso, pero no es como aquí, tampoco. A ver sí que de la avenida de las Cuatro Estaciones hasta los Gorriones [otra calle del raso] no se ven botellones ni cosas así. Calles normales, que la gente pasea, en los bares, normal, pero no se ve el movimiento como los grupos en medio de los Sillares a la noche, gente consumiendo cerveza, los whiskys... en esta zona puedes encontrar más las reuniones en el parque que no en la avenida.*

Et —*¿Y por qué creéis que hay esta diferencia?*

V —*Porque es zona más peatonal, no hay tanto espacio abierto, en los Sillares hay más espacio, la gente se reúne más que no ponerte en la avenida con las flores. No hay un parque, no hay una zona abierta. Yo creo que la gente, a no ser que se vaya al parque de la Nau o de las Damas, no hay más parques en esta zona.*

Et —*¿Los botellones de los que habláis, lo veis como algo negativo?*

V —*Yo no lo veo si hay un control, que no vaya a más, que no acabe en pelea ni nada por el estilo. Hoy en día me voy al bar y en tres o cuatro cubatas me dejo unos treinta euros sinceramente, si me cojo una botellita me vengo aquí de vez en cuando no. No molesto a nadie, ji, ji, ji, jo, jo... Y ya está. Me gusta más hacer botellón. Si me voy al bar me cuesta un cubata unos 8 euros y ya una botella me puede costar esto..., ya hablando de cervezas también, me cojo mis dos latitas y me pongo aquí con la gente a charlar y tal [...]* (Entrevista a Vanesa 20/08/2022)

Vanesa no considera al barrio dividido, pero sí ve una diferencia de un lado y otro de la avenida, al menos en la práctica del botellón. Para ella de aquel lado las calles y los bares son normales, a este lado es diferente, hay gente en la calle —fuera de terrazas y veladores— consumiendo alcohol de alta graduación en las plazas. Esa opinión no es excluyente para reconocer su predilección por hacer botellón al ser una práctica más ajustada a su economía. De forma similar a Juana, entiende que la práctica debe mantenerse dentro de unos límites aceptables para todos y todas. Ahora bien, ella no valora exceder ese límite en ningún momento. Vanesa forma parte de un grupo de adultos de hasta diez personas, según nos contó, se conocen de sacar el perro a pasear. Aprovechan para relacionarse entre ellos y ellas, beber y realizar consumos de cannabis en una arbolada a la entrada de los Sillares. Veamos como ella misma definía su práctica del botellón.

[El siguiente fragmento corresponde a la transcripción de una entrevista realizada el veinte de septiembre de 2022]

Etnógrafo (Et) —*¿Cuánta gente os podéis reunir?*

Vanesa (V) —*Lo máximo unos 8, 9 o 10, pero no más y esto hace mucho tiempo, ahora como mucho 5 o 6 y con los perrillos sobre todo... Nos juntamos entre 30 y 45 años, todo depende, también con los perros. Yo, encuentro lógico que paren a un grupo de gente joven haciendo botellón, porque ¿Quién te dice que no hay menores de edad? Pero que paren a un grupo de cuarentones que estamos con una cerveza con los perros, ja, ja, ja, que no estamos haciendo nada más...*

Et —*¿Os han parado muchas veces? ¿Habéis tenido problemas con la policía?*

V —*Problemas, problemas, no, pero sí que han venido y hemos escondido la cerveza porque la multa te cae. Si te ven con la lata abierta te multan. Pero en verdad muy majos. Vienen al mediodía a pedir que bajen la música que está muy alta, comprendiendo la situación, pero podrían venirte de otras maneras, entonces en este aspecto majísimos, tampoco la hemos liado mucho más que esto, así que... No solemos compartir el espacio con otra gente, ni jóvenes ni nada, normalmente somos los de siempre, gente nueva no tenemos; la gente más joven se va al parque del Turó, donde creen que para cuando la policía llegue les dará tiempo a esconderse. Porque si la policía baja o sube se ven y en el parque se esconden entre los matorrales.* (Entrevista a Vanesa 20/08/2022).

Cuando nos explica su práctica del botellón, Vanesa pone en juego una opinión reiterada por la mayoría de las personas del barrio. No son ellos ni ellas quienes molestan, son otras personas, aunque es evidente que molestaron a alguien lo suficiente como para llamar a la policía, no obstante Vanesa realiza una lectura amable de la situación y señala a quienes practican botellón en el parque de al lado. Para Vanesa la edad es un factor diferenciador importante, para ella consumir alcohol en vía pública con cuarenta años debería ser menos punible que hacerlo con diecisiete. El diez de agosto de 2022, alrededor de las 20:00 pm, conocimos a Kevin, Jesús y Jess, tres jóvenes haciendo botellón en el parque de los Muleros. Contrastemos sus opiniones con las de Vanesa.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] Vemos a dos chicos y una chica de unos veinte años sentados en unos módulos de madera, que sostienen unos tubos grandes por donde cabría una persona. Diría que es un parque para perros. Decidimos hablar con ellos.

La chica es de pelo castaño y largo recogido en una coleta, lleva una camiseta blanca y un pantalón vaquero corto de color negro [Jess]. Uno de los chicos viste totalmente de blanco, camiseta, bermudas y gorra [Jesús], el otro con gorra roja lleva una camiseta de un color crema y unas bermudas rojas [Kevin]. Están sentados de forma que los dos chicos miran hacia el frente, mientras la chica está situada perpendicular a ellos. En el espacio que hay entre las piernas de los tres tienen una botella de vino, tres vasos y una bolsa con una botella de agua. Están bebiendo y hablando entre ellos, el chico de la gorra blanca está liándose un porro. [Al acercarnos] les explicamos que trabajamos para Energy Control y les damos información sobre el servicio de análisis. Se quedan sorprendidos y nos dicen que les parece una idea muy buena.

[...] Les preguntamos qué necesitarían para mejorar el espacio de los Muleros. El chico de la gorra blanca se centra fundamentalmente en el aspecto logístico de la zona y reclama mejorar las sombras, más agua, mejores accesos y que no les moleste la policía. Por contra, el chico de la gorra roja enseguida va por otro camino. Le gustaría más actividades alternativas al fumar o beber, para que los más jóvenes vieran otra cosa. Quiere llevarse a su familia a otro lugar porque su hermana pequeña es joven y en ese barrio hay *mala gente* y toma mal ejemplo. Él llegó desde Colombia hace cuatro años.

—«Cuando te vienes para acá tú lo imaginas diferente, crees que estarás con puros españoles, pero luego llegas y miren, se vino para acá todo el mundo» [...] «yo llegué con dieciséis años, era un niño, pero todo el mundo me trató como si fuera adulto, daba igual»— asegura que enseguida comenzó a fumar y a beber. Añade. —«Uno cuando quiere pasear por un buen barrio se va a otros sitios de la ciudad, ¿No?»— El de la gorra blanca interrumpe para añadir,

—«Si tú eres bueno, te juntas con gente buena, pero si no...»— el de la gorra roja le rectifica.

—«Sí, pero mi hermana es muy joven y no sabe, le lavan el cerebro.»— Cuando les pregunto qué entiende por mala gente, la chica añade.

—«Pues gente mañosa.»— Les pregunto cómo solucionarían ese problema para no verse obligados a irse del barrio. El de la gorra roja contesta que se necesitaría más control para los menores de edad, que los pararan más por la calle cuando los vieran fumando y les obligarán a hacer algo. Cuando termina se quedan en silencio y decidimos dar por finalizada la conversación. Les damos las gracias y nos despedimos de ellos. (Diario de Campo del 10/08/2022)

Jess es una recién llegada al barrio y todavía no tiene una opinión muy formada, por eso mantiene sus opiniones un poco al margen de la conversación. Pero Kevin [gorra roja] y Jesús [gorra blanca] ambos llegados hace unos años desde Colombia, tienen formas de verlo ligeramente diferentes entre sí. Cuando preguntamos qué se necesitaría para habilitar el espacio para el botellón, Jesús inmediatamente demanda mayores recursos públicos y menor presión policial. Pero Kevin, por sus palabras, parece no confiar en acondicionar el espacio según sus necesidades, pues para él, el problema no serían los recursos sino las personas. Asegura no haber realizado prácticas como el consumo de sustancias en vía pública hasta llegar a los Sillares. Y percibe esos consumos de alcohol y cannabis como parte de un problema mayor, para él son símbolos de una entrada forzada en el mundo adulto. El barrio tampoco cubrió sus expectativas en cuanto a las personas que esperaba encontrar al migrar desde Colombia. Por todo ello el deseo de Kevin es marcharse del barrio. De hecho, asegura salir del mismo para ir a otros lugares de la ciudad más bonitos cuando quiere pasarlo bien. De esta forma, para Kevin, hacer botellón en el barrio no es una buena opción y mucho menos si lo piensa para su hermana pequeña. Por eso reclama, como Vanesa, más control policial para la gente joven, sobre todo, para los menores de edad. Sigamos la pista y veamos la opinión de alguna joven menor de edad. El dieciséis de julio de 2022, alrededor de la 01:30 am en el parque del Turo —donde aseguraba Vanesa que los y las jóvenes se escondían entre los matorrales cuando veían a la policía— mantuvimos una charla con cuatro jóvenes quienes aseguraban frecuentar ese espacio cuando no iban de discotecas. Tuvieron a bien de explicarnos algunos de sus consumos y sus formas de ver el barrio.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] Continuamos hasta la zona de calistenia y giramos en dirección a la pista de voleibol. El parque está bastante vacío en general, decidimos volver para la calle Mallorca. Subimos por las escaleras centrales y casi arriba de todo nos encontramos a un grupo de cuatro chicas, tendrán alrededor de dieciséis años. Les explicamos quién somos y preguntamos si podríamos hablar con ellas. Nos dicen que sí. Están sentadas en las escaleras y tiene varias botellas, una de ellas me llama la atención, pues parece vino dulce con apariencia de estar bastante caliente y, con todo, las chicas van dando tragos generosos de la botella. Una de ellas lleva un moño y una camiseta de tirantes enrollada por encima del ombligo y un pantalón corto blanco. Otra tiene media melena, pelo suelto y viste una camiseta. Las otras dos, de pelo largo, visten camisetas anchas y pantalón vaquero. De las cuatro solo una reside en el Raso, el resto son del barrio próximo [El parque del Turo hace de frontera natural entre uno y otro]. Nos cuentan que siempre suelen estar allí fumando porros y bebiendo. Normalmente la policía no les molesta. Ponen el ejemplo de San Juan cuando montaron una fiesta con un coche. Nos cuentan que las escaleras se suelen llenar de gente bebiendo los fines de semana. Les hago el juego de *Haz tu*

Fiesta y les gusta, las fichas les parecen muy acertadas. Destacar del resultado que, en cuanto a sustancias, dejan totalmente excluidas la cocaína y la ketamina. MDMA, pastillas y cannabis obtienen una gran deseabilidad en sus fiestas. [...] Mientras hablamos, la chica de media melena le pregunta a Estel⁹ cuáles son sus estudios para realizar ese trabajo.

—«Sociología.»

—«Pues yo preferiría hacer esto a lo que hago»— la del moño añade:

—«Ves, hay que salir del barrio, porque esto es una mierda.»— Les pregunto si siempre están allí cuando salen. Me dicen que no, que van a discotecas de Castellfont. En ese momento, un grupo más arriba, en las escaleras, conecta un altavoz con música. Son las dos de la mañana (Diario de Campo del 15/07/2022)

Las jóvenes emplean el parque, igual que Kevin y Vanesa, para relacionarse, escuchar música y consumir sustancias y ciertamente, como Kevin y Vanesa argumentaban, no parece que la policía suponga una gran molestia. Ni siquiera en las ocasiones señaladas, cuando admiten montar escándalo de verdad. Quizás, por ello prefieren venir a esta zona en lugar de ir al barrio vecino de donde son la mayoría de las chicas. En este aspecto debemos tener en cuenta que el Raso se ubica en una planicie en lo alto de un cerro con dos pendientes muy escarpadas. Si los Muleros se situaban en una de ellas, el Turo se sitúa en la otra. El parque, muy extenso, desciende intrincado entre escaleras, parterres y plazas que van allanando el terreno para su uso. Con una forma semejante a un anfiteatro y orientado en dirección contraria a las viviendas más cercanas, se genera un efecto amortiguador del sonido conforme vas bajando secciones del parque.

Las jóvenes, muy posiblemente de edades similares a la hermana de Kevin, no parecen aconsejarse mal, animarse a delinquir o a consumir drogas. Antes bien, la amiga anima las aspiraciones de la otra por construirse un futuro fuera del barrio. Igual que para Kevin, estar en el barrio no es una opción elegida, es su única opción y no les gusta. Las sensaciones transmitidas por ellas son similares a las transmitidas por Kevin: frustración, resignación, tedio, malestar. Pero a diferencia de Vanesa y hasta donde conversamos con ellas, no parecían focalizar su descontento en ningún colectivo específico y tampoco consideraban ni sus consumos ni su uso del espacio público como algo preocupante o conflictivo. El botellón, en su ocio nocturno, constituía una alternativa, cuando no podían realizar su primera opción, ir a la discoteca.

Las cuatro jóvenes, Vanesa y Kevin, admiten consumir sustancias, escuchar música y charlar con sus amistades en la vía pública, aunque no lo hacen en el mismo lugar, lo hacen en parques contiguos. Y reconocen esa práctica como botellón. Mientras a Vanesa no le remite malas experiencias, a Kevin los consumos realizados en el botellón le recuerdan un momento vital cercano y desagradable, por ello le preocupa su hermana menor de edad. Para las jóvenes menores de edad el botellón y los consumos no suponen ningún problema, pero sí coinciden con Kevin en su deseo de salir del barrio para conocer lugares que les brindarán otras oportunidades. En ambos casos achacan sus circunstancias a la situación general del barrio. Pero Kevin, además, parece recriminar al mundo adulto —sobre todo a quienes migraron antes que él— de haberlo tratado con

9 Compañera socióloga del equipo de diagnosis de *Festa Major*

dureza. Veamos, pues, la opinión de alguien que migró al barrio hace más de veinte años. El siguiente pasaje corresponde a la noche del dieciséis de julio de 2022, mi compañera y yo paseábamos por el Raso, por fuera de los Sillares, y nos cruzamos con Felipe y Vasil, dos vecinos del barrio sentados en unas jardineras. Vemos sus puntos de vista.

[Los siguientes fragmentos están compuestos exclusivamente por notas de campo]

[...] La avenida está vacía, casi al principio hay dos hombres recostados en el muro de una jardinera, tendrán unos cincuenta años. Nos dirigimos a ellos, les explicamos quienes somos y les preguntamos si podemos hablar. Son Felipe y Vasil. Vasil es de origen dominicano, lleva veinte años viviendo en el barrio y está tomando una cerveza. Felipe es nacido en el barrio, ha vivido fuera un tiempo, pero ahora ha regresado para cuidar a su madre enferma, ambos viven en el bloque de enfrente [fuera de los Sillares]. Al principio Vasil se mantiene al margen, dejando contestar a Felipe. Felipe directamente habla de los problemas de seguridad, dice que por las noches toda la calle se llena de gente bebiendo y lo dejan todo muy sucio, además hay tráfico de sustancias y peleas constantes.

—«Uno de los problemas son los patinetes, en el barrio, todo dominicano con patinete está pasando droga»— se quejan de que circulan sin precaución ninguna y en dirección contraria, sin casco bebidos. Cuando le pedimos una propuesta para arreglar el problema, responde.

—«Yo no puedo arreglar el problema porque no soy racista»— Añade que la policía debería ser más dura, porque cuando llegan, la gente se enfrenta a ellos y al no responder con dureza los otros se envalentonan.

—«Al final para echar a dos tienen que venir dos furgonetas de policía»— Relata cómo a veces los vecinos se han organizado para bajar a expulsar a la gente de botellón. Le pregunto cómo lo hacen.

—«Bajamos varios y les decimos, tú recoge tu mierda y fuera de ahí entonces nos dice, uuaah no sé qué y ya tenemos el lío y tiene que venir la policía y ...»—

[...] Le terminamos preguntando por qué están allí, nos dice que la comunidad [de vecinos de su bloque] no le permite poner aire acondicionado, el calor en casa es insoportable y se baja algunas noches con su amigo a tomar algo. Damos la conversación por terminada, y decimos marcharnos, pero al despedirnos, Vasil nos pregunta:

—«¿Sois racistas? ¿Por qué no me preguntan a mí?»— Contestamos que considerábamos que era una conversación entre los cuatro y si él no había participado era porque no le apetecía.

—«Sois muy malos investigadores, a las personas hay que preguntarles directamente»— Le pedimos disculpas y le decimos expresamente que si nos quiere dar su opinión sobre el barrio estaremos encantados de escucharla y de recogerla. Sigue dando vueltas un rato más sobre si somos o no racistas y si debimos preguntar o no. Llega un punto que Estel, mi compañera, lo corta.

—«Bueno, pero ahora sí te pregunto tu opinión»— Finalmente se presenta y comienza a contarnos. Dice que el barrio ha empeorado en los últimos dos años, le achaca el problema a los jóvenes dominicanos que llegaron en los últimos tiempos.

—«Yo no soy racista, pero...»— y hace una pausa y un gesto con las manos para señalar su condición de persona negra — «... aquí todo el día ves a puro dominicano trapicheando y la policía lo sabe y no hace nada»— Asegura tener miedo en la zona del parking porque hay jóvenes atracando y se pelean, hace dos días dos hombres se pelearon y uno de ellos murió a consecuencia de las puñaladas. Vasil no entiende por qué no aumentan la seguridad y por qué no ponen cámaras de videovigilancia. Ambos se quejan de que el barrio está olvidado. (Diario de campo del 16/07/2022)

Felipe, pese a llevar años fuera del barrio, es propietario de un piso y ha regresado para cuidar a su madre. Vasil, propietario de un piso con veinte años de convivencia a las espaldas hace años que es del barrio y ambos justifican su racismo, quizás clasismo o quizás ambos, a partir de la nacionalidad de Vasil, pues en su manera de pensar ser negro o amigo de una persona negra te exime de prejuicios. En este caso, para Vasil y Felipe el problema es la falta de autoridad, sobre todo con la juventud dominicana. Para ellos el botellón supone robos, tráfico de sustancias y apuñalamientos, aunque no tengan las pruebas para vincular ninguna de estas cosas ni con la juventud de origen dominicano ni con la práctica del botellón. Ante la ausencia de la fuerza demandada, ellos mismos han intentado poner orden —a su entender— pero reconocen no haberlo conseguido y empeorar la situación hasta el punto de tener que acudir la policía. Debe señalarse que, a inicios de ese año, la comandancia de Mossos de Escuadra destinó una Brigada Móvil para patrullar por el Raso permanentemente, precisamente por conflictos vecinales similares a los referidos. Como contrapunto a la visión de Felipe, Vasil y en gran medida de Kevin, veamos ahora dos visiones del barrio, del uso del espacio público y del botellón primero, del sargento de la Guardia Urbana de Castellfont Pedro Hernanz. Después veremos el de algunas jóvenes de origen dominicano.

[El siguiente fragmento corresponde a la transcripción de la entrevista semi estructurada realizada al Sargento de la Guardia Urbana de Castellfont: Funciones: atención de las quejas ciudadanas a través de la regiduría. Experiencia: ocho años de experiencia en el Raso como jefe de distrito, coordina y dirige a los distintos agentes que trabajan en los diversos turnos en el distrito en el Distrito 8 (El Raso y los Caños)]

[...] **Etnógrafo (Et)** —Que definiría al Raso.

Sargento Hernanz (S.H) —*Lo que define [al barrio] es la demografía, es decir, la cantidad de gente que se llega a concentrar en poco espacio. Es de los barrios más masificados de toda Europa, esto hace que en el Raso se vea esa presión demográfica, hay otras cuestiones también. Bloques altos de entre 5/7 alturas, pisos pequeños, y seguro que 50/60 m, pero estamos hablando de menos. [...] Conlleva que mucha gente debe estar viviendo en bajos, en locales que no tienen, por no tener ni célula de habitabilidad, no tienen ni ventilación, luz, etc. Todo esto unido hace que haya una gran parte de la población que hace la vida en la calle, y al decir la vida, nos referimos a que, ahora que no hay colegio, la gente están hasta la 1:30 de la madrugada. [...]*

Et —¿Y cómo gestionáis este conflicto desde la guardia urbana?

S.H —Intentamos hablar con la gente antes de las 10 de la noche, (aparte que tenemos unidades que entran a las 19:00 y se solapan) donde pueda haber quejas reiteradas intentamos la mitigación del problema, que no es solución, lo que hacemos es intentar hacer presencia en esos puntos para evitar que haya cerveza, música... luego ya cuando finaliza el servicio es otro turno el que empieza. Los furgones se solapan el horario y van unos seis dentro y no es lo mismo intervenir una furgoneta con seis que un coche con dos, a la hora de repartir la faena... [...]; esto es variable. No es lo mismo un lunes que un viernes, por esto se han montado estas unidades especializadas para dar respuesta a carencias que la jefatura entendía que había que corregir, hablamos desde hace unos meses que funcionan estas nuevas unidades, con uniforme especial, con furgón. Los servicios que se le van a encomendar no son los mismos que una persona que está en el distrito, ni programados ni sin programar; dan respuesta a otro tipo de servicios que necesitan más musculatura: una pelea multitudinaria, los primeros que irán serán ellos. Una de las dos unidades es la U.E.I. la BRIMO a escala nuestra, tienen una preparación específica, control de masas, de actuaciones en según que servicios que los demás no lo tienen. Antes no era así, ahora se trata de dar protección a la ciudadanía y a los agentes que intervienen. [...]

Et —¿Echáis de menos algún otro tipo, recurso o formación, algún ámbito en específico?

[...] **S.H** —Se hacen cursillos de mediación, pero al igual hay un apartado de mediación en el ayuntamiento, al igual que de convivencia y civismo. ¿Pero claro, tú haces de árbitro no? Entonces difícilmente me veo de mediación, ¿por qué? Porque la mediación no se trata de hacer cumplir la normativa, en la mediación se trata de llegar a un acuerdo entre las partes, al margen de la normativa, entonces, como agente de la autoridad, yo difícilmente puedo llegar a acuerdos contrarios a la normativa.

Según vamos leyendo comprobamos la sintonía entre las opiniones del sargento Hernanz y las de Vasil, Felipe o Kevin, incluso de Vanesa y Rosa. Todos pedían más mano dura y el Ayuntamiento de Castellfont ha creado a la U.E.I. Una unidad de intervención y control de masas que en palabras del sargento mejora la *musculatura* del cuerpo local de policía. Un eufemismo similar al de *repartir faena*, ambos empleados para referirse a técnicas y cuerpos policiales concebidos en exclusividad para disolver a la ciudadanía del espacio público mediante el uso de la violencia. En el ejercicio de su profesión, según palabras del propio sargento, no cabe la mediación o el diálogo. Aunque alguien superior a él sí lo consideró oportuno, por eso los obligan a hacer cursos. Si suprimimos el diálogo o la mediación de la ecuación y dejamos exclusivamente la *musculatura* y el *cumplimiento de la norma*, no hace falta ser muy imaginativo para entender el carácter de las actuaciones policiales realizadas en el Raso, sobre todo en los Sillares. Esto contrasta con su análisis realizado sobre la problemática del espacio público, muy coincidente con lo expuesto por los y las miembros de *La Drassana*, en cambio, sus conclusiones son muy diferentes. Veamos otro fragmento de la entrevista donde hablamos de forma específica sobre el botellón y muy clarificadora en este sentido.

[...] **Et** —¿Hay botellón en el barrio del Raso?

S.H —Esto es difícil ¿No? ¿Dónde empieza un botellón y acaba un cumpleaños? ¿Dónde está la línea?, Para mí un cumpleaños con alcohol es un botellón. ¿Un cumpleaños con niños padres y coca cola es una cosa, pero de esto pasamos a lo otro y sigue siendo un cumpleaños? Pues no, como que no. Porque el consumo de alcohol tiene que hacerse donde está autorizado, en los bares o terrazas de los bares. Y no por el mero hecho de que consumir alcohol en la calle sea feo, como norma moral, o porque a mí me parezca que esta persona no quiero que esté aquí bebiendo... No, el tema va porque esto es así, es convivencia pública. De normal la gente que bebe, si bebe más de dos cervezas, estás dispuesto a orinar en las calles, tienen muchos números de dejar las latas debajo del banco, tienen muchos números de llegar a casa y liarla en casa, con la mujer, o la mujer con el hombre, da igual...

Et —Esto pasaría también en los bares ¿no?

S.H —En teoría no debería pasar en los bares porque la obligación legal es que cuando una persona se nota que está bajo los síntomas del alcohol o empieza a estarlo, es no servirle más alcohol. [...] Las personas que presenten síntomas bajo los efectos de alcohol y drogas o estupefacientes, la obligación legal es que los echen, pero yo no veo que lo hagan, voy a hacer una inspección y lo que veo son dos señores durmiendo en la barra. En la calle puedes beber lo que quieras, físicamente, nadie, si no viene un policía nadie controla lo que bebes. [...] Entonces se denuncia una infracción, este señor está consumiendo en la vía pública, por lo tanto, se le aplicará un tratamiento según la edad que tenga. Será lo mismo a una persona que nunca ha estado bebiendo, que a una persona habitual que se ve que tiene un problema de alcoholismo, puede estar viviendo en la calle... las infracciones son infracciones y ya está, lo que no se va a hacer una diferenciación quien tiene salario o no; bajo mi punto de vista tengo que tratar a todas las personas por igual. Al margen de que esta persona tenga posibles para hacerse cargo de la infracción, tenga domicilio para que le llegue... Yo no puedo hacerme cargo. De cara a los servicios sociales también irán bien ver que se le ha sancionado a cada persona en cierto momento.

[...] En Granada hay botellodromos. Para ellos, eran como una feria autorizada que también debían cubrir, como los bares, las discotecas... Yo quizá porque ya tengo una edad y a mí me gustan las cosas regladas. ¿Dónde no hay reglas? En un botellón con quinientas personas, allí no hay reglas, estamos en un terreno resbaladizo donde siempre paga el pato el más débil, puede haber violaciones, abusos, violaciones... [...] Una persona bebiendo una lata de cerveza fresca, que ves que es la única lata que hay y se la bebe debajo de un árbol donde no hay nadie. Esto, botellón no es, no está molestando a nadie, para que sea una infracción debe causar molestia. [...] Hilando fino, se necesita que haya molestia, pero aquí la gente decide cuando empieza la molestia. No solo porque llame un vecino, tienes que ver que tiene un pack de cervezas, hay tres en el suelo y una en cada mano bebiendo y no se aguanta de pie, en este momento causa molestia, no lo sé. Pero tarde o temprano la va a causar. [...]

El sargento todo el tiempo demarca muy claramente sus responsabilidades en imponer el estricto cumplimiento de la norma. Lo cual no le es óbice para entender los problemas, simplemente no le competen y, a decir por el tono y dureza de sus palabras, tampoco le conmueven —salvo cuando imagina a alguien semejante a su hijo recibiendo una puñalada entre una multitud ebria. Quizás la imaginación sea una de las diferencias que conducen a *La Drassana* y al sargento, frente a un mismo análisis, a intervenir de formas muy distintas, claro está, esto son solo especulaciones guiadas por sensaciones puramente subjetivas. Pero sí estamos en disposición de afirmar que, la policía local en el Raso, en cuestiones de consumo de alcohol en vía pública y conflictos por el uso del espacio público, actúan principalmente cuando surgen molestias. Con todo y, pese al énfasis puesto en el cumplimiento de la norma, aquello que supone una molestia no está demasiado reglado o al menos el sargento no lo manifiesta así durante la entrevista. Beber una lata parece no molestar, dos o tres ya es otra cosa, sobre todo si se muestran síntomas de embriaguez. Pero a qué síntomas nos referimos exactamente —*una [lata] en cada mano bebiendo y no se aguanta de pie*. La casuística parece más adecuada para el servicio de emergencias que para una amonestación. Al final, se diría que la actuación depende de la percepción subjetiva de quien denuncia y de los o las agentes que intervienen, quienes, como último recurso, siempre les quedará la sospecha o intervención preventiva —*en este momento causa molestia, no lo sé. Pero tarde o temprano la va a causar*. En cualquier caso, vemos un claro desajuste entre percepciones como las de Felipe, quien considera la presencia policial escasa y el aumento objetivo, tanto numérico como cualitativo, de los efectivos policiales destinados al barrio.

Recuperemos ahora la opinión de Vasil sobre las personas jóvenes de origen dominicano y atendamos al punto de vista de unas jóvenes dominicanas quienes, entre otras muchas cosas, emplean la plaza de enfrente de su casa para beber alcohol. Dentro de los Sillares, una de las plazas que lo componen está especialmente frecuentada por la comunidad de origen dominicano. El quince de julio de 2022, alrededor de las 22:00 pm, paseando junto a Estel, hablamos un rato con un grupo de mujeres.

[Los siguientes fragmentos están compuestos exclusivamente por notas de campo]

La plaza tiene forma de triángulo isósceles. Uno de los segmentos largos es un edificio, el otro está formado por un banco de obra a todo lo largo, el extremo del cual se interrumpe por unas escaleras de acceso a la plaza, pues está a una altura superior respecto al resto de la calle. Cierra el segmento corto otro banco de obra situado bajo un árbol llorón. Los bancos están todos ocupados por diversos grupos, en el centro de la plaza hay niños jugando a pelota. [...] Nos acercamos a un grupo de cinco chicas que se están abanicando con trozos de cartón. Una de ellas tiene el pelo largo, moreno y decorado con trenzas, lleva maquillaje en ojos, labios y unas largas uñas de gel muy llamativas. Está sentada frente a un carrito con un bebe dormido, tendrá unos treinta años. A su derecha hay otra mujer más joven, alrededor de veinte o veinticinco años, tiene el pelo recogido en un moño. A la izquierda hay sentadas dos mujeres más, una de ellas con media melena suelta, de unos treinta años, está dando de mamar a un bebe, y a su lado hay otra más joven, de unos veinte años a quien no recuerdo demasiado bien. Mientras hablamos hay dos niños de unos diez años que se van acercando mientras juegan por la plaza. Nos presentamos, explicamos quienes somos y el estudio que estamos

haciendo sobre el barrio. Les pedimos si podríamos hacerles unas preguntas y asienten. A lo largo de la conversación responde prácticamente solo la chica de las trenzas. Estel les pregunta.

—«¿Qué es lo que más os gusta de vuestro barrio?»— lo que más le gusta es que están como en su país.

—«No salimos para nada fuera del barrio.»— La mujer que da de mamar al bebe, añade:

—«Fuera, en Barcelona, también hay una comunidad latina muy grande, pero preferimos quedarnos.»

Cuando le preguntamos qué hacen en la plaza nos contestan que su casa es *fuego* (es una noche durante la segunda ola de calor del verano) y no tienen un espacio para reunirse. Nos cuentan que están tomándose una cerveza tranquilamente, como mucho hasta las once o las doce de la noche, pues trabajan al día siguiente. Realmente, la chica de las trenzas es la única con cerveza en ese momento. También añaden que ese sitio les gusta porque pueden estar con los niños. Aseguran no pasarse con el alcohol, según dice, no bebe más de cinco latas en una tarde noche. Cuando le preguntamos qué no les gusta de su barrio, enseguida refieren la inseguridad y las peleas.

—«Nuestra plaza es tranquila, aquí estamos siempre nosotros (refiriéndose a la comunidad dominicana) con niños..., pero por allá, en otras plazas, por donde viven los gitanos..., eso es peor, allá más arriba están los que fuman porros.» (Diario de campo del 15/07/2022)

La observación en el contexto de esta investigación desmentiría opiniones como las vertidas por Felipe y Vasil respecto de la juventud de origen dominicano. Pues si bien es cierto que emplean el espacio público para consumir alcohol, escuchar música, relacionarse y estar con los niños, no es menos cierto que los motivos de Vasil y Felipe y los usos dados al espacio por ellos son muy similares. Resulta llamativo que una parte importante del trabajo de campo en el Raso, al menos en apariencia, consistiera en seguir el rastro de los diferentes reproches entre colectivos y sectores poblacionales. Así pues, nos faltaría comprobar cuál es la opinión de la comunidad gitana sobre el botellón y sobre el propio barrio. El diez de agosto de 2022 fue el día que conocimos a Vanesa. Aquella tarde estaba acompañada por Isaac, sobrino del patriarca gitano de los sillares. Para nuestra sorpresa, Isaac, además de su opinión sobre cuál era el problema de los Sillares, también nos brindó un pronóstico inesperado para la práctica del botellón ese verano. El encuentro puede parecer fortuito, pero siempre he sospechado que Isaac desde hacía tiempo nos veía pulular por su barrio y era conocedor de nuestro trabajo para el ayuntamiento de Castellfont. En mi opinión nos detuvo para hablar con nosotros y obtener información, pero también para dejarnos claras algunas cosas.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

En el muro [que bordea] un parque hay sentado un hombre de cincuenta y dos años y una mujer de unos treinta y cinco [esto lo averiguaremos luego]. El hombre luce una barba canosa con poco pelo, en mitad de la boca se le distingue una mella y va vestido con una camiseta blanca, unas bermudas

deportivas y unas chancletas. Tiene tatuajes por los brazos y piernas, están descoloridos y verdosos. Al fijarme en los tatuajes de la pierna le veo dos cicatrices de unos veinte centímetros subiendo del tobillo hacia la pantorrilla. Cuando habla se traba un poco y sisea ligeramente a través de la mella, a veces le cuesta encontrar las palabras que busca, no sabría decir si está un poco borracho o simplemente es así. En cualquier caso, parece que nos ha parado para controlar quién somos y qué hacemos. La mujer, pelirroja, con el pelo rizado, está sentada a su lado haciéndose un porro. No recuerdo su forma de vestir. [Son Isaac y Vanesa] Cuando pasamos a su lado el hombre se queda mirando a mi compañera [Estel], ella le devuelve la mirada con una sonrisa y él aprovecha para decir.

—«Vosotros trabajáis para *Entorno Ciudadano*, ¿no?»

Sorprendidos nos paramos. Le digo que no, pero colaboramos en algunas cosas. Le pregunto si él colabora y me dice que ahora no, pero ha colaborado. Y así, sin venir demasiado a cuento, nos empieza a explicar: es gitano y vive en los Sillares desde niño. Su familia ahora está pasando un proceso de duelo por la muerte de su hermano, falleció hace una semana después de una larga enfermedad. Él solo aceptaba su cuidado y ha pasado mucho tiempo administrándole morfina como paliativo. Asegura llevar el luto por dentro, cumple algunas cosas y otras no. Por ejemplo, se deja crecer la barba, pero no viste de negro. No va al bar, pero se toma un par de latas en el parque, asegura que su hermano le dio permiso antes de morir.

Cambia de tema rápidamente y nos pregunta si sabemos algo sobre la reestructuración del barrio; quiere confirmar si es cierto el plan para demoler una parte y crear zonas verdes. Le respondo que no estoy completamente seguro, pero sé de planes para mejorar algunas áreas, como darles nombre a las plazas de los Sillares. Aprovecho la ocasión para preguntarle su opinión al respecto.

—«Yo quiero que tiren los Sillares abajo y nos metan a todos en dos edificios grandes»— Vanesa lo mira y le pregunta

—«¿De verdad eso es lo mejor?»

—«Espérate, ahora me vas a dar la razón. Uno de los problemas es el ayuntamiento, siempre dice que va a limpiar el barrio, o arreglar instalaciones o servicios, pero lo cierto es que luego no vienen y siempre está todo sucísimo. Hay ratas y cucarachas por la calle»— Le pregunto si en edificios grandes la cosa sería mejor.

—«El problema es la gente de fuera que están viviendo de patada [ocupas], esos se irían fuera, porque solo habría pisos para los propietarios»—. Añade que él lleva viviendo aquí toda la vida, su piso es suyo y no puede tener los mismos derechos que una persona recién llegada apenas hace cuatro o cinco años, más aún si vive de ocupa. Continúa explicando que se partió las dos piernas y no puede trabajar, aunque su pensión es solo de quinientos euros, él se busca la vida y sale adelante, no como la gente nueva que llega al barrio. Le pregunto si esas son las mismas personas que ensucian el barrio. Me dice

que sí, pero también es gente de otros barrios que vienen a los Sillares de fiesta.

—«La historia con estas personas es que no saben cómo funciona el barrio y encima si les dices cosas se ponen chulos y entonces hay problemas. A mí me conocen en el barrio y saben que se ha muerto mi hermano, entonces por respeto a mí y a mi madre de ochenta y cinco años la gente no hace escándalo por la noche. Porque yo gracias a dios me he hecho un sitio a puñetazos, pero lo respetan. Pero cuando llega un niño que no lo sabe, bajas, se lo dices, se pone chulo y entonces ya tengo que entrar a casa y salir para volver y explicarlo de otra manera...» [hace un gesto como de usar una escopeta]

[...] En Barcelona, en cada sitio manda una familia, en la Mina, una, en otro, otra..., aquí manda mi familia, mi tío es el patriarca y nosotros controlamos lo que pasa aquí, también tengo familia en la Mina» (Diario de Campo del 10/08/2022)

El luto por el hermano de una familia importante en el barrio, en palabras de Isaac, supone un factor limitante o moderador para la práctica general del botellón dentro de los Sillares. Pero, casi en sentido opuesto, para el propio Isaac, parece que, permiso mediante del moribundo, es socialmente más aceptable o compatible con el luto de un hermano beber en la calle en lugar de hacerlo en el bar. De esa manera, consigue, en esas y otras reuniones callejeras, una vía de escape a un periodo vital muy doloroso. Isaac fundamenta su derecho y autoridad sobre el espacio público además de por linaje familiar, de forma muy similar a Felipe y Vasil, por la propiedad y la antigüedad como residente. Pero también, y una vez más, en la dejadez del Ayuntamiento. Además, Isaac plantea una cuestión, la cual, no había salido hasta ahora, pero planeará durante toda la investigación en los Sillares: la posibilidad de deruir la barriada y, en ese caso, quién tiene derecho sobre qué. Para Isaac, la reconstrucción sería una oportunidad para solucionar el verdadero problema, la gente recién llegada que vive de ocupa y en general forasteros desconocedores de la idiosincrasia del barrio. Ahora podemos entender un poco mejor cuando Vanesa nos explicaba al principio que en aquella zona solo estaba su grupo y no aceptaban gente nueva o joven. Ese mismo día diez de agosto de 2022, unas horas después de conocer a Isaac y Vanesa, en un parque cercano, Estel y yo preguntamos a dos jóvenes que bebían una cerveza en un banco y escuchaban música en el móvil sobre sus tipos de consumos y si necesitarían algo para realizarlos con menor riesgo.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

Encontramos de nuevo a los dos chicos que escuchan música y decidimos acercarnos a hablar con ellos. Tienen entre veinticinco y treinta y cinco años. Están sentados en un banco tomando una cerveza. Uno de ellos tiene el pelo corto trenzado, va sin camiseta con unas bermudas cortas, tiene la camiseta sobre el hombro, luego nos dirá que es de Camerún. El otro, con el pelo largo y recogido en una cola, también con trenzas, viste una camiseta color caqui y unas bermudas, luego nos dirá que es de Nigeria. Cuando comienzo a hablar, el del pelo corto enseguida me para y me dice que su amigo no habla castellano y que si podemos hablar Inglés. Estel les explica. [...] Le pregunto al del pelo corto si son más de beber o fumar y me contesta que ellos sobre todo fuman. Les doy una información de Reducción de Riesgos sobre porros.

Me dan las gracias y la dejan en el banco prácticamente sin mirarla. Entonces comienzo a explicarles qué hacemos allí y en un momento dado le pregunto qué necesitarían para mejorar el espacio y estar mejor. El del pelo corto me contesta:

—«Papeles y un trabajo, con papeles estaríamos mucho mejor»— Me quedo parado al darme cuenta de la pregunta tan estúpida que le acabo de hacer.

—«Ya, todo esto que planteamos te parece una gilipollez, ¿No?»— Asiente con la cabeza y vuelvo a quedarme callado.

Le pregunto qué cuánto tiempo lleva viviendo aquí, me dice que lleva ya ocho años. Continúa diciendo que le gustaría trabajar y estudiar. Le pregunto qué y me dice informática. Las respuestas siempre van acompañadas de risitas y miradas cómplices entre los dos chicos. Finalmente, el chico del pelo corto dice, mientras hace un gesto con la mano desde nosotros hacia él y señalando después el prospecto de Reducción de Riesgos de porros

—«Bien ¿no? Hemos recibido todo...»— Les decimos que sí y les damos las gracias para despedirnos. (Diario de campo del 10/09/2022)

Por fin, podríamos decir que hemos encontrado a alguien que no carga las tintas sobre terceros al plantearles el uso del espacio o los consumos de alcohol y cannabis en vía pública. Los dos jóvenes emplean, igual que el resto, el espacio para escuchar música, relacionarse y realizar consumos de alcohol y cannabis. Ahora bien, se sienten totalmente ajenos a los objetivos y motivaciones del estudio, pues sus problemas son otros y, por primera vez, en todo ese tiempo, encontramos a alguien que no focaliza sus opiniones en ningún colectivo, ni tan siquiera como hacían las cuatro jóvenes, culpando al barrio como un ente en general. De hecho, con su última pregunta, el joven pretendía averiguar si nosotros habíamos quedado satisfechos con la interacción. Así podríamos dar por finalizada la cadena de reproches y por presentadas gran parte de las percepciones del botellón y del uso del espacio público en el barrio del Raso. Resumamos brevemente: Tenemos la *Comisión Técnica del Raso*, con Sebastián a la cabeza, cuya principal preocupación son el consumo de sustancias ilegales, aunque demandan un servicio de reducción de riesgos en primeros consumos de alcohol para diagnosticar el botellón. Jaume, técnico de *Entorno Ciudadano* a sueldo de la *Comisión Técnica*, reclama más recursos para dinamizar los espacios. Por contra, *La Drassana* acusa a la Comisión y a *Entorno Ciudadano* de romper el tejido asociativo y no admitir voces críticas, de hecho, son expulsados de la asamblea vecinal. Como parte de esa disputa, la *Asociación de Vecinos y Vecinas del Raso* se escinde en dos y surge *Barri Vuit*, proclive a las actuaciones de la Comisión y quienes achacaban los problemas del barrio a los y las habitantes de los Sillares o, mejor dicho, al uso poco respetuoso que hacían del espacio público. Por su lado la asociación de vecinos original también es expulsada de la asamblea vecinal y junto con *La Drassana* no considerarían el botellón un problema, sino la falta de recursos y redes comunitarias. Después, tendríamos a Isaac, el sobrino del patriarca gitano en el Raso, quien plantea un problema de fondo, la posibilidad de tirar los Sillares y, en ese sentido, el conflicto existente en el barrio con el derecho a una vivienda. Por si eso fuera poco, encontramos toda una serie de prejuicios de unos sectores poblacionales hacia otros. Los más mayores culpan a los más jóvenes y viceversa. Vasil culpa a la juventud dominicana, las jóvenes dominicanas señalaban a la comunidad gitana e Isaac a su vez desviaba el tiro hacia los recién

llegados y quienes ocupan viviendas, para él más o menos los mismos. Y finalmente hay un sector de la población, como los dos jóvenes de origen nigeriano y camerunés, a los que todo esto les da igual, pues tienen otro tipo de problemas más acuciantes. La sensación durante el trabajo de campo fue que todo el mundo empleaba el espacio público para unos usos —consumos de sustancias, escuchar música, relacionarse— y con unos motivos —viviendas calurosas y falta de mejores infraestructuras en general— muy similares. Nadie consideraba que su forma de ocupar el espacio público fuera problemática y de forma general intentaban focalizar los conflictos en algunos de los múltiples colectivos que componen el barrio. Ahora bien, tampoco es del todo cierta la imagen de un barrio completamente dividido y en disputa. También han surgido voces felices de vivir en el barrio y, en un lugar donde la falta de recurso para muchas personas es la norma, al final las redes de apoyo son fundamentales. Por ejemplo, son esas redes las que permiten a las jóvenes de origen dominicano consumir alcohol mientras están a cargo de sus hijos e hijas.

En el Raso existen dos formas y momentos de practicar el botellón, la primera —la hemos ido viendo y describiendo poco a poco a lo largo del capítulo junto a las diferentes visiones del barrio— hace referencia a un tipo de reunión destinada a ocupar el tiempo libre de la cotidianidad. Se da en pequeños grupos e implica, hasta lo observado, consumos moderados de alcohol y cannabis. No es un fenómeno de fin de semana, al menos no en verano, y en este caso no está relacionado con el negocio del ocio nocturno, sino con un tipo de viviendas, según sus propios habitantes, poco adecuadas para veranos calurosos. Las sustancias consumidas se consiguen en el barrio y concretamente el alcohol en cualquiera de las decenas de colmados abiertos hasta bien entrada la noche. Pero existe otra forma de hacer botellón más conflictivo en lo tocante a las relaciones vecinales, pero mucho menos cotidiana: son celebraciones como los cumpleaños. El dieciséis de agosto de 2022 asistimos a un cumpleaños de una de las jóvenes de origen dominicano que habíamos conocido el día anterior. Veamos un fragmento del diario de campo de ese día.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] Entramos en la plaza, la misma de las mujeres de origen dominicano de la noche anterior, y nos encontramos con la celebración de un cumpleaños. Tienen un gran altavoz puesto a un volumen considerable, van alternando canciones de salsa y reguetón, la mayoría de las personas son las mismas de ayer, pero van mucho más arregladas. Hay un grupo numeroso de mujeres, conocemos alguna del día anterior [tendrán entre veinte y cincuenta años]. Van vestidas con vestidos muy ceñidos, faldas cortas y escotes generosos; la ropa es de diversos colores, pero de telas brillantes; casi todas calzan tacones. Mientras estamos allí sacan el pastel y cantan el cumpleaños feliz a una de ellas. Al terminar continúan bebiendo cerveza y destilados con refresco, bailan y cantan alrededor del altavoz y por la plaza. En la fiesta también hay niños corriendo y jugando y diversos grupos de vecinos sentados por los bancos. Al ir menos arreglados, entiendo que no todo el mundo de la plaza está celebrando el cumpleaños o por lo menos no con la misma intensidad. De pronto pasa Zoe, de 40 años, con quien hablamos la noche anterior y nos dice riendo mientras corre:

—«¿Qué os parece el barrio?»— Mi compañera y yo hacemos un gesto de admiración. La mujer continúa y se va a sentar con un grupo en la puerta de

la asociación de vecinos. Estel ha traído abanicos y me dice que vayamos a darles unos cuantos. Nos acercamos a donde está la mujer sentada con otra mujer y dos chicos jóvenes, cuando les ofrecemos los abanicos lo agradecen y nos piden unos cuantos para repartirlos. Al contarle a uno de los hombres más jóvenes quienes somos nos explica, que están ahí porque en casa no se puede estar del calor. Inmediatamente comienza a quejarse de que el Ayuntamiento les retira instalaciones como por ejemplo una fuente que utilizaban para refrescarse y para bañarse con los niños. Al despedirnos les decimos que nos iremos viendo a lo largo del verano.

Nos dirigimos a la plaza de al lado donde se está reuniendo un grupo de hombres, cuando llegamos son alrededor de ocho o nueve, hay dos hombres de unos 40 años hablando y bebiendo destilados con refrescos y justo al lado otro grupo de seis hombres en corro hablando mientras uno de ellos le cambia las cuerdas a una guitarra. De los dos hombres un poco apartados, uno de ellos está sentado en el respaldo del banco corredero de la plaza. El otro está de pie frente a él. Son Musta y Jony. Musta tiene el pelo moreno, corto, va con unas bermudas y está sin camiseta, se le nota el bronceado. Es musculoso y resaltan sus grandes pectorales. Según explica, sus padres son de Marrakech, pero él ha nacido en el barrio. La familia de Jony es del barrio de toda la vida, aunque tiene el pelo rapado, se le notan las entradas prominentes, lleva barba de dos días y cuando le explicamos quienes somos enseguida hace la broma de abrir la riñonera y ofrecernos droga. Nos reímos y añade:

—«Ah, como has dicho droga pensé que querías, porque aquí otra cosa no, pero...»

Volvemos a reír. Estel les pregunta qué les gusta más de su barrio y Jony le responde que todo. Él es del barrio de toda la vida y le gusta esa forma de vivir. Entonces le pregunta si hay algo que no le guste.

—«El problema del barrio no es el racismo ni nada de eso, porque la gente del barrio ha crecido junta, siendo cada una de un lugar y tienen amigos de todas partes»— La cuestión es que ellos, [los nacidos en el barrio y las primeras oleadas migratorias] sienten el barrio como suyo y por eso lo cuidan y se comportan porque conocen a la gente, pero las nuevas olas no tienen ese sentimiento. A eso le añade que son mucha gente y las casas son muy pequeñas. En ese momento la conversación se divide, yo hablo con Musta y Estel con Jonny.

Musta asegura estar tranquilos con el tema drogas, lo que pasa es que hoy les he cogido celebrando un cumpleaños. [Sorprendido] Le comento la casualidad de que en la otra plaza también están celebrando uno. Me dice que es el mismo. Le pregunto por qué no están en la misma plaza. Me responde que en ese barrio hay mucha gente y muy diferente y lo mejor es tener cada uno su espacio y respetar el espacio del otro.

—«La plaza de al lado es la de los dominicanos, esa es su plaza y luego está la parte de arriba» [de los gitanos]— Por eso, aunque la cumpleañosera es su amiga, ella lo celebra en su plaza y ellos en la suya. Me cuenta que ellos siempre están en esa plaza porque viven justo enfrente y por eso él y otros

vigilan quién viene y quién no. —«Si llegas de buen rollo no pasa nada, pero si llegas de malos modos entonces tienes problemas».

Le pregunto si tienen muchos problemas de robos o violencia,

—«No, los robos se dan por los alrededores de los Sillares, dentro tú puedes dejar el coche abierto y nadie te lo va a robar, no ves que aquí estamos con los niños, robar se roba por fuera.»— añade —«nosotros ya no, hemos tenido nuestras cosas, pero ahora ya con hijos y todo, ahora ya no»— También señala las cámaras de vigilancia que hay en las farolas. —«Cuando dejamos los coches aquí, de tráfico avisan a los Mossos porque lo ven por las cámaras...»—En ese momento llega un hombre de unos treinta y cinco años, lleva camiseta oscura y pantalón vaquero largo, el pelo corto y negro con una barba oscura y poblada. Al llegar saluda. Musta me dice

—«Ves, este es de la parte de arriba, y también viene mucho por aquí» [se refiere a que es gitano]. El hombre lo mira y le dice a Musta.

—«Parece que estás muy moreno, ¿no?» — Musta ríe y le contesta

—«Es que soy cubano mi amol»

[...] El recién llegado empieza a contar su trabajo limpiando barcos y lo mal que lo pasa por el calor. Esa tarde debía limpiar un barco, pero se cansó y decidió no seguir, pero al final de la jornada...

—«Llega el payo a mirar si está todo limpio ¡Y va y pasa el dedo justo por el sitio por donde había limpiado! ¡Chacho y me he librado! Se ha ido el payo todo contento»- Mientras explica la anécdota, saca un móvil táctil medio doblado por la mitad, el cual, misteriosamente, sigue funcionando y enseña las fotos de él trabajando en el barco. Todos ríen y Musta añade.

—«A quién se le ocurre contratar a un gitano para limpiar».

Mientras tanto, Jonny le cuenta a Estel que los fines de semana, en ocasiones, les dan las seis de la mañana bebiendo en la plaza y es consciente de la molestia, pero considera que es un problema de espacio. Las casas son pequeñas, hace demasiado calor y la gente sale a las plazas. Él se levanta por la mañana a las seis de la mañana y por la noche los niños jugando a pelota le molestan; pero entiende que no tienen otro sitio, por eso considera que cuando él usa la plaza los fines de semana, el resto de vecinos también deberían tener paciencia.

—«La gente debería asumir que el Raso es un barrio ruidoso». (Diario de campo del 16/07/2022)

Las celebraciones como cumpleaños son ricas en significados simbólicos destinados a reforzar las relaciones positivas, la cohesión del grupo y lubricar redes de solidaridad y reciprocidad. En este caso, dichas redes se vinculan con historias migratorias u orígenes de las y los participantes. Por tanto, suelen ser *eventos* resistentes al cambio y tienden a acentuar las peculiaridades culturales o sociales del grupo organizador; pero del mismo modo que, proximidad no implica contacto, ordenamiento no implica distanciamiento.

Un primer indicio en este sentido es la composición del grupo de hombres. Para estos hombres, como para Vasil, Felipe o Isaac, el criterio principal para adquirir el estatus no es la cultura, ni el lugar de origen, ni el color de piel, es el tiempo de residencia, dicho de otra manera, conocer y ser conocido o conocida en el barrio. Existe otro criterio crucial en el Raso, el respeto: la posibilidad de realizar actividades sin interferir en las de otras personas, ni faltar a su moral ni decoro. Todo ello implica la imposición de un orden urbano estricto. Lo cual no es incompatible con la existencia de una amistad manifiesta entre el grupo de mujeres y hombres, que necesariamente implica el reconocimiento mutuo positivo y la existencia de otros momentos y lugares, quizás menos vistosos o públicos, pero capaces de trascender barreras culturales y sociales. Se da la circunstancia entre las personas con quienes hablamos y de las cuales hemos mostrado aquí algunas de sus opiniones que, a excepción de Isaac, aquellos y aquellas que vivían fuera de los Sillares eran más proclives a considerar el barrio un mal lugar para vivir que quienes vivían dentro de los Sillares. Una línea interesante para profundizar es si esa diferencia puede deberse —como es la sospecha— al fuerte vínculo entre la identidad personal y el espacio público relacionado con unas prácticas consideradas singulares y propias de una forma de vivir en los Sillares. Jony entiende las molestias, tanto las generadas como las sufridas, como una parte de esa forma de vida en un barrio ruidoso y congestionado. Pese a esas distinciones entre dentro y fuera de los Sillares, sí existe un discurso compartido por prácticamente todas las personas entrevistadas, la dejadez del Ayuntamiento y la ineficacia policial. Lo cual genera un sentimiento de responsabilidad en los diferentes grupos o colectivos del barrio hacia espacios considerados propios con un consiguiente llamamiento a la acción ciudadana, según el entender de cada quien claro. Musta y Jony, como Felipe, Vasil o Isaac, apelan a un orden urbano que, en ocasiones, poco o nada tiene que ver con la norma municipal a la que tan vehementemente apela el sargento Hernanz. Por ejemplo, a Musta le cuesta entender por qué no puede aparcar el coche delante de casa, aunque esta sea una zona peatonal. Y Vasil no entiende por qué no detienen a todo joven dominicano que circule en patinete. Empero, ni Musta, Jony, Isaac o Zoe nombran a la policía como una necesidad porque se consideran capaces de imponer el orden deseado en su espacio —no ellos y ellas individualmente, sino mediante sus redes comunitarias. En cambio, Felipe o Vasil cuando lo intentaron no les salió como esperaban y terminaron necesitando a la policía.

Una parte de ese ordenamiento urbano se articula a partir de concepciones patriarcales de la crianza. Este es otro elemento identitario que parece trascender las barreras culturales y sociales. Durante la celebración, pese a la obligada relación de amistad que podamos suponer, hay una plaza para ellos y una para ellas. En la plaza de ellas hay niños y niñas y en la de ellos no, pero sí hay mucha más diversidad de procedencias y ámbitos culturales o sociales. El hecho en sí nos hace sospechar de una división del trabajo similar en todo el barrio y, por tanto, la segregación de los grupos estaría mucho más relacionada con similitudes en la concepción del género que con divergencias culturales. A este respecto cabe otra reflexión. Ellas, a diferencia de ellos, asumen el trabajo reproductivo durante su tiempo de divertimento con el grupo de iguales. Además, por cuestiones materiales como el tamaño de los hogares, ambas cosas se realizan en gran medida en la calle. De manera que, para ellas, este tipo de eventos no serían posibles sin dos elementos muy concretos: un orden urbano que confiere a su plaza el estatus de familiar adecuando las prácticas realizables a la presencia de menores de edad; y la sororidad en el trabajo reproductivo que les permite compaginarlo con tiempo de esparcimiento. En la plaza de Zoe, el botellón es una cuestión cultural y social que

implica a toda la familia. El cual lubrica las redes de ayuda comunitaria necesarias en un contexto de escasez de recursos y celebra la singularidad de estas mujeres de origen dominicano y de los Sillares. De hecho, cuando el día anterior nos hablaban de la comunidad latina de Barcelona, lo hacían como algo ajeno y situado fuera: fuera de los Sillares, de su plaza, de su interés, de sus posibilidades, etc. Lo más interesante es la relación mantenida con dicho orden urbano, por un lado, las limita responsabilizándolas de la crianza durante la mayor parte del tiempo y circunscribiéndolas a unas prácticas concretas en un espacio determinado. Por otro lado, a partir del estatus adquirido como madres en un espacio para la crianza, realizan una apropiación del espacio público-familiar para crear, en un contexto en ocasiones peligroso, un entorno propio y seguro para sus hijos e hijas; pero también para la realización de prácticas para nada relacionadas con la maternidad, como el baile o el consumo de alcohol y tabaco. Visibilizándose y significándose como mujeres con agencia y ponderadas en un contexto tradicionalmente muy masculinizado. Si ahora nos fijamos en el grupo de hombres, encontramos mucha más diversidad en cuanto a los perfiles de los asistentes. Este factor lo podríamos considerar fácilmente como un indicador de la movilidad de ellos tanto espacial como social dentro del barrio, pues, entre otras cosas, al no compaginar su ocio con los trabajos reproductivos son más libres para moverse por espacios donde se realizan prácticas menos compatibles con la crianza. Así pues, prácticas como el *binge drinking* o policonsumos, en el espacio de ellas, serían mucho menos probables que en el de ellos. Pero con todo, en la plaza de ellos, pese a no haber presencia de niños o niñas, la siguen considerando familiar, lo cual circunscribe los consumos de sustancias al alcohol y —al no haber niños— al cannabis. Visto así, el contexto familiar tendría un doble filo para ellas, es un limitante, pero también modera los consumos de riesgo. Para ellos sería simplemente un moderador de los consumos, pues sin la carga reproductiva, pueden cambiar el ambiente familiar por uno más acorde con los gustos o necesidades del momento. En ese sentido, veamos una de las conclusiones principales planteadas por el servicio de *Festa Major* al *Comité Técnico del Raso* en octubre de 2022.

Debemos reconocer consumos habituales de alcohol en vía pública entre prácticamente todos los sectores poblacionales. Existe un tipo de consumos cotidianos que, los hombres de mediana edad residentes en el barrio realizan con mayor intensidad y en muchas ocasiones en solitario. Haciéndonos sospechar de una relación con la sustancia alejada del uso social o cultural, para aproximarse a la mera obtención y administración de una dosis. Además, hacerlo al margen de la red familiar o grupal que en un momento dado puede sostener o moderar ciertas prácticas, conlleva una mayor asunción de riesgos y, por tanto, mayor vulnerabilidad en situaciones derivadas de consumos problemáticos. Profundizar en posibles problemas de alcoholismo en este sector de la población y actuar en consecuencia, se antoja urgente y crucial. (Diagnóstico y orientaciones para la intervención para el barrio del Raso, 2022)

Tras la reunión donde se presentaron estas y otras conclusiones junto a una propuesta de intervención, hasta donde mi conocimiento alcanza, la *Comisión Técnica del Raso* jamás se pronunció al respecto. Aun y asumiendo los errores propios —consciente de una propuesta de intervención, seguramente, poco ajustada a las realidades materiales del barrio y, sobre todo, a los deseos de la *Comisión Técnica*— debe reconocerse una discrepancia inicial entre el tipo de servicio demandado para el diagnóstico y las

prácticas o problemáticas que se deseaban abordar. Pues el botellón, en esta investigación, no surgió como un problema en sí mismo, sino como una etiqueta que los diferentes colectivos del barrio intentaban imponer sobre las prácticas de los otros en un escenario de disputa por el espacio público. El sentimiento identitario y las redes de apoyo entre los habitantes de los Sillares les permiten poner un orden urbano a veces al margen de la normativa municipal. No sucede lo mismo con los vecinos del resto del Raso. Y, sobre todo, pero no solo, fuera de los Sillares se entiende esta situación como un privilegio indebido o una falta de respeto al resto. En un ambiente de post pandemia, donde el espacio público era cotizado y los botellones demonizados, colocar la etiqueta de botellón a celebraciones de cumpleaños o reuniones vecinales como la descrita, supone señalarlas como punibles. Y lo cierto es que la única medida sustantiva tomada por el concejo municipal, hasta donde llegan los datos de esta investigación, ha sido aumentar la dotación policial. No es menos cierto que era una demanda habitual de algunos y algunas vecinas, pero no de todos.

El último contacto con *Barri Vuit* y la *Comisión Técnica del Raso* fue en una feria vecinal donde las dos entidades fuimos invitadas a colocar un stand. Mientras *Festa Major* ofrecía información sobre Reducción de Riesgos., *Barri Vuit* recogía firmas de forma bastante vehemente para actuar, según ellos, contra el grave problema del botellón en el barrio del Raso. Sebastián, tras dar una vuelta por la feria para saludar a quienes estábamos, concedió una entrevista a la televisión local congratulándose por el encuentro de entidades y se marchó.

4.4 Vila Trobada. Botellón y Parkineo en la Ópera.

Mami Chula

Yo sé que tú quieres también.
Disimulas, pero no lo haces
también, déjame saber si más tarde
quisieras irte a otra parte.

Porque yo sé que tú quieres
también. Yo buscándote la vuelta
y tu buscando algo de beber. te
pusiste bonita con ganas de joder.

OK, está bien, pero hoy conmigo
te vas y baby la suite ya esta
reserva y si esta separa pues
entonces 11 y 11 y se nos da. De
aquí te vas enjeva tú lo sabes por
eso fue que viniste prepara.

Ey mami chula solo veo tu figura
y hoy sí que te vas baby ya la suite
está separa. En el lobby hay una
llave a tu nombre.

Mami chula a cualquiera enchulas
y esto está cuadrado, fuma que el
humo circula. Yo te haría par de
hijos dime cuando ovula. Yo me
pegue y tu estas caliente, déjame
echarte coolant.

Te veo brillante tu siempre
brillando. Abriendo la discoteca o

la estás cerrando. Baby te vez
bella hasta bellaqueando.

En el garaje tengo una flota, estoy
flotando y si tu subes yo llego a las
nubes. Baby tuve un *Déjà vu* de
que ya te tuve.

Tienes un par de tatuajes, pero te
los cubres; no va al gimnasio, pero
tiene la uve.

Si tu marido no te quiere dijo
Ozuna, si piensas que él se está
testeando con alguna. Entonces sí
que va a sentir la presión, pero esta
noche tú no tienes que sentir
presión ninguna.

La baby solo sale cuando está
llena la luna. El hotel está vacío y
me llamaste que oportuna. Andaba
en busca de una nueva musa bebe
lo confieso: y te vi tan perdida
janguendo de día, bebe, que por
eso me enganché de tus besos
escuchando *Dákiti* en el proceso

Porque ya yo me enteré que tu aun
sigues con él y yo conservo la foto
que te dije que borré.

Mami Chula en:
sencillo *Mami Chula*. (2023).
Jhayco y Quevedo

Vila Trobada es una ciudad que, estando próxima a Barcelona, respecto a esta, se encuentra a mayor distancia que el Raso y es considerablemente más pequeña. Otra diferencia es que en Trobada residen algunas de las personas con rentas dentro del dos por ciento más elevado del país. Eso no significa que todas las personas sean adineradas, pero como veremos, si habrá algunos riesgos, en sectores específicos de personas asistentes a este botellón, derivados de un poder adquisitivo alto. Para hacernos una idea de los estándares manejados en el botellón observado en Trobada veamos lo que dice Xavi, un joven a quien encontramos de botellón el siete de julio de 2023 y quiso grabar un audio para la Sección de Convivencia, reivindicando, según él, su situación precaria.

[El siguiente fragmento del diario de campo se compone de la transcripción literal de un audio grabado para la Sección de Convivencia de Trobada]

—Me llamo Xavi, tengo 23 años, vivo en Trobada, soy de la clase obrera, ahora mismo estoy cobrando 1400 euros y con 1400 euros no me puedo...

[el amigo grita por detrás] —A mí me pagan una mierda de paro, cabrones...

—Bueno, mira, vivo en Trobada, tengo 23 años, estoy cobrando 1400 euros y con 1400 euros no me puedo independizar ni queriendo; o sea ni queriendo y ni sin querer... (Diario de Campo del 07/07/2023)

Como dato comparativo, el sueldo medio de un hombre menor de veinticinco años en 2022 era de dieciséis mil trescientos treinta y tres euros brutos anuales. Es decir, mil ciento sesenta y seis euros mensuales o doscientos treinta y cuatro euros mensuales menos de lo percibido por Xavi, suponiendo que hubiera expresado su sueldo en bruto, lo cual se antoja poco probable. Si atendemos a lo dicho por Xavi, quien además de considerarse clase obrera, quisiera independizarse, pero no puede, sus preocupaciones no parecen muy distintas a la de otros jóvenes de su misma edad en el Área Metropolitana de Barcelona. Aun así, o justo por ello mismo, sus palabras nos podrían llevar a pensar en un manejo de estándares económicos y materiales en la ciudad de Trobada, como mínimo, por encima de la media nacional y muy por encima de otros lugares observados en esta investigación. La cuestión de fondo es que en Trobada vive una parte de la élite económica de Catalunya, solo hace falta pasear por el barrio de la Arbolada entre mansiones de millones de euros para darnos cuenta de esto. Sin suponer una homogeneidad entre los ciudadanos y ciudadanas de Trobada, sí podríamos decir que en el Raso, las clases pudientes eran los estratos de clase trabajadora u obrera, clase media en términos éricos. Pero en Trobada existe una verdadera élite económica y las clases medias, o tal y como decía Xavi, la clase obrera serían la clase más desfavorecida del contexto.

El trabajo en Trobada se inicia a través de una demanda de la Sección de Convivencia del Ayuntamiento de la localidad al servicio de *Festa Major*. Debe decirse que la relación con dicha sección del concejo viene de largo, pues, tradicionalmente, *Festa Major* interviene durante las fiestas patronales de la ciudad. A raíz de esa relación laboral, el Ayuntamiento propuso al servicio realizar un diagnóstico sobre el botellón. Tras la experiencia en el Raso, donde la demanda y el servicio demandado no se adecuaban a las necesidades de la ciudadanía ni a los intereses de la Comisión Técnica, en Trobada se realizó una fase prospectiva con varias observaciones en puntos sensibles según diferentes equipos técnicos que trabajaban sobre el terreno, como el Equipo de Mediación. Finalmente, se decide acotar las observaciones al parking de una discoteca

a las afueras de la ciudad. Se daba la peculiaridad de que, al estar alejado de viviendas, los consumos y prácticas en este espacio, algunos de ellos problemáticos, pasaban totalmente desapercibidos por los otros equipos municipales, guiados únicamente por los conflictos vecinales. Además, en este espacio es donde se da la mayor concentración de personas menores de edad realizando primeros consumos en Trobada, perfil objetivo del servicio de *Festa Major*. Dicha percepción extraída de la observación prospectiva fue confirmada por los resultados de ciento sesenta y siete cuestionarios realizados en nueve centros de formación profesional e institutos de la localidad. El 76,1% de las personas encuestadas dijeron haber salido de fiesta en el último año por Trobada, de los cuales, la mayoría admitieron haber ido a las discotecas *Ópera*, *Sunset* o *River*, las tres ubicadas a escasos metros una de otra y junto al parking observado.

Abajo vemos representado en un gráfico de barras las preferencias de los lugares para salir de fiesta.

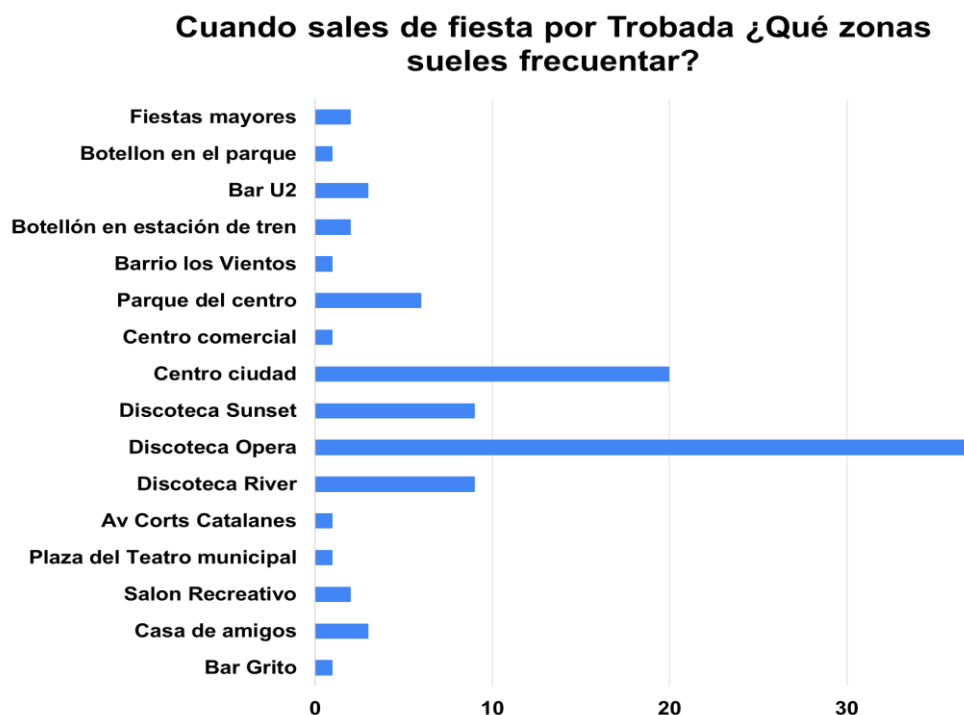


Gráfico 5: Cuando sales de fiesta por Trobada ¿Qué zonas sueles frecuentar?

El parking se ubica entre un polígono industrial y campos de cultivo, sin estar lejos del centro de Trobada, es un lugar apartado con algunos rincones oscuros. En la zona hay varias discotecas y bares de copas, una de las cuales —la *Ópera*— los viernes acepta a personas a partir de dieciséis años; esto la convierte en un atractivo para la juventud de la región, incluida Barcelona. Una vez más nos remitiremos a los cuestionarios para hacernos una idea de la proporción de jóvenes de otras localidades de la región que acuden a Trobada para disfrutar de su ocio nocturno.

El gráfico circular nos ofrece una aproximación, corroborada por la observación.

Lugar de residencia de las personas que dijeron salir de fiesta por Trobada

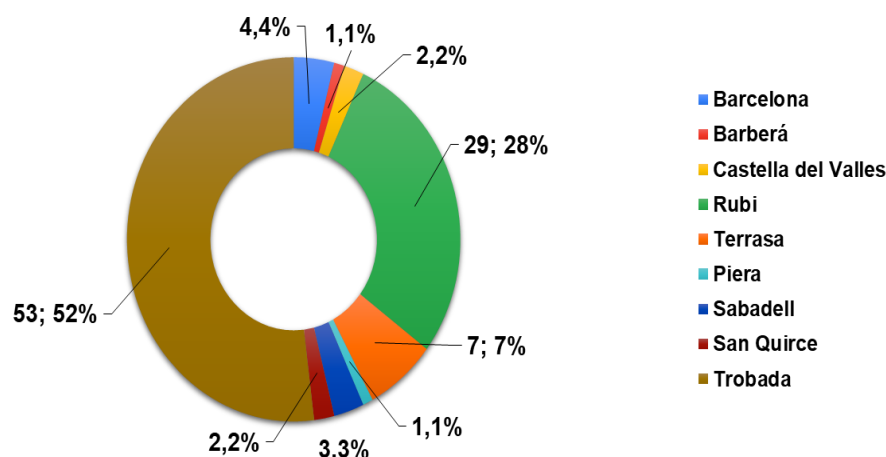


Gráfico 6: Lugar de residencia de las personas que dijeron salir de fiesta por Trobada

Si hablamos del género y edad de las personas asistentes al botellón de este aparcamiento, nos podríamos guiar por las ciento veinte alcoholemias realizadas en el mismo desde el siete de julio de 2023 al uno de noviembre de 2023. Las edades se mantuvieron entre los trece años de la persona más joven a los veintiséis de la mayor. El 66,6% serían hombre, el 33,3% mujeres y el 23,3% menores de edad. La observación matizaría estos resultados, pues debe señalarse que los hombres se mostraron más proclives a realizar las pruebas de alcoholemia. Por lo cual muy posiblemente la proporción de mujeres será mayor. Del mismo modo, nadie se identificó con un género no binario, por contra, en las encuestas realizadas en institutos y centros de formación profesional, el 3% de las personas se identificaron con un género no binario. Debe recalcarse que, mientras que los cuestionarios se rellenaban en privado desde casa, los cuestionarios ligados a las alcoholemias se realizaban in situ en el botellón delante de otras personas. Tal como veremos, en un contexto donde se premia un género, orientación del deseo y estética normativa, la observación no ha encontrado elementos suficientes para afirmar o contradecir los cuestionarios y registro de alcoholemias. Del mismo modo, a quienes requirieron de algún tipo de asistencia por una intoxicación etílica aguda, no se les realizó pruebas de alcoholemia por una imposibilidad física en la mayoría de los casos y por priorizar los cuidados a recabar datos. El perfil de quienes necesitaron algún tipo de cuidados, según la observación, mayoritariamente fueron menores de edad, lo cual significa que la proporción de menores de edad en este espacio es, como mínimo, ligeramente superior a la mostrada en la gráfica inferior. Siendo así, deberíamos considerar la posibilidad de estos sesgos y suponer una mayor diversidad de género y una proporción mayor de menores de edad en este espacio.



Gráfico 7: Perfiles de las personas que han realizado alcoholemias

Para ver los tipos de consumos realizados nos remitiremos de nuevo al registro de alcoholemias, en el cual no solo se preguntan y consigna información sobre consumo de alcohol, sino también sobre policonsumos. Los datos arrojados por la observación serían próximos a los registros, con una salvedad que desarrollaremos junto al análisis de las gráficas. De entre quienes realizaron las pruebas de alcoholemias y el cuestionario adjunto, las bebidas destiladas de alta graduación —como whisky o licores— fue el tipo de alcohol más utilizado, sin excluir otros como la cerveza o la sangría.

Veamos las tendencias de consumo de alcohol por edades y género en las siguientes gráficas.

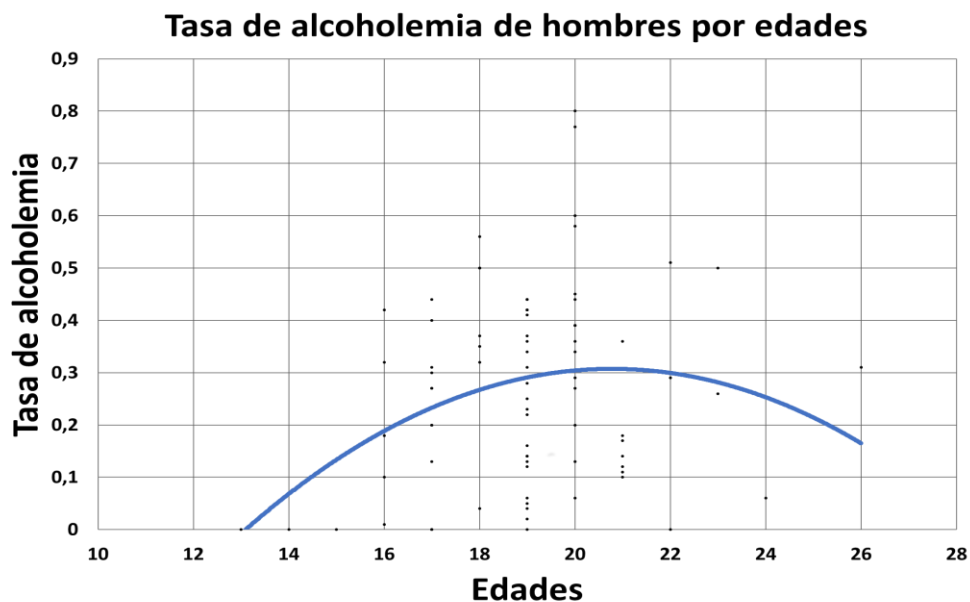


Gráfico 8: Tasa de alcoholemia de hombres por edades

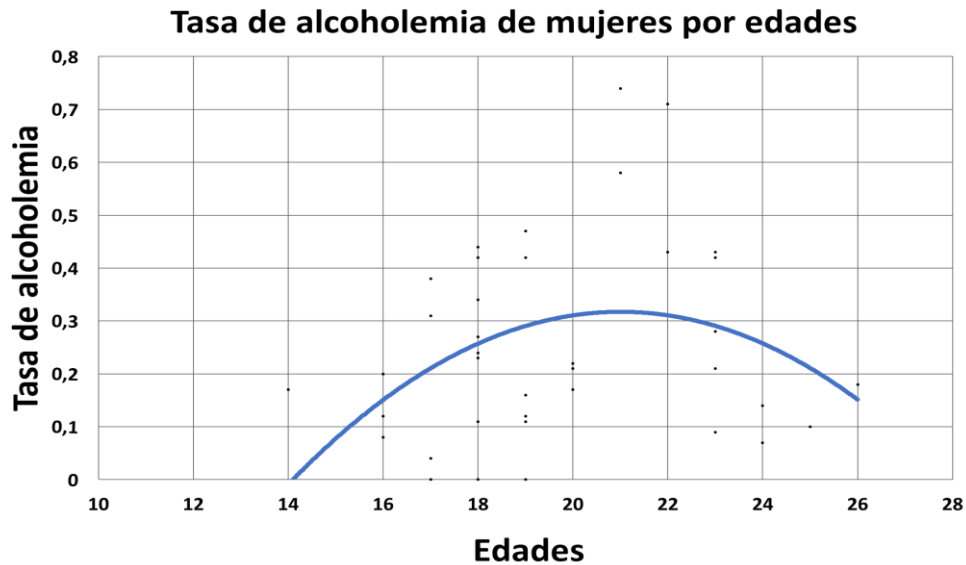


Gráfico 9: Tasa de alcoholemia de mujeres por edades

Las líneas de tendencia apuntarían a un aumento del consumo entre los dieciséis y los veinte años, siendo esta última edad donde se registran las tasas de alcoholemias puntuales más altas. Sin embargo, como estos datos no contemplan a aquellas personas que sufrieron intoxicaciones etílicas agudas que, como ya dijimos, solían ser menores de edad. Esto significa, seguramente, una curva de tendencia ascendente menos pronunciada. Si seguimos observando la línea de tendencia, vemos cómo a partir de los veinte años se estabiliza para empezar a bajar a partir de los veintiuno. El dato nos podría indicar una curva de aprendizaje en el manejo de la sustancia respecto a su dosificación, pero tengamos en cuenta que precisamente en la franja de veinte a veintidós años, se observan las tasas puntuales más altas respecto a las tasas medias de la línea de tendencia (T.M. $0,30 \leq 0,80$ a $0,71$). Esto podría indicar una mayor tolerancia a la sustancia de ciertos individuos, quienes asumirían mayores riesgos en lo tocante a la dosificación. Todo ello es compatible con un aprendizaje relacionado con un período de mayor asunción de riesgos y, por tanto, una mayor exposición a los efectos no deseados de la sustancia, los cuales terminarían moderando los consumos de forma general.

De las ciento veinte personas que realizaron las pruebas de alcoholemia, a setenta y cuatro se les hicieron preguntas específicas sobre policonsumos o consumos de sustancias que no fueran de alcohol. De las setenta y cuatro, cincuenta y uno eran hombres y treinta y siete de ellos habían consumido alcohol y otras sustancias ese día. Veintitrés mujeres respondieron a este cuestionario, de las cuales veinte estaban realizando policonsumos en esa ocasión.

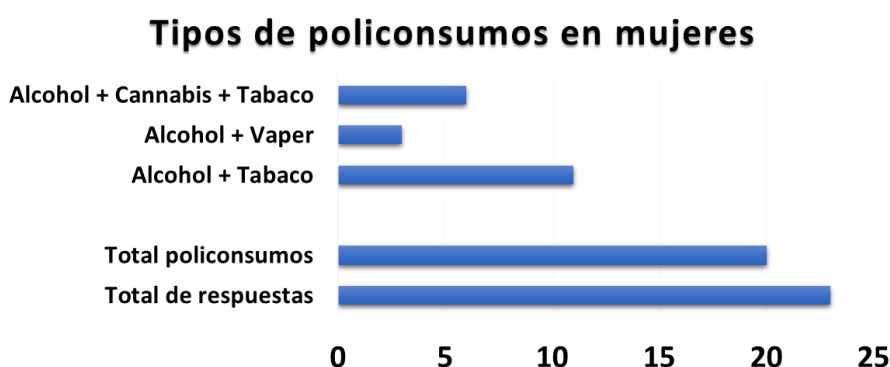


Gráfico 11: Tipos de policonsumos en mujeres

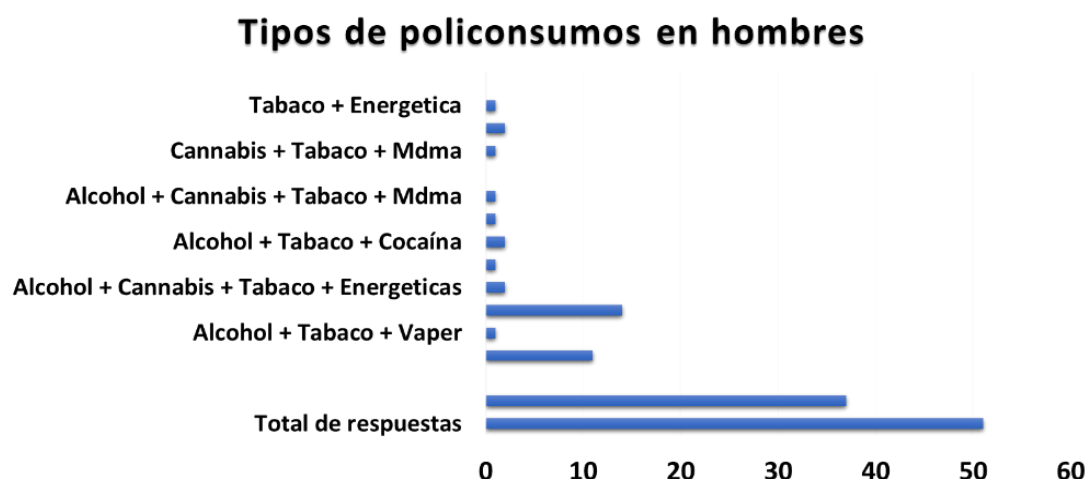


Gráfico 10: Tipos de policonsumos en hombres

Si observamos los gráficos superiores, la mezcla más frecuente entre los hombres fue alcohol/tabaco/cánnabis, seguida de alcohol/tabaco. Mientras que para las mujeres la combinación más común fue la de alcohol/tabaco, seguida de alcohol/tabaco/cánnabis. Por tanto, podemos afirmar con bastante seguridad que tabaco y cánnabis son las dos sustancias más presentes en este espacio después del alcohol. A través de las observaciones podemos confirmar la presencia de sustancias como la cocaína y la MDMA en niveles más altos de lo mostrado en los datos obtenidos con los alcoholímetros. Sin embargo, para conocer y profundizar más sobre poli consumos en el botellón de este espacio concreto y cómo operan los ejes generadores de diferencias, tanto en las pautas de uso, los riesgos afrontados y sus gestiones, se necesitaría más investigación, pues los discursos hegemónicos de la zona seguramente invisibilizan y estigmatizan otros consumos fuera del alcohol o el tabaco. Por ello sería necesario desarrollar aproximaciones y herramientas específicas para esas casuísticas.

Con tal de darnos una idea sobre estos prejuicios veamos un breve fragmento del diario de campo de la noche del catorce de octubre de 2023. Néstor, un joven de unos dieciocho años, se mostraba sorprendido porque el equipo de *Festa Major* considerara el alcohol una droga.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] [Néstor] ha venido diciendo, primero, que no sabía que el alcohol y el tabaco eran drogas y luego decía que eran drogas, pero estaban socialmente más aceptadas, [...] si veía a alguien haciéndose una raya de cocaína, pues pasaba a ser un yonqui. [...] les hemos preguntado si aquí veían mucho [consumo de drogas], y nos han dicho que no, aquí, sobre todo, alcohol tabaco y algún vaper. (Diario de campo del 14/10/2023)

Una vez presentados los perfiles de los asistentes y las sustancias consumidas en el botellón observado en Trobada, pasaremos a contextualizarlos y describir las prácticas que los acompañan, los riesgos asumidos o cómo se producen y reproducen violencias y prejuicios como los expresados por Néstor u otros. Una de las principales peculiaridades de este botellón es que, en gran medida, se articula por la propuesta de los tres principales locales de ocio nocturno de la zona —la *Ópera*, el *Sunset* y la *River*— quienes buscan un tipo de público muy específico. El siguiente pasaje pertenece a un fragmento del informe registrado por Agus y June, dos compañeras del equipo de diagnóstico de *Festa Major* en la fase prospectiva. La observación se realizó la noche del veintiséis de mayo del 2023 y corresponde a la transcripción de un apunte de audio de Agus registrado in situ en el botellón.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

Son la una menos cuarto y el aparcamiento está lleno de gente, hay mucha más que la otra vez, todos jóvenes, hay como media cuadra de cola para la taquilla y hay mucha gente también para el VIP.

Estuvimos hablando con dos chicas de dieciocho años recién cumplidos hoy y, como les hemos hecho varias preguntas podemos ir un poco por partes. En cuanto a entrada nos decían que es una discoteca que con piercings no entras y si eres una persona racializada mucho menos, hacen excepciones con tipas, pero si eres un chico negro o con tatoos o algún piercing no entras.

Les hemos preguntado también por temas de consumo, el botellón se hace fuera, confirmando la sospecha que teníamos. Hacen la previa y sí, venden alcohol a menores porque cuentan que la gente efectivamente va a bares y coctelerías antes de venir directamente aquí. A una de las chicas no le gustaba la *Ópera* porque eran muy racista, a su novio no lo dejaban entrar. Como mucho alguna chica negra, nunca un varón, bueno..., aparte también nos han dicho que es ultra transfobo y Lgtbifóbico. Si eres lesbiana y no se nota, lo mismo entras. Si eres gay, también debes ser masculino. La imagen de la peña gay es de liantes, es una barrera para entrar...—en general no estaban muy de acuerdo con la seguridad. [...]

A partir de ahí nos explican, que les da miedo la zona de los polígonos para arriba, porque está muy solitaria, por eso las venían a buscar los padres en

coche. En general no les gustaba mucho la zona, de hecho, dijeron que ellas elegirían no ir más ahí porque había mucho niño pequeño *pijo*. Creo que nos hemos encontrado con las dos personas majas menos pijas porque... (Diario de campo del 26/05/2023)

La última percepción de Agus es verdad solo a medias. Las chicas seguramente eran simpáticas, pero no es cierto del todo que el resto sean tan *pijos* como pudieran parecer. La expresión *pijo* es una categoría utilizada a menudo por los y las jóvenes de este botellón para definir tanto a los locales de la zona como a quienes acuden a estos, aunque no son la mayoría de los asistentes los que se autodefinan como tal. Esto es relevante en cuanto se considera que, más allá del poder adquisitivo real, parecer *pijo* es una condición impuesta e imprescindible para poder entrar a las discotecas. Tal como le contaban las jóvenes a June y Agus, en este contexto ser o parecer *pijo* no tiene que ver únicamente con una cuestión material, ante bien se relaciona con un contexto o discurso que premia prácticas, actitudes y favorece realidades específicas. Este doble aspecto hace que las estrategias y posibilidades para conseguir entrar a los locales sean muy diferentes entre individuos. Por ejemplo, las personas residentes en Trobada tienen mayor libertad para expresarse estéticamente, ya que, aunque su estilo no se adecúe al impuesto por la discoteca, residir en la ciudad minimiza este prejuicio al incluirlos inmediatamente bajo el estereotipo de *pijo*. Veamos cómo lo expresa otro compañero del grupo de Xavi -el joven de clase obrera- quien también quiso grabar un audio con su testimonio.

[El siguiente fragmento del diario de campo se compone de la transcripción literal de un audio grabado para la Sección de Convivencia de Trobada]

Yo lo único que quiero pedir es que en las discotecas de Trobada no juzguen tanto a las personas. Por ejemplo, un ejemplo rápido, a mí el otro día me preguntaron de dónde era, vieron en mi DNI que era de Trobada y me dijeron adelante, pero si yo llego a ser de Rubí o de otro sitio, no me dejan entrar, eso lo veo muy mal. (Diario de campo del 07/07/2023)

Hay características, como el lugar de residencia, que no se pueden subvertir para poder entrar a los locales. No obstante, como ya hemos dicho, la parte material muchas veces no es lo más importante; hay una parte performativa que adquiere gran relevancia. Las jóvenes ya señalaban a Agus y June, una de las particularidades del criterio de admisión, su marcado eje de género. Sobre el terreno, son los varones quienes deben performar con mayor vehemencia las cualidades del *pijo*, pues existe la creencia que estos son hombres más dóciles y menos propensos a la violencia, además de disponer de suficiente dinero para poder consumir.

El cuatro de agosto de 2023 conversamos con Rafa, un joven de veintitrés años, el fragmento del diario de campo recoge su opinión cuando le preguntamos si en la Ópera había muchas peleas.

[Rafa] Él decía que en la zona de Trobada, no hay peleas porque era gente *pija* y, claro, es diferente porque la gente *pija* tiene cosas que perder y no se arriesga a un marrón y alguien con menos a perder, pues en un momento dado te da un botellazo. Esa era su teoría. (Diario de campo del 04/08/2023)

Estos prejuicios, sumados a la supuesta tendencia de los hombres a consumir más alcohol, convierten al *pijo* en clientes prioritarios de los locales. El siguiente pasaje corresponde a la noche del doce de agosto de 2023. Esa noche estaba junto a Marisa, compañera del equipo de diagnóstico de *Festa Major* durante la fase de trabajo de campo en Trobada. Nos encontrábamos en la puerta de la discoteca *Ópera*, era viernes, el aforo estaba casi completo y entre el público había muchas personas menores de edad. Rubén María, gerente, que no dueño, de la discoteca, ya nos conocía y sabedor de nuestro contacto directo con la Sección de Convivencia, siempre guarda unos minutos para hablar con nosotros, explicarnos cómo va la noche y justificar alguna acción que, a su manera de ver, nos pudiera causar recelo o resquemor. Con Rubén María y los porteros de la *Ópera*, la relación siempre será cordial, pero tensa, reflejo de las propias relaciones entre la discoteca y el Ayuntamiento. Veamos cómo esa noche, Rubén, justificaba su criterio para aplicar el derecho de admisión.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

Estábamos en la Puerta de la *Ópera*. Íbamos a saludar a Rubén María, pero nos hemos fijado en que estaba prohibiendo entrar a un grupo de chicos [entre dieciocho y dieciséis años]. Eran seis hombres que venían de Barcelona. Cuando han salido hacia fuera nos hemos aproximado a ellos. Después de explicar quiénes éramos les hemos preguntado por qué no les habían dejado entrar. Uno de ellos cuenta:

[...] —«Nos han dicho que uno de los colegas no cumple con el estilo..., va con un polo [...] va bien vestido, como mucho la perilla o el pelo un poco largo. Venimos de Barna con una mesa VIP reservada, son treinta euros cada uno que nos vamos a gastar, mi colega es un buen tío...»

Sigue explicando que nunca habían tenido problemas, pero hoy venían con una gente del equipo de fútbol que era más pequeña y les habían prohibido la entrada. Mientras estábamos hablando con ellos, vino Roger, uno de los porteros de la *Ópera*, para llamar al mayor de los jóvenes y hablar aparte con él. También se acerca Rubén María al corrillo, entonces, [uno de los jóvenes les dice a sus compañeros]

—«Ven, ven, que están hablando con los porteros, a lo mejor sí que entramos.»

En el mismo instante que [los chicos van donde está Roger, Rubén viene hacia nosotros] [...] En todo momento nos han visto hablar con los chicos. Ha llegado diciendo:

—«Acabo de tener una movida con unos chicos que el otro día me la liaron»— le contesto.

—«Sí, estábamos hablando con ellos, nos estaban contando, nos has visto, ¿no?, ¿qué tal?

—«Pues no, no os había visto, no, ¿con qué chicos?»— [señalo hacia Roger y los chicos].

—«Ah, pues sí, sí, son esos»— A partir de ahí nos ha contado:

Seguramente les dejará pasar, porque no era un no definitivo, hay noes definitivos y noes no definitivos. En este caso era un no, no definitivo y les iba a dejar pasar. Le he preguntado cuál era la estrategia. Según él, la jugada es que si los dejan en la puerta...

—«Y se quedan así calladitos, ¿no?»— [acompaña las palabras con un] gesto de cruzar las manos y mirar al suelo— «Luego los dejo pasar, con un minuto, ya los conozco. Si los dejas fuera un rato y enseguida te empiezan a insultar, te empiezan a decir qué tal, te empiezan a decir qué cuál...»— Rubén termina reconociendo que esa noche no se esperaban tanta gente, él creía que era porque habían cerrado dos locales para esa misma edad en la zona de Barcelona. (Diario de Campo del 12/08/2024)

Antes de entrar en el análisis vemos la opinión de Lluís y Sebastià sobre estas circunstancias. Son dos padres de sendos jóvenes de dieciséis años. Se turnan con otros padres y madres para llevar en coche a sus hijos, los cuales además de amigos son compañeros del equipo de Hockey. La conversación con ellos transcurrió al inicio de la noche, en el parking, frente a la discoteca, donde tenían aparcado el coche. Cuando nos acercamos charlaban entre ellos, cada uno en la puerta de su coche, preparándose para regresar a casa, pues la recogida de los jóvenes, a las seis de la mañana, les correspondía a los familiares de otros componentes del equipo.

Era el diecinueve de mayo de 2023 alrededor de las doce de la noche y de nuevo trabajaba con Marisa. Tras charlar un rato preguntamos si sus hijos han tenido problemas de algún tipo en ese espacio.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

[...] —«Una vez no lo dejaron pasar.»— El chaval tuvo que llamar al padre, el padre volvió y le preguntó al portero por qué no lo había dejado pasar. Le dijeron por la vestimenta, él contestó.

—«No, porque aquí van todos igual y tal..., pero vamos, que al final no me dio una respuesta»— Al hijo de Lluís también lo habían dejado fuera por un motivo similar. Ellos creen que era porque el aforo estaba lleno. (Diario de Campo del 19/05/2023)

Como vemos para Rubén, ser *pijo*, o dicho en sus términos, *apto* para pasar a la *Ópera*, es una cuestión de actitud. Los piercings, las zapatillas, la expresión de género o aguantar una humillación en la puerta, son indicadores construidos desde el prejuicio, los cuales dan pista sobre quién puede dar más problemas y consumir menos dentro del local. Por eso, cuando hablamos de derecho de admisión y hombres, en este espacio, lo más valorado, sobre todo cuando el local está lleno, es una actitud sumisa y apariencia de tener la cartera llena de dinero. Rubén y Roger son conscientes de que la mayoría de los indicadores empleados para detectar a su público objetivo son elementos estéticos y actitudinales performables por jóvenes más variados y menos adinerados de los que ellos desearían, por ello necesitan emplear técnicas que, según ellos, dejen aflorar el

verdadero carácter de los jóvenes. Durante todo el estudio en Trobada, cuando se habló de percepciones de seguridad, surgió de forma reiterada la comparación con la discoteca Waka de Sabadell. Esta discoteca es tristemente famosa por las frecuentes peleas y en 2022 acumulaba cincuenta denuncias por agresiones sexuales producidas en sus fiestas, algunas de las cuales fueron a menores de edad. Partiendo de esa comparación, para la mayoría de personas Trobada y la Ópera es un lugar seguro donde casi no se dan estos conflictos

Ahora regresaremos a las encuestas realizadas en los centros educativos de Trobada, donde se les preguntó a las, los y les jóvenes por la percepción de seguridad en la ciudad de Trobada. Además del gráfico mostrado abajo, también se realizó un mapa de miedos y ansiedades, el cual no se mostrará para mantener el anonimato de los y las trabajadoras de la Ópera y el ayuntamiento de Trobada.

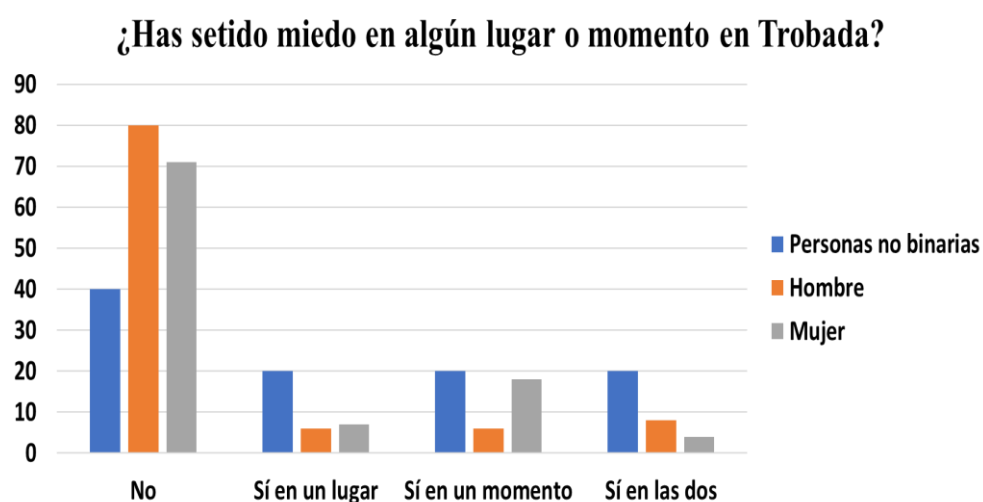


Gráfico 12: ¿Has sentido miedo en algún lugar o momento en Trobada?

Los gráficos en lo referente de las percepciones masculinas y femeninas corroborarían la observación en cuanto a una sensación de seguridad alta. Con todo, no podemos obviar la diferencia de más de diez puntos —un 18% de las encuestadas— que dijeron haber pasado miedo en algún momento en Trobada respecto a los hombres —sólo un 6%. En lo referente a las personas no binarias, fueron quienes expresaron mayores temores. Debido a la muestra tan baja de este tipo de perfil en este estudio y ante la imposibilidad de corroborarlo mediante observación participante, se aconsejaría profundizar en cuestiones de LGTBfobia en la ciudad de Trobada. De todos modos, los resultados de los cuestionarios y la falta de resultados durante la observación son compatibles con un ambiente muy masculinizado donde performances disidentes deben guardar un perfil bajo, por emplear un eufemismo. Si ahora regresamos a los datos arrojados por la observación, para la mayoría, tal y como decía Rafa anteriormente, esa seguridad se debe a un supuesto ambiente *pijo* lleno de gente con cosas que perder que rehuirán una pelea todo lo posible. Pero, después de todo, la situación depende de un equilibrio con la oferta de otras zonas de ocio nocturno. Un derecho de admisión estricto y un ambiente *pijo* pueden mantener alejados a determinados perfiles siempre y cuando exista una oferta alternativa. De esto último son muy conscientes los locales quienes se preparan de antemano ante la posibilidad de tal eventualidad ideando estrategias para la distinción de perfiles no deseados.

Veamos el fragmento del diario de campo del siete de julio de 2023 donde se transcribió el audio donde Marisa, mi compañera, y yo registramos la opinión de Rubén justo después de hablar con él sobre este tema.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...]I- [Rubén María] decía que estaban recogiendo a gente que no estaba yendo a estos sitios [dos discotecas para mayores de dieciséis cercanas a Barcelona, ambas cerradas ese fin de semana]. Además, dentro de poco la gente de *Waka*, porque al parecer van a cerrar *Waka*, no lo tengo muy claro, van a empezar a venir por aquí, y esto él lo veía como un problema, porque decía que a *Waka* iba gente de barrio, ¿cómo ha dicho?, *garrulos*, ¿no?

C —Sí, gente más *garrula*, más *paleta*, más *de barrio* y más *chungos*, los que la lían, básicamente.

[...] I —Claro, para él, *Waka*, tenía dos problemas. Uno, que pese a tener muchos seguratas, los seguratas no se quedan con la cara de la peña y otro, según él, era este perfil garrulo de los clientes. Entonces, cuando este perfil empezara a venir para la *Ópera*, él tenía una...

C —¿Una duda moral de cómo iba a gestionar eso...?

I —No, lo tenía super claro, en realidad, los iba a dejar pasar y los iba a espiar a través de las cámaras, iba a hacer un gran hermano persiguiéndolos hasta que los pillaré en una falta y poder echarlos. Entonces, en ese poder echarlos, esperar que el joven en cuestión se rebotara, asumo que pegarle tres hostias y darle un no definitivo. ¿No? Esa era su estrategia.

C —Sí, no lo ha dicho así directamente, pero... (Diario de campo de 07/07/2023)

Como vemos, el derecho de admisión no solo se circunscribe a la puerta, incluso, si has pasado las pruebas actitudinales de la entrada, puedes seguir siendo sospechoso. En ese caso Rubén hará un trabajo de vigilancia encubierta, a mi parecer muy similar a una forma de acoso, siguiendo a los jóvenes con las cámaras del local hasta tener pruebas suficientes para poder expulsarlos definitivamente. El motivo de expulsión no necesariamente se relaciona con situaciones de violencia o ilegalidad de los jóvenes. El cinco de marzo de 2023, junto a Jordi, compañero del equipo de diagnóstico de *Festa Major* conocimos a Alfons, un joven que había sido expulsado de la Ópera; atendamos al fragmento del diario donde se relata la escena.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Nos hemos parado en la puerta a chafardear. En un lateral de la puerta había un grupo de varios jóvenes con un chico que se estaba tambaleando, ponía los ojos en blanco y discutía con ellos [con amigos y porteros]. Intentan pararlo porque quiere entrar y le gritaba al portero «Manuel, Manuel, déjame entrar...» [es el nombre de otro de los porteros] y el portero respondía que no le dejaba pasar y así andaban discutiendo. Nos hemos acercado para hablar

con ellos. Les hemos explicado que somos de Energy Control y que nos dedicamos a hablar sobre drogas, alcohol y demás y si nos contaba un poco la situación. Nos han dicho que han tenido una fiesta de dieciocho [un cumpleaños] y habían estado cenando y bebiendo bastante, luego había algunos que se habían querido pagar una entrada VIP y con la entrada VIP entran cinco botellas para veinte personas, han empezado a beber y este chico en cuestión, ha bebido más de la cuenta. En un momento dado, lo ha visto el portero así de borracho y lo ha sacado fuera. Al echarlo fuera, han salido los demás colegas acompañándolo. Fuera había un grupo de seis o siete chicos con dos o tres chicas.

Mientras Jordi [*Festa Major*] hablaba con los chicos yo he hablado con Roger [el portero que salía en la escena anterior] y me ha estado contando que según su opinión aquí [la clientela] son bastante buena gente, son buenos chicos comparado con otros sitios como Sabadell y bueno... que en general no suele haber problemas, está contento trabajando aquí, está a gusto. Nos cuenta que tiene un especial cuidado, respecto [a cuando trabajaba] en otros locales. Porque a estos chicos se les ve muy buenos chicos, que solo quieren venir a eso, a pasarlo bien, a beber un poco, a bailar y tal. Nos señala que dentro de la discoteca no hay ningún tipo de exceso de alcohol ni nadie borracho ni nada, pero fuera sí porque se hace botellón y desmadre. (Diario de Campo del 05/03/2023)

Resulta curiosa la percepción de Roger sobre los borrachos dentro y fuera del local, aunque si lo pensamos bien, es evidente. Según él, dentro del local no hay nadie borracho, cosa llamativa para una empresa cuyo principal negocio es vender alcohol. Quizás no tanto si atendemos a la experiencia de Alfons. Quien, tras beber, no sabemos si más del cuarto de botella de alcohol destilado que le correspondía con la entrada VIP, fue expulsado —en cualquier caso, la cantidad de alcohol empleado para emborracharse se lo vendieron en gran medida en la *Ópera*, un lugar pensado para ello. Pero cuando Alfons manifiesta los esperados e irremediables síntomas de una intoxicación etílica, la discoteca se desentiende de los cuidados, elude responsabilidades y expulsa al joven del local. Para, acto seguido, señalar la actitud desmadrada de los jóvenes de botellón, responsabilizándolos como si la discoteca no tuviera nada que ver con ello. Roger está contento con su trabajo porque le resulta sencillo manejar a este tipo de menores de edad, ya que, ante situaciones como la de Alfons, donde una persona es expulsada habiendo pagado una entrada VIP, en otras discotecas podría suponer un problema de mayor envergadura. En todo momento, Roger y Rubén, los porteros con quien trabé mayor relación, intentan dejar clara la diferencia entre dentro y fuera del local. El local, pese a que nunca nos dejaron pasar para comprobarlo, lo presentan como un lugar ordenado y sin excesos donde buenos chicos disfrutan de su ocio. Por contra, fuera del local existe el desmadre, el descontrol y los excesos, es lugar donde están los *garrulos*, quienes la lían.

La noche del diecinueve de mayo de 2023 trabajaba con Agus, tras finalizar la jornada, de regreso al coche para marcharnos a casa, encontramos a un grupo de jóvenes con una amiga tirada en la acera con una intoxicación etílica aguda grave, la cual requirió la asistencia de la ambulancia. Todos y todas las implicadas eran menores de edad. La situación se produjo a escasos veinte metros de la puerta de la *Ópera*. Ante la gravedad de la situación se me ocurrió que el equipo de seguridad del local podría ayudar a la

joven —en mi cabeza esto consistía en contactar con una ambulancia, ofrecer abrigo a la persona desmayada o consuelo a su amiga que en ese momento lloraba por la preocupación.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

Cuando llegamos [Roger] la mira desde arriba [a la joven desmayada]

—«No está tan mal si quiero la despierto»— lo miro sorprendido y, aunque me hubiera gustado preguntar ¿cómo?, me quedo callado. Nos quedamos unos instantes mirando la escena y pregunta:

—«Pero esta chica no ha entrado, no la he dejado pasar porque estaba muy borracha.»— Continuamos mirando la escena y de pronto dice otra vez— «Si quiero la despierto. Mira.» —Se agacha, la coge por los hombros y comienza a zarandearla fuerte mientras le grita —«Despierta»—, la cabeza de la chica semiinconsciente se balancea de un lado a otro, pero no reacciona, los jóvenes miran la escena en silencio. En ese momento Agus dice.

—«O intervengo o me voy»— la cojo un segundo del brazo y nos miramos, Agus guarda silencio y Roger vuelve a dejar a la chica en el suelo sin haber obtenido ningún resultado.

Roger desaparece. Apenas un minuto después llega la ambulancia.

[...] Entre tanto, ha vuelto Roger con Rubén. Rubén habla con uno de los amigos y le pregunta si la chica estaba dentro, le responden que no, que venían juntos, pero ella no había entrado. Rubén se gira, viene directamente hacia mí, y me dice:

—«Que sepas que esta chica no ha entrado, se ha emborrachado fuera.»

—«No te he llamado por eso, no estoy aquí para juzgaros, simplemente queremos ayudar y pensé que una menor de edad inconsciente en la puerta de vuestro local es algo que os interesaría controlar»—

Me da las gracias. Claramente ha intentado dejar claro que ellos no tienen ninguna responsabilidad. Me explica que si vienen borrachos de fuera no les dejan pasar, pero que si se emborrachan dentro tienen un lugar acondicionado en el patio de la discoteca donde los vigilan y les dan agua. (Diario de campo del 19/03/2023)

Como ya se ha comentado la relación con Rubén siempre fue cordial y amigable, pero tensa. Pues al fin y al cabo parte de nuestro trabajo era fiscalizar el suyo ante el Ayuntamiento. Por ello nos miente abierta y descaradamente para eludir responsabilidades, pues ya hemos visto que a quien manifiesta síntomas muy evidentes de borrachera no se le cuida, es expulsado y los cuidados —del mismo modo que si te emborrachas fuera— corren a cargo de las amistades y, en casos muy graves, como es lógico, de los servicios de emergencia. Aunque hubiera un lugar dentro del local para los cuidados, es evidente, hasta donde se ha observado, que el personal de la discoteca

no está cualificado para ejercer esa labor. Por otra parte, la confrontación individual del derecho de admisión pone a las y los jóvenes en la tesitura de mantener, o no, la cohesión a la hora de entrar a la discoteca o permanecer en el botellón. Rara vez se le niega la entrada a un grupo en su totalidad, lo cual genera no solo una distinción entre los diferentes grupos de jóvenes, también la crean en el propio seno del grupo de iguales. Y debilita solidaridades que, en un contexto de consumos intensivos de alcohol, pueden ser necesarias, sobre todo, si la discoteca declina totalmente los cuidados en casos de intoxicaciones agudas.

El derecho de admisión, en definitiva, constituye una herramienta de segregación y discriminación con una estructura claramente marcada: **a.** La previa o botellón, momento/espacio colectivo para el consumo y la socialización antes de la entrada a los locales, se caracteriza por la incertidumbre respecto a la posibilidad de entrar; **b.** La confrontación personal con el derecho de admisión, momento en que se deben ejecutar diferentes estrategias individuales para parecer *pijo* y pasar el criterio del local; **c.** Después del éxito o fracaso en la confrontación, la persona retorna al grupo de iguales con un estatus para esa noche: apto o no apto (*pijo* o *garrulo*). La repetición sucesiva del ritual con resultados siempre semejantes puede tener un efecto permanente, donde muchas personas asumen su estatus de inferioridad y dejan de someterse a una ritualidad humillante. Aunque, tal y como hemos visto en los ejemplos anteriores, la categoría impuesta a cada joven también puede variar a lo largo de la misma noche o en noches sucesivas, siempre dependiendo del criterio de Rubén en representación de la discoteca.

Abajo tenemos un esquema para representar la estructura del proceso de selección masculina, como veremos, se asemeja mucho a un ritual de paso destinado a distinguir, seleccionar y clasificar a los jóvenes colocando a cada quien en su lugar.

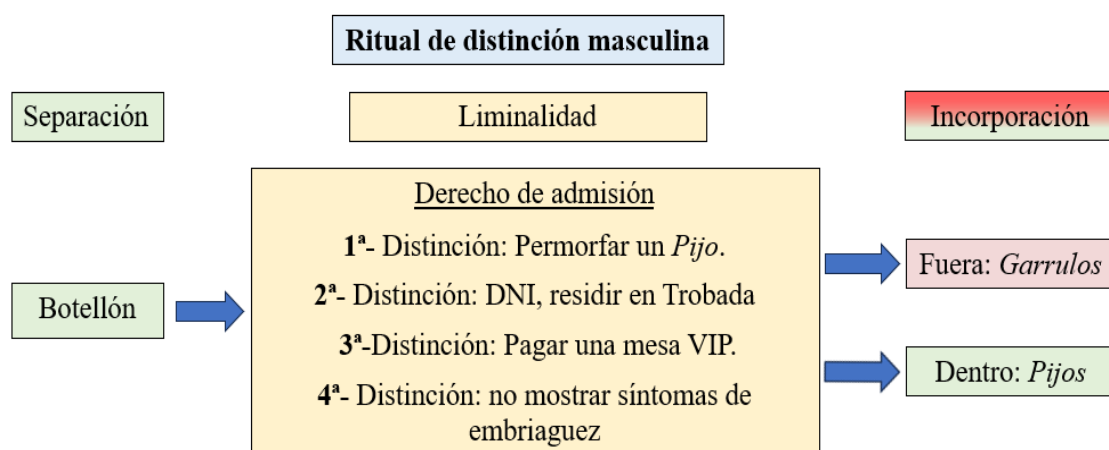


Imagen 30: Ritual de distinción masculina

El proceso no es inocuo para los jóvenes y afecta al ánimo y percepción general de la realidad, pues desde una edad muy temprana se les imponen modelos específicos del ser, los cuales conducen a una aprehensión y naturalización de ciertas formas de inequidad. Al final, el proceso constituye un aprendizaje de los derechos de facto correspondientes a cada quien según su clase, raza o lugar de procedencia y género. El dieciocho de agosto de 2023, Luisa y Marisa, compañeras de *Festa Major*, hablaron de forma consecutiva con dos jóvenes de vivencias y visiones sobre el lugar y la vida muy

distintas. Así recogieron las experiencias de estos chicos inmediatamente después de hablar con ellos en un audio transcrito con posterioridad.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] Hemos estado hablando con el chico de otros temas, sobre política, sociedad, etc. Y él ha reconocido y nos ha manifestado su poder adquisitivo, sus privilegios de clase, que no los acaba de ver como privilegios, pero bueno. Era de familia con propiedades y mucho dinero, y ha manifestado que el espacio [Trobada y la *Ópera*] estaba acorde con él, donde todo el mundo piensa como él, incluso como votantes de los mismos partidos de derechas. Y tenía esa sensación de: *soy joven y tengo derecho a disfrutar de la fiesta*.

[...] Justo al lado había un chico que me ha preguntado por el alcoholímetro y en qué consistía el proyecto que estaba realizando. Le he preguntado si eran de Trobada y me han dicho que eran de San Quirce menos un amigo rumano. Estaban haciendo cola en la *River* porque iban a entrar a la *Ópera*, pero no los han dejado pasar. Cuando su amigo de Rumanía le ha enseñado el pasaporte al portero, los han echado de la fila. Los jóvenes han pedido explicaciones del motivo por el cual se les prohibía la entrada y en ese momento les han empujado para expulsarlos. Entonces [los jóvenes] han llamado a los Mossos, pero estaban muy chafados, porque al final no les han dejado entrar. Les han informado que pueden denunciar y ya se verá quién tiene razón. [...] Estaban un poco frustrados, asumiendo, como ellos decían: *al final quien tiene el poder son los que tienen el dinero*. [...] Insisto eran un perfil de jóvenes encamisados con polos y camisas, cumplían el *outfit* de la *Ópera*. (Diario de campo del 18/09/2023)

Quedan claras las diferencias en cuanto al sentimiento de pertenencia y ponderación del yo en un caso y en otro. Como podemos comprobar, el derecho de admisión no solo es una herramienta de segregación, también impone etiquetas asumidas por los jóvenes que moldean las relaciones de poder y el estatus en el espacio público, es decir, en este caso, en el botellón. Construyendo ciudadanos de primera y segunda, estos últimos incapaces de entrar ni siquiera cuando llaman a la policía por sufrir racismo. Ahora bien, a esta forma de distinción, selección y segregación se ven sometidos sobre todo los varones, pues para ellas existe otro modo: las chicas de imagen. Esta estrategia comercial es la versión digital del tradicional dejar pasar a las mujeres gratis para atraer a más hombres. La peculiaridad de la actualización de esta tradicional forma de violencia es producirse en la intersección entre la esfera digital y la vida off line. El siete de julio de 2023, Laia y Roser, dos jóvenes de dieciocho años, habituales de la *Ópera*, grababan el siguiente audio para la Sección de Convivencia, explicándoles que es una chica de imagen.

[El siguiente fragmento del diario de campo se compone de la transcripción literal de un audio grabado para la Sección de Convivencia de Trobada]

Laia —[...] *Tú vas y hablas con una persona que sea de la discoteca, un representante, y el representante te dice: 'Vale, decidme los nombres de las chicas que sois, vuestro número de teléfono para pasaros la entrada, y tenéis que subir una historia a Instagram etiquetando al representante y a la*

discoteca. Así llegamos a más gente. ' [...] Cuantas más historias se vean de la fiesta y de la discoteca, más gente querrá venir. "

Roser—*Al final es un poco encubrir... en plan, que somos carnaza, entonces las chicas traen a los chicos, y los chicos no pasan, tienen que pagar ellos, y así consumen más, claro. Y al final, pues, nos convertimos en carnaza para ellos.* (Diario de Campo de 2023)

No en la *Ópera*, pero incluso en algunas discotecas como *Waka*, al menos durante la investigación, solo una chica con más de mil seguidores podía ser chica de imagen. Como se puede comprobar, la estrategia implícita de las chicas de imagen es comprendida en toda su crudeza, al menos por la mayoría de las mujeres. Hay muchos factores que pueden empujar a las jóvenes a hacerlo; aquí el factor económico juega un papel clave. Así recogimos lo expresado por Rosa, una chica de imagen de la *Ópera* de dieciocho años, quien realizaba botellón antes de entrar el veintiocho de octubre de 2023.

[El siguiente fragmento está compuesto exclusivamente por notas de campo]

«[...] sé que soy una hipócrita, me estoy vendiendo y estoy vendiendo mi cuerpo, pero bueno, me estoy aprovechando de la situación, porque no tengo dinero, porque ya me va bien esto, y aunque me parezca una mierda, pues bueno, así es el sistema y así es la vida.» (Diario de Campo del 28/10/2023)

Rosa y Roser explican muy bien cuál es el intercambio: ellas ceden su imagen a sabiendas de que los locales la usarán veladamente para sugerir al público masculino un posible encuentro sexual. A cambio, reciben una entrada gratuita. Como podemos comprobar por sus palabras, Rosa lo asume como una realidad ineludible, aunque le cause contradicciones, sufrimientos y ansiedades basadas en un hecho incuestionable: su imagen, su yo digital, es utilizada como un reclamo sexual, situándola falsamente al mismo nivel que el resto de elementos de la oferta estructurada de ocio nocturno. A saber: alcohol, música y, supuestamente, mujeres jóvenes. Tanto es así que muchos hombres, al elegir un local, valoran la presencia de mujeres o más bien de un tipo específico de mujer al mismo nivel que la música, el estilo de la fiesta o cualquier otro servicio ofrecido por la discoteca. Así se recogió la opinión de Abraham, un joven que estaba haciendo botellón antes de entrar a la *Ópera*. Nos explicó su criterio para escoger entre los locales de la zona.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] [Abraham dice que el *Sunset*] no es su ambiente [porque] está lleno de *milfs*¹⁰ y no le gustan, si va ahí terminará sin darse cuenta en casa de una mujer mayor. [...] Para él había una división [...] en la *Ópera*, chicas que sí le gustan, más jovencitas, más *pijas*, *estilo Ópera*, mientras que en el *Sunset* o la *River* ubica mujeres o personas más mayores. (Diario de campo del 21/10/2023)

Tengamos en cuenta que criterios como los de Abraham, basados en la sexualidad y las expectativas de obtener sexo, en esta investigación y este espacio, solo han sido expresados por varones. Y estrategias como *las chicas de imagen* solo se les aplica a mujeres. Así, ellas se sitúan en una posición mucho más visible y de mayor riesgo en cuanto sus cuerpos son expuestos y deseados, tanto en el espacio *off line* como *on line* de la discoteca. Esa doble exposición, material y digital, supone un riesgo diferencial en relación con los hombres, del cual podemos describir los sentimientos ya expresados por unas y por otros.

Si continuamos desgranando los riesgos de forma diferencial, señalaremos que para quien desea entrar en la discoteca el botellón tiene un horizonte temporal, una finalidad y unos límites muy claros: beber lo suficiente antes de entrar para, una vez dentro, no consumir más allá de la copa gratis ofrecida con la entrada; pero no beber tanto como para que la seguridad del local te prohíba la entrada. Debemos añadir, según nos contaría Laia luego, que las chicas de imagen deben entrar a la discoteca al inicio de la noche, lo cual significa que el tiempo de botellón se reduce y, por tanto, hay más probabilidades de realizar *binge drinking* o realizarlo con mayor intensidad. En definitiva, hablamos de buscar los límites a una práctica que implica consumos intensivos de alcohol, una ecuación de difícil resolución, la cual involucra calcular una ingesta de alcohol elevada en un corto tiempo y un alto manejo de los síntomas de la intoxicación aguda derivada. Por supuesto, la probabilidad de efectos no deseados es alta. Y cuando aparecen y la borrachera se complica, tal y como ya hemos detallado, los y las encargadas de realizar los cuidados son las y los jóvenes. Estas situaciones derivadas del *binge drinking* en muchas ocasiones se viven con incertidumbre y con grandes dosis de sufrimiento por parte de quien cuida. Recuperaremos la escena del diecinueve de mayo del 2023, donde Roger zarandeaba a la joven inconsciente y veamos qué sucedía antes de su llegada.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] [Recordemos que esa noche trabajaba con Agus] Decidimos regresar hacia el coche, de camino, en la misma acera de la *Ópera*, nos encontramos a la chica de antes tirada en el suelo, rodeada por varios jóvenes, dos chicas y unos tres chicos. Está en mitad de la acera, los ojos en blanco, van y vuelven, balbucea y apenas reacciona a los estímulos como pellizcos. Al llegar y ver que es la misma chica, lo primero que preguntamos es si han llamado a la ambulancia. La amiga que la cuida nos dice que está a la espera, pero le están dando largas porque viene desde Barcelona. Cuando habla con nosotros gesticula todo el rato con el móvil en una mano y se toca el pelo con la otra, el tono de voz es tembloroso y hace pucheros de vez en cuando. La sensación es que el grupo de amigos y en concreto la chica del teléfono está viviendo la situación con bastante ansiedad, inseguridad e incertidumbre. En ese momento la intentan incorporar para darle agua, les decimos que no es aconsejable porque se puede atragantar, que la coloquen en posición de seguridad y la abriguen. La tumban y la tapan un poco con una chaqueta. La chica del teléfono ahora está de rodillas aguantando la cabeza a su amiga mientras el resto hace un corro alrededor; le va dando pellizcos que le dejan la nariz y la mejilla roja unos instantes. Pienso que quizás le haga daño y le digo que no hace falta darle pellizcos. Me contesta con la voz temblorosa y un tono alto de voz.

—«Me han dicho los de la ambulancia que lo haga para que no se duerma ¿Vale?»— Le pido disculpas y le digo que siga haciendo caso a los

paramédicos. Pasan unos minutos y la ambulancia no llega. La chica sigue igual y el grupo cada vez está más nervioso, además se añaden mirones por momentos y la situación comienza a parecerse a un espectáculo. (Diario de Campo del 19/05/2023)

La inexperiencia no solo se vincula con el desconocimiento de los propios límites en relación con una sustancia tan compleja de dosificar como el alcohol, también tiene que ver con la inexperiencia para saber la gravedad de la persona afectada y las formas de actuación en cada circunstancia o estado. El aprendizaje es una cuestión grupal donde intervienen elementos como la experiencia, la solidaridad o los recursos personales y familiares, pero siempre es vivido con intensidad. Uno de los amigos de Alfons nos contaba el veintiuno de noviembre de 2023 mientras esperaban a que el padre de otro amigo viniera a buscar a Alfons, las diferentes formas de gestionar este tipo de situaciones:

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

[...] si se quedan en la calle al principio de la noche cogen un Taxi y un Cabify y se vuelven para casa, porque estos chicos eran de Barcelona, tenían diecisiete años. Si es a media noche, pues claro, si es porque vas muy borracho y la familia tiene coche y te puede venir a buscar, pues llaman a un familiar y te viene a buscar, si no, pues te tienes que esperar a que abra el tren, porque ellos venían en ferrocarril. Por lo que nos explicaba en su grupo solía pasar de vez en cuando [quedarse fuera de la discoteca por ir borrachos]. Explicaba que a él le había pasado y Alfons lo había cuidado y por eso ahora él lo estaba cuidando. La gestión de la borrachera se ha solucionado llamando al padre de uno de los chicos [pues los padres de Alfons no tenían coche]. Ha llegado y se ha llevado Alfonso y a su hijo, el resto se ha quedado hasta el final de la noche. (Trabajo de Campo del 21/10/2023)

Si el derecho de admisión y los horarios de las discotecas facilitan y aumentan la intensidad del *binge drinking*, asumir el botellón como tu lugar natural y renunciar entrar a un local elimina buena parte del estrés y la impulsividad en el consumo de alcohol. Pues este se realiza sin constreñimientos temporales, sin la necesidad de disimular ningún síntoma y tiempo después de haber digerido el disgusto de saberse no apto. También, se elimina la disyuntiva entre cuidados y abandono, pues la práctica del botellón se da en el mismo lugar que los cuidados, la calle. Por contra, se dan otras formas de consumo, más relajadas, pero mucho menos planificadas, lo cual también comporta riesgos. El veintiuno de noviembre de 2023, Jordi, compañero del equipo de diagnóstico de *Festa Major* y yo, conversábamos con Óscar y Toni. Dos jóvenes habituales del botellón, quienes hace tiempo habían renunciado a entrar a los locales. Mientras hablamos con Óscar, este se bebe el último trago de la noche, pero de pronto Toni aparece con un vaso lleno. Óscar contento pregunta de dónde lo ha sacado.

[El fragmento seleccionado está compuesto únicamente por notas de campo]

«[Toni] ha dicho que se ha encontrado una botella por ahí y se ha hecho un cubata. Dice que hay botellas por ahí [zona del parking]. [...] cuenta que les resulta fácil encontrar botellas de alcohol vacías, semivacías por aquí y que beben de los restos que se van encontrando.» (Diario de campo del 21/10/2023)

El estrés de unos es el beneficio de otros, reciclar bebida una vez que la gente ha entrado apresurada a la discoteca es una práctica usual entre quienes se quedan toda la noche de botellón. Por eso, aunque sus consumos son menos intensos, pueden ser más prolongados.

De forma excepcional mostraremos dos fotografías, que considero no comprometerán el anonimato, para reflejar la cantidad de alcohol abandonado y en gran medida reciclado por aquellos que tienen menos recursos en este espacio, pero no solo alcohol, también podemos encontrar otras sustancias. En las fotografías inferiores podemos observar los restos del botellón junto a los coches del aparcamiento (izquierda), hay varias botellas de destilados y refrescos, algunas de ellas con restos de su contenido. A la derecha vemos una bolsita con hachís que alguien perdió en el parking.



Imagen 31: Restos del botellón



Imagen 32: Restos del botellón

Existe un riesgo específico en este botellón relacionado con el consumo de alcohol y el uso de vehículos. Es un espacio donde los coches no se emplean únicamente como transporte, durante el botellón se pone música y se bebe en torno a ellos y también sirven para guardar chaquetas y bebida antes de entrar a la discoteca. Aquí se establece una diferencia entre parkineo y botellón. El botellón lo practicarían jóvenes sin los recursos suficientes para tener un coche. Siendo así se da la peculiaridad que las personas con más dinero, en este contexto, son quienes se exponen más a este tipo de riesgo, pues es común con dieciséis años tener moto o incluso un microcoche, lo cual significa en muchas ocasiones mezclar primeros consumos de alcohol con primeras conducciones. En ese sentido, la fotografía nos hubiera aportado datos interesantes, como la imagen de tres jóvenes menores de edad aparcando, las tres a la vez, sus respectivos microcoches en la puerta de la Ópera y bajando completamente engalanadas para la ocasión.

Sí podemos mostrar el gráfico de dispersión donde se muestran las tasas de alcoholemias de las personas que realizaron el test e iban a conducir. Solo incluye datos de personas entre dieciocho años y veintidós en el parking de la Ópera, trazar tendencias más allá resultaría inadecuado.

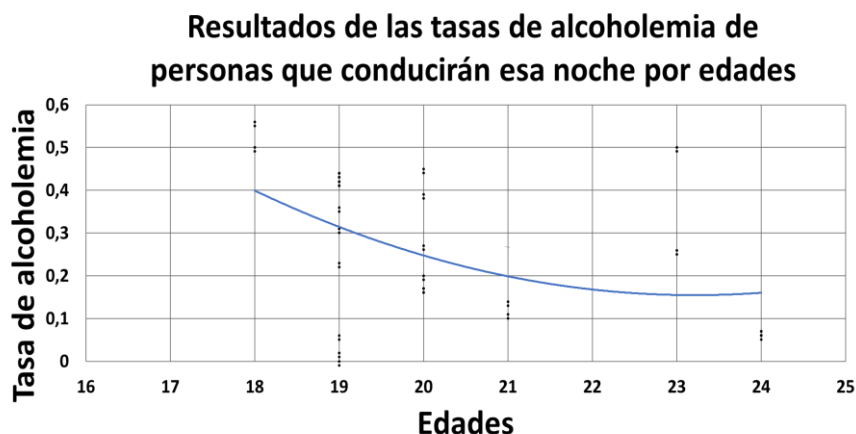


Gráfico 13: Resultados de la tasa de alcoholemia de personas que conducirán esa noche por edades

Si comparamos esta gráfica con las anteriores sobre alcoholemias desagregadas por edades y género, vemos líneas de tendencia distintas; mientras de forma general (Gráfica XXX) la curva entre los dieciséis años y los veintiuno ascendería, entre quienes conducen (Gráfica XXX) la línea es descendente desde los dieciocho. A falta de más investigación, pues esto es algo que no termina de corroborar la observación realizada, la conducción podría constituir un riesgo añadido que lleve a algunos y algunas jóvenes a moderar los consumos.

La relación entre el Ayuntamiento de Trobada y el servicio de *Festa Major* a día de hoy se mantiene y es buena. El equipo de diagnosis de *Festa Major* presentó un plan de intervención para el aparcamiento de la discoteca *Ópera*. La intervención sobre el terreno se está implementando en la actualidad mediante el proyecto *CRISS CROSS* (también de Asociación Bienestar y Desarrollo), el cual ha sido incluido en una mesa de diálogo entre las instituciones y las empresas de ocio nocturno de Trobada, permitiendo continuar con un trabajo integral con jóvenes, Ayuntamiento, entidades locales y empresas de ocio nocturno.

5. Sobrevivir a la posmodernidad: estrategias de masculinización y de reacción.

5.1 Voces hegemónicas y regímenes sentimentales

Si seguimos a Connell (1995) y definimos el género como una estructura jerarquizada, diríamos que en los cuatro casos expuestos aquello que más puntuó —entendiéndolo como un balance entre riesgo y beneficio (Romani, 2010)— fue ser hombre, blanco, heterosexual, con dinero y cierta predisposición o insensibilidad a la violencia, sobre todo la sexual— así hablaríamos en términos de Álvarez (2003) de unos contextos patriarcales. En cada caso esa voz hegemónica fue performada (Buttler, 1997) por sujetos muy distintos, pero todos con la peculiaridad de ser varones, con el objetivo de imponer sus prácticas y vivencias en cada uno de los lugares. En la Barceloneta fue encarnada por Aquiles y Enric, quienes emplean técnicas de depredación sexual (Fernández, 2020) totalmente naturalizadas para ellos. El caso de Ciutat Vella mostró a Samuel y Matti quienes exotizaban la pobreza y miraban hacia otro lado ante sus privilegios. Si hablamos del Raso tenemos instituciones como la *Comisión Técnica*, la comunidad gitana de los Sillares o el cuerpo local de policía —en esta investigación, al menos— dirigidas o representadas todas por hombres con poder en y sobre el barrio. Y, para terminar, en Trobada, tenemos una suerte de escuela para el éxito organizada por los locales de ocio nocturno de la zona, en la cual los y las jóvenes aprehenden su posición social y sus derechos de facto desde bien jovencitos. Las diferencias entre contextos relativamente próximos conllevan significados y consecuencias distintas entre ser de clase obrera en Trobada o en el Raso, del mismo modo, ser negro no es igual para Samuel, para Isa y mucho menos para Mahamadou. Asimismo, existirá una distinción entre Samuel y Matti, pues dentro de su clase y género, Samuel corre el riesgo de sufrir racismo y Matti no. Una de las características de la hegemonía patriarcal es precisamente su plasticidad (Connell, 1995), de esa forma la receta inicial para el éxito nunca se aplicará ni performará homogéneamente. Cada contexto, dentro de un mismo marco, cambia los estándares y cada persona pone en valor, ante los demás, aquellos elementos que mejor los representa en cada momento y lugar. En términos de Sarah Thornton hablamos de «capitales subculturales» (2003 [1995]). Por ejemplo, Samuel resalta aspectos diferentes de su condición cuando Isa lo examina y juzga por sus privilegios, que al estar con Matti, Ortega y conmigo. En el primer caso, se acoge a sus orígenes africanos para equipararse a Isa y disimular los privilegios de clase que luego esta le reprocha. Por contra, en el segundo caso, minimiza el racismo y destaca otros elementos comunes como la música o el interés por las drogas. En este aspecto, Trobada es un caso paradigmático, pues la capacidad para performar un *estilo* —en el sentido estricto de Feixa (1998)— otorga una ventaja sustancial, visible y percibida por todo el mundo.

Pero desde el plano general donde nos encontramos todavía, algo arrojado por los resultados y a mi parecer indiscutible, es que ser hombre ha otorgado en todas las circunstancias un privilegio o ventaja per se. Las jóvenes de la Barceloneta lo expresaban claramente, tan solo son lejanamente equiparables los riesgos de un hombre a los de una mujer —en términos de violencia sexual— cuando en el entorno hay única y exclusivamente hombres. Estos resultados apoyarían las conclusiones de Tarancón et al. (2022) cuando describen las violencias sexuales como una característica más común en el ocio nocturno que en otros ámbitos de la sociedad. Aquí consideraremos la existencia de un régimen sentimental (Besserer, 2019) general en cuanto al ocio nocturno

donde se justifican violencias de los hombres contra las mujeres o LGTBIQfóbicas, pero también hablaremos de regímenes sentimentales específicos en cada botellón observado. Por ejemplo, en el Raso el orden urbano (Duhau y Giglia, 2004) y los recursos producto de la redistribución estatal (Aramburu, 2022) eran disputados por dos regímenes sentimentales distintos: el primero, similar al descrito por Aramburu (2022), el cual se escudaba en el civismo, las molestias, la buena imagen del barrio y, sobre todo, en un sentimiento de falta de respeto y convivencia para reclamar intervenciones punitivas contra quienes practican el botellón e inversiones municipales según sus intereses. El segundo, se apoya en una forma de vida específica y genuina de los Sillares considerada “tradicional” y donde buena parte de la misma sucede en la calle, es producto de una falta de recursos y reivindican su apropiación del espacio público como un derecho que les niegan las autoridades y otros vecinos y vecinas. En Ciutat Vella existe un régimen de sentimientos que impele a jóvenes turistas a compartir y mezclarse en las plazas y calles del centro con la población local y foránea; pero en contraposición existe otro entre quienes coexisten en el espacio con una total falta de recursos para cubrir sus necesidades básicas, el cual genera los discursos necesarios para legitimar el asalto a turistas. Al contrario, en la Barceloneta y Trobada habría consolidado un único régimen —una expresión local del marco patriarcal general— y aunque hay estrategias reactivas y de protección, no observamos prácticas que entrañen una oposición abierta, clara y colectiva a los postulados hegemónicos como en los otros dos casos. Esto se debe a la ausencia de la argamasa que supone este tipo de conexiones sentimentales y que, siguiendo a Besserer (2019), son la infraestructura que sostiene ideas, prácticas y, en este caso, permite la apropiación de ciertos espacios.

En los resultados de esta etnografía, la clase se ha mostrado un eje muy potente a la hora de conformar este tipo de sustrato. Y el género ha propiciado más estrategias reactivas, muchas veces poco visibles y llevadas a cabo por los distintos grupos, con el fin de protegerse, cuidarse o conseguir un objetivo específico, como entrar en una discoteca o beber en la calle. Una posible conclusión conectaría con parte de la literatura revisada (Romo et al. 2016; García-Carpintero et al., 2019; Martínez, 2021; Tarancón et al., 2022) en cuanto este efecto muy probablemente se deba, al menos en parte, tanto a los riesgos reputacionales como de otro tipo sufridos por personas no masculinas hetero cis que dificultan, en espacios muy masculinizados, la construcción y consolidación de paradigmas alternativos basados en el género.

Son estos contextos moldeables y deformables, pero al tiempo limitados con precisión, donde se han producido las estrategias de masculinización y reacción que analizaremos a continuación.

5.2 Estrategias basadas en las violencias

La violencia se emplea de forma común, diversa y con distintos motivos. Si hablamos de las instituciones, comprobamos su uso extendido como estrategia de control tanto abierta como tácitamente. Cuando Hernanz habla de una unidad policial con *músculo*, se refiere a un grupo de policías especialmente entrenados y predispuestos para ejercer la violencia contra la ciudadanía; emplear recursos en semejante dotación para el barrio es una estrategia clara frente a posibles “malos usos” del espacio público. Un dato objetivo es que, con el dinero invertido por la Generalitat en destinar una unidad de las Brigadas Móviles de los Mossos de Escuadra durante un mes en el barrio, se podría haber multiplicado los recursos para el diagnóstico realizado por *Festa Major* en el barrio del Raso por cuatro. Con ello quiero decir que, a nivel estratégico, tanto la

administración local como autonómica consideran la capacidad para ejercer violencia sobre el terreno como un elemento más necesario que otros para conseguir sus objetivos. Desde el punto de vista de Hernanz, simplemente hablamos de recursos para el desarrollo de su trabajo, los cuestionamientos éticos, la utilidad de las intervenciones policiales o la aplicación equitativa de la norma no entran en la ecuación. El no saber o no querer saber, más allá de las funciones estrictas del rango, es una estrategia común entre los cuerpos policiales. La hemos visto con Hernanz y su obsesión por lo normativo, pero también cuando preguntábamos a un antidisturbios de rango raso durante el desalojo del Moll Gregal. En ambos casos, tanto mandos como agentes asumen un papel de subordinados en el sentido estricto empleado por Connell (1995), lo cual les permite declinar responsabilidades y ejercer violencia sin cargo de conciencia, parafraseando a Hernanz: él no se puede preocupar si alguien tiene posibles o no a la hora de aplicar una norma. Pero al final, la norma en cuestión nunca está clara y —como señalaban Jamrozik y Nocella (1998)— el «problema social» termina reduciéndose a la construcción subjetiva de una molestia por parte de un grupo de personas muy específico. Así, en el Raso, definir determinados usos del espacio público como botellón significa argumentar desde un determinado régimen sentimental (Besserer, 2019) con la intención de adecuar el *orden urbano* de los Sillares establecido tradicionalmente al margen de la norma municipal (Duhau y Giglia, 2004) y, por ende, justificar el uso de la violencia institucional.

Felipe y Vasil son dos ejemplos de personas que aducen molestias y usan el botellón para justificar sus prejuicios racistas, pues más que el uso del espacio público para consumir alcohol, aquello que les molesta de verdad es que quien lo use sean jóvenes dominicanos. Cuando esa y otras violencias son denunciadas por asociaciones como *La Drassana*, la *Comisión Técnica del Raso* —con Sebas a la cabeza— los y las expulsa de los órganos de representación vecinales para intentar silenciarlos o, en el caso de esta investigación, minimizar su presencia en el estudio. Desde la perspectiva de Henri Lefebvre (2013 [1974]) veríamos una conciliación, exprofeso o casual, pero concordante entre los diferentes cuerpos funcionariales para erradicar prácticas y silenciar las voces disidentes de quienes defienden y dan al espacio público usos distintos a los establecidos por los poderes fácticos. En general, podríamos decir que esta es una estrategia que bebe y en gran medida malinterpreta —en el abordaje del problema, no en su concepción— teorías como las de Fragueta y Monestario (2014) o los postulados de las asociaciones de hosteleros (Egea y Fabre, 2013, p. 312) quienes consideran la necesidad de librar una guerra, en principio metafórica, contra el botellón. No estoy seguro de haber aportado evidencia suficiente para poder considerar, o no, estas formas de actuar como desviadas en el sentido de Becker (2009 [1975]) en cuanto a corruptas por perseguir un bien común espurio. Pero como mínimo debe reconocerse su similitud con las políticas implementadas por Rudy Giuliani en Nueva York, descritas por Bourgois (1995) y cuyas consecuencias fueron desastrosas en la *inner city*.

El otro ejemplo evidente de violencia institucional es el caso de la *Ópera*. Si en el Raso las violencias son ejercidas desde el ámbito público con una intención de control poblacional, en Trobada se ejercen desde el sector privado para el mejor beneficio económico. Los resultados en este aspecto serían acordes con los análisis previos de Feixa (2021 [1998]) o Delgado y Carreras (2005) en relación con el derecho de admisión y el ocio nocturno. Esta forma de violencia estructural, presentada en este estudio en su formato ritual, es una estrategia comercial, la cual se vale de la violencia para clasificar a los varones y, en este caso, tamizar a los *pijos* de los *garrulos*. Aquí el botellón no

se emplea como una etiqueta justificatoria, se asume como un mal inevitable y a la postre será el lugar donde permanecerán quienes no cumplen el *estilo* (Feixa, 1998) y se arroja a aquellos que cumplieron en un inicio los requisitos, pero perdieron su estatus por cuestiones como una intoxicación ética demasiado visible.

La violencia no es solamente una cuestión institucional, también es empleada de forma individual o colectiva por personas que practican el botellón para conseguir sus objetivos. La plaza dels Àngels ha sido uno de los lugares donde mejor hemos podido observar el característico balanceo entre estructura y agencia; posibilidad y deseo de las *estrategias de masculinización* definidas por De Martino (2013). Las violencias en general y, como veremos a continuación, las violencias sexuales, constituyen uno de los *habitus* (Boudieu, 1990) más visibles y claros a la hora de trazar estrategias entre los varones. Dependiendo de quién, hacia quién y de qué tipo sean, las consideraremos un capital hegemónico o *subcultural* (Thornton (2003 [1995])). Por ejemplo, Cesar o Said las utilizan en primer lugar para la supervivencia y, en segundo, para resarcirse de una situación a todas luces injusta e intentar equilibrar una posición desventajosa respecto a otras personas que comparten con ellos el espacio, como Samuel o Matti. Para ellos, las violencias no constituyen solo una estrategia, también es una práctica reflexivo-corporal en términos de Connell (1995) justificada por un régimen sentimental (Besserer, 2019). Forman parte de su masculinidad, de su forma de relación con personas ajenas a su grupo de iguales, el cual, en resumidas cuentas, es lo único que les aporta cierta seguridad en un entorno totalmente adverso y estigmatizador. Dentro de este marco de acción vemos diferencias entre el grupo de Said y Cesar, pues este último es capaz de modular mucho mejor la violencia, lo cual lo expone menos a sufrirla. Aquí cabría más investigación para entender la influencia y el tipo de relación de estos jóvenes con adultos como Manel o el hombre que susurraba al oído de Yusuf. De cualquier modo, para todos ellos el botellón es un lugar de ocio y de trabajo, pero también es donde se representan de forma visible las inequidades que los atraviesan. En el caso de Yusuf, Said y sus amigos, este hecho les genera rabia e ira y los empuja a realizar consumos de drogas arriesgados y a cometer violencias un tanto indiscriminadas que en último extremo también les perjudican a ellos mismos. Si regresamos a las violencias como *habitus* o prácticas reflexivo-corporales, existiría una conexión entre el comportamiento de Yusuf y sus amigos y la actitud de Enric en la Barceloneta. Todos agreden con premeditación y estrategia, pero de una forma orgánica y naturalizada, hasta el punto que, cuando a cada uno en su ámbito de acción la estrategia se vuelve en su contra, no son capaces de revertirla y comportarse de una manera distinta que los acerque a sus objetivos. La diferencia se halla en cómo son percibidos unos y otros por su entorno y en las sanciones que prevé el *orden urbano* (Duhau y Giglia, 2004) en cada espacio, para las acciones de cada quien.

Como respuesta a las acciones de Yusuf, los diferentes grupos presentes en el botellón aplicaron una economía de la violencia. Cuando estaba solo, la sospecha de un supuesto robo a una persona con discapacidad —pero desconocida, a fin de cuentas— justificó la solidaridad colectiva con acciones próximas a un linchamiento, pese a estar claro que la supuesta víctima no requería ayuda para vindicarse mediante la violencia. En el momento que Yusuf actúa junto a sus compañeros, las relaciones de poder —mediadas por el uso de la fuerza— cambian y los grupos se repliegan hacia sí, son mucho menos proclives y más selectivos a la hora de confrontar violentamente con otros. Quizás por eso, el acto contrastado y presenciado por todo el mundo de romperle la nariz a una joven no mereció la misma reacción que hubiera suscitado unas horas

antes. Me pregunto si el juego vejatorio de la botella-pene al que Enric somete al hombre que le pide de beber, hubiera tenido el mismo desenlace si Enric hubiera tenido un fenotipo magrebí. Sucedería parecido en el Raso con las percepciones de Vasil y Felipe sobre la juventud dominicana, recordemos que Vasil estaba consumiendo alcohol en vía pública. En definitiva, constatamos un racismo basado no solo en una etnificación de la migración (Aramburu, 2002), sino articulado por potentes ejes etarios, de clase y género.

Isaac, el sobrino del patriarca gitano en los Sillares, representaría una estrategia intermedia entre lo institucional y lo grupal, él se proclama abanderado de un grupo, los gitanos de los Sillares y subsume sus voces a la suya. Con ello se intenta investir de la autoridad suficiente como para poder constituirse en contra poder de la *Comisión Técnica del Raso* y que sus opiniones sean tenidas en cuenta por encima del resto de la ciudadanía. Aquí vemos de nuevo la complicada relación entre dominación, subordinación y complicidad definida por Connell (1995), pues el tipo de orden urbano (Duhau y Giglia, 2004) reivindicado por Isaac no es tan distinto al propuesto por la *Comisión Técnica* o por el sargento Hernanz. Para él el botellón es una cuestión coyuntural sujeta a intereses y molestias circunstanciales. Durante el duelo por un hermano es una alternativa a la sanción cultural de consumir alcohol en un bar, pero constituirá una falta de respeto si otros la realizan en las inmediaciones de su casa, sobre todo, la de su madre. Felipe y Vasil intentan una estrategia similar a la de Isaac, pero al no contar, al menos en apariencia, con el respaldo de una comunidad consolidada, la estrategia se ve truncada, por lo cual terminan recurriendo a la etiqueta de botellón para criminalizar las prácticas de determinados colectivos y reclamar mayor intervención policial.

5.3 Estrategias basadas en las Violencias Sexuales

La violencia sexual, como el resto de violencias mencionadas, se emplea premeditadamente tanto de forma institucional como individual o grupal. En este punto, los resultados de la investigación convergerían prácticamente de forma absoluta con estudios como los de García-Carpintero al. (2019) al considerar los espacios de ocio nocturno, por lo general, muy masculinizados y desfavorables para las jóvenes.

Aplicaremos la estructura propuesta por Bogren et al. (2023) para analizar encuentros sexuales en contextos y estados de ebriedad, para examinar las actitudes de Aquiles y Enric. Debe quedar claro que no consideraremos que Enric o Aquiles esa noche tuvieran un intercambio sexual de ningún tipo, grado o nivel con ninguna joven. Lo descrito y analizado es y debe tratarse como violencias sexuales. Ahora bien, desde el punto de vista de los agresores, ellos están ligando de forma burda y torpe si preguntamos a Aquiles, pero legítima al fin y al cabo desde su régimen sentimental (Besserer, 2019). Ambos tienen un plan para tener relaciones sexuales de forma rápida y en ese plan podemos discernir como los elementos descritos por Bogren et al. (2023) son leídos y tenidos en cuenta de forma estratégica de una forma muy consciente. Para las autoras, la primera característica a tener en cuenta es el entorno: el acceso al alcohol, la segregación de personas y actividades.

Aquiles y Enric leen el espacio de botellón como un coto de caza de *fuckin chochitos*, donde compiten con otros hombres y entre sí, por obtener aquello que consideran un trofeo —un coito rápido y con la menor interacción emocional posible. Que el espacio no esté segregado ni por género, ni edades, ni actividades les facilita, sobre todo a Aquiles, la búsqueda de las complicidades masculinas necesarias para poder integrarse en el espacio y ejercer sus violencias contras las jóvenes desde una posición de

seguridad y una imagen de suficiencia y control. Al final, la gente, es su camuflaje, el seto donde acecha esperando su momento. El problema es que, no son los únicos acechantes y perciben, sobre todo Enric, la existencia de una gran competencia, lo cual exacerba su agresividad e impaciencia. La segunda cuestión son los discursos y expectativas; los mandatos sobre el deseo o la sexualidad imperantes en el espacio (Bogren et al.2023). Ellos han elegido ese botellón para “ligar” porque en su imaginario es un lugar lleno de chicas españolas deseosas de tener sexo. Si lo reflexionamos un segundo, Aquiles plantea un éxito seguro, para él el espacio es perfecto y las chicas están absolutamente dispuestas a todo siempre y cuando se hagan las cosas como deben hacerse. Sus expectativas son altísimas y toda la responsabilidad del éxito o fracaso de la noche se convierte en una cuestión de habilidad personal. Pero lo cierto de sus percepciones es que no corresponden a la realidad: ni las chicas son españolas, ni están deseosas de un coito inminente, ni depende en exclusiva de la voluntad de Aquiles y Enric tener relaciones sexuales esa noche. La confrontación de las expectativas y de los mandatos autoimpuestos con la cruda realidad comporta para Enric dosis altas de frustración, las cuales, junto a la imaginada competitividad con otros hombres, lo lleva a una lógica de un bien escaso que inflama aún más su agresividad.

Por último, debemos atender a las jerarquías entre géneros y expresiones de género y pensar que formas se fomentan más en el lugar (Bogren, 2023). Es evidente que el ambiente, por muy heterogéneo que fuera en cualquier aspecto, facilitaba alianzas entre hombres articuladas por vínculos de dominación, subordinación y complicidad (Connell, 1995). Para Aquiles, Armando —el joven que se aproximó para fumar marihuana— y yo fuimos cómplices necesarios para su puesta en escena. Pero Enric, con relación a Aquiles, adoptaba claramente un papel de subordinación, del cual intentaba resarcirse con otros hombres sometiéndolos a juegos vejatorios como el de la botellapene y en gran medida, pienso yo, ejerciendo violencia sobre las jóvenes. Enric, muy a su pesar, encarnó, para otros hombres y mujeres de esa noche, el estereotipo del perdedor, un *loser*, un *incel*. Con cada intento frustrado, Enric se da de bruces con la realidad y, para eludir su responsabilidad en la situación, insulta a las jóvenes recurriendo a una forma de violencia bien descrita por Romo et al. (2014) y que pretende menoscabar su reputación. Sus actitudes recogidas en esta etnografía vendrían a engrosar la evidencia aportada por estudios como los de Tarancón et al. (2022) quienes ya daban cuenta de las técnicas de acoso habituales entre hombres jóvenes para forzar encuentros sexuales con chicas. Enric emplea una estrategia a corto plazo como un verdadero predador y recurre a la violencia sexual directa y visible cuando no consigue sus objetivos inmediatos. La estrategia de Aquiles, aunque con mayor recorrido, se asemeja a la actitud de un carroñero al recoger los cadáveres que Enric deja a su paso y, con el pretexto del respeto, emplear, literalmente, técnicas de venta para presentarse más apetecible que su amigo. Su enfoque le permite disfrutar con la interacción con otros hombres y mostrar intereses más allá del mencionado coito exprés, pero al final forman parte de la misma estrategia para performar el éxito. Aquiles y Enric se retroalimentan como un simbiote, el primero construye una base o puerto seguro para las acciones del segundo y a cambio intenta pescar en río revuelto tras las violencias ejercidas por su amigo. Los objetivos y estrategias puestas en marcha por personas como Enric y Aquiles no pasan desapercibidas, muchas jóvenes expresaron a lo largo del estudio ser conscientes y tomar medidas al respecto.

Álvarez (2003) apunta el efecto disuasorio y de control social que ejercen las violencias sexuales sobre el conjunto de las mujeres, obligándolas a tomar medidas de seguridad y protección. En este caso, la protección del grupo de iguales fue la estrategia

principal, lo cual generaba entre las jóvenes un sentimiento identitario relacionado con la sororidad. Estos resultados estarían en consonancia con los de Romo et al. (2016). Si bien hablamos de sororidad y no de solidaridad, porque dentro de los grupos, en concordancia ahora con las conclusiones de Tarancón et al. (2022) los varones no percibirían de la misma manera las violencias y, por tanto, los riesgos, lo cual generaba cierta disensión entre géneros dentro de los grupos. Lucía Martínez (2021), en este tema, hablará de los riesgos por cuenta propia y cuenta ajena y señala, como las autoras anteriores, que ambos tipos de riesgos son mucho más percibidos por las jóvenes. A este hecho general podemos sugerir un matiz encontrado entre los resultados de esta investigación: los hombres que declararon una orientación del deseo no normativa (heterosexual) fueron mucho más conscientes de las violencias sufridas por sus compañeras e —incluso habiendo experimentado violencias sexuales— evitaron equipararse y reconocieron el tipo de violencia específico que sufrían ellas en espacios de ocio nocturno con menores reticencias y ambigüedades que los hombres cis heterosexuales. En ese caso, sí podríamos hablar de solidaridad en términos generales (Romo et al. 2016).

Si hablamos de violencias sexuales institucionalizadas, las *chicas de imagen* son una estrategia comercial común entre un gran número de discotecas y empleada profusamente en el local la *Ópera*. Este tipo de violencia tiene un carácter marcadamente estructural en cuanto se inserta, en términos de Ernesto Canclini (1995), dentro de la oferta o estrategias comerciales de un capitalismo global. Si el derecho de admisión era una forma de violencia aplicada a ellos, aquí lo sufrirán exclusivamente ellas. El objetivo es explotar el cuerpo de las jóvenes para atraer a personas como Enric y Aquiles, a quienes se les venderá tanto alcohol como deseen siempre y cuando sean capaces de mantener los síntomas de la borrachera a raya. De esa manera, cuestiones como la edad o la procedencia de las asistentes a una determinada fiesta se incluyen como elementos a sopesar semejantes a la música. Explicado desde las teorías de Feixa (2021 [1998]) y Canclini (1995), concluiríamos que el *estilo* de las jóvenes se convertiría en parte de la marca de las discotecas —un producto que distingue a cada local de la competencia. Si quieres chicas jóvenes y *pijas*, vas a la *Ópera*, si deseas una *milf*, mejor ir al *River*. Por tanto, no solo hablamos de la cosificación del cuerpo de la mujer, también de una mercantilización de su imagen digital. Esta última cuestión, la exhibición de la imagen de las jóvenes en las redes de la discoteca, no es menor y nos remite a riesgos reputacionales muy semejantes a los descritos por Romo et al. (2019) sobre la difusión de imágenes en redes sin consentimiento. Tarancón et al. (2022) aseguran que la evolución en paralelo de los espacios de ocio nocturno, en cuestiones de equidad de género, respecto al resto de la sociedad, serían las que permitirían este tipo de estrategias comerciales, a mi entender, más difíciles de sostener en otros ámbitos del mercado. Las jóvenes entienden el planteamiento a la perfección y al final, aceptar o no la situación, asumir o no los riesgos asociados, constituye una estrategia empleada por ellas para subvertir inequidades de clase, como costearse una entrada. Dicha estrategia, consustancial al valor comercial otorgado a sus cuerpos, supone una dudosa prebenda en comparación con el derecho de admisión aplicado a los hombres, más estricto en cuestiones de clase y performance de género. Vandal y Dahl (2020) ya describían en su trabajo estrategias similares donde las jóvenes leían —según su interés, deseos y entender— elementos que podríamos considerar hegemónicos como empoderadores, por ejemplo, con tal de no subir de peso, no consumir azúcar si se bebe alcohol. Personalmente, en esta situación, mi posicionamiento se halla más próximo a Feixa (1998) que a Canclini (1995), en cuanto la imposición de estructuras limitantes no siempre se

puede subvertir o reinterpretar exclusivamente mediante la innovación cultural (1995), pues en este caso las tendencias de mercado son altamente injustas y dañinas para la mayoría de las jóvenes (1998). Con esta idea regreso a Álvarez (2003) para añadir de estas estrategias —y ahora me refiero también al derecho de admisión— que son ejemplares y aleccionadoras tanto para quienes suelen ir habitualmente como para quien tenga pensado ir, pues en ningún momento se ocultan o disimulan las violencias a las que se someterán a las personas leídas fuera del público objetivo de los locales, a saber: hombres, cis, heterosexuales, con dinero; a su modo de ver, un *pijo*.

5.4 Estrategias basadas en los cuidados

Atendiendo a los resultados y en sintonía con el ya mencionado estudio de Romo et al. (2019), la estrategia adoptada con mayor frecuencia para los cuidados de cualquier tipo fue la protección del grupo de iguales. Pues existe, en todos los casos observados, una solidaridad intragrupal enmarcada en una lógica del *hoy por ti y mañana por mí*, similar a las dinámicas descritas en el servicio de urgencias médicas analizado por Tarragona Camacho (2017), donde algunos de los y las protagonistas quitan importancia a las intoxicaciones agudas. Pero las observaciones también han mostrado, en contextos muy diversos —como en la plaza dels Àngels o Trobada— situaciones relacionadas con los efectos no deseados del *binge drinking* que, entre las personas jóvenes que se enfrentaban por primera vez a esa contingencia, los cuidados les conllevaron grandes dosis de sufrimiento. Los resultados ofrecen elementos para ubicarnos en posturas cercanas a las de Rolando y Beccaria (2018) quienes cuestionan la centralidad de la práctica del *binge drinking* en las regiones mediterráneas; o con análisis próximos a los de Romo et al. (2016) donde el consumo intensivo de alcohol, los propios y propias jóvenes, solo lo considerarían positivo o apetecible bajo unos pretextos y circunstancias específicos.

En cualquier caso, esas solidaridades no se mostraron homogéneas y la extensión del grupo y la cobertura de sus cuidados varió según las circunstancias, en concreto cuando la violencia jugó un papel preponderante. Por ejemplo, la misma lógica que llevaría a una economía de la violencia, conllevaría aparejada una economía de los cuidados. Situaciones extremas como las de Said, Amar y Yusuf, nos permiten observar varias facetas de los cuidados entre hombres, donde diferentes *capitales subculturales* (Thornton, S, 2003 [1995]) entraron en juego. Entre ellos existía un tipo de apoyo que exigía dureza y fiereza para protegerse mutuamente durante el ejercicio de la violencia necesaria para su subsistencia. Pero, cuando Said perdió el conocimiento por una intoxicación aguda de alcohol y MDMA, sobre todo Amar, mostró una actitud tierna y amorosa con su compañero, mostrando sin tapujos su indefensión con tal de recibir ayuda, incluso de las personas a quienes tenían en peor estima, la policía. En este aspecto, Amar no se comporta de manera muy distinta a los amigos de Alfons (Rolando y Beccaria, 2018; Tarragona-Camacho, 2017; Romo et al. 2016). La diferencia es que Alfons, como la mayoría de los jóvenes observados en Trobada, incluyen para sus cuidados recursos familiares —como alguien que los venga a buscarlos cuando sufren una intoxicación aguda— y una situación —siguiendo una vez más a Romo (2001)— normalizada en otros aspectos de su vida, en esta ocasión hablamos de aspectos tan básicos como tener acceso a un teléfono o saber contactar con las emergencias médicas.

En esta cuestión, el Raso es singular, pues las mujeres dominicanas de los Sillares han empleado el concepto de cuidados y crianza para crear un espacio seguro para sus

consumos de alcohol en un contexto presumiblemente hostil. Sobre ellas se ejercen violencias estructurales como racismo y machismo, lo cual las obliga a asumir los trabajos reproductivos y limitar sus movimientos a unos espacios públicos muy determinados dentro de la ciudad de una forma que, una vez más, nos podría recordar en algunos aspectos a las descripciones del Harlem de los ochenta descritos por Bourgois (1995). La maternidad ejercida públicamente otorga un estatus diferente a las mujeres y su plaza, la suya, es una plaza familiar. Lo cual las aleja de elementos que consideran peligrosos, como hombres borrachos o ebrios de cannabis y trapicheo de sustancias, y les da cierto control sobre el espacio. De esa forma acceden a una práctica tradicionalmente masculina, el consumo público de alcohol, por supuesto que la legalidad de la sustancia juega un papel crucial. Dudo que una estrategia similar, en este contexto, funcionara con consumos de cannabis, pues a fin de cuentas el estatus familiar de la plaza se asemeja bastante al del velador de una cafetería. Para estas mujeres, el botellón es un espacio de segregación donde realizan trabajos reproductivos, pero también es un lugar genuinamente suyo, seguro bajo su punto de vista y que las distingue y visibiliza de forma positiva en su entorno. Jeannette M. Wade (2020), señala como los estereotipos influyen en las formas y tipos de consumos entre géneros y razas. En nuestro caso, pero en su misma línea, a las mujeres dominicanas de los Sillares se las sanciona menos social y reputacionalmente (Romo et al., 2014), al vincular sus consumos públicos con los cuidados reproductivos, que, por otro lado, tampoco pueden eludir. Si nos fijamos Felipe y Vasil, quienes hacían ostentación de sus prejuicios acerca de la población dominicana del Raso, no mencionan este hecho que, desde un punto de vista patriarcal, sería digno de ataque. Este es un caso donde la plasticidad social y cultural a la que apela Canclini (1995) cuenta con los recursos simbólicos y materiales —un régimen emocional en palabras de Besserer (2019)— suficiente para aportar una innovación a un espacio muy determinado y circunscrito, pero representativo. Estas mujeres han introducido un cambio en el *orden urbano* (Duhau y Giglia, 2004) de su plaza.

5.5 Estrategias basadas en el estilo

Asistir a un botellón donde las personas que te rodean son semejantes a ti se percibe como un elemento de seguridad. Y es una estrategia que en todos los casos observados se ha puesto en juego conscientemente. Cuando en la Barceloneta, Ramón y sus primos, por azar, se ven rodeados de jóvenes a su parecer muy diferentes a ellos, sienten peligro y la necesidad de marcharse, no por la existencia de unos indicadores objetivos o intersubjetivos que les puedan inducir inseguridad. Sino porque son conscientes y así lo expresó Ramón de que, su estado anímico alterado por la cocaína les resta capacidades para evaluar el riesgo. Ante esa dificultad añadida, prefieren no compartir el espacio con personas para ellos difíciles de juzgar. El hecho nos remite de nuevo al *estilo* (Feixa, 1998) como estrategias de apropiación del espacio, aquí, *capitales subculturales* (Thorton. S, 2003 [1995]) como la edad, los tipos de consumos, los gustos musicales o los prejuicios propios de los primos de Ramón, expulsaron de forma orgánica a dos hombres con bastantes posibilidades de malinterpretar palabras o acciones y terminar ejerciendo violencia. Algo similar sucede en Trobada, pero en esta ocasión con *capitales* o *habitus* hegemónicos. El fuerte clasismo y racismo ejercido de forma metódica y sistemática para filtrar a los jóvenes, incluso entre quienes son excluidos, es percibido como un elemento que aporta seguridad. En Trobada además encontramos de forma muy evidente la contraposición entre botellón y discoteca (Egea y Fabre, 2013). Esa lógica es la misma que lleva a Abdul, el vendedor ambulante de cerveza de

la plaza George Orwell, a temer menos por la pérdida de su mercancía frente a la policía cuando el estilo del grupo en el cual está integrado se asemeja a la performance hegemónica —tres señores blancos de cuarenta años sin distintivos subculturales visibles.

5.6 El botellón como fenómeno social.

Hasta aquí se han mostrado los resultados de una etnografía situada cuya pretensión siempre fue ubicarse dentro de lo definido por Martha Patricia Castañeda como una etnografía feminista (2010). Justo esa aspiración ideológica/metodológica ha aportado tensiones y contradicciones al estudio, las cuales han ayudado en gran medida al análisis y han modificado sustancialmente las formas de acceso al campo. La posición del propio investigador durante el trabajo de campo como cuerpo generificado, sexuado y erotizado (Díaz-Benítez, 2013) que —como ya especificamos en la metodología— podíamos ubicar de forma general dentro de las masculinidades hegemónicas (Connell 1998; De Martino, 2013), ha sido clave para presenciar situaciones y perfiles muy específicos, por ejemplo, la descripción de las motivaciones y prejuicios que llevan a un joven a cometer violencias sexuales en un botellón. Pero aquello que supuso una ventaja en algunas circunstancias, fue causante de sesgos en otras. En todo momento he intentado asumir los preceptos propuestos por Castañeda —y atender a la presencia de las mujeres como sujetas dotadas de cuerpos con significación, a partir de los cuales se definen en sus actos vitales cotidianos; integrar lo material, la agencia, las relaciones de poder y los *nuevos énfasis* analizando las relaciones, prácticas e inequidades de género para aportar evidencia suficiente con la intención de desnaturalizar las diferencias sexo-género y, por último, incluir la mayor cantidad de sujetos posibles en la elaboración de un conocimiento no androcéntrico y multilocalizado (Castañeda, 2012, p. 237). Pero tal y como nos recordaba Haraway (1995), mirar desde abajo siempre entraña dificultades, en algunos casos insalvables. En particular, en lo referente al dar juego (Flood, 2013; Morcillo, 2019) deben reconocerse, tras una relectura de los resultados, tensiones no resueltas en lo tocante a mi posición respecto a la confrontación de las masculinidades hegemónica (Morcillo, 2019). Por ello, en último término, evaluar si se ha cumplido la aspiración inicial —acerca de si esta etnografía se consideraría más o menos feminista— corresponderá al juicio de quienes tengan a bien leer el trabajo. Pues en este estudio, como en cualquier otro, existen conflictos irresolubles desde un punto de vista meramente personal o subjetivo.

En lo referente al método, los conceptos de espacio, lugar y evento de Doreen Massey (2012 [1995]) han constituido una herramienta metodológica clave para hilvanar cuatro botellones de una región extensa y densamente poblada. Y conectar sucesos en apariencia aislados, puntuales, lejanos entre sí y heterogéneos, pero con un hilo conductor que nos ha permitido describir no solo una práctica de ocio nocturno, sino una parte mucho más amplia y trascendente de la estructura social de la Región Metropolitana de Barcelona. Concebir los *lugares* observados a partir de los significados que dan las prácticas a los espacios —entendidos estos últimos como una infraestructura necesaria para el desarrollo de cualquier actividad humana (Massey, 1995)— facilitó la aplicación del enfoque de Henry Lefebvre (2013 [1974]) para discernir en cada botellón las prácticas privilegiadas y los poderes fácticos que las posibilitan. En el nivel operativo de los métodos, seguir las recomendaciones de Bourgois (1995) y elegir la observación participante como técnica principal ha permitido, si más no, visibilizar perfiles ubicados en los márgenes y hasta ahora prácticamente invisibles en la literatura

sobre el botellón, definiendo así a sus participantes como *realidades tecnológicas* (Amezcuá y Palacios, 2014, p. 152) con distinciones y disensiones inter e intragrupalles.

Desde ese punto de vista, el servicio de *Festa Major* de Energy Control ha demostrado ser una plataforma útil para la práctica etnográfica al facilitar el acceso al campo y una devolución sincrónica de los resultados del estudio a sus participantes. Una de las ventajas de trabajar desde el proyecto de *Festa Major* ha sido la oportunidad de observar la implementación de la norma desde una posición intermedia entre legislador y legislados. La ocupada por la figura poco visible del técnico y técnica municipal, personas con agencia y poder, de la cuales muchas veces depende la implementación de facto de una norma. Esa posición (Harway, 1995) para la observación ha facilitado un acercamiento micro en términos etnográficos respecto a los análisis más generales aportados habitualmente al tema de las políticas públicas sobre el botellón (González, 2012) (Baigorri y Chaves, 2004; Amezcuá, 2012; Fraguera y Monasterio, 2014; Pedrero García, 2018; Egea y Fabre, 2013, 2018; Mansilla y Yanes, 2022), lo cual me parece una aportación, pues ha permitido analizar la desviación en el sentido más amplio propuesto por Becker (2009 [1963]) y examinar también a quienes deberían encargarse de aplicar las normas. Otro elemento que podríamos considerar una aportación del estudio consecuencia de las técnicas seleccionadas, ha sido visibilizar a un sector de la economía informal organizado en torno al botellón, una dimensión laboral poco trabajada en la literatura.

Sustentado en esta metodología considero haber aportado evidencia suficiente para ampliar y discutir la definición de botellón más allá de una práctica cultural de ocio juvenil glocalizada descrita principalmente como una forma de consumo *do it yourself* que implica consumos de alcohol intensivos en el espacio público (Baigorri et al., 2004, 2006; Calafat, 2007; Díaz et al. 2009; Amezcuá et al., 2012, 2014; Fraguera y Monasterio, 2014; Gómez, 2015; etc.). Me atrevería a sugerir, eso sí, circunscrito en exclusiva al estudio de la práctica del botellón, que una perspectiva en exceso posmoderna o culturalista siempre quedará escasa de matices. Su aplicación, hasta la fecha, se ha enfocado poco en los condicionantes locales, grupales y personales totalmente definitorios del botellón como fenómeno y que, en la interpretación posmoderna inicial y posteriores (Baigorri et al., 2004, 2006; Amezcuá y Palacios, 2014), se señala desde un inicio, aunque nunca se llegara a profundizar del todo. Debemos comenzar a examinar la práctica desde su dimensión social más que cultural, la cual comprende sectores económicos tanto formales como informales; leyes y personas con agencia para implementarla; una mezcla heterogénea de clases, razas y géneros con intereses y motivaciones muy dispares y una gran diversidad de espacios donde se realiza —y en zonas como la Región Metropolitana de Barcelona aún más. Negar o no describir esa dimensión y el conflicto existente en el seno de los botellones, para a continuación remitirnos exclusivamente a cuestiones etarias, de salud en términos casi exclusivamente médicos o realizar ejercicios arqueológicos para trazar una cultura del vino, es dejar a oscuras aquello que, a falta de una expresión mejor, llamaremos los márgenes del botellón. Un lugar donde las personas que lo habitaron, en esta investigación, fueron quienes más expuestos a sufrir la faceta negativa del riesgo (Romani, 2010; Bes-serer, 2014) y en consecuencia fueron quienes sufrieron los mayores padecimientos. Pero también ha sido desde estos márgenes donde se han observado prácticas innovadoras capaces de competir con los discursos hegemónicos e imponer un orden urbano diferente y quizás más equitativo. Tanto es así, que no parece posible realizar un

planteamiento efectivo de reducción de riesgos sin explicar en profundidad esas distinciones (Boudieu, 1990) existentes dentro y entre los botellones, de ahí parte del fracaso de un buen número de intervenciones constatado por algunos estudios (Fraguela y Monasterio, 2014; Pedrero García, 2018; Mansilla y Yanes, 2022). Sobre el particular debe reconocerse y ponerse en valor todo un cuerpo de trabajos con perspectiva de género sobre el botellón que han ahondado en esos condicionantes y descrito una parte muy importante de las distinciones (Boudieu, 1990) que lo articulan (Romo et al., 2001, 2014, 2016, 2019; García-Carpintero et al., 2019; Martínez, 2021; Tarancón et al., 2022 Gómez et al., 2022; etc.). No obstante, según mi parecer y con el permiso y el respeto debido hacia investigadoras de las que sí sabemos seguro que sus trabajos son feministas, se debería describir y enfatizar con mayor contundencia el eje de clase, al igual que otras violencias patriarcales como el racismo.

En este punto discutiremos dos ideas muy extendidas y que, con los resultados de esta investigación en la mano, no podríamos defender. La primera está relacionada con la seguridad que aporta el ocio estructurado de las discotecas en contraposición al botellón (Amezcueta et al. 2012; Fraguela y Monasterio, 2014; Egea y Fabre, 2018; Mansilla y Yanes, 2022). Hasta donde hemos observado en la *Ópera* — y en el Raso, el propio sargento Hernanz lo reconocía — es un mito que los locales que dispensan alcohol se encarguen de los cuidados necesarios derivados de su ejercicio comercial — la venta de una de las drogas más difíciles de dosificar y con efectos más floridos.

Por lo registrado en esta etnografía, podríamos decir que de forma general los locales siempre vendieron tanto alcohol como la persona fue capaz de soportar y llegados los síntomas negativos fueron expulsados y los cuidados se produjeron en el botellón. Esa dinámica de expulsión de los borrachos era empleada para articular este discurso de la discoteca como mal menor. Fijémonos en el caso de Alfons, primero el local vende a un cuarto de litro de whisky a una persona sin ninguna experiencia en el manejo o consumo de la sustancia, cuando Alfons se emborracha ostensiblemente lo expulsan. Llegados este punto Roger, el portero, nos asegura y de hecho no se equivoca que dentro de la discoteca no hay borrachos, los borrachos y el desmadre están fuera. Al final lo que tenemos es la dejación de unas responsabilidades que deberían ser consustanciales a la venta de cualquier sustancia psicoactiva, los cuidados. Los locales desean vender alcohol, pero ni quieren ni saben lidiar con situaciones complejas derivadas de la borrachera. Puesto que al final los cuidados recaerán en los y las clientes, el botellón tiene la ventaja de poder compatibilizar las actividades lúdicas y los consumos de sustancias con los cuidados. En el sentido de que no existe la disyuntiva entre seguir dentro del local o cuidar a un compañero o compañera en el exterior, reduciendo las probabilidades de abandono. Si además elimináramos de la ecuación en este tipo de botellones vinculados al ocio nocturno estructurado, la segregación y la violencia que ejercen los locales, sería de esperar que, al reducir las inequidades, también se redujeran las violencias entre los grupos.

Esto nos lleva a discutir el segundo elemento, la imagen de los botellodromos como no lugares carentes de normas, donde el riesgo se traduciría en un daño casi seguro (Amezcueta et al. 2012; Fraguela y Monasterio, 2014; Egea y Fabre, 2013, 2014, 2018). Hemos comprobado que una cosa es la noma del sargento Hernanz y otra el orden urbano al que hacen referencia Jony o Musta cuando aparcen el coche en las plazas de los Sillares. El botellón no es un sitio carente de normas o no es el único que no cumple la normativa, por así decir. Tal y como hemos visto, no todo cabe en un botellón y aquello que sí se puede realizar depende siempre del contexto, no es lo mismo Trobada que el Raso, no es igual Enric que Yusuf. Lo cual, lo leeremos de forma similar a las

conclusiones de Mansilla y Yanes (2022), en el sentido que no supondría una ruptura con la normatividad, antes bien se caracterizaría por ser una prolongación de las estructuras sociales de los municipios o barrios donde se producen. Para este enfoque considero más apropiado el artefacto metodológico de Doreen Massey (1995) de eventos como un espacio/momento saturado de prácticas y significados que el concepto de no lugar (Augé, 2008) propuesto por otros autores (Amezcueta et al. 2012; Egea y Fabre, 2013, 2014, 2018). Pues el término de Massey nos facilita la descripción densa al asumir que lo sucedido en un lugar, como acto social en sí, de forma intrínseca, siempre tiene significados y reglas coyunturales, pero al final son una extensión de las estructuras sociales bajo las que se subsumen. Un abordaje antropológico, o así lo entiendo yo, debería dar cuenta de estos nexos entre lo excepcional y lo cotidiano a un nivel micro, etnográfico, pero sin dejar de explicar las imbricaciones con el marco general. El problema de fondo parece haber sido aceptar y reproducir una definición unívoca del fenómeno (Baigorri et al. 2004, 2006) a lo largo de los años. Aquello que en un principio pudo ser acertado y seguir siéndolo en parte, también ha encorsetado en ocasiones las interpretaciones y abordajes del botellón. No siempre definir un fenómeno supone una ventaja, las definiciones de los botellones, si desean ser efectivas en cuanto a un primer paso para plantear una reducción de riesgos eficaz, deberán definir los espacios de forma particular y contextual y no a partir de asunciones generales previas (González, 2012).

Para concluir, y en la línea de las reflexiones de Tarancón et al., (2022), me gustaría remarcar la importancia de concebir el ocio nocturno como una parte fundamental del aprehendizaje social que debe evolucionar y adecuarse al ritmo y las exigencias de los consensos actuales. De momento conlleva la naturalización progresiva de inequidades y privilegios en las historias de vida de quienes realizan prácticas como el botellón, pero no tiene por qué ser así. Deberíamos concebir el ocio nocturno y en concreto el botellón como lo que es, una responsabilidad pública para con una parte amplia de la ciudadanía (Mansilla y Yanes, 2022). Si lo pensamos bien, no resulta muy lógico permitir el lucro a empresas que declinan sus responsabilidades directas en cuestiones de salud tan cruciales como atender una intoxicación etílica aguda o que suponen un obstáculo para aplicar los consensos sociales consolidados en otros ámbitos. Si los cuidados muchas veces se realizan en el espacio público llevado a cabo por los grupos de iguales y las atenciones graves en los servicios públicos de emergencia médica, y en última instancia hablamos de la reproducción de estructuras sociales, ahora sí, parecería lógico que el ocio nocturno y concretamente el botellón fuera una cuestión pública o colectiva prioritaria. Entendida —no como un mandato para reprimir, erradicar o confinar el fenómeno en barrios gentrificados o no lugares, si no como la obligación de habilitar espacios respetuosos con el entorno, al margen de lógicas de mercado, donde se puedan ofrecer herramientas para realizar consumos informados de sustancias en contextos libres de violencias (Mansilla y Yanes, 2022). Para emplear el potencial como motor social de una práctica que, si en algún momento fue genuina y exclusiva de jóvenes, hoy día puede llegar a ser para toda la familia y ofrece un campo de experimentación social y de contestación a ciertas inequidades, necesario para muchos y muchas de sus participantes.

Las palabras finales me gustaría destinarlas a señalar un elemento que, quizás, entre la descripción de tanto conflicto y estrategias haya pasado desapercibido: el botellón es divertido y aporta placeres y vivencias diferentes a cada quien, pero siempre compartidas y casi siempre gratificantes. Representarlo y pensarlo desde el conflicto ha sido

una elección metodológica e ideológica que subraya una parte fundamental del fenómeno, pero no lo es todo, ni lo único, ni con total seguridad lo más importante para la mayoría de quienes han protagonizado esta etnografía. De hecho, es de esperar que cuando al corpus teórico se sumen cada vez más personas que consideren el botellón como algo propio, igual que ha sucedido en otros campos, la perspectiva cambiará y se enriquecerá.

No nos van a echar de la calle, de la plaza ni tampoco de los parques; no nos van a echar de los bares, aunque vengan los municipales.

No nos van a echar en:
L.P. Espichufrenia (2017)
Narco

Para los que no están



Imagen 33: Botellón en el parque de la Ciudadela, Barcelona, 2004.

6. Bibliografía

- Álvarez. A (2003 [2001]). *El movimiento feminista y la construcción de marcos de interpretación; El caso de la violencia contra las mujeres*. Revista Internacional de Sociología (RIS) Tercera Época, N° 35: 127-150.
- Amezcuca, M.; Palacios, J. (2014). *Jóvenes, alcohol y riesgo: una mirada crítica desde las teorías socio-culturales*. *Índex de enfermería* (23), 149-112
- Amezcuca, Manuel; Cano-Caballero Gálvez, M^a Dolores; Flores Antigüedad, M^a Luz; Rodríguez Camero, M^a Luisa; Tirado Pedregosa, Gerardo; Sierra Quesada, José Manuel. (2011) *El Botellódromo visto por los jóvenes: espacio, esparcimiento y reproducción de identidades*. Revista digital de Enfermería Comunitaria N. 7
- Amezcuca. G (2015). *Cuando el botellón aburre. Del disfrute del botellón a su rechazo, Vivencias de un joven en su paso por el botellón*. Archivos de la Memoria. N. 12
- Amezcuca. M, (2012). *Consumo colectivo de alcohol entre los jóvenes: la percepción social del riesgo*. Universidad Católica San Antonio
- Amezcuca. Manuel, Hernández. Zambrano. S, Cano-Caballero. M^aD, Antigüedad. M^a L (2012) *Prehistoria del Botellón: una antología de momentos de consumo colectivo de alcohol en Granada*. Temperamentvm.
- Aramburu. M (2002). *Los comercios de inmigrantes extranjeros en Barcelona y la recomposición del "inmigrante" como categoría social*. Scripta Nova Revista Electrónica De Geografía Y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona.
- Aramburu. M (2022). *La injusticia redistributiva y sus "otros". Discursos de exclusión redistributiva en un barrio popular de Barcelona*. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Universitat de Barcelona.
- Augé. M (2008). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- Baigorri. A, Chaves. M (2006). *El botellón más que ruido, alcohol y drogas (La sociología en su papel)*. Revista Andaluza de Ciencias Sociales. N. 6
- Baigorri. A, Fernández-Díaz. R, Chaves. M, Barbolla. D (2004). *Botellón: un conflicto posmoderno*. Editorial: Icaria Editorial
- Becker. H (2009 [1963]). *Outsiders: hacia una sociología de la desviación*. Madrid, Siglo XXI.
- Besserer. F (2014). *Comentarios críticos y cinco propuestas para pensar la migración en el momento actual*. Desacatos N. 46
- Besserer. F (2019) *Estudios transnacionales claves desde la antropología*. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa/División de Ciencias Sociales y Humanidades Departamento de Antropología Juan Pablos Editor México.
- Bogren. A, Hunt. G, Petersen. M (2023). *Repensar los encuentros sexuales en estado de ebriedad*. Drogas: educación, prevención y políticas, 30
- Bourgois. P (1995). *En busca del respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo veintiuno.
- Butler. J (1990) *El género en Disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Paidós
- Butler. J (1997) *Lenguaje, poder e identidad*. Editorial Síntesis.
- Calafat, A (2007). *El abuso de alcohol de los jóvenes en España*. Revista Adicciones- Vol.19 N. 3
- Canclini. N. G (1995). *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*. Editorial Grijalbo: México.
- Castañeda. M, (2012) *Etnografía Feminista*. En: Investigación feminista. Epistemología y representaciones sociales. UNAM. P, 217-238

- Connell R. (2005). *Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept*. Gender and Society, Vol. 19, No. 6 (Dec., 2005), pp. 829-859.
- Connell, R.W. (1995) *La organización social de la masculinidad*. Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales. www.cholonautas.edu.pe
- Crespi-Vallbona. M, Mascarilla-Miro. O (2018). *La transformación y gentrificación turística del espacio urbano. El caso de la Barceloneta (Barcelona)*. EURE, vol.44, n.133, pp.51-70.
- De Martino, M. (2013) *Connell y el concepto de masculinidades hegemónicas: notas críticas desde la obra de Pierre Bourdieu*. Revista de Estudios Feministas, Florianópolis, (21) 283-300
- Delgado, M y Gutiérrez. J (2005) *Pràctiques d'exclusió als locals nocturns del centre històric de Barcelona. El dret d'admissió com a tècnica de discriminació racista*. Grup de Recerca en Exclusió i Control Socials, GRECS Universitat de Barcelona
- Delgado. M (2008). *La artistización de las políticas urbanas. el lugar de la cultura en las dinámicas de reapropiación capitalista de la ciudad*. Scripta Nova Revista Electrónica De Geografía Y Ciencias Sociales. Universidad de Barcelona
- Díaz. M, Martín. R, Piñeiro. C, Palavecinos. M, Benayas. J, Alonso. E (2009). *Los impactos socio- ambientales del fenómeno "botellón": el caso de la ciudad de Madrid*. Revista de Medio Ambiente y Comportamiento Humano. N. 10
- Díaz-Benítez. M (2013). *Algunos comentarios sobre prácticas sexuales y sus desafíos etnográficos*. Apunt. investig. CECYP N.1.
- Duhau. E, Giglia. A (2004). *Conflictos por el espacio y orden urbano*. Revista Estudios Demográficos y urbanos, N. 56.
- Egea. C, Fabre. D, (2018). *Análisis de un espacio público de uso juvenil. El botellódromo en Granada*. Revista do Programa de Pós-Graduação em Geografia e do Departamento de Geografia da UFES, 34-52.
- Esteban. M (2004). *Antropología encarnada. Antropología desde una misma*. Papeles del CEIC N. 12
- Esteban. M (2013). *Antropología del cuerpo: Genero, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Ediciones Bellaterra.
- Fabre. D, Egea. C, (2013). *Entre el baldío, los compas y el calimocho... Espacio público y socialización juvenil en el botellódromo de Granada*. Zainak: Cuadernos de Antropología-Etnografía, 36, 309-323.
- Fabre. D, Egea. C, (2014). *Identidad, mito y rito en los no-lugares. Los jóvenes, alcohol y espacio público en Granada*. En D. Sánchez Gonzalez i L. Dominguez Moreno (coord.), *Identidad y espacios públicos. Ampliando ámbitos y prácticas* (p. 169-191). Barcelona: Gedisa
- Feixa. C (1998). *De jóvenes, bandas y tribus*. Barcelona: Ariel.
- Feixa. C (2021 [1989]) *Pijos, progres y punks. Hacia una antropología de la juventud urbana*. Revista Periferia. Vol. 26 N. 1
- Fernández. I (2020) *Riesgo, violencia y control social en el botellón relacionado con Bajá Oasis: una aproximación desde las masculinidades*. Revista Española de Drogodependencia. N. 42
- Filipe. C, Ramírez. B, (2016). *Discursos, política y poder: el espacio público en cuestión*. Revista Territorios, 35, 37
- Flood, MG (2013). *Negociación de género en la investigación sobre hombres entre hombres*. En B. Pini y B. Pease (Eds.), *Hombres, masculinidades y metodologías* (pp. 64-76). Reino Unido: Palgrave.
- Foucault. M, (2005[1972]). *Un dialogo sobre el poder*. Revista de pensamiento y cultura N.7

- Fraguela. X, Monasterio. O (2014) *El botellón y la juventud. ¿Es exclusivamente un problema de orden público?* Revista Infancia, juventud y ley N.5
- García. D, Ruiz-Trejo. M (2020) *Un viaje por las emociones en procesos de investigación feminista*. EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales. N.50
- García-Carpintero. M, Repullo. C, Romo. N (2019). *Acoso sexual juvenil en los espacios de ocio nocturno: Doble vulnerabilidad femenina*. Lectora, 25
- García-Couceiro. N, Isorna. M, Varela. J, Gandoy-Grego. M, Braña. T, Rial.Boubeta (2020). *El fenómeno del botellón. Análisis descriptivo y posibles implicaciones a partir de una muestra de adolescentes gallegos*. Revista Española de Salud Pública N. 94:
- Geertz. C (1989 [1988]). *El antropólogo como autor*. Paidós Studio.
- Gluckman, M. (1968). *Analysis of a Social Situation in Modern Zululand*. Manchester University Press.
- Gómez, C. (2015). *El “botellón” como pro ce so y espacio de socialización juvenil. Análisis del fenómeno en la ciudad de Zaragoza (España)*. Espacio abierto vol. 24. N 1
- Hall. S, Jefferson. T (eds.) (2014 [1975]). *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de postguerra*. Traficantes de Sueños.
- Haraway. D (1995). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra universal.
- Harding. S (1986). *Feminism and Methodology*. Bloomington /Indianapolis, Indiana University Press.
- Lefebvre. H (2013 [1974]). *La producción del espacio*. Capitán Swing Libros, S. L.
- Mansilla. J, Yanes. S (2022). *El fenomen del botellot a la ciutat de Barcelona. Perspectives des de la joventut*. Sindic de Greuges de Barcelona.
- Martinez. L, (2021). Factores relacionados con el consumo de alcohol en adolescentes de la ciudad de Madrid, un estudio cualitativo. Universidad de Alcalá de Henares.
- Massey, D. (2012). Un sentido global de lugar. En Albet, A.; Benach, B. (2012). Doreen Massey. Un sentido global de lugar. Icaria
- Morcillo. S (2019). *De la experiencia a la confusión. Masculinidades, afectos y emociones en los relatos de varones que pagan por sexo en Argentina*. Revista Culturales N.8.
- Pedrero-García. E (2018). Nightlife and Alcohol Consumption Among Youths: The Botellón Phenomenon in Spain. Sage Open.
- Rabinow. P (1992). Reflexiones sobre un trabajo de campo en Marruecos. Júcar Universidad.
- Raninen. J, Ramstedt. M, Thor. S, Törrönen (2021). *Mind the gap! Gender differences in alcohol consumption among Swedish ninth graders 1989–2021*. Drug Alcohol Rev. N. 43
- Reynoso. C (1995). *El lado oscuro de la descripción densa – diez años después*. Revista de Antropología. N16.
- Rolando. S, Beccaria. F (2018). *Los jóvenes y el consumo de alcohol en Italia: el lado bueno del familismo*. Revista de estudios italianos modernos 23(1):93-107
- Romaní. O (1997). *Etnografía y Drogas: Discursos y Prácticas*. Revista nueva Antropología. N. 53
- Romaní. O (2010) (Coord.) Jóvenes y riesgos, ¿Unas relaciones ineludibles? Barcelona, Bellaterra: 15-32.
- Romo. N (2001). *Mujeres y drogas de síntesis. Género y riesgo en la cultura del baile*. Gakoa.

- Romo. N, Marcos-Marcos. J, Gil-Garcia. E, Marquina- Marquez. A, Tarragona. A (2014). *Bebiendo como chicos: consumo compartido de alcohol y rupturas de género en poblaciones adolescentes*. Revista Española de Drogodependencia, N. 40
- Romo. N, Marcos-Marcos. J, Gil-Garcia. E, Marquina- Marquez. A, Tarragona. A (2016). Intensive alcohol consumption by adolescents in Southern Spain: The importance of friendship. International Journal of Drug Policy. N. 31
- Rubin. G (1975) *El tráfico de mujeres: Notas sobre la "economía política" del sexo*. Nueva antropología N. 30
- Subirats. J, Rius. J, (2006). *Del Chino al Raval: cultura y transformación social en la Barcelona central*. Centre de Cultura Contemporànea de Barcelona.
- Tarancón. P, Romo. A, Pavón-Benítez. L (2022). “Yo sí te Creo”: Alcohol-facilitated sexual violence among young women in the Spanish night-time economy. Social & Legal Studies. N. 31
- Tarragona-Camacho. A, Romo. N, Marquina-Márquez. A, Gil-García. E, Marcos-Marcos. J (2017). “Pasar el mal trago”: un estudio etnográfico de jóvenes que experimentan una intoxicación etílica aguda en un servicio de urgencias. Revista Española de Drogodependencias N. 42
- Thornton. S (2003 [1995]). *Club Cultures. Music, Media and Subcultural Capital*. Polity Press 65 Bridge Street Cambridge
- Vaadal. K, Dahl. S (2020). *Maturing out of ‘binge drinking’: young adult women’s performance of age and gender in times of transition*. Journal of Youth Studies N. 3
- Villa. S (2018). *Etnografía de la masculinidad en el comercio sexual de Punta Arenas*. Revista Chilena de Antropología. N. 38
- Villalón. A (2012). *Reflexiones sobre la intervención social antropológica*. Revista de Antropología Experimental N. 12
- Wade. J (2020). *Is it Race, Sex, Gender or All Three? Predicting Risk for Alcohol Consumption in Emerging Adulthood*. Journal of Child and Family Studies N. 29